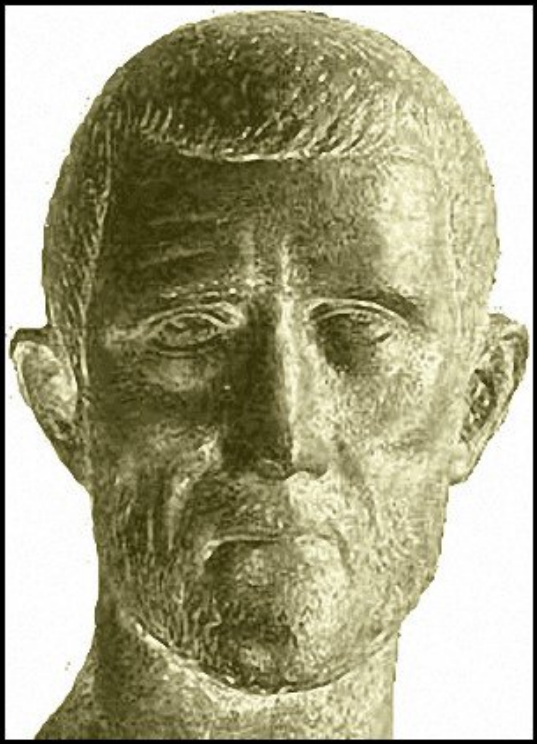
JESÚS PARDO



· AURELIANO ·

EL EMPERADOR QUE SE HIZO LLAMAR DIOS

Año 270 d. C. El Imperio Romano se encuentra al borde del abismo. La presión de los bárbaros es cada vez mayor en las fronteras del norte. Las Galias están bajo el poder del ambicioso Tétrico. Desde Siria una mujer fascinante, Zenobia, reina de Palmira, ha logrado extender su dominio a las provincias orientales. Mientras todo se desmorona, los miembros de la aristocracia viven entregados a los placeres más excéntricos y aguardando con impaciencia la celebración de los próximos juegos circenses, con sus crueles luchas entre gladiadores.

En este clima crepuscular y decadente, el general Aureliano es proclamado emperador por sus legiones. Tosco y poco instruido, pero dotado de un excepcional genio político y militar, conseguirá en tan sólo cinco años reforzar las fronteras, derrotar a sus enemigos e iniciar las reformas que permitirán que el Imperio Romano de Occidente sobreviva aún más de dos siglos. En el camino conocerá los sinsabores de la traición, pero también placeres insospechados como los que —quizá— gozó junto a la reina Zenobia.

epublibre

Jesús Pardo

AURELIANO

El emperador que se hizo llamar dios

ePub r1.1
Titivillus 20.11.2021

Título original: *Aureliano*
Jesús Pardo, 2001
Diseño de cubierta: Mezki

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM · EX · LIBRIS · titivillus in culpa est

Para Javier Arce
iluminador de siglos oscuros

La Historia és el que fou, la Historia no es crea, es refà.[1]

Josep Plá, Homenots, primera seria,

«El Senyor Prat de la Riba».

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El general Lucio Domicio Aureliano fue proclamado emperador de Roma por sus soldados en el mes de mayo del año 270 d. C. de nuestra era, equivalente al año mil veintidós de la fundación de Roma. Tras cuarenta años de constante catástrofe, el imperio romano se hallaba entonces probablemente en el momento más precario de su historia, y hacía falta que se pusiese a su cabeza una persona lo suficientemente recia y diestra para contener lo que muchos temían, con sobrada razón, que pudiera ser su disolución irremediable.

Nunca se había visto el imperio romano tan acosado, tanto fuera como dentro de sus fronteras. Durante el pésimo reinado del emperador Publio Licinio Galieno (253-268 d. C.), el imperio sufrió tres trágicos reveses: en el año 259, el general Marco Casiano póstumo se proclamó emperador independiente en Galia y enseguida se le unieron Hispania y Britania, creándose así bajo sus sucesores, el último de los cuales fue Caio Esuvio Tétrico (270-274), la primera escisión en el imperio romano. La cual se complicó con una nueva escisión: el gobernante palmireño Septimio Odenato se puso a la cabeza de las fuerzas romanas en Oriente, iniciándose así una situación cuyo remate iba a ser la aparición de un auténtico imperio oriental independiente de Roma a la muerte de Odenato, cuya autoridad heredaría su viuda, la ambiciosa e inteligente reina Septimia Zenobia, que acabaría dominando prácticamente todo el territorio romano en Asia.

Bajo la autoridad directa de Roma ya sólo quedaban Bizancio, Tracia, Panonia, Italia, Provenza y parte de África.

Pero antes de esto, en el año 260, el imperio romano había presenciado la humillación más profunda de su historia: el emperador Publio Licinio Valeriano, que había subido al trono en el año 253, cayó prisionero de los persas: el primer emperador romano que sufría esta suerte. Murió, no se sabe cuándo, en una mazmorra persa, sin que su hijo Galieno hiciera nada por liberarle.

La única frontera que le quedaba al menguado imperio era entonces la del Danubio, que estaba atacada constantemente por los godos, el pueblo germánico más duro y peligroso de cuantos hostigaban a los romanos. El sucesor de Galieno, Marco Aurelio Claudio, llamado el Gótico, proclamado por sus tropas en el año 268, infligió a los godos una tremenda derrota, pero la inseguridad de la frontera danubiana siguió siendo grande, excepto en la parte de Panonia (la actual Hungría), que por ser sede de las legiones danubianas, los contingentes más aguerridos del ejército imperial, se defendía mejor. Sin embargo, incluso esa seguridad era engañosa, ya que los godos, diezmados y todo, seguían constituyendo un enemigo muy temible, cuya recuperación era inevitable más a la corta que a la larga. La provincia de Dacia (actual Rumania) estaba prácticamente ocupada por ellos.

La situación interna de lo que quedaba del imperio no era mejor. Claudio, muy ocupado con restablecer la frontera, no había tenido tiempo para atender a otras cosas cuando, dos años después de ser proclamado emperador, murió de peste en Sirmio. La proclamación de Aureliano remedió entonces, diríamos que milagrosamente, una seguridad tan frágil que cualquier mínimo error habría bastado para llevar la situación al desastre final.

Con tanta catástrofe seguida lo que quedaba del imperio estaba desorganizado y abandonado. El recelo y el terror reinaban

entre la clase dirigiente, tanto en Roma como en las provincias. La moneda estaba devaluada por los abusos de quienes la acuñaban, que la envilecían para apropiarse del metal precioso. Nadie se sentía seguro en un ambiente de corrupción y terror generalizados, creciente pobreza e inseguridad viaria y marítima.

Lucio Domicio Aureliano había nacido en la parte de Panonia que luego recibiría el nombre de Dacia Ripense, o Ribereña, probablemente en una finca propiedad de cierto senador Aurelio. Entró muy joven en el ejército romano y enseguida se distinguió por su excepcional talento militar.

Era una persona dura y cruel, irascible y violenta. Sus soldados le llamaban *Manus ad ferrum*, «Mano a la Espada», por su tendencia a dirimir las cuestiones más nimias desenvainando. Su excepcional y variado talento como emperador, y lo providencial de su advenimiento en el momento de mayor peligro para el imperio, son cosa generalmente aceptada por los especialistas, para quienes, de haber imperado Aureliano diez años más, se habría anticipado de tal modo a las reformas de Diocleciano que es muy probable que la historia ulterior de Roma hubiese ido por derroteros muy distintos.

PARTE I, LA FAMILIA

… che vostra gente onrata non si sfregia
del pregio della borsa edella spada[2]
Dante Alighieri, *Divina Comedia*, 11-8-128/12

—Señora mía, mi amor eterno, sigue ahí, que ni un solo cabello de tu abundosa cauda se mueva mientras mis ojos la absorben entera, la guardan en mi memoria para siempre, como prenda, ¡oh!, inamovible de este irrepetible instante…

El esclavo, alto, nervudo, de estilizado, reluciente torso, cuyas caderas, casi inexistentes, se dirían insuficientes para sostener hombros tan musculosos, revoloteaba en torno a Flavia, que, con setenta años, no podía justificar racionalmente tan garrida, alada, perfilada reciedumbre: ni una gota de grasa, ni una arruga en todo el cuerpo; los pechos pequeños y firmes sobre piel tersamente reluciente; su rostro, escueto y fino, suave y adusto como de inteligente ave de presa, enmarcado por revuelta melena color azabache y rematado en el centro por nariz ligeramente curva; sus caderas estrictas y su redonda, altiva grupa descendían, duros muslos abajo, hasta rodillas apretadas como de corredor de fondo.

Nadie en toda la comarca se explicaba al principio tal lozanía en mujer tan vieja, excepto como privilegio especial otorgado por los dioses a Flavia y a Marco Aurelio Próculo, su marido, se-

tentón también y ágil. Inmunes ambos, en apariencia, al paso de los años.

Los ingenios de la comarca no pensaban que esa longevidad fuese premio divino a alguna acción ancestral, pues, en el caso de los Aurelios, los dioses ya habían inducido al divino Trajano a dar abundante oro dacio al primer antepasado conocido de la familia Aurelia.

Fue so pretexto de una proeza militar cuyo mérito se habría satisfecho con un ascenso o una condecoración, o incluso con una exaltada mención honorífica; tan desproporcionada recompensa hizo sospechar a muchos, que citaban cierta alusión de Juvenal a «un fogoso tribuno» como clave del enigma:

—Ese Aurelio, primero de la estirpe —decían los que así pensaban— tenía muy buen aspecto, y Trajano, que de joven era, efectivamente, un tribuno muy fogoso, quedaría en honda deuda erótica con él, por lo que aprovecharía el oro dacio y el pretexto de una oportuna hazaña militar para saldarla.

Esto en cuanto a los Aurelios, porque en cuanto a los Flavios, la cosa variaba: su riqueza era tan antigua que no se sabía qué necesidad podían tener los dioses de adjudicar a esta Flavia otra recompensa que confirmar en ella la secular incapacidad de esa familia para agotar su fortuna pese a persistentes despilfarras.

Flavia se teñía el pelo y se daba afeites con oriental sagacidad, eso a nadie se le ocultaba, ni ella, por su parte, lo negaba, pero su asombrosa fortaleza, apostura y agilidad no eran achacables, como en el caso de su marido, a la sana vida militar y al contacto constante con la naturaleza. Y la tersura de su tez, en contraste, mientras vivió Próculo, con las viriles arrugas que daban a éste un imponente, autoritario aplomo, era imposible de falsificar. Mejor, por consiguiente, reducir la juvenilidad del marido a simple buena salud y admirar la perennidad de la mujer con temor religioso o envidiosa maravilla: o bien, como apuntaba más

de un devoto de los dioses, adjudicarla a la intercesión de su marido, desaparecido seis años antes en las fauces de la policía militar del divino Marco Aurelio Claudio, imperial exterminador de godos: sabido era, después de todo, que los dioses, y aquéllos a quienes éstos aceptaban en sus filas a título póstumo, podían intervenir retroactivamente en las fortunas humanas: por ejemplo, anticipándose en su mente insondable a lo que Próculo, todavía por nacer, iba a hacer por su mujer después de muerto, y entonces Flavia nacería condenada a eterna juventud gracias a las futuras plegarias de su futuro marido. Aceptada por muy pocos esta explicación y rechazada, o jocosamente admitida, por los más, todos, crédulos y escépticos, coincidían en maravillarse de que tal milagro pudiese ocurrirle a una mortal tan corriente como era Flavia.

Viendo a Flavia gozar tan vivamente de su mente y su cuerpo en la séptima década, todos, con sosegada unanimidad, acabaron dando su inmortalidad por supuesta.

—Flavía milagro vivo de Venus —le decía un vecino escéptico—, tú serás la única persona de todos nosotros que presenciará el último día de Roma. Tus décadas —añadía— acabarán compitiendo con las mismísimas de Tito Livio.

Desde el día de la desaparición de su marido entre dos soldados, Flavia le consideró muerto, porque nadie que estuviera en su sano o insano juicio, pero juicio a fin de cuentas, podía abrigar la menor duda de que el senador Marco Aurelio Próculo había sido ejecutado mucho antes de llegar a Roma:

—Muerto por la Roma eterna —resumió el mismo vecino que no creía en la eternidad de Roma.

Y en eso Flavia le daba en parte la razón, convencida de que su marido había muerto por la verdadera Roma, eterna o no.

Marco Aurelio Próculo había desaparecido del mundo mental y cotidiano de su mujer en un carromato cerrado, flanqueado

por un destacamento de caballería ligera uniformado de gala y guiado por un tácito y gigantesco decurión cuyo rostro sólo tenía un registro: la seriedad, y su boca sólo una palabra:

—No.

«Al menos», pensaba Flavia, «habrían debido enviarnos coraceros enlorigados de oro macizo».

El decurión, justo al arrancar, había tendido a Flavia en silencio un documento que ella leyó distraídamente:

«No se ha tocado absolutamente nada de cuanto pertenecía al senador Marco Aurelio Próculo ni se ha molestado a nadie de su familia o servidumbre, cuando, una vez que se hubo procedido a la detención del mismo, abandonó su domicilio por su propia voluntad y sin la menor violencia o daño físico».

Flavia firmó justo encima de la fecha, y el decurión, firme como un poste, saludó solemnemente, dio media vuelta, montó de un salto en su caballo, hizo una seña a los jinetes expectantes, y el coche arrancó a buen ritmo entre un velo de reflejos y estridores metálicos.

Flavia conservaba tan reciamente impreso en su memoria aquel mediodía soleado para llevárselo intacto a la tumba, ya, sin duda, muy cercana. Su cráneo, roído por la humedad, transmitiría la imagen fresca de aquel instante a cuantos por azar lo excavasen en el futuro, como ella misma había visto a hombres serios y eruditos excavar en torno a las tumbas etruscas de la finca paterna, cuando, muchachita virgen de mente y cuerpo, soñaba con el hombre que apareció justo por entonces como llamado por sus propios pensamientos, y que resultó ser el jovencísimo oficial de infantería Marco Aurelio Próculo, casi coetáneo suyo, pero mucho mayor que ella en aplomos y saberes de muerte y vida.

Cuando pensaba en aquella última despedida, Flavia recordaba a su marido por duplicado: anacrónicamente gallardo y mozo, a pesar de los más de cincuenta años pasados a su lado; y al tiempo como era cuando se lo llevó la policía imperial: erguido y recio anciano, inmune a las circunstancias exteriores, por duras que fuesen.

Este recuerdo doble, y como mutuamente suplementario, no se enturbiaba en modo alguno por otros recuerdos: rencillas conyugales, por ejemplo, contra los que era hermético, ni menguaba en modo alguno la intensidad de su añoranza. «Ningún ser vivo te sacia», se decía Flavia, «por mucho que le quieras o te quiera él a ti, y lo único que realmente te roba su muerte prematura es la oportunidad de seguir quejándote de esa insuficiencia, que es inevitable hasta el punto de que sentirte ahita de su amor sería alarmante milagro o pésimo agüero de malevolencia divina».

Más tarde, sin embargo, cuando se recibió en la finca noticia fidedigna de la muerte del senador, resultó que ésta no había sido inmediata, lo cual desconcertó a Flavia y a Plautila, su nuera, porque iba en contra de la norma en tales casos:

Un hombre de la calidad de su marido, detenido en una provincia por lesa majestad, pues otra cosa no podía ser, nunca llegaba vivo a Roma: se le estrangulaba en el coche mismo en el que iba preso, y luego se desfiguraba su cadáver para arrojarlo a los perros. Llegar vivo a Roma sólo podía augurarle larga y científica tortura en busca de delaciones y falsos testimonios.

Lo cual tampoco resultó cierto en su caso, pues, por una de esas circunstancias inexplicables que a veces ocurren, el senador Marco Aurelio Próculo había sido llevado a Roma e invitado cortésmente a suicidarse apenas bajado del coche, y sin pregunta alguna sobre complicidades; en vista de que desdeñaba cuantos

medios de suicidio se le brindaron, sus guardianes le estrangularon rápidamente, sin sufrimientos innecesarios, despojándole de cuanto llevaba encima y arrojándole, cadáver anónimo, a la Cloaca Máxima; por una cortesía achacable, quizá, a su rango, Próculo no fue enviado postumamente al circo o al parque zoológico del emperador para ser pasto de los leones.

La policía militar pasó revista a su ropa en busca de pistas cosidas al dobladillo o de insólitos indicios delatores, pero sus esfuerzos se vieron coronados por el mayor fracaso. Marco Aurelio Próculo no sería inocente, pero sus ropajes sí.

Lo único tangible que quedaba de él dos siglos y medio después, cuando los bárbaros de Alarico prendieron fuego a los papelorios del archivo secreto imperial para guisarse el rancho a su calor, era la copia de seguridad de un minucioso informe policial sobre Marco Aurelio Próculo, que ardió alegremente ese día, animada por tan súbito cambio en su aburrida inanidad, ya casi trisecular.

—¡Oh, tú, en quien veo mi pasado, mi presente y mi futuro reflejados en inmutable divinidad —declamaba, en tanto, el esclavo—, y cuya compañía multiplicará mis días, si no en el tiempo, pues a los mortales no nos es dado prolongarlo, sí en felicidad…!

Etcétera, etcétera, pensó Flavia, que se sabía todo aquello de memoria por haberlo copiado con sus propias manos para que el esclavo aprendiese a declamarlo.

Todas y cada una de aquellas palabras estaban tomadas de las cartas y los poemas que su marido le componía, o, mejor dicho, hacía componer a uno de sus esclavos de lujo, excelente escritor grecolatino, para firmarlos él, sin molestarse siquiera en copiarlos de su puño y letra, y enviárselos desde dondequiera que estuviese: en medio de una batalla, por ejemplo, o de su eterna cons-

piración contra algún traidor imperial a la patria romana, o mientras escrutaba las cuentas de sus inmensas posesiones y sus variopintos negocios, algunos tan audaces como la importación de esclavos esteparios capturados por los germanos en los límites más norteños de su nebuloso territorio.

Flavia recordaba con especial cariño algunos, pocos, versos y algunas, pocas, cartas que le parecían fruto real de la mente y la mano de su marido: «Bien malos, por cierto, los primeros», se decía, «y rutinarios en extremo los segundos», añadiéndose, al tiempo, añorante, «¡sí, bueno, pero qué sinceros!».

En el fondo daba igual que fuera Próculo o el esclavo el autor de aquellos versos y aquellas prosas: la inspiración del esclavo, como todo cuanto hiciera, escribiera o pensara, era necesariamente propiedad de su amo, y esa propiedad constituía su única razón de ser. Por encima de tales razonamientos, sin embargo, Flavia encontraba en la torpeza literaria de su marido un calor muy especial y único.

Flavia había concebido la idea de dormirse acunada por aquellos poemas y cartas a la semana o así de la desaparición de su marido, y ahora ya no sabría recogerse a dormir sin esa música de fondo. Ella misma recopiló todos los escritos que quedaban de él en la casa, e incluso solicitó a parientes, amigos y colegas copias de cartas y poemas suyos, y fue copiando con letra clara de muchachita educada por pedagogos griegos cuantos pasajes le parecieron propios para mantener vivo el recuerdo, destruyendo el resto.

«¡Que sólo quede lo que fue mío de él!», se repetía, «¡lo demás no tiene razón de ser!».

Le había costado meses dar con un esclavo que no sólo se pareciese físicamente al muerto, sino que tuviera también su voz, o casi.

Cuando, por fin, le encontró, le examinó minuciosamente, vestido y desnudo, y le pasó por las manos de expertos en el arte de descubrir los apaños con que los mercaderes de esclavos disfrazaban de joven y lozano al vejestorio achacoso; y luego, comprobándolo todo a plena satisfacción, pagó sin chistar su altísimo precio, y en oro, pues de los denarios devaluados por sucesivos añadidos de metal vil ya no se fiaba nadie; y lo pagó con gusto, y así empezó el largo infierno del desdichado:

¡Un hombre libre como era él de nacimiento, y bilingüe de latín clásico y griego homérico, y diplomado en retórica, condenado ahora a ver pasar los años repitiendo prosas y versos ajenos en latín de pastiche, y pendiente en todo momento de las miradas censoras de su analfabeta dueña, para quien la sacrosantidad de las palabras de su marido no toleraba el menor error!

—¡Menos aspavientos!, ¡más naturalidad! O:

—¡No es «cubículos de amor en verde vivo», idiota, sino «carbúnculos», fíjate bien…!

Era imposible mantener claros en la mente conceptos tan necios, se decía el esclavo, asustado. Año tras año: ¡casi seis ya!, repitiendo lo mismo, como una retahila para cocineras. Cada vez que Flavia le llamaba al orden, el pobre hombre se descomponía de miedo, forzándose a serenarse, convenciéndose de que no iba a ocurrirle nada, de que aquello era un juego del que quizá acabase saliendo convertido de nuevo en hombre libre, capaz de volver a sus juveniles estudios que tan feliz le hicieron hasta el día aciago en que unos bandidos le cogieron en volandas a la vuelta de un camino para venderle en un mercado de Italia.

Nunca olvidaría la última mirada de su viejo ayo al verle desaparecer en manos de sus fornidos captores: ojos de asombro donde apuntaba ya la desesperación. Y, luego, su intento de ser rescatado: ¡inútil!, ¡nada!, como si los suyos no quisieran verle más, ni siquiera a costa de una cantidad que para ellos era calde-

rilla. Cualquier reconcomio era inútil. Su única posibilidad de libertad era ser fiel y bueno, y poder así, antes de la muerte, publicar sus propios poemas, escritos en clave en unos papelitos que guardaba cosidos a la ropa.

Todas las noches así: desnudo, como el difunto esposo de su dueña a la hora de acostarse, y ungido con los mismos perfumes, y hasta educado en los mismos ademanes y movimientos, pero sin poder nunca dormir con ella o tocarle siquiera la punta de los dedos, pues Flavia no olvidaba en ningún momento que aquel esclavo, a pesar de la ilusión casi perfecta de sus declamaciones, y del ímpetu que ponía en los diálogos de amor que ella iniciaba de pronto en momentos de añorante pasión, y en los que el infeliz cooperaba con plausible originalidad, no era ni podía ser su marido vivo y difunto; a la inspiración del esclavo le faltaba ese matiz único e insignificante de la autenticidad que sólo se da en la gente libre y que, además, no es posible improvisar.

Flavia, lista ya para acostarse, se dijo que, quizá, con el tiempo, a este o a otro esclavo les sería posible aprenderse papeles enteros de auténtico diálogo conyugal con ella: diálogos que ella misma compondría hasta en sus detalles más únicamente íntimos, y que, bien ensayados por ambas partes, podrían acabar sumiéndola en una tensión tan real y viva como si realmente fuese Próculo el declamante, y hasta justificando el abrazo más sensual de su vida, pues su marido entraría con gusto en una mente capaz de tales pericias. Claro que para que fuese así el esclavo habría de transformarse: sacar auténtico talante de hombre libre de la presión mental a que le someterían esos aprendizajes de memoria. Flavia sonreía ante la posibilidad de cometer adulterio con una reencarnación, por servil que fuese, de su marido.

Ella había oído hablar de técnicas egipcias de reencarnación. Si se pudiera dar con el cadáver de Próculo y cortarle el pene, bastaría con hacérselo comer al esclavo declamador para que cobrara el mismo calor amoroso de Próculo, menguado y todo, pe-

ro suyo, como en realidad había sido, y esto ella podría fomentarlo en el esclavo elegido a latigazos si necesario fuese; mas no era posible tal solución a sus apetencias: ¿dónde estaría ya el cadáver?, ¿y cómo tendría el pene?: un médico le había dicho que el pene y el cerebro son lo primero que se disuelve en la tierra, de modo que ya nada quedaría de Próculo que fuese específicamente suyo. Flavia se estremecía imaginándose tales órganos convertidos en inminente excremento en el vientre de algún león circense.

En este instante la arrancó de sus pensamientos una estridencia intolerable:

«carta» por «casta», como un gallo en la voz de un gran cantante. Se sobresaltó, se levantó de su asiento ante el espejo triple del tocador donde estaba dando el toque final a su toilette nocturna, cogió el puñalito de plata que siempre tenía a mano, se lo hincó al hombre en un muslo:

—¡«Casta», so imbécil, «casta»!

El esclavo se encogió, blanco de impotente, resignada rabia, y repitió el verso con tan temblorosa pasión, camuflaje de su sordo afán de venganza, que Flavia, transida de gozo, le sonrió, incitándole a seguir, al tiempo que se encogía a su vez sobre la cama, llena, por un momento, de pingüe, expectante ansia.

El esclavo tenía muslos y caderas acribillados de pequeñas cicatrices. Cuanto deseo le inspiraba al principio su ama desnuda ante el tocador se había trocado hacía tiempo en húmedos impulsos de atroz represalia; no le engañó, por tanto, la súbita expresión de anhelo en el rostro de su ama hasta el punto de sentirse deseado por ella: era al difunto, no a él, a quien aquel rostro apuntaba.

Una vez, una sola, pero con ésa le bastaba, había visto él crucificar a un esclavo rebelde:

Entre cuatro matarifes lo clavaron en la cruz por las muñecas y el empeine con largos clavos que uno de ellos tenía apretados en la boca mientras los otros sujetaban al condenado contra el áspero madero y éste se debatía entre gritos de espanto.

Los martillazos le resonaban al crucificado cabeza adentro, sumiéndole en creciente niebla de dolor cada vez más ciego y retorciéndole todos los nervios, en tanto sus verdugos levantaban la cruz, la hincaban en tierra y la calzaban con pedruscos sin hacer caso de sus aullidos y convulsos tirones, excepto para maldecir de lo que dificultaban su tarea; a la víctima le servían de paradójica anestesia, pues acrecentaban su dolor hasta el atontamiento total.

El crucificado se habría desclavado a fuerza de esforzarse por no sentir nada de no ser porque uno de los matarifes le amarró fuerte a los maderos con una gruesa cuerda que llevaba al cinto en previsión de tales serpenteos.

Los aullidos salvajes, entrecortados, como acuciándose a sí mismo a hacer algo que los clavos, aun desgarrándole carne y ternillas, no le permitían, iban haciéndose, hora tras hora, más y más roncos, hasta que su voz quedó reducida a un jadeo arrastrado, y sus retorcimientos a una tenue agitación, y fue entonces cuando una última oleada de dolor, rompiendo la niebla de sopor que le envolvía, aprovechó su decaimiento para atenazarle, atarazarle entero, hasta que las miradas atentas de los curiosos, y, sobre todo, del ama joven, Plautila, la esposa de Fusco, el hijo de Flavia, ahora fugitivo en Germania, pudieron saborear el estertor final, concretado en un grito insensato que nada decía de cuanto quería decir.

Plautila llevaba varias horas comiéndose al crucificado con sus ojos y oídos, mientras el esclavo espectador, llamado a sus deberes, hubo de dejar su suplicio a la mitad, aunque él, por su gusto, habría seguido contemplándolo hasta el final: otros esclavos in-

dóciles, cerriles, indómitos, llevados allí para que tomasen ejemplo, ya se habían ido. Hasta Plautila, que, así y todo, vio el espectáculo entero, acabó cansándose de tan larga y agitada agonía, pero sus nervios siguieron infundiéndole durante varios días gratos escalofríos de un acre, punzante dulzor.

Flavia estaba lista para acostarse, indiferente al esclavo desnudo que seguía recitándole palabras de amor desde el fondo del cuarto medio a obscuras.

La esbelta, reluciente figura del esclavo le recordó de pronto una gran fiesta que ella y su marido habían dado tiempo atrás en su palacio de Roma:

La escalinata de mármol muy blanco, flanqueada por atléticos negros muy negros, enteramente desnudos y con grandes antorchas doradas, llameantes de fuego muy rojo, y media Roma subiendo las gradas: ¡el escándalo había sido tremendo!

—¡Pero, por todos los dioses! —se había defendido Flavia ante los que le echaban en cara cosa tan impropia—, ¡si no son gente!, ¡y tú misma! —dirigiéndose a una matrona que estaba entre los más protestones—, ¡si me dijiste, que todavía me parece oírte, que los esclavos negros no son ni más ni menos que toros!

Pero su idea había cuajado, hasta que de la casa imperial se recibió orden de desistir: el emperador Valeriano no encontraba de su gusto tales exhibiciones, por no ser «propias de nuestro tiempo». Y todos hubieron de renunciar cuando la broma estaba en su mejor momento.

Flavia se levantó del tocador y se echó en la cama, envolviéndose en una suave manta de media seda mientras los versos del muerto le arrullaban los oídos. Mirando fugazmente al recitador, se dijo, súbitamente inquieta: «Cualquier día me viola y me mata».

Alguna vez, sobre todo al principio, Flavia había captado destellos de lujuria, y también como ahora, de puro odio, en los

ojos del esclavo, cuyo nombre había olvidado, o quizá nunca lo supo. Desde entonces le calmaba la lujuria haciendo que le subiesen alguna hembra de su laya al cubículo contiguo a su dormitorio. Pero del odio no sabía cómo curarle.

Ni, en el fondo, le preocupaba: Flavia, destilación viva de generaciones de elitista selección de fondo y a fondo, nunca relacionaba lo servil con lo humano, excepto en tanto que puro espectáculo.

A muchas de sus amigas, en cambio, sí les gustaba la promiscuidad con esclavos atléticos, y de Flavia decían que exageraba arcaizantemente, quizá para chocar:

—Nadie puede negar —le había dicho una de ellas— que los esclavos son tan hombres como nuestros maridos, y a veces más.

«Catón con faldas», la llamaban.

Flavia tenía siempre presente una tragedia ocurrida hacía poco tiempo en una finca vecina, cuyos esclavos, conchabados contra un amo tiránico, le habían malherido bárbaramente, dejándole por muerto y escapando, antes de que les alcanzasen los matarifes enviados en su búsqueda.

Ese hombre, además de tratar a sus esclavos peor que a bestias, había cogido últimamente la costumbre de retratar con pincel y color la expresión consciente de muerte inminente del esclavo torturado hasta el fin, y él aguardaba impávido, pincel en mano, la llegada del instante fatal, para pintarlo con cuanta minuciosidad le permitía el poco tiempo disponible.

Cuando cundió entre sus esclavos esta nueva manía de su ya odiado dueño, todos ellos cayeron presa del pánico más cerval, sobre todo los más viejos o menos diestros en las tareas cotidianas; también los más fuertes y resistentes, por pensar que serían ellos los que más aguantaran los tormentos, y, en consecuencia, los que más prolongarían el tiempo que su amo necesitaba para retratar fielmente su muerte.

Los esclavos fugitivos murieron entre espantosos tormentos, y el maltrecho amo pudo disfrutar de esa venganza antes de exhalar, él también, el último suspiro.

«Menos mal», se consolaba Flavia, «que, en el fondo, no me importa morir».

A veces se pasaba las horas nocturnas mirando anhelantemente el cielo en vana búsqueda del astro donde el senador Marco Aurelio Próculo, de esto ella no tenía la menor duda, la protegía y la esperaba.

La alcoba, ahora del todo obscura, seguía retumbando en declamaciones, y Flavia ascendía ya en sueños hacia los brazos abiertos de su marido. A una señal suya, el esclavo desnudo se refugió en su cubículo, cuya puerta se cerraba automáticamente con un agorero clic al empujarla el que entraba, y ya sólo podía abrirse desde fuera.

Allí tenía que pasarse días enteros a la luz de una sola lámpara cuyo aceite se le racionaba estrictamente: la diurna apenas entraba por una hendidura practicada entre pared y techo. Y sin otra ocupación que añorar la libertad perdida y ensayar los poemas y las cartas del día siguiente, en espera de que volviese la noche y su ama le requiriera de nuevo para acunar su sueño con nuevas declamaciones.

Encerrado en su celda y en sí mismo, el infeliz sentía repetirse en su interior y en su torno, agravada y entenebrecida por angosturas y tinieblas íntimas y exteriores, la espantosa soledad del esclavo crucificado ante sus ojos entre la indiferencia y la curiosidad generales. No era sólo que él no tuviese verdadero contacto mental con los demás esclavos de la casa: porque se sentía superior a todos ellos, distinto, sino que su inaceptada condición servil le aislaba tras una barrera infranqueable para él mismo, a pesar incluso de algún prudente esfuerzo por cruzarla, como para cuantos le rodeaban, libres o no.

Trataba de olvidar esto concentrando su atención en el dolor que le causaba la brutal punzada del puñalito de plata en el muslo; quejándose, lo atenuaba, y se engañaba al tiempo hasta el punto de pensar por unos momentos que aquella punzada era su única tragedia.

«Si alguna vez vuelvo a ser libre», se decía a veces, como una lucecita de insuficiente humor en su eterna, negra desesperación, «quizá pueda prosperar como actor cómico».

Aquel cubículo incómodo y estanco del resto de la casa, con cuyos numerosos esclavos apenas tenía contacto, pues Flavia no quería que los sacrosantos poemas y cartas de su difunto amo y señor corriesen, quizá en chunga, entre bocas serviles, probablemente acabaría siendo su tumba, y entonces, sus poemas, lo único que realmente podía llamar suyo, se perderían sin remedio.

El último pensamiento terreno de Flavia fue aquella noche para su nieto Auréolo, que andaba por los montes, como todos los años por estas fechas, jugando a los gladiadores incruentos, y para su hijo Fusco, cuya última noticia era que cruzaba Germania, sin prisa, pero sin pausa, camino del Danubio.

El mismo día en que se llevaron preso a Próculo, desapareció del palacio romano de los Aurelios el hijo único de Flavia, Quinto Aurelio Fusco, que llevaba algún tiempo conspirando con otras personas de rango senatorial, obsesionados en igual medida por imponer a Roma emperadores de su mismo rango, o incluso volver a ese emperador colectivo: el senado, en el que durante siglos se había encarnado la esencia misma de Roma.

Muchísima gente de rango senatorial pensaba que no eran los bárbaros, por mucho que creciesen en número e ímpetu contra las fronteras fluviales del norte, quienes más ponían en peligro la estabilidad del imperio, planteando así la necesidad de elegir emperadores militares, sino, más bien, los generales ambiciosos,

siempre enturbiando las aguas de la política romana con sus eternas rencillas intestinas por el poder y el dinero, hasta el punto de que los bárbaros ya casi podían pescar en ellas poco menos que impunemente.

Fusco no estaba enteramente de acuerdo con los que así pensaban, ni, menos, con los pocos que buscaban solapadamente la destrucción del imperio pensando que el caos resultante: una confusión de reinos de taifas bárbaros guerreando constantemente entre sí, sería beneficioso para sus empresas comerciales, que prosperarían como nunca en tan caótico y virgen mercado común a ambas orillas del Danubio.

A estos traidores había que fumigarles, y él, Fusco, ya había comenzado a hacerlo, denunciando anónimamente a cuantos conocía. Y asistió gozoso a la detención sucesiva, y ejecución o desaparición subsiguiente, de todos ellos a manos de la policía militar. El peor pecado de su decálogo político era precisamente el derrotismo extremado de quienes pensaban en el final del imperio romano, diciendo, con sonriente encogerse de hombros: «¡Todo lo que tuvo comienzo ha de tener fin!, ¡adiós a la Roma eterna!».

Más de acuerdo estaba Fusco con los que apuntaban a un cambio verdaderamente revolucionario para los males del imperio: abrir la frontera del Rin y el Danubio y dejar entrar en territorio romano a cuantos germanos lo pidiesen, siempre y cuando llegasen desarmados y dispuestos a cultivar las inmensas extensiones de tierra fértil cuyos dueños, exterminados o espantados por los bárbaros, o demasiado ocupados politiqueando o socializando en Roma, las habían abandonado a los excesos de la naturaleza.

Estos inmigrantes traerían, además, sangre nueva para las legiones, más escasas cada vez de buenos reclutas, hasta el punto de que había sido preciso relajar mucho las normas tradicionales de altura y reciedumbre física que eran antes obligatorias para

entrar en sus filas. Y las legiones, así reforzadas, podrían lanzarse a nuevas empresas; por ejemplo: cruzar pacíficamente toda Germania, delinear una nueva frontera romana en su extremo oriental, a lo largo de los ríos Viadua y Maro, frente a la inmensa estepa de donde ya amenazaban extrañísimos invasores procedentes de lo más profundo de Asia.

★ ★ ★

La fuga de Fusco fue complicada y arriesgada en extremo, y, vista retrospectivamente, divertida y curiosa también.

En el sótano de su palacio romano había una trampilla muy bien disimulada que lo comunicaba con un islote de la Cloaca Máxima, y por ella desapareció Fusco bajo los ojos insobornables de su liberto favorito, que la volvió a cerrar en cuanto le vio desvanecerse en la oscuridad a merced de una lámpara acristalada, borrando él mismo de su mente, al mismo tiempo, todo recuerdo de tal fuga.

Fusco se vio en medio de un ancho río excrementicio y funéreo, apestoso a mierda y carne podrida, cuyas aguas corrían impelidas por la ligera pendiente que allí les imprimía su cauce hacia el Tíber, que las llevaría al mar.

Desde su islote Fusco pudo pasar el reborde que costeaba la corriente, saltando por otros islotes menores puestos allí por sus prudentes antepasados a insabiendas de los poderes imperiales. Estos islotes iban justo por encima de la superficie, de modo que Fusco, mareado por la peste y asqueado por el agua, gruesa de horror y porquería, hubo, además, de inundarse repulsivamente sus botas de cuero. Contuvo el asco fingiéndose juguetonamente en el infierno y oteando el negro y parvo horizonte en busca de la barca de Caronte que iba a sacarle de allí para llevarle al infierno particular que su alcurnia y su prestigio personal merecían. Así consiguió no vomitar, y hasta reír, y dándose por contento con verse, por fin, en el reborde de la cloaca, que era sufi-

ciente para dejar paso sin peligro a una persona, pudo seguir, costeando el gigantesco tubo subterráneo, hasta llegar fatigadamente muy lejos del centro de Roma, afueras adentro, a un lugar donde un boquete tenuemente iluminado le indicó la salida.

Fusco, saliendo a duras penas por una grieta, se vio en el interior de una cueva, donde, bien guardado al abrigo de curiosos e inclemencias temporales, había cuanto pudiese necesitar para camuflarse de forma que nadie le reconociese. Sólo entonces, como cuando se siente de rebote el horror recién superado, se dijo Fusco que el aviso luminoso de aquella cueva había sido tan sumamente tenue que prefería no pensar en lo que pudiera haber ocurrido de haberle pasado inadvertido: morir entre mierda y despojos pútridos de delincuentes ejecutados, esclavos furtivamente ajusticiados o simples suicidas. Apestando a sus condenados para toda la eternidad.

El mismo día en que Fusco y sus cómplices desaparecían de la escena romana, tuvo lugar en Roma un curioso suceso:

Esa misma mañana llegaron muy espaciadamente hasta veinticinco literas cerradas de aspecto modesto y poco llamativo a un vetusto y avejentado caserón sito en la parte de la ciudad que más agobiada estaba por el tráfico; llevaba largo tiempo deshabitado por causa de un eterno y muy sonado pleito por su propiedad entre dos grupos de herederos.

Para que llegasen a la cita estas literas se habían tomado considerables precauciones. Se procuró, ante todo, que pareciesen más propias de pequeños comerciantes o de horterizantes libertos, y no de auténticos peces gordos, dedicados, nada menos, que a conspirar contra el emperador, y se les buscó un itinerario tupido de literas de los más contrastantes tipos y formas en la hora punta por un verdadero laberinto de calles y callejas, y donde más abigarrada era la turba de hombres libres y esclavos.

Además, desde muy temprano, se había hecho que medio atascase el tráfico en la encrucijada donde comenzaba la vía que conducía al caserón una litera articulada, ancha y larga, grande como cuatro carromatos familiares juntos, sostenida por un auténtico ejército de esclavos, más casi otros tantos a ambos flancos a modo de previsor relevo. Encajonado entre tanta y tan agobiada estrechez, este monstruo hizo de auténtico tapón, y a su socaire las prudentemente espaciadas literas de los conspiradores pudieron deslizarse, sin que nadie se fijase en ellas, hacia una parte del barrio que lindaba con el de la Suburra y donde apenas había tráfico a aquellas horas. Mastodontes de este tipo no eran raros y con ellos se trataba de burlar la prohibición, rutinariamente vigente, de tráfico rodado en el casco urbano de Roma.

Durante el mediodía y parte de la tarde, los conspiradores estuvieron encerrados en el vetusto palacio, aunque un duende que les hubiera seguido no habría notado nada ilegal, audible siquiera, entre ellos. Dejando a los porteadores de las literas en la huerta de atrás del caserón, los conspiradores habían seguido derechos hasta un vasto sótano vacío y sin ventanas, mal iluminado y con un par de largas mesas cargadas de comida y bebida y varios bancos alineados contra las paredes, y allí, cerrando la puerta y quitándose en silencio las togas, quedaron en bastas y escuetas túnicas de un blanco sucio. Cada cual se sentó donde pudo o quiso, algunos en el suelo; como sabían lo que les esperaba, no se recataban de mostrarse sombríos y poco parcos en el hablar, bebían vino abundante, pero sin apenas comer nada. Sabían que uno de ellos era un delator, y ése era el único toro que les tocaba lidiar antes de poner fin a sus vidas.

Al cabo de varias horas, uno se levantó de pronto, gritando:

—¡Senado!

Los demás fueron respondiendo, uno tras otro, distintas palabras en clave, aisladamente incomprensibles, pero que, en su

conjunto, expresaban un concepto coherente, aunque banal.

Uno de ellos no decía nada. Fue dejando hablar a los otros hasta quedar el último: arrinconado, blanco de todas las miradas, guardaba silencio, preguntándose qué decir, sintiéndose ya ratoncillo en fauce de innúmeros colmillos.

Los demás, mirándose entre sí, se levantaron a una y convergieron sobre él, lentos y funestos, hasta que, pálido, rígido, mudo, apenas alcanzó el desdichado a sentir en su carne el tremendo apretujón que le sofocaba, de modo que, cuando sus atacantes se apartaron de él, cayó al suelo, inerte como un fardo.

Murió con la amargura de no haber intentado, siquiera fuese por elemental dignidad profesional y fútil reto humano, dar con la palabra clave que le habría abierto la confianza de tan siniestro ambiente; sin haber podido, cuando menos, burlarse de sus verdugos ofreciéndoles una frase escarnecedora en lugar de la palabra que esperaban de él y que él, para vergüenza postuma suya —¡él, policía político profesional y veterano, orgullo de su promoción!— no había sabido prever.

Cuando los otros comprobaron que estaba bien muerto, siguieron bebiendo en un silencio apenas roto por escuetos comentarios sobre nimiedades.

Hacia media tarde, como movidos por un resorte, volvieron todos a embutirse en sus togas y salieron al portal, donde sus literas aparecían casi instantáneamente ante la puerta del caserón para recibirles a un aviso gritado por el que había quedado allí de portero. Cada uno de ellos se subía a su litera y se retrepaba tras las cortinillas mientras los porteadores arrancaban a buen paso; enseguida se les unía un destacamento de soldados armados que salía del edificio contiguo y les guiaba hacia la sede romana de la policía política imperial, en las fauces de cuyo portalón desaparecían para siempre. Así, una tras otra, todas las literas.

Una vez dentro, los encargados de detener a los enliterados se fueron dando cuenta, al principio con erizada sorpresa, luego con creciente e impotente irritación, de que las literas no contenían otra cosa que cadáveres. Todos los conspiradores habían muerto por el camino, víctimas del mismo veneno, cuyos restos, torpemente derramados por el vaivén o por los nervios de la muerte inminente, manchaban los almohadones y los colchoncillos. Todos parecían apaciblemente dormidos, menos uno, cuyo rostro contraído y rígido cuerpo delataban otro tipo de muerte, y revelaban cierto sufrimiento, sin que hubiese en él una sola herida ni en su litera restos de veneno o huellas de sangre.

Para mayor perplejidad de la policía militar ninguno de los cadáveres era de los conspiradores cuya identidad constaba en sus listas; y todos, menos el que no había muerto envenenado, llevaban en la ingle o sitio parecido la marca a fuego del esclavo, borrada hasta la ilegibilidad a fuerza de raspaduras, someras quemaduras cutáneas o ungüentos corrosivos. Y uno tenía en la frente, muy maquillada para cubrirla, la ignominiosa marca a fuego: FVR, del esclavo ladrón.

Alguien recordó entonces que uno de los que salieron del caserón iba hacia la litera como apoyado en otros dos, que se le mostraban solícitos en extremo y le ayudaron a subirse: éste era, evidentemente, el misterioso asesinado, único hombre libre de toda la redada.

Por todo lo cual resultó imposible identificar a los muertos en una ciudad como Roma, con bastante más de medio millón de esclavos de los que nadie levantaba censo.

El jefe de la policía militar sabía, pero no lo dijo, que el misterioso hombre libre era también el único que no había ido allí a conspirar contra la sacra persona del emperador, sino a tomar notas mentales de lo que se dijese en las reuniones de los conspiradores: él mismo le había designado en estricto secreto para vi-

gilarles, y era un prometedor investigador llamado a Roma con ese objeto de una fuerza provincial de la policía militar. Se había infiltrado entre los conspiradores dispuestos a unirse al golpe que se planeaba contra el divino Claudio para poner en su lugar a un senador, pero era evidente que su conducta había despertado recelos y suscitado pesquisas.

Los verdaderos conspiradores ya no estaban en Roma, y sus parientes, interrogados, juraron no tener idea de su paradero. El emperador, consultado, ordenó que se les siguiese vigilando, pero dejándoles en paz por el momento.

La desaparición de tanta gente conspicua en medio de silencio tan general contribuyó a intensificar el ambiente de terror que había cundido entre la clase dirigente romana, sobre todo la aristocracia senatorial, que se sentía peligrosamente vigilada. Y los parientes de los desaparecidos, ante el insólito comedimiento del emperador, vivían ahora en la más mortal zozobra, soñando con súbitas redadas y tormentos importados del lejano país de los séricos.

El emperador destituyó fulminantemente al jefe de la policía militar y se contentó con enviarle de legionario raso a una legión danubiana, advirtiendo a sus jefes de que se le procurase gloriosa muerte en batalla lo antes posible, pues los importantes secretos de que era portador así lo requerían.

Su sucesor, en tanto, ordenó enseguida una discreta redada de esclavos confidentes de los desaparecidos, a fin de sonsacarles con torturas o premios el paradero de sus amos, aunque, incluso entonces, se cuidó de reembolsar a los familiares de éstos el precio de los que murieron o quedaron tan inútiles para el trabajo que fue preciso despenarles. En la finca de los Aurelios no fue posible hacer nada, porque todos los esclavos confidentes de Fusco habían desaparecido con él, y de los demás se sabía que no compartían ningún secreto suyo.

Así pasaron los años, y, mientras algunos de los conspiradores, amnistiados o descubiertos, afloraban acá y acullá, el paradero de Fusco seguía siendo incierto. Flavia y Plautila le sabían vivo en algún lugar de Germania que los apoderados de las factorías aurelias en esas tierras aseguraban no conocer.

Ellas se encargaron de correr convincentemente la voz de que Fusco había muerto en un abrupto descampado del Lacio, arrinconado contra un abismo, donde, retador hasta el final, se despeñó cayendo al agua que se encrespaba al fondo en el instante mismo de erizarse de flechas su cuerpo. Allí seguiría su cadáver, pasto de buitres y peces, mientras su espíritu vagaría para la eternidad sin reposo digno de un patricio romano.

Al oír, ya mocito, y de bocas tan fidedignas, la historia, primero, del fin de su abuelo, y luego del de su padre, Auréolo se llenó de creciente consternación y se afirmó más aún en su idea de que la sacro-santidad de Roma estaba siendo mancillada por soldadotes brutales: Claudio, Aureliano, todos eran lo mismo para él.

Lo que más le irritaba, más incluso que el asesinato de su padre, era el uso blasfemo que aquellos auténticos bárbaros con uniforme romano hacían de los mecanismos sagrados que habían dado gloria al imperio:

El senado, por ejemplo, pero, sobre todo, la legión, de origen tan evidentemente divino que incluso en manos de tan profana gentuza seguía siendo invencible.

«Mejor los godos», se decía Auréolo, «que esta abominación».

Su deber era vengar a su abuelo y a su padre, pero él solo no podía con enemigo tan poderoso. Se decía que matar a un emperador sería expiación suficiente, a ojos de los dioses más exigentes, para cualquier ofensa que su padre y su abuelo hubiesen cometido contra ellos. Sobre todo, pensaba Auréolo, si se tiene en

cuenta que son los esclavos quienes deben expiar las culpas de sus amos: para eso están, y Aureliano, que acababa de subir al trono imperial, era hijo de una liberta de su familia, lo que le ponía muy cerca de un esclavo, y hacía de él emperador y, al tiempo, casi esclavo: la víctima perfecta para desagraviar a dioses ofendidos. Auréolo, sin embargo, no se hacía muchas ilusiones: acción, se repetía, tan meritoria como difícil, imposible sin duda.

Flavia y Plautila se comunicaban en el mayor secreto las tablillas en las que Fusco les decía, muy anónima y escuetamente, y muy de vez en cuando, que seguía vivo y bien; y sus tablillas siempre terminaban así: «Si estáis bien, todo está bien, yo estoy bien». En una de ellas les añadió, en breve postdata, que lo que él quería, por el momento, era seguir pasando por muerto a ojos de todos.

Sus mensajes a su madre y a su esposa estaban concebidos siempre de tal forma que no fuese posible deducir de ellos la identidad o el paradero de quien los enviaba, ni, menos, el verdadero sentido de ciertas frases y palabras. Así, poco a poco, fue creándose entre destinatarias y remitente un verdadero idioma esotérico para cualesquiera lectores profanos, por íntimos que fuesen en otros terrenos.

Ellas, además, siempre borraban las tablillas de Fusco sin copiar más que datos o simples fechas. Esas tablillas les llegaban tan exactamente encajadas en cajitas de madera que ningún traqueteo o sacudida podría alterar mínimamente la superficie de cera, deleble, sin embargo, a la más leve presión de la yema de un dedo.

★ ★ ★

Corrían tiempos aciagos, justificadores de las precauciones más extremas:

De una finca cercana, varios soldados se habían llevado detenido al amo de la casa, un venerable anciano de estirpe senato-

rial, por el flagrante delito, denunciado por un esclavo al que el Estado inmediatamente compró y liberó, de servir la cena a sus invitados en mesas con manteles de púrpura, como escarnio a la púrpura imperial, se interpretó en las alturas, que así se volvía instrumento de pura gula y se manchaba de grasa y vino. Se fomentaban abiertamente las delaciones serviles, y nadie se sentía seguro en su propia casa.

No podía decirse que tales extremos fuesen idea original de Aureliano, porque Plautila recordaba perfectamente la desaparición de un tío suyo en el último año del reinado del emperador Decio, auténtico gañán panonio por su forma de conducirse, aun cuando descendiese por su madre de gente digna y clara.

Un día, cuando más alegre y confiada vivía la familia, entraron en la finca de su tío varios soldados dirigidos por un centurión: iban uniformados de gala, y el único que habló, y siempre con gran cortesía, fue el centurión:

El emperador, dijo, daba al caballero Sexto Plauto Cervilio la opción de ir con ellos a Roma o matarse allí mismo, ante sus ojos, de la forma que estimase más oportuna; Plauto tomó el veneno a la vista de todos, alegando innecesariamente que cortarse las venas era complicado y sucio, y preguntó, mientras le preparaban la pócima, cuál era la razón de su condena, a lo que el centurión se excusó con evidente sinceridad:

—Señor, es que no lo sé.

Plauto, pues, murió sin saber por qué, y Plautila, que entonces tenía dieciséis años, jamás olvidó la festiva afabilidad con que su tío le dijo, voz y ojos empañados ya por el veneno:

—La fuente de la eterna paz, hija, está abierta a todos —y llevándose la mano a un costado—: vaya, ya me trepa el veneno al corazón.

El último pensamiento del viejo caballero, cortado de raíz por el fustazo final del veneno, fue una vuelta trunca a su juventud

militar:

—… Acabaremos con los soldadotes, ya lo veréis. Yo también lo veré, desde mi estrella, que es Marte, conjuntada con…

Su mujer se inclinó a toda prisa sobre él y le dijo apresuradamente al oído el resto de este pensamiento, que ya le había oído en otras ocasiones:

—… con Venus, que es la mía.

Y él tuvo tiempo de darle las gracias con un súbito breve relucir de ojos, antes de morir.

Plautila oyó más tarde a su padre, que era hermano del muerto, la causa de la condena:

Los esclavos de su tío, por costumbre antigua en la familia, gritaban a coro al tiempo que encendían las luces de la casa al atardecer:

—¡Venzamos!

Denunciada al emperador Decio tan sospechosa costumbre, éste cerró el puño, apuntó hacia abajo el pulgar:

—¡A muerte!

Y cuando le contaron el fin de Sexto Plauto Cervilio, rió con ganas:

—¡Espléndido! ¡Genio y figura! ¡Una auténtica muerte romana! ¡Voy a tener que matar a muchos como él para confirmarme en mi idea de que la entereza romana sigue entera!

Lo peor, se decía Auréolo, oyendo estas cosas a su madre y a su abuela, era el terrible silencio de que se rodeaba tan sistemática y extremada represión, emperador tras emperador, como si todos ellos estuviesen cortados por el mismo patrón, cualquiera que fuese su conducta en paz o en guerra: «Está visto», se decía, con creciente convicción, «que no hay más remedio que devolver el poder al senado».

Nadie se fiaba de nadie ni de nada, nadie hablaba con nadie de nada importante para la salud del imperio. La elocuencia, viva arma suasoria de política entre iguales, era ahora instrumento de temblorosa defensa contra delaciones anónimas, o de servil halago ante purpurados soldadotes, que preguntaban, por ejemplo:

—¿Quién es más grande? ¿Júpiter o yo?

—¡Tú, señor! —respondía, candido, el preguntado; y, entonces, la pregunta trapera:

—¿Y por qué?

Momento éste en el que tus estudios de elocuencia y retórica te valían de muy poco, a poco vacilante que fuese tu reacción a ojos del imperial gañán de turno.

El recelo era la pauta de toda relación humana, la amorosa incluida:

—Te quiero.

—¿Más que al emperador?

El enamorado escrutaba entonces instintivamente los ojos risueños de su amada: ¿habría trampa en ellos?, ¿su padre, quizá, querría hacer méritos ante el emperador para salvar su finca de Bayas? Mejor, por si acaso, no contestar claro:

—¡Qué pregunta!, ¿qué duda puede caberte?

Y así se confirmaba el famoso hemistiquio de Abilio Básulo:

(…) el amor, mezcla de intriga y entrega (…).

El jefe de la policía militar del emperador Galieno había bautizado en broma esta cauta, implacable arbitrariedad del poder con el nombre de «política de noche y niebla»: nada se aclaraba, jamás se disipaba la tiniebla de tantísima culpabilidad o inocencia latente con normas claras o noticia precisa de la suerte mediata o

inmediata de nadie. Nunca se sabía nada, al menos oficialmente, de nadie que cayera en poder de la policía militar:

—El terror, para que surta efecto político —había dicho el emperador Valeriano—, no ha de tener otros límites que la resistencia de cada uno de sus blancos potenciales.

Sin sospechar, el infeliz, que él mismo iba a poner antes de mucho tiempo a angustiosa prueba tan severa máxima en la hedionda mazmorra persa donde, único emperador romano en quien recayese tan atroz ignominia, acabaría sus días, revolcándose, enloquecido, entre sus propios excrementos, ante las sonrisas y los comentarios chuscos del rey Sappor, que iba de vez en cuando a visitarlo para presenciar sus frenéticas, crecientemente incoherentes protestas.

Y, una vez muerto, su cuero, ¡oh, ludibrio de Rómulo, Augusto, Trajano!, convenientemente curtido y henchido de aire, recobraría la forma del muerto, pero arrodillado, y con ojos y cabeza bajos. Y Sappor lo llevaría siempre a su lado, diciendo, carcajeante:

—¡Soy el único rey persa con emperador romano particular, portátil, y siempre a mis pies!

Auréolo trataba de olvidar la patriótica angustia que le consumía entre devociones a Venus, Marte y Némesis, patronos de los gladiadores, pues la gladiación era su afición obsesiva, aun cuando fuese en su versión incruenta, nunca vista hasta entonces en los circos romanos.

Y no era que la cruenta no le gustase: al contrario; la belleza, después de todo, con sangre y lágrimas se moldea. Pero la incruenta le parecía más maleable y más práctica, porque le permitía conservar largo tiempo a los miembros de su cuadrilla, ejercitarlos y formarlos a su gusto en lugar de perderlos constantemente en combates desafortunados y tener que buscarles substi-

tutos a quienes ejercitar de nuevo; resultaba, además, más original, desde luego en los pueblos y las pequeñas ciudades de la comarca, que era donde él la ejercía, y había acabado por gustar mucho tras un cierto rechazo inicial que Auréolo atribuía más a perplejidad que a otra cosa.

Su cuadrilla se componía de Auréolo mismo y tres esclavos de su casa: jóvenes y fuertes y audaces como él. Los había sacado del trabajo doméstico prometiéndoles la libertad en cuanto tuviese autoridad para dársela, pero a condición de que, como libertos suyos, seguirían en la cuadrilla mientras su exdueño se lo exigiese.

Los cuatro cuidaban de inventar constantemente tretas y números nuevos, y ya llevaban tres años saliendo de gira: siempre en primavera y verano; la gente les esperaba cada año con más curiosidad e impaciencia que el anterior:

—¡A ver qué traerán este año!

Los ensayos de Auréolo y su cuadrilla, muy concurridos por la gente, libre y esclava, de la finca, eran casi la única nota de humor que amenizaba la sombría existencia de la familia Aurelia, siempre pendiente de la redada que nunca llegaba, cuya persistente demora contribuía a incrementar su inquietud. Y sin el sentido del humor de algunos vecinos, que se confortaban ante lo aparentemente inevitable estableciendo una tupida red de apuestas sobre a quién le tocaría primero.

Este año Auréolo y su cuadrilla presentaban un número nuevo en el que el dios Pan derrotaba, con sólo su siringa mágica, a dos samnitas y un reciario, armados, aquéllos, con espada y escudo, y éste con tridente y red, todo ello, menos la red, de madera plateada.

Flavia había pensado en algún momento ir a arrojarse a los pies de Aureliano, el nuevo emperador, a quien de niño había tenido en sus rodillas y llamado arrapiezo y pilluelo, y hasta castigado a pan y agua con orejas de burro y de cara a la pared, para mendigarle, en nombre de tan vieja, casi filial amistad, la vida de su hijo Fusco. Se imaginaba la escena: ella, desmelenada, entre oficiales que corrían desalados de un sitio a otro, dando información al emperador, recibiendo sus órdenes, bruscas y precisas, y repitiéndolas estentóreamente; ella se abriría el vestido, mostrándole el pecho desnudo, y Aureliano, entre dos bramidos a sendos generales, le diría que se levantase, que su hijo estaba perdonado.

Esto, Plautila se lo desaconsejaba vivamente:

—No puedes hacer eso sin permiso de Fusco, y ya sabes cómo es, siempre con su dignidad a vueltas. Y, luego, no te engañes: Aureliano ya no es el muchacho que conociste y protegiste; todos dicen que se ha vuelto peor que Claudio. ¿No ha hecho ejecutar a dos sobrinos suyos por adulterio con esclavos?

Aunque la muerte de su padre le dejaba a él convertido en cabeza de familia, dueño absoluto de sus vastas inversiones y posesiones, y aun de quienes las poblaban, Auréolo había accedido de buen grado a la petición de su abuela de dejarlo todo inapelablemente en sus manos mientras el gobierno imperial, sordo hasta entonces, decía ella, a sus peticiones, se decidía a reconocer oficialmente la muerte de Fusco.

De esta forma quería Flavia impedir que Auréolo cometiese la locura de casarse con Ligeia, la esclavita nacida en la casa de una pareja de esclavos sirios comprados por Próculo por sus conocimientos musicales: la cítara, sobre todo, utilizadísima entonces para amenizar veladas y dispersar melancolías.

Auréolo, así y todo, advirtió a su abuela y a su madre que, en cuanto su padre resultase oficialmente muerto, él pensaba dar la libertad a Ligeia, pero como *ingenua*, esto es: nacida libre, no como simple liberta.

Al mismo tiempo la sacó de la ergástula y la instaló en una amplia alcoba en plena parte noble de la casa, hasta con una doncella especializada en cosméticos que cuidase de sus afeites y de su guardarropa; esta insolencia puso a Flavia y a Plautila en el extremo de la estupefacción y sembró concentrada envidia entre los esclavos domésticos, aunque a Ligeia no pareció ensoberbecerla: era afable, modesta, discreta persona, obediente y alegre en todo momento, muy sumisa ante Flavia y Plautila, las cuales, por su parte, mostraban con ella una condescendencia tolerante que escocía mucho a Auréolo por más que no lo aparentase.

Ligeia decía que su próxima situación de persona libre era pura justicia, porque sus padres habían nacido libres: capturados por unos malhechores que habían sido prendidos y ajusticiados luego por varios delitos de secuestro y venta de gente libre, entre los que en el juicio se mencionó el caso de sus padres; aseguraba tener la documentación fehaciente en manos de una persona de toda confianza, residente en Antioquía.

Flavia y Plautila habían pensado al principio eliminar a Ligeia de forma discreta: había venenos que no dejaban huella, pero, en vista de lo irrevocablemente que parecía decidido el muchacho a tomarla por esposa, a pesar de lo sencillo que sería retirarla del servicio doméstico y tenerla por amante hasta cansarse de ella, las dos mujeres llegaron a la conclusión de que lo mejor iba a ser que fuese Fusco mismo, a su regreso, quien resolviera el asunto, como verdadero cabeza que era de la familia.

Auréolo insistió también en imponer su autoridad cambiando de nombre por sí y ante sí: de Gneo Aurelio Umidio que se llamaba, cambió al más eufónico y publicitario de Áureo Aurelio

Auréolo, que a Flavia y a Plautila les parecía más propio de un cómico de la legua que de un futuro senador, o, ¿quién sabía?, emperador Aurelio, pero lo toleraron como mal menor, como también toleraban, entre risas y chistes, aunque la procesión fuese por dentro, que el primogénito de los Aurelios errase con una *troupe* de esclavos gimnastas por los pueblos de la comarca.

En fin, se decían las dos, fuera lo que los dioses quisiesen, y ojalá volviese pronto Fusco de sus viajes por Germania.

Plautila estaba sumida en su espectáculo favorito.

Se había hecho construir en la parte trasera de la casa, al fondo de la inmensa huerta: tan lejos que tenía que ir allá en litera, nada menos que un pequeño circo:

«Mi círculo», lo llamaba ella, para su uso y abuso personales, y también, raras veces, para invitados que compartiesen su erudita, exquisita pasión por la gladiación.

Entre los esclavos más fuertes y ágiles de los campos de la familia, que tras la tapia trasera de la huerta se prolongaban hasta perderse de vista, Plautila tenía ordenado a sus capataces que eligieran a los más apropiados para la lucha gladiatoria: si le gustaban, les ofrecía que se sometieran a intensos entrenamientos para luchar por parejas en su circo, pero siempre a última sangre, pues a Plautila no acababa de convencerle la gladiación incruenta en ninguna de sus formas: la consideraba una excentricidad muy cargante, además de socialmente impresentable en grado sumo, sobre todo en la forma que le daba su excéntrico y polémico hijo.

Al que saliese victorioso se le otorgaba la libertad y se le ayudaba, aunque más bien tacañamente, a rehacer su vida con modestia; y los derrotados recibían una sepultura digna. Todos aceptaban, naturalmente: cualquier cosa con tal de salir del infierno sin esperanza del trabajo rural, de sol a sol, de por vida.

—Pero ¡ojo! La lucha ha de ser a muerte —insistía Plautila—, y nada de trucos o acuerdos previos entre vosotros, porque me los sé todos; cualquier trampa y volvéis derechitos a la ergástula, o peor.

Era curioso y estimulante cómo estas palabras encendían automáticamente chispas de odio mortal entre los aludidos, que, de compañeros de sufrimiento, amigos quizá, que eran, se volvían de pronto obstáculos mutuos en la lucha por la libertad. Eran mocetones embrutecidos por un trabajo bestial, sólo interrumpido por unas horas de sueño, las justas, y un par de ratos, todo lo más, para engullir el forraje, calculado de modo que siempre les dejase ligeramente hambrientos:

—El esclavo que no esté durmiendo —decía Flavia— debiera estar trabajando.

Por todo lo cual no cabía esperar de ellos otra reacción, al oír las palabras de Plautila, que una recíproca dentellada mental a la yugular.

Aquel día Plautila estaba disfrutando más que nunca de su deporte favorito. Orondamente arrellanada en el vasto sofá de piedra cubierto por gruesos almohadones de seda henchidos de plumón, seguía la lucha con arrobada intensidad. El circo era pequeño, pero perfecto en todos sus mínimos detalles, y con arena frecuentemente renovada, incluso en medio de un combate especialmente sangriento, para que siempre reluciese de puro limpia; suficiente arena, en todo caso, para que los combatientes, un samnita y un reciario, blindado el uno, semidesnudo el otro, evolucionasen muellemente cuando el recíproco acecho requería.

A Plautila le encantaba el juego tradicional: samnita contra reciario, o sea espada corta contra red y tridente, metal y músculos contra agilidad y astucia.

Lo veía como una parábola de la vida misma, y hasta llevaba tiempo pensando escribir un largo ensayo sobre esto.

A veces hacía traer gladiadores de fuera. O se los traían de regalo: una pareja de tracios, por ejemplo, obsequio de Flavia, lidiados en su última fiesta de cumpleaños, murieron de agotamiento contra cuatro parejas de reciarios de sus campos, que los atacaron sucesiva, incesantemente.

¡Cuánto disfrutó Plautila ese día! La lucha, sabrosamente interminable, no acabó hasta pasada la medianoche, y sin el menor atisbo de juego sucio: una representación realmente ejemplar. A medida que anochecía, se multiplicaban en torno a la arena grandes antorchas crepitantes, substitutas eficaces de la decreciente luz del día, y esto no sólo por consideración a los combatientes, sino también porque Plautila no quería perderse una sola estocada, una sola finta.

Cuando la última pareja de reciarios domésticos remató a los dos tracios de importación, no fue mérito de aquéllos, ni culpa de éstos, gigantescas moles de músculo y brutalidad, tan agotados de luchar sin descanso que ni moverse podían.

—Un verdadero crimen —dictaminó Plautila—, pero ¡qué maravilla, ver morir con los ojos abiertos a esos dos gigantes!

Su familia en pleno, y lo más granado de la aristocracia comarcal, que habían seguido el espectáculo en religioso silencio, incómodamente apretujados en las gradas, le dieron toda la razón:

—¡Y no sólo morir —comentó un vecino de los Aurelios, viejo hincha de cuanto oliese a sangre y arena—, sino, fijaos en lo que os digo: ir muriendo pulgada a pulgada, sin ceder terreno ni mostrar el menor miedo!, ¡eso sí que es raro!, ¡eso sí que es genio!, ¡e instructivo!, ¡casi un estudio científico que nuestros generales debieran hacer a fondo para calcular los límites de la resistencia de los godos!

Sí, muy bien, pensaba Plautila, escuchándole, todo eso estaba muy bien, pero lo que a ella le fascinaba era ver la última chispa de vida en aquellos rostros contraídos por el dolor y el espanto; se inclinaba cuanto podía desde su grada para captarla a través de la reja del casco, que siempre procuraba que fuese bastante abierta.

Agradeció, como hacía siempre, la gracia y los esfuerzos de los dos vencidos con sepulcros dignos y un modesto sacrificio a su manes, pero a los reciarios victoriosos decidió no darles la libertad hasta dentro de unos cuantos combates más: que se conformasen por el momento con un donativo a modo de consuelo; tampoco era cosa de desperdiciar así a ocho mocetones que tanto prometían.

Desde niña, Plautila se sentía sojuzgada por el espectáculo de la violencia. En la finca paterna nunca se perdía los castigos de los esclavos: palizas, sobre todo, o, con menos frecuencia, azotes con gato de nueve colas rematadas por puntas metálicas, que dejaban exhausto, inconsciente a veces, al azotado: listo, solía decirse, para la cruz. Y cuando había cruz, que era poquísimas veces, tenían que auparla para ver mejor: de mayorcita se subía ella sola a alguna piedra para ver clavar al reo a vista de pájaro. Su padre, en una ocasión, demoró unos días el suplicio de un esclavo fugitivo hasta que Plautila, enferma, pudiese levantarse y contemplar su muerte.

—¡Con qué ganas se volverían estos dos contra mí si ello les sirviese de algo! —se decía Plautila, contemplando a sus gladiadores.

Daba gracias a los dioses por la existencia de esclavos de quienes disponer a su gusto para estos placeres:

—Mucho más complejos y satisfactorios —se decía— que los de la caza, y posiblemente incluso que los de la guerra.

Plautila no era cruel: nunca hacía daño innecesariamente a esclavos o animales, ni les condenaba casi nunca, cuando dependía de ella, a otra cosa que azotes o días sin comer. Los castigos duros se los dejaba a su marido, Fusco, o a su suegra, Flavia, que eran fríamente implacables.

Con Auréolo, Plautila bromeaba:

—Cuando seas el amo de todo esto, seguro que optarás por crucifixiones incruentas.

Cuando le hablaron por primera vez de los cristianos, Plautila pensó que crucificaban a un esclavo en su ceremonia semanal, y jugó con la idea de hacerse de su secta ante la perspectiva de tal y tan frecuente espectáculo; al enterarse de que no era así, desistió.

Plautila seguía sumida en su espectáculo favorito.

Había llegado el momento clave de la larga lucha entre el samnita y el reciario, ambos realmente excepcionales; y el lanista, casi encima de ellos, les vigilaba con tensa atención. Plautila se decía con orgullo:

—Y entrenados aquí, y bajo mi dirección personal.

Ambos sabían perfectamente que uno de ellos tenía que morir. El señuelo de la libertad y la riqueza, porque, para sus menguados horizontes, mil sestercios eran riqueza, había cambiado radicalmente su actitud vital, suicida unos meses antes, cuando su vida era desesperadamente bestial: ahora se esforzaban, con creciente, febril ahínco, por agarrotarse el uno al otro; su dueña nunca alzaba el dedo pulgar: el combate era a muerte.

El samnita comenzaba a dar muestras de fatiga: entre el cuello del yelmo y el borde superior del peto la piel le relucía de sudor frío: le salpicaban gotitas del hierro abollado de la armadura; y el reciario parecía cobrar ánimos a medida que veía, en las fuerzas mermantes del oponente, su salida a una próspera libertad.

—Es la armadura lo que va a tumbarle —se decía Plautila.

El reciario acosaba al samnita a suficiente distancia para que su espada no le alcanzase, mientras con el tridente le pinchaba, apuntándole, con esa certera parsimonia que es fruto de la desesperación, entre las junturas de la armadura: así le iba desangrando a fuerza de minúsculas heriditas, que, juntas, acabarían sumando agonía, ceguera, blanco mortal seguro. El cuello unas veces, el antebrazo y el hombro las más: dondequiera que la juntura metálica fuese imperfecta, cabía una punta de su tridente.

A cada ataque, por nimio que fuese, el reciario oponía un ágil salto, blandiendo red y tridente y prorrumpiendo en un grito cortante y ronco, como de bestia de presa al borde del mordisco final. Este alarde, siempre repentino, aunque esperado por el oponente, desconcertaba a éste como un susto en un callejón oscuro y hacía soltar una carcajada a Plautila, que se fijaba en el rostro contraído del reciario, los ojos muy abiertos, el entrecejo anudado en un solo mechón de cejas.

Preparadas tan concienzudamente la impunidad del asalto final y la desmoralización de la víctima, cuyos nervios debieran estar ya tensos y gastados como sus músculos, pero nunca tan segura la victoria que no cupiese temer un ímpetu resurrecto de la bestia moribunda, el reciario dio un súbito salto, blandió sus dispares armas, descerrajó un tremendo alarido y cayó de golpe sobre su agotado enemigo, que blandía patéticamente espada y escudo, cayendo de espaldas contra el empuje, únicamente, de tan desequilibrante salto, cuyo autor se echó ágilmente para atrás mientras el caído se encontraba envuelto como por arte de magia en un laberinto de mallas que apenas le dejaba moverse.

Y allí quedó, chirriantemente jadeante, lastimosamente vuelta a Plautila la rala rejilla del casco: una simple cruz metálica que dejaría pasar púas y puntas, mientras el reciario, un pie sobre el pecho del caído, el tridente bien hincado entre el cuello del yelmo y el borde del peto, miraba también a su dueña, relucientes de esperanza su enorme sonrisa y sus ojos muy abiertos.

Plautila bajó lentamente el pulgar, disfrutando con cada instante del descenso, y el reciario, al ver el pulgar de su ama tocarle a ésta el pecho a modo de remate, remató a su vez la faena hincándole con ambas manos y considerable furia el tridente al samnita hasta clavarle en la arena, decapitándolo casi.

Plautila disfrutó lo indecible con el fútil pataleo del rematado, entre sanguinolentos estertores: espeso gluglú de sangre y aire y arena; un brevísimo vahído la desplomó, batida en brecha su veteranía por tan fuerte impresión, contra el mullido respaldo de seda de su pétreo asiento, y su doncella trató apresuradamente de reavivarla con los acres olores de un pomito de nácar, cuyo impacto acabó por volverla a la realidad para contemplar el último, rabioso, aparatoso estertor del samnita, y todo ello por el peor delito que conocía el decálogo romano: la derrota. Plautila gozó del ronco suspiro final, más elocuente que cualesquiera últimas palabras; aún estaba medio embargada: los ojos apenas abiertos, presa todavía de un placentero, sudoroso sofoco.

Así la dejaba también el amor con Fusco, e incluso el recuerdo del amor con Fusco: amor y muerte, sus dos experiencias clave, tanto en la realidad como en el recuerdo, eran para ella la vida.

Cuando recomenzó la primavera, Auréolo se dispuso, como solía desde hacía dos o tres años, a lanzarse de nuevo a campo traviesa con su cuadrilla de gladiadores incruentos, pero antes de salir dejó a varios esclavos de confianza el encargo, bien aliñado de promesas y amenazas, de estar siempre alerta para proteger discretamente a Ligeia del peligro que corría en su enrarecido ambiente familiar, mientras, como él pensaba que acabaría ocurriendo, se calmaban los ánimos en torno a ella.

La cuadrilla de cuatro mocetones formaba una de las atracciones más pintorescas de la comarca, cuyas lindes su fama ya había trascendido.

Lo nunca visto: dos parejas de gladiadores que, vencedores o vencidos, sólo derramaban sangre por error o accidente.

Eran dos samnitas y dos reciarios: reciario, por cierto, Auréolo. De madera espadas y tridentes; de madera también los escudos. Allí lo único metálico eran las armaduras. Las redes, de excelente cáñamo, tenían remates de bronce en las esquinas, para poder aterrizar con fuerza en torno a la víctima, y el nombre que les daba el ingenio popular, «telarañas», era exacto.

Este extraño espectáculo, tan lúdico como inocente, había chocado y provocado burlas al principio entre las fuerzas vivas de la comarca: labradores modestos y señores campesinos de mayor o menor prosapia, y algún que otro señorón: senador, caballero, traficante al por mayor, cuyos abucheos habían ido trocándose en aplausos; y ahora, los espectáculos de Auréolo y su cuadrilla, por más que no llegasen a tomarse del todo en serio, estaban siempre abarrotados.

Sus tres acompañantes eran hijos y nietos de esclavos de la casa, ninguno de ellos seguro de la identidad de su padre, pues la promiscuidad de la ergástula era general, y fomentada por los capataces, que así hacían méritos, cubriendo gratis las bajas que pudieran producirse en la masa de reses humanas, y aun les sobraban cabecitas de siervo que vender en el mercado de Sirmio.

Auréolo y sus tres compañeros habían consolidado, entre constantes ejercicios y alegre trabajo, una amistad que era insólita entre amo y esclavos. Más de un ojo se libró milagrosamente de saltar de su cuenca, más de un hueso de romperse tras una zancadilla echada a destiempo. Y todo se arreglaba entre risas. El vínculo jurídico que unía y separaba a vida y muerte a Auréolo y sus tres esclavos estaba ya casi olvidado entre ellos, y hasta lo tomaban a broma, a pesar de su agorera, íntima realidad, pues, dijeran las leyes lo que dijesen sobre cierto derecho del esclavo a la vida, nadie iba a poner en duda la palabra del propietario de tres

esclavos muertos, según él, en accidente de trabajo; eso, si la noticia trascendía, y si las autoridades se interesaban, cosas ambas más que dudosas.

Auréolo meditaba mucho sobre la cuestión servil, cuya legitimidad nunca puso en duda, pero que a sus parientes y amigos únicamente ocupaba, sin llegar a preocuparles, como peligro a su seguridad personal, o como fuente de gastos. A pesar de tanto discurrir, sin embargo, Auréolo seguía sin tener las ideas muy claras: la calidad humana, eso estaba claro, no la daba el simple hecho de aparentar tenerla, sino la ley.

Cualquier hombre dejaba de serlo con sólo que le declarasen esclavo quienes tenían potestad para ello, y entonces perdía todo derecho sobre sí mismo: su vida, su tiempo, hasta su nombre dejaba de ser suyo; únicamente con la muerte o el suicidio, que era un delito contra la propiedad, y merecedor de la última pena, podía escapar a la potestad de su dueño.

Pero cualquier esclavo se convertía en semipersona, o en persona completa, también había casos, si su dueño le declaraba legalmente libre.

Ahora bien, y aquí era donde la mente de Auréolo comenzaba a atascarse: si el cambio de res a persona se decidía en la mente del propietario, ¿qué ocurría en el tiempo en que éste maduraba esa decisión?, ¿se iba volviendo el esclavo menos esclavo en la misma medida?, ¿era ya semilibre?, ¿o semiesclavo todavía, lo que no quería decir exactamente lo mismo?, ¿o sería la simple expresión jurídica, oficial, lo que daba súbito remate válido a esa sutil transición mental?

En el fondo de sus sentimientos Auréolo no podía menos de considerar a sus compañeros con ojos de propietario. Él se esforzaba por tratarlos como si fuesen libres, pero le repugnaba concederles la libertad legal. El que jurídicamente siguiesen siendo sus esclavos le daba ciertas garantías: aun cuando no le gustase

confesárselo a sí mismo, Auréolo no se fiaba totalmente de ellos como seres humanos: el hombre libre, sin libertad que merecer ya, pensaba y se comportaba distinto que la res servil, interesada sólo en hacer patente su fidelidad.

Auréolo miró a sus compañeros: cabalgaban delante, cantando a coro canciones que ellos mismos improvisaban. Por enésima vez se motejó de hipócrita:

—¿No son amigos míos?, ¿pues qué más quieren? Claro que, si osasen tocarme, yo podría hacerles crucificar. Lo que tú quieres, Auréolo —se interpeló, medio en broma— es eterna fidelidad expectante.

Auréolo, el último de la cabalgata, rememoró su despedida de Ligeia, que había durado la noche entera. Y tan hondamente la echaba ya de menos que casi le dolía. Ahora que la esclavita tenía su propia alcoba en la mejor parte de la casa, le daba la impresión de que Plautila y Flavia habían perdido sus inhibiciones iniciales a tener en su medio a una esclava actuando como mujer libre, aunque siguiesen vetando su acceso al comedor familiar, lo que él dejaba pasar sin protestas; tampoco a la muchacha parecía esto importarle: una vez salvada Ligeia del apretujamiento obsceno de la ergástula, y conseguida para ambos la intimidad nocturna total, lo demás, por ser, en sus mentes, provisional, les daba lo mismo.

Cuando Auréolo les dijo a su madre y a su abuela que Ligeia no era para él un simple desahogo carnal, las dos se echaron a reír; luego se extrañaron y protestaron. Pero esto era ya historia pasada.

Auréolo se dijo que sus relaciones con Ligeia no podían compararse con las que le unían a sus compañeros, aunque sólo fuese porque la libertad de la muchacha, cuando la tuviera, iba a ser brevísima: de un día para otro, o casi, el vínculo servil volvería a

oprimirla en su variante conyugal, y era ella misma quien más lo deseaba:

—No necesito otra libertad —le repetía— que la de estar contigo.

Yendo la cuadrilla por el camino que conducía a la montaña, Auréolo se fijó en un nutrido grupo de jinetes que pasaron a su lado sin apenas dedicarles otra cosa que miradas fugaces y algún saludo.

Once hombres a caballo, con cuatro caballos más a la zaga sobrecargados de voluminosos bultos. Hombres y bestias igual de hirsutos: cabellera, barba y bigotes, por un lado; tupida pelambre y larguísimas crines por el otro, de modo que apenas se les veía de humano o de equino otra cosa que los ojos. Desastrado, sucio, el equipo de viaje: calzas germánicas los hombres; excelentes jaeces, muy romanos, las bestias.

Fue entonces cuando Auréolo notó que el hombrón que iba a su cabeza, y de quien, entre tanta y tan híspida pelambre, apenas se captaba facción reconocible, le miraba con tal intensidad que hubo de fijarse más en él. Al encontrarse ambas miradas, Auréolo sintió como una sacudida en todo su ser: aquel hombre se parecía extraña, hondamente al recuerdo que él guardaba de su padre muerto.

Hasta tal punto le agitó este encuentro que sus talones apretaron bruscamente, como un movimiento reflejo de su mente, los ijares de su caballo, el cual, a su vez, apretó el trote, seguido enseguida por los de sus compañeros, en apretado grupo, mientras los desconocidos desaparecían en un recodo del camino. Iban muy juntos, y Auréolo se dijo que, si eran romanos y venían de Germania, habría de ser tras largo viaje por territorio bárbaro, siempre apiñados en prevención de algún ataque, siempre posible y siempre, al tiempo, inesperado.

«No es bueno dejarse llevar por espejismos», se dijo, tratando de apartar de su mente aquella ansiosa mirada.

Persistió, sin embargo, en su memoria la difuminada impresión del profundo silencio en que iban sumidos los desconocidos, hasta el punto de que, a pesar de la distancia, creyó seguir sintiendo el golpeteo de los caballos contra el terreno pedregoso:

«Van a nuestra finca», pensó, confirmándose un instante en su disparatada sospecha de que aquel hombre hirsuto pudiera ser su padre, pero su sentido común se la refutó inmediatamente: «Mi padre está muerto, ejecutado por orden del emperador». Hizo rápido voto a Némesis, su principal patrona: «Te dedicaré un cabritillo blanco, sin mácula…».

★ ★ ★

Aunque aquello no era una visión sobrenatural o agüero llegado por bondad divina, pues el hirsuto personaje que tan insistentemente había mirado a Auréolo era, en efecto, Quinto Aurelio Fusco, su padre, que en aquel mocetón alto y hercúleo, de fino y recio rostro largo y agudos ojos grises muy hundidos en sus cuencas y muy juntos a ambos lados del exiguo puente aguileno, reconoció inmediatamente a su hijo Auréolo, por mucho que le hubiesen cambiado los seis años de su exilio.

«Mi vivo retrato», se dijo, apretando también los ijares de su bruto y haciendo seña a los otros de que le imitaran.

Su retrato exacto, pero de otros tiempos, pues la cabeza de Fusco mostraba ahora canas prematuras en torno a un rostro surcado y socavado y teñido por la intemperie; irreconocible de arrugas e inlavablemente atezado. Y su corazón, tan encallecido como la piel del dorso de sus manos.

Quinto Aurelio Fusco volvía a casa a insabiendas de todos; incluso de su madre y de su mujer, que le esperaban sin saber a punto fijo cuándo. Y él se decía que era mejor así: sentía pesar

sobre su familia el agorero ceño del nuevo emperador, de quien se decía que se había vuelto sombrío y caprichoso, y Fusco temía que fuese de los que, con la edad, comienzan a no perdonar viejos favores: criadito y protegido de su padre, hijo de una liberta de su familia que vivió hasta el fin de sus días en la finca, sujeta a ellos como sacerdotisa del Sol.

Fusco recordaba muy bien a Aureliano, pero no se fiaba de él: hacía mucho tiempo que no le veía, y pocas cosas cambian tan hondo y tan rápido a un hombre como ejercer el poder omnímodo. De jefe supremo de la caballería imperial a emperador de todos los romanos. Y eso que ellos dos habían sido compañeros de juegos infantiles, y llegado a una intimidad casi inconcebible entre niños de tan dispar edad y tan opuesto origen social.

Aunque a su padre, el senador Marco Aurelio Próculo, que había favorecido celosa y eficazmente los primeros ascensos de Aureliano en el ejército, le hubiese condenado a muerte el divino Claudio, Fusco sabía muy bien que tal era ya el peso de Aureliano en el círculo más íntimo y cerrado de ese emperador que, de habérselo propuesto, no le habría sido difícil disuadirle de ejecutar a su protector, de modo que, si no lo hizo, hubo de ser por considerarle enemigo jurado del poder imperial, que ambos, Próculo y Aureliano, ambicionaban para sí; tan notorio era esto que en los mentideros políticos de Roma se les apodaba con epigramática concisión «la cenefa y la espada a la greña por la púrpura».

Fusco había llegado a la conclusión de que tenían razón quienes pensaban que la salvación de Roma estaba en la resurrección del senado republicano como gobernante inapelable de la urbe y el orbe, y en la degradación del jefe de las legiones a simple ejecutivo militar, perteneciente siempre, a ser posible, a una familia senatorial, y en todo momento a las órdenes del senado.

«Yo no tengo nada contra Claudio o Aureliano», se decía Fusco, «ni es suya la culpa de que se comporten así: su poder les fuerza a ello. ¿Qué diferencia hay entre Aureliano y Claudio, o entre éstos y Galieno, pongo por caso, con ser, individualmente, tan distintos? Es la especie lo que conviene exterminar; la institución espuria que en mala hora se buscó Roma: el jefe militar, el general, convertido, de herramienta dócil del senado, en espadón perversor de la esencia misma de Roma».

Muchos, incluso gente apolítica, oponían a esto que Roma no podía prescindir ya de la figura imperial, supeditada al ejército, no al senado, por la fuerza misma de las cosas: el pueblo, según ellos, estaba demasiado apegado a una institución que les aseguraba comida y espectáculos para tolerar fácilmente su supresión; los legionarios, además, tampoco lo permitirían, pues sólo por intermedio del emperador podían controlar las arcas de donde salían sus soldadas y sus recompensas:

—El pueblo —alegaban los que así pensaban— ha hecho del emperador su despensero y su maestro de ceremonias, y los legionarios su interventor en jefe; y ambos, de la hacienda pública, su pagaduría.

La desaparición de Fusco había tenido lugar al tiempo que la de su padre, y fue, ciertamente, muy oportuna, porque, a raíz de ella, le avisaron de Roma de forma muy secreta y fidedigna de que ya estaba dada la orden de detenerle también a él a continuación.

Fusco salió en secreto de Roma y de Italia y cruzó la frontera del Danubio con un séquito de diez esclavos fieles que habían ido a su encuentro, avisados por él, desde la finca de Sirmio. En territorio germano no le faltarían medios, pues su familia tenía centros de negocios distribuidos por casi toda Germania, desde

la confluencia, o casi, de los ríos Rin y Danubio hasta el Mero y el Viadua, cerca de la vasta llanura oriental. Los Aurelios llevaban varias generaciones comerciando con los germanos y mantenían buenas relaciones, al margen de la paz y la guerra, con muchos de sus jefes y principículos, a quienes abrían cuenta en Italia para la compra de toda clase de artículos de lujo, y hasta les enviaban artesanos romanos especializados en diversas artes suntuarias y prácticas.

Durante casi seis años vagó Fusco por toda Germania, siempre bien acogido por reyes y reyezuelos. Fue por llanuras y montañas, vadeó ríos y cruzó lagos, dejándose una luenga barba muy poco romana y curtiéndosele y arrugándosele hasta tal punto las manos que habría podido tomársele por un jornalero errante. Vivió en poblados y aldeas germanas, unas veces como invitado del jefe y otras como un germano más, pues había llegado a aprender bastante bien la especie de lengua franca gotizante en la que se entendían entre sí tribus lingüísticamente distantes y a veces completamente distintas. En estas estancias, Fusco no cesaba de sorprenderse de lo diferentes que eran los poblados germanos de los romanos: apiñados éstos, como temerosos de su entorno, esparcidos aquéllos por grandes extensiones de llanura, como golosos de acaparar mucho apretando poco, a pesar de lo cual eran los romanos quienes más territorio poseían, mientras la dispersión germana tenía que ser pura apariencia, pues su ardiente deseo de cruzar el Danubio y el Rin a paso de vencedores sólo podían satisfacerlo hasta ahora como prisioneros o como turistas.

La añoranza que Fusco sentía por Plautila era más social y dinástica que sentimental, de modo que enseguida encontró a una familia germana pobre dispuesta a contratar los servicios eróticos de su bellísima hija a cambio de una buena casa sin goteras ni corrientes y un pedazo de buena tierra de labranza; cuando le llegó

a Fusco el momento de quitarse de encima a la chica, uno de sus apoderados se la pidió en traspaso, y así se hizo, previo nuevo acuerdo pecuniario con los padres. La chica, por su parte, no opuso ninguna objeción al cambio, que tampoco era el primero de su experiencia: muy en su papel de bien mueble o enser arrendable, se abría de piernas bajo quien su padre le dijese, viendo aumentar la fortuna familiar a golpe de alquiler; era experta en hierbas anticonceptivas y le decía a Fusco que a ella lo único que le importaba era la prosperidad.

El apoderado de una de sus factorías mostró a Fusco con mucha reverencia y sigilo una de las águilas perdidas por el general Publio Quintilio Varo en la asechanza del bosque de Teotoburgo, donde Augusto, gracias a los dioses, como pensaba ahora Fusco, cada vez más convertido a la idea de que germanos y romanos estaban hechos para entenderse, hubo de renunciar a toda esperanza presente o futura de conquistar Germania.

«A Augusto», pensó Fusco, contemplando el águila, «le dolió esa derrota como si estas águilas se las hubiesen quitado de su propia faltriquera».

Y en voz alta, conteniendo a duras penas la emoción que le embargaba:

—¿Por qué no me avisaste antes de esto?

—Tu padre, señor —le respondió el apoderado—, me hizo jurar silencio: pero ahora ya no está entre nosotros, de modo que dispon tú.

Ante él relucía el águila.

«Una joya», se dijo Fusco, «sin precio calculable a ojos de cualquier romano».

Era de oro macizo, y parecía mirarle decidoramente, rapazmente posada sobre el pequeño soporte, también de oro, en el que hincaba las garras relucientes. Militar desde muy joven, Fusco nunca había visto nada tan elocuente, agoreramente bello; la

mirada del águila, como cargada de reproche, le llegó de pronto a las raíces mismas del corazón: fue un instante irrepetible, tan irracional cuanto decisivo para él.

«¡Maravilloso agüero!».

El águila estaba diciéndole, como otros tantos picotazos en el cerebro, que era él quien tenía que seguir la obra de Augusto, pero imprimiéndole otro rumbo: el rumbo para el que sus visitas a jefes germanos, con quienes trataba de igual a igual, le habían hecho ver, a lo largo de sus años de exilio, que Roma y Germania estaban ya maduras: fundirse en una sola espada.

¿Como emperador, acaso? Gente más baja que él había ceñido la púrpura: Aureliano, sin ir más allá: hijo de una liberta. Y en cuanto a la legitimidad, allí estaba: los dioses mismos se lo exigían.

Haciendo un gran esfuerzo, Fusco consiguió dominarse:

—El astil es nuevo —le dijo al apoderado—, ¿lo mandaste poner tú?

—No, fue el jefe germano a quien se lo compré; me dijo que el antiguo se había perdido, o podrido. Él tenía el águila en su casa, tal y como la ves. De adorno. Y decía a sus hijos que se la había capturado… —el apoderado, hombre viejo y humorista, hizo una pausa de mucho efecto—… ¡Al mismísimo emperador de Roma en persona!

Muy preocupado por la inesperada, turbadora revelación del águila, Fusco ordenó al apoderado que guardase silencio absoluto sobre el hallazgo y le enviase el águila discretamente a su finca de Sirmio, porque en el palacio Aurelio de Roma, donde estaban las colecciones familiares, un objeto tan polémico y codiciado no estaría seguro. Él había visto águilas antiguas en la colección de armas históricas del Palatino, pero aquélla era la primera que le hablaba.

Junto con el águila, Fusco mandó por el apoderado un largo mensaje a su madre y a su mujer, advirtiéndoles, en términos sumamente vagos, de sus andanzas germanas y de su intención de volver a casa en un futuro más o menos próximo. Añadió en postdata, refiriéndose a lo que las dos mujeres le decían sobre las intenciones de Auréolo de casarse con Ligeia, que accedieran a todos los caprichos del muchacho excepto a que diese la libertad a la esclavita: de eso, y del disparatado proyecto de matrimonio, ya se ocuparía él personalmente a su vuelta a Sirmio. No les dijo nada de sus recientes noticias sobre un complot senatorial contra Aureliano, mucho mejor pensado y más discretamente organizado que el que se había tramado antes contra el divino Claudio, tan chapucero que éste lo había desarticulado sin la menor dificultad ni ruido; tampoco les habló de las urgentes revelaciones del águila.

Antes de volver, sin embargo, Fusco decidió redondear su viaje germano subiendo hasta Escandía, el extremo más nórdico del país, lo que nosotros llamamos ahora Escandinavia, junto al mar helado, donde la tradición familiar de los Aurelios situaba una colonia romana fundada por un antepasado suyo, fugitivo de las iras del emperador Hadriano.

Ese antepasado, Adibieno Aurelio Rotundo, escapado con una pequeña hueste de aguerridos libertos cuando los emisarios imperiales estaban a punto de alcanzarle, había empezado a enviar a casa, tras varios años de inquietante silencio, hasta el punto de que ya todos le daban por muerto, largas misivas en las que narraba a los suyos sus éxitos en lo más profundo de Germania: a orillas del mar Báltico, aseguraba, había fundado un pequeño imperio bilingüe; llegó incluso a imponer a las tribus vecinas una jerga latino-germana, de la que su hijo, habido de una princesa germana, y todavía buen romano, enviaba a sus parientes romanos divertidos ejemplos en las afectuosas postdatas que añadía a las epístolas de su padre.

Este hijo, que se llamaba Ulf Aurelio, heredó el trono del minúsculo imperio y enseguida apareció de visita en Sirmio con una extraña escolta de híspidos, recelosos germanos. Iba con ellos un destacamento romano que les vigilaba tras haberles desarmado, cortés, pero enérgicamente, en la frontera danubiana.

Sus parientes romanos, encantados con él, enseguida le pusieron de mote Regulo Victorino, sin que él lo tomase a mal. Durante los meses que pasó en Sirmio y en Roma, donde le llevaron de visita, alojándolo en el palacio romano de la familia, las vistosas ocurrencias, ideas y maneras de Ulf Aurelio, y, sobre todo, su curioso, barroco, contorsionado latín, causaron una verdadera revolución entre amigos y conocidos, mientras sus germanos despertaban recelo al pasarse las horas muertas en intrincada, hermética conversación con muchos de sus compatriotas entre los esclavos de la casa.

Finalmente, Ulf Aurelio y sus hombres volvieron a su tierra, a pesar de lo mucho que insistían sus parientes en que él se quedase. Hubieron de conformarse con su retrato, bellamente compuesto en mosaico por un artesano llegado con ese objeto de Milán; ahora adornaba la pared principal del tablinio o comedor pequeño de la casa. Ulf Aurelio prometió seguir en contacto con ellos, y, en efecto, a los dos o tres años de aquello, sus parientes de Sirmio recibieron una carta suya, larga y algo confusa.

Al volver a su imperio lo había encontrado dividido, pues un hermano menor suyo, aprovechando su ausencia para levantarse con el poder, había tenido que conformarse con la mitad ante la enérgica reacción de los legitimistas en defensa del ausente; la mitad rebelde quedó con el nombre de «imperio de oriente», y todos los intentos de Ulf Aurelio por reconquistarla fueron inútiles, hasta que llegaron noticias de que tupidas hordas de pequeños nómadas asiáticos, bigotudos centauros, se acercaban en son de guerra por las estepas hacia los bordes norteños de Germania.

En el momento de escribir su última carta, Ulf Aurelio estaba negociando con su fementido hermano cómo coaligarse ambos contra los inmigrantes invasores, de quienes le llegaban noticias a cuál más espeluznante. Y terminaba prometiendo una nueva esquela con el relato de su futuro triunfo, la cual, sin embargo, nunca llegó.

Algunos emisarios, enviados por sucesivos cabezas de la familia Aurelia en busca del curioso imperio latino-escándico, desaparecieron en la inmensidad del *barbaricum*, o volvieron sin haber averiguado nada.

Dos o tres generaciones más tarde, el entonces jefe de la familia, Lucio Aurelio Antonio, llevó personalmente a Roma un informe detallado sobre el imperio romano-escándico de sus parientes, subrayando lo más posible que se trataba de una aventura pintoresca y completamente casual y espontánea, sin la menor relación o contacto y, desde luego, sin el menor apoyo del resto de la familia. Así se trataba de poner coto a los peligrosos rumores sobre un supuesto imperio germánico de los Aurelios y de evitar recelos políticos en el emperador, que era entonces el difícil Cómodo. Se hizo cargo del documento la secretaria latina imperial. Meses tarde se recibió un cortés pero escueto acuse de recibo, y en eso quedó la cosa.

Fusco acabó: primero de su familia, dando con el lugar donde habían reinado sus antepasados, convertido ahora en vasto páramo moteado por restos de construcciones híbridamente romanas, algunas de buen tamaño, en ladrillo y madera. Entre ellas se levantaban ahora chozas de campesinos y pastores escándicos que hablaban un idioma vagamente reminiscente del gótico, pero, en lo esencial, distinto de todas las variantes que había oído Fusco en sus errabundeces, y, llegado el momento de tener que entenderse en él, difícilmente comprensible.

A poca distancia de allí, Fusco localizó los restos de un puerto de piedra encajado en la rocosa costa báltica: evidentemente romano en espíritu, si no enteramente en obra. Y también localizó los comienzos de una red de carreteras claramente romanas que parecía cortada de cuajo en su comienzo mismo, sin duda por un ataque inesperado.

Fusco pudo colegir, de diversas tradiciones y relatos en verso y prosa que acopió por la comarca, que el último de los Aurelios germano-romanos: un cabecilla medio salvaje que se hacía llamar Aurel Kaisar, y su hueste, que del latín sólo conservaba los gritos de mando, y aun éstos muy corrompidos, habían sido exterminados por una avalancha de brutales guerreros patizambos llegados del remoto este a lomos de pequeños caballos muy crinudos. Los escándicos decían que aquellos engendros eran una avanzadilla del reino de los muertos, cuyos habitantes, hartos de vivir en tinieblas subterráneas, querían volver a la luz del sol y les habían enviado a la tierra con el fin de que la tornasen apta para ellos, los muertos, despejándola por completo de seres vivos.

De todo esto Fusco coligió que Ulf Aurelio habría acabado por ser derrotado y muerto por su hermano rebelde, y éste, a su vez, por los misteriosos recién llegados. Se le ocurrió escribir un poema sobre tan exótico suceso:

«Una nueva *Eneida*», pensó, «*La Derrota del Nuevo Eneas*, por ejemplo». Llegó incluso a escribir los primeros versos, pero enseguida se aburrió y lo dejó inconcluso entre sus papeles.

Lleno de curiosidad sobre los invasores asiáticos que tanto inquietaban a los germanos, Fusco hizo cuantas averiguaciones pudo.

Según los prisioneros que caían en manos germanas, el grueso de la horda, la nación bárbara entera, había sido rechazado por los séricos, que habitaban el gran imperio asiático situado más

allá de Persia, al norte de la India, y que estaba protegido por una infinita muralla todo a lo largo de una frontera tan larga como la del imperio romano. Los jefes de los séricos, deseosos de quitarse para siempre de encima a los molestos advenedizos, habían despertado su gula hablándoles de otro imperio mucho más vasto y rico que el suyo: el romano, cuyas fronteras no tenían murallas, y, ahora, la horda innumerable, con guías séricos a la cabeza, cruzaba estepas y tundras, famélica nube de langosta: carromatos y caballos, en dirección al lejano Danubio, cuyas aguas, en sus sueños, eran de oro fundido.

Fusco pidió a su anfitrión, un jefe escándico que sabía bien la *lingua franca* gotizante, que le llevase a la zona donde, en precaria, recelosa paz, se confundían germanos fronterizos y salvajes esteparios, y allá llegó en un viaje que duró varios días por comarcas brumosas y grises, verde oscuro y húmeda sequedad, en compañía de varios guerreros acaudillados por el hijo del jefe; y así fue como Fusco se vio en el lugar donde él pensaba que debería estar la frontera del nuevo imperio romano-germánico con el que soñaba: el agorero fin del mundo civilizable, confín de la verdadera ecúmene.

Varios contingentes de prisioneros bárbaros emprendían entonces camino hacia el Danubio, donde ya habían sido adquiridos por mayoristas romanos; iban sin domar, le explicó uno de los guardianes:

—De domarlos se encargarán los romanos antes de llevarlos a sus mercados. Desde allí Fusco envió recado a sus apoderados de Germania para que incrementasen en lo posible sus compras de aquellos engendros, pues, le decían sus anfitriones, bien domados eran muy fuertes, resistentes y dóciles, propios, sobre todo, para el trabajo agrícola, pues amortizaban enseguida su precio y entonces se les podía agotar hasta la muerte en puro beneficio.

Había pensado también ir substituyendo poco a poco a sus esclavos agrícolas por éstos, que, además de más pequeños y baratos, y, en consecuencia, más manejables y económicos de alojar que los heterogéneos mocetones germanos o *getas* que él guardaba en sus tierras, no tenían la menor idea de la vida urbana, y no estaban, por tanto, permanentemente atormentados por el tentador espejismo de una existencia muelle y complicada como la de sus amos, en la que ellos no podían participar, pero que sentían cercana y deseaban con creciente rencor y amargura: lo cual les hacía muy peligrosos, como confirmaban las numerosas rebeliones de esclavos que había en los grandes latifundios panonios y galos: siempre se acababa dominándolos, pero dejaban largo recuerdo por las devastaciones de propiedad y las matanzas de gente libre que producían. Estos bárbaros nuevos eran muy distintos del resto de la servidumbre, con la que no tenían ningún contacto, y más fáciles de aislar en el recinto de altas tapias que separaban los campos de cultivo de la casa y la huerta. Para evitar que acabasen conchabándose, por difícil que esto fuese, Fusco pensó que quizá fuera buena idea cortarles a todos la lengua: se prometió meditarlo.

Como tenían que cruzar media Escandia y toda Germania hasta llegar a la frontera de Panonia, y el viaje era, además de largo, penoso y peligroso, sufrían muchas bajas, lo que los encarecía. Así y todo, el precio resultaba asequible. Se le ocurrió también crear una sociedad por acciones para la explotación sistemática de aquella cantera, que él pensaba que sería inagotable si, como esperaba, se formaba un frente germano-romano contra ellos, pues tal frente sería invencible. Se prometió hablar con amigos suyos sobre negocio potencialmente tan pingüe.

Fue éste el momento más hilarante, excitante de su vida: veía en aquel panorama nuevo y tentador un reto y una solución para el futuro de Roma, un punto de interés común a germanos y romanos, capaz de forjar entre ambos un vínculo de confianza y

miedo. Allí y entonces se juró a muerte obedecer al águila ciñendo la púrpura para salvar al mundo.

De vuelta al Danubio, Fusco estuvo a punto de toparse con una delegación imperial que iba a entrevistarse con un grupo de importantes jefes germanos para quienes llevaba un mensaje del emperador Aureliano, *dominus et deus*, señor y dios. El jefe germano que le contó esto juró no conocer la índole de tal mensaje, pero le dijo que esos contactos llevaban algún tiempo creciendo en número e interés recíprocos, y le aconsejó que se anduviese con cuidado, porque muchos germanos eran espías de la policía militar romana.

—En todo caso —le aseguró—, puedes contar con mi discreción.

Fusco trató de fundirse en el gris y el verde del paisaje germano, pero quedó muy intrigado: a lo mejor Aureliano estaba fraguando también planes para una entente cordiale romano-germana.

No tuvo más encuentros desagradables, ni, que él supiera, detectó su presencia allí la red del espionaje militar romano, cuya eficacia confirmaron todos sus anfitriones germanos. Decidió apresurar el regreso a la palestra.

Y ahora, Fusco volvía a casa.

Sus fieles esclavos, libertos ahora, le acompañaban, vivos como él, y, como él, muy curtidos y llenos de experiencias e ideas nuevas sobre Germania y Roma.

Al final del viaje, Fusco les había dado la libertad y la elección entre volver con él a Sirmio o quedarse en la Germania renana, de cuyos bosques eran indígenas, y tuvo la satisfacción de que todos ellos optasen por seguir a sus órdenes.

Ex amo y exesclavos estaban de acuerdo en que las recientes contundentes victorias romanas sobre los germanos debieran aprovecharse como trampolín para negociar un esfuerzo común contra los nuevos bárbaros cuyos pasos agoreros amagaban barrer muy pronto el horizonte estepario. Llegado el momento sólo se les podría frenar y destruir con la disciplina y el armamento de Roma apuntalados por masas frescas de germanos libres, para muchos de quienes el emperador romano era todavía un gran mago, o incluso el mismísimo Thor el del Martillo, rey de todo el panteón germano; Fusco había podido comprobar esto en una lejana aldea escándica: muchos germanos ni siquiera sospechaban la existencia de Roma y su emperador; y los que la conocían, llamaban a los romanos en su idioma «moscones», porque, como uno de ellos explicó solemnemente a Fusco, siempre estaban metiéndose en lo que no les importaba.

Fusco acababa de saber por sus cómplices de Roma que Aureliano pensaba detenerse en la finca de Sirmio camino de la gran campaña persa que iba a resolver, «de una vez por todas», como él mismo no se cansaba de repetir, el eterno problema de las fronteras orientales del imperio, y temía que el verdadero objeto de tal visita fuese vengar su desaparición y sus intrigantes vagabundeos por Germanía exterminando de una vez a toda la familia Aurelia y dando la finca a alguno de sus libertos.

El espanto de que las cenizas de su madre, su mujer y su hijo se mezclasen con la cera fundida de las máscaras de sus antepasados entre las ruinas calcinadas de la gran casa ancestral llenaba a Fusco de ira anticipada: hizo voto, en cuanto fuese emperador, de borrar de los anales el recuerdo del divino Claudio y el de Aureliano, y de raspar sus nombres de todos los monumentos y de todas las inscripciones: «Ni una estatua en el poblado más remoto», se decía, cada vez más iracundo, «ni una mención en las actas del municipio más insignificante».

Y echaría abajo los flamantes muros de Roma como indignos de la capital del mundo: «Roma», se repetía, «ciudad abierta, sus muros son sus fronteras».

Y celebraría grandes juegos romano-germánicos con miles de prisioneros esteparios.

Apresuró la marcha: era preciso llegar a Sirmio cuanto antes, enviar nuevos mensajes cuanto antes a sus cómplices de Roma.

Lo que nadie le había dicho, porque nadie de su entorno lo sabía, era que el emperador Lucio Domicio Aureliano estaba perfectamente al tanto de todas sus andanzas por Germania, y hasta de sus planes y visiones, y había decidido hacer escala en Sirmio, entre otras cosas, para juzgarle personalmente por alta traición. En la mente de Aureliano, Fusco ya estaba muerto.

La red de espionaje militar romano cubría todas las grandes casas senatoriales, tanto en Roma como en provincias, en ninguna de las cuales faltaba un esclavo, un liberto y, en ocasiones, incluso un pariente, pobre o rico, pero íntimo de la casa, que informaba regularmente a las autoridades sobre las cosas más nimias. Esa red era cada vez más completa, y día llegaría, según sus más ingeniosos jefes, en el que cualquier suspiro o gemido patricio sería debidamente anotado; no era raro que entre los agentes de la policía militar hubiera esclavos cubicularios, encargados de velar los desahogos eróticos, conyugales o no, de sus amos, y, en ocasiones, hasta de insertar hábil y placenteramente los penes de los más indolentes de éstos en las vaginas de esposas, amantes o bellas esclavas del gineceo familiar.

Aureliano había heredado esa red muy perfeccionada por Claudio el Gótico, ampliándola él luego con inteligencia y minuciosidad hasta convertirla en una perfecta máquina de información subversiva que ahora se extendía también por casi toda Germania hasta el punto de ser raro el principículo germano que

no fuese objeto de su atención, cuando no era él mismo quien la prestaba, informando a Roma sobre cuantos se le acercaban, romanos o germanos, para gozar a cambio de la esplendidez y la estima del emperador romano.

El jefe de este vasto tinglado: Nasco Crupilio, liberto favorito de Aureliano, era el hombre más temido del imperio, más incluso que el mismo Aureliano, el cual, a pesar de su proverbial severidad, tenía prontos de clemencia ajenos por completo a la mente de Crupilio, sensible sólo a los intereses del imperio, personificados ahora en su antiguo propietario y actual señor: Lucio Domicio Aureliano, a cuyo servicio había comenzado como simple mozo de caballos.

Fusco entró finalmente en lo que él llamaba su país: sus tierras ancestrales, y con la idea, entre consoladora y alarmante, de haber visto a su hijo, que iba, supuso, de caza por los montes cercanos, quizá de gladiación incruenta, como le habían dicho Flavia y Plautila que hacía de vez en cuando. Se echó a reír: «¡Pintoresco!».

De que era su hijo no le cabía duda. Aunque llevase más de seis años sin verlo, y eso en una edad en que los niños cambian mucho, se había visto dramáticamente retratado en el rostro juvenil que le miró un instante con sobresaltada fijeza.

Este parecido le tranquilizaba.

«Es mi hijo», se dijo, «irrefutablemente mío».

En una sociedad como la romana, en cuyas esferas dirigentes nadie estaba nunca seguro de ser padre físico de sus hijos oficiales, entre tanto esclavo bien parecido como pululaba por las grandes casas, no era infrecuente que algunos de éstos fuesen padres naturales de sus futuros señores, y vano en extremo tratar de averiguarlo si la madre no confesaba.

Fusco recordaba el caso de un vecino suyo cuya esposa había dado a luz un hijo negro, siendo blancos, no sólo su marido, sino

todos los amigos, clientes y esclavos de la casa. Condenada por su marido a morir de hambre, la madre, en el momento de ser emparedada, y convencida de verse castigada por los dioses con un monstruo de la naturaleza, reveló la identidad de su amante: un esclavo blanco como la harina de trigo, el cual, a cambio de morir de un veneno rápido y no clavado en la cruz por los cojones, muerte atroz cuya perspectiva bastaba para acabar con la más férrea resistencia, confesó ser nieto de un mulato, nieto a su vez de negros retintos. Lo cual produjo honda impresión en la comarca, y el consenso fue que los dioses, por razones difíciles de elucidar, habían resucitado al bisabuelo en el tataranieto, con lo que el falso padre hizo vender al niño a un mercader que prometió no revenderlo hasta llegar a África, donde iba en aquel momento en viaje de negocios.

Fusco estaba ya en la vasta finca familiar, familiar también para él palmo a palmo a pesar de su inmensidad, más familiar que cualquier otra parte del vasto imperio romano, del que él sólo conocía bien la historia. Ni Roma, con ser Roma, le era tan familiar como las tierras aurelias que se extendían Panonia abajo, desde casi la orilla del Danubio y desde los tiempos en que Marco Ulpio Trajano concedió al primer Aurelio mencionable, nieto de humildes libertos, una pingüe tajada de oro dacio en premio a haberle despejado eficaz y raudamente el camino de Sarmizegetusa cuando más tupida y terne era la desesperada defensa dacia. Con ese oro, Gneo Aurelio Umidio compró la primera de las sucesivas esposas nobles que iban a cambiar el color de la sangre de la nueva estirpe, y las primeras hectáreas de tierra panonia, provincia elegida por él para sede ancestral de sus descendientes por su cercanía a la Germania libre, cuyas posibilidades de compra y venta atraían su certero instinto de comerciante, pero también su incierto instinto político como refugio seguro de reos fugitivos de alta traición. Y así comenzó la opulencia de los Aurelios, que llegaron a no saber, literalmente, a cuánto ascendían sus riquezas

o por cuántas provincias se extendían sus propiedades: «Mis fincas, dondequiera que se encuentren», era uno de los latiguillos del primer Aurelio, cuyas maneras distaban de ser tan pulidas como las de sus descendientes tardoimperiales.

Fusco entró por una portezuela discretísimamente practicada entre los gruesos troncos de la valla que cercaba sus tierras por el lado oeste de la huerta: pocos conocían esa entrada, y hubiera sido difícil localizarla sin cierta noticia previa de su existencia: los esclavos que la cortaron en la recia valla pasaron luego a un mayorista en reses humanas y sólo los dioses sabían dónde los habría vendido.

Fusco y su gente se vieron en una gran pradera de altas y tupidas hierbas y ralos y enclenques árboles, llena de veredas y vericuetos y sin el hilo de Ariadna que les facilitase el acceso al vasto edificio bajo puntuado por dos torres laterales de tres pisos y una central de cinco que se levantaba frente a ellos como una gran atalaya bajo la espesa niebla vespertina.

Momento éste en el que apareció ante ellos una esclava ahijando a un ternero. Fusco se la quedó mirando: era hermosa y apuesta, tentadora en la tosca funda de tela basta cuyo escote le cerraba el cuello, llegándole apenas a las rodillas el faldellín.

Una incipiente plumbescencia fálica fue punzante tirón mental:

—¿Tú quién eres? —le preguntó, añadiendo—, soy tu amo, Quinto Aurelio. Y ella, bajando automáticamente la vista, con fuerte acento gótico:

—Huida, señor, soy un regalo de tu primo Amidio a tu madre.

—Deja aquí ese ternero —contestó Fusco, recurriendo a su jerga gotizante—, y avisa al mayordomo que al anochecer tienes

que venir a mi apartamento de la torre, pero ni él ni tú digáis a nadie que estoy aquí.

Ella dio media vuelta en silencio; la tela, muy ceñida, le marcaba el cimbreo a Fusco en todos los nervios. Él y sus hombres rodearon al ternero: Fusco se cubrió la cabeza con el extremo de la túnica y le asestó una certera estocada con su cuchillo de caza, inmolando la víctima a la diosa Fortuna, acción de gracias por haberles llevado a tan buen término de su arriesgado viaje.

Poco antes de llegar a la casa, Fusco y tres de los suyos desmontaron y se desviaron, éstos echándose a cuestas algunos de los bultos, hacia un roquedo ceñido de árboles frondosos. Fusco buscó entre dos rocas una angosta entrada cubierta de maleza. Entró delante, rápido, y los otros le siguieron con dificultad, por estorbarles la carga. Una vez dentro, empero, la cueva, apenas iluminada por restos de luz vespertina, era amplia. Los tres libertos dejaron sus bultos por tierra, mientras los demás del séquito se dispersaban con las bestias por la vasta huerta, como si tuvieran distintos trabajos que hacer.

Fusco cruzó a ciegas el amplio espacio interior. Entreoyó maldiciones a sus espaldas y se dijo que las aristas de piedra y ladrillo habrían desgarrado alguno de los envoltorios, esparciendo su contenido por el suelo rocoso. Encontró, tras algún tropezón, la escalera abierta en el interior del grueso muro, y la empezó a subir con gran prisa, impaciente por llegar a su paraíso, como él llamaba a su apartamento secreto.

Enseguida se vio en el tercer piso, que no tenía puerta. Abajo, sus acompañantes se repartían los bultos para emprender la empinada subida contra la áspera pared de la torre.

Fusco buscó una antorcha donde sabía que se guardaban y la encendió con yesca y pedernal que también supo dónde encontrar. La hincó en una anilla sujeta a la pared y escrutó el almacén,

pues tal parecía aquella estancia grande y sin ventanas, cuadrada y de techo plano, llena de sacos, cajones y grandes paquetes envueltos en gruesa, mallosa tela de saco.

Fusco fue derecho al fondo, apartó un enorme cajón y dejó al descubierto una portezuela cuyo vano estaba cortado en la pared misma. Apretó un resorte y empujó, abriéndose un escueto cuadrado de pared; lo cruzó y volvió a cerrar cuidadosamente la apertura.

La escalera, que comenzaba al borde mismo de la entrada, era ahora más empinada y angosta, pues su caja estaba excavada en la pared de la torre. Al fondo del primer rellano, Fusco se vio ante una puerta de madera, que abrió con una llave que le colgaba del cinto.

Así se llegaba al umbral de su paraíso: una vasta habitación gemela de la inferior, sólo que lo contrario de ciega, pues tenía ventanas protegidas por laminitas de cristal opaco unidas entre sí con listones de madera embreada. Un puro e intrincado mosaico: delfines, Neptunos, sirenas, Narcisos reflejando sus bellos rostros en agua clara que se los devolvía grotescos. Y el suelo, todo piscina, con un reborde corrido que apenas permitía andar a pie enjuto en torno a ella.

Fusco se inclinó a probar el agua: fresca estaba, crujiente, como a él le gustaba decir.

Le satisfizo sobremanera ver que durante toda su larga ausencia Flavia se hubiese seguido ocupando de su piscina. Era ésta una obra de arte. Él había tratado, con distintas y originales ideas, de hacer que el agua subiera sola hasta la piscina desde el sótano, bajo cuyo suelo cruzaba un canal cubierto que iba y venía del río cercano.

Finalmente, hubo de recurrir al más tradicional de los métodos: una serie de grandes cangilones de metal muy fino, sujetos a una cadena y elevados y bajados por un juego de poleas, llegaba

desde el sótano hasta la parte inferior del piso plano de la terraza, donde derramaban su contenido sucesiva e incesantemente en un tubo que desaguaba en el fondo de la piscina; el agua de ésta desaguaba a su vez en un orificio situado en una esquina, por el que caía en un grueso tubo de plomo que bajaba por el interior del muro de la torre hasta refluir en la corriente del canal cubierto que iba y venía del río cercano.

Esta operación de enagüe y desagüe tenía lugar al abrigo de cualquier curioso impertinente, pues los cangilones, como el tubo de plomo, bajaban y subían por el interior de la pared de la torre, que era muy gruesa. En el sótano, de donde partían, estaban encastillados los esclavos que se turnaban día y noche, de un contingente de treinta destinados exclusivamente a este trabajo. Esos desdichados nunca salían de sus cubículos subterráneos. Enterrados en vida, al margen casi de la luz, el aire y el espacio, quedaban en poco tiempo aptos solamente para el sacrificio o el retiro en algún muladar de esclavos invendibles: ciegos, torpones, fofos, autómatas, incapaces casi de hablar y comprender.

Lleno de orgullo y humildad filial, Fusco se despojó de su bragas germánicas, se desanudó el paño entrepernil, se quitó pelliza y túnica y quedó desnudo.

Su cuerpo era un curioso estudio en contrastes: Blanquísimo donde no le hubiesen tocado nieve y sol, viento y brisa, rayos y granizo; atezado, surcado, devastado el resto hasta devenir tosca estatua esculpida a golpes de gubia.

Se zambulló en la piscina, invocando mentalmente a Natacia, diosa de la natación, y dedicando su zambullida a los manes de su madre, cuya diligencia le brindaba ahora tan sabroso y fresco, vigorizante ejercicio. Y cuidando, por saberlo somero, de no darse con la cabeza en el fondo.

Nadó rápidamente hasta el extremo opuesto, y allí buceó hacia donde la pared se concavaba. Se perdió entonces de vista, y

tan por completo que ni en la superficie ni a través del agua límpida fue posible volverlo a ver.

Fusco salió a la estancia superior alzando con la cabeza una trampilla hasta la que se llegaba por una escala compuesta por tres asideros metálicos hincados en la obra, al primero de los cuales había que izarse desde debajo del agua. La subió a pulso, a despecho de sus años, muy gastados por los esfuerzos físicos, la ambición y la incertidumbre. La trampilla quedaba tan perfectamente encajada en el pavimento de mosaico que, sin conocimiento o recelo previo de ella, nadie la detectaría.

Con la seguridad de quien conoce su camino en la oscuridad más densa, Fusco fue donde estaba el recado de encender y reavivó una a una, con regodeante pausa, las lámparas que moteaban las paredes, hasta dejar bien iluminado el corazón de su paraíso a unos ojos como los suyos, ya miopescentes.

Suspiró hondo, miró en torno a sí: «¡Seis años!», pensó, «¡se dice pronto!».

La estancia era exactamente igual de grande que las de los pisos inferiores, pero mucho más baja de techo, y sin ventanas, para que su existencia no se coligiese desde fuera. Las paredes, al contrario que el suelo, cuyo intrincado mosaico mostraba con gran detalle una batalla fronteriza contra bárbaros pelirrojos, estaban desnudas de toda pintura que no fuese estrictamente abstracta, esto es: polícroma y herméticamente geométrica.

Era, o trataba de ser, una estancia secreta: sorda, muda, ciega, propia para refugio de gente cuya vida dependía de que todos les creyesen muertos. Estancia tan anónima como los esclavos que la hicieron, cuya suerte ulterior nadie conocía con certidumbre. En el centro del techo una trampa permitía airear el cuarto, y a Fusco salir a la amplia terraza, protegida contra curiosos por un alto reborde del que se levantaba un parapeto almenado.

El lujo de aquella estancia era verdaderamente republicano, o sea, pleno, pero discreto, sin los excesos asiáticos con que el imperio corrompía a la romanidad: una amplia cama baja, bien cubierta con mantas y sábanas y almohadas de media seda, recién rellenadas éstas con plumón de gallina, propio, por su bastedad, para dar al durmiente sueños más reminiscentes de un Catón que de un Calígula, y recién esponjadas, como todos los días durante seis años, por manos no serviles; una gran mesa de madera rematada de mármol negro y flanqueada por dos sillones de asiento y brazos duros; un gran armario que ocupaba una pared entera, y en el que había de todo: ropa y zapatos de todas clases, abundante recado de escribir, amplia reserva de tablillas y rollos de finísimo, suavísimo papiro; y dos grandes arcones llenos de cosas heteróclitamente necesarias.

Sobre una larga balda fija a la pared a la altura de la cabeza de su dueño se alineaban objetos personales: recordaticios unos, útiles los más: eran los talismanes de Quinto Aurelio Fusco, sus dioses familiares, para los que, sin embargo, no tuvo en aquel momento de reencuentro el menor pensamiento o cuidado, a pesar de que le habían acompañado mentalmente durante todo su largo viaje germano.

Mientras sacrificaba a Crepitito, el dios de la defecación, en un gran orinal de plata maciza con la A de los Aurelios engastada en oro en el fondo, Fusco seguía dando vueltas y más vueltas a sus experiencias germánicas, lo que más le preocupaba entonces:

«¡Los germanos saben por qué luchan!», se dijo, encarándose con el pardo y hediondo fruto de sus esfuerzos, «¡Luchan por la libertad y por la patria, y mueren a porfía por ambas!, ¿y nosotros?, ¡nosotros ya no sabemos por qué luchamos, como no sea por dinero, en defensa de una fiscalidad opresiva o en apoyo de la omnisciencia de soldadotes ignorantes!, ¿es eso lo que nos legaron los Catones, los Mucios, los Régulos?».

En uno de los arcones estaba su magnífica colección de manuscritos, cuyas joyas eran varias *Décadas* de Tito Livio pasadas a limpio por su autor; y el original, sin corregir, aunque con muchas notas al margen de varios asesores militares y gramaticales, de *La Guerra de Dacia*, de Marco Ulpio Trajano. En otro arcón, Fusco guardaba su *Historia del Pueblo Romano*, a la que, durante sus estancias en Sirmio, añadía constantemente apostillas y correcciones y recorrecciones, o tachaba párrafos enteros por repetitivos u ociosos, o bien porque en el intervalo había cambiado de opinión sobre el tema.

Manuscrito que, con tanto cambio y descambio, iba poco a poco volviéndose ilegible panfleto político que su madre estaba siempre alerta para quemar o, cuando menos, ocultar al primer amago de registro policial, pues cualquiera de sus líneas bastaría para condenar al autor a la cruz con aderezos de fantasía, como un clavo extra en la entrepierna, o boca abajo y con la cabeza cogida en el sustentáculo de los pies.

Fusco pensaba en su libro, que en seis años casi había olvidado; se dijo que iba a tener que pasarse unos días revisándolo a fondo a la luz de sus sobrecogedoras experiencias germánicas.

«¿"Germania, Nuestra Provincia Rebelde"?», se propuso de pronto como título del capítulo que pensaba intercalar, «no, excesivo; mejor: "Nuestra Hermana Díscola"».

Añadiría también el episodio de la revelación divina ante el águila de Varo; y enseguida: si no, sus recuerdos, todavía casi físicos, perderían fuerza y frescor.

Desnudo como estaba, Fusco cogió de la balda una estatuilla de su primer antepasado, caracterizado de Júpiter Panonio, advocación por él mismo inventada, y la besó cálidamente en el rostro, los miembros, el cuerpo:

—Padre mío —oró—, en ti confío ahora que empieza la fase más importante de toda mi vida, y no sólo para mí, para todos

los romanos.

Se dejó caer sobre la cama, republicanamente muelle, y quedó inmediata, imperialmente dormido.

Cuando Flavia oyó los golpes, cuidadosamente espaciados, contra el otro lado del tabique, a la altura precisa de su cama, apartó toda su atención de las declamaciones del esclavo para concentrarla en el lugar donde sonaban. El corazón le latía de pronto, con sofocante precipitación:

«¡Fusco!».

O, mejor dicho:

«¡Próculo, en la persona de Fusco!».

Más Próculo era Fusco, en todo caso, que cualquier esclavo, por mucho que éste se pareciese a Próculo en tipo, músculos, maneras, voz incluso.

En su mente siempre los había confundido, y en el niño Fusco vio desde el primer día un nuevo Próculo enviado por los dioses para otorgarle a ella, Flavia, el insigne, insólito don de ver a su marido por duplicado: creciendo ante sus ojos, mientras, paralelamente a ese milagro, envejecía, perdía gallardía y aplomo.

Viéndolos juntos a su lado, aunque en direcciones temporales opuestas, Flavia se sentía confusa como una gata entre dos ratones igualmente apetecibles; y cuando, ausente Próculo, no tenía ante sí más que a Fusco, le resultaba difícil contenerse de abrazarle hasta fundirse en él en cuerpo y mente.

Nerviosa, temblando de pies a cabeza, Flavia ordenó al esclavo encerrarse inmediatamente en su cubículo, y él, interrumpido en plena declamación epistolar, quedó como desintegrado de puro desconcierto. No era raro que su ama le interrumpiera: para corregirle, por ejemplo, pero nunca hasta entonces le había echado antes de terminar; al contrario, tenía que ser él quien se

fuera de puntillas, dejándola oníricamente en brazos de su marido.

Flavia, impaciente por ver a su hijo, se levantó de un salto, desnuda como estaba, y empujó brutalmente al hombrón hacia la puerta de su cubículo, cerrándola a sus espaldas con un clic cuya estridencia dio dentera a la septuagenaria, que, al borde del colapso nervioso, se apresuraba ya a responder a la llamada de Fusco.

El esclavo cayó al suelo en su angosta madriguera, gimiendo de miedo: no sabía qué iría a hacerle ahora su ama, y le aterraba el angustioso, claustrofóbico paso de las horas sin otra luz que la que alcanzase a entrar por un boquete practicado entre techo y pared; por el cual entraba también, sin tamiz alguno, cuanto frío o calor hiciese fuera.

Normalmente él distraía su soledad ensayando nuevas sesiones declamatorias, para las que, con el forraje y el orinal, le traían por las mañanas una lámpara de aceite con suficiente repuesto para tres o cuatro horas de trabajo, pero ahora sudaba frío, temiendo que apareciesen en el vano de la puerta la cabeza calva y la boca desdentada del cómitre mayor de la finca con alguno de sus matarifes. No había oído los golpes de Fusco, y el grosor de la pared y el hermético encaje de la puerta no le permitían seguir ahora lo que pudiese estar pasando entre madre e hijo.

Por primera vez en tantísimo tiempo, Flavia iba a tener inesperadamente a su lado a Fusco, hijo y vicepróculo, desde que ambos desaparecieran, casi al tiempo, de su entorno: el uno para ir a aguardarla en las alturas astrales; el otro, para tentarla con crípticas cartas desde tierras germanas.

Al ver que se abría de pronto un cuadrado de pared y entraba en la alcoba Fusco completamente desnudo, Flavia corrió a echarse encima una larga bata blanca con bordados negros y a

encender dos de las muchas lámparas que había a lo largo de las paredes.

La débil luz así encendida sólo descubrió miopes atisbos de los bellos frescos que decoraban las paredes del cuarto: delicadas escenas de suave y nostálgico erotismo, pasadas e irrepetibles hazañas carnales. Tres o cuatro lámparas más habrían bastado para desvelar los rostros jóvenes de Flavia y Próculo en aquellas figuras enlazadas en amorosa gimnasia, sólo vistas hasta entonces por ellos dos, y también por Plautila y Fusco, únicos seres libres que entraban allí, y sabido era que los esclavos carecían de ojos capaces de captar apetencias íntimas en el perfil humano.

Fusco se irguió de un salto ante ella:

—¡Madre!

—¡Mi Fusco! —exclamó ella, añadiéndose al tiempo: «¡Como una orquídea!».

Recio y musculoso, a pesar de sus cincuenta años bien cumplidos.

Sin que la recíproca desnudez les apurase mínimamente, Flavia y Fusco se abrazaron, besándose boca, carrillos, frente, ojos; ninguno de ambos decía nada. Finalmente, Flavia, impaciente, prorrumpió:

¿Cuándo había llegado?

¿De dónde venía?

¿Sabía que el emperador Aureliano, su viejo amigo Aureliano, estaba al llegar?

Calló de pronto, haciéndole señal de silencio, añadiendo a poco, confusa:

—¡No!, ¡aguarda!, ¡habráse visto, distraída!, ¡si nos llegó el águila! Aquí la tienes…

Corrió al armario del fondo, lo abrió, sacó penosamente el águila: agorera, siniestramente reluciente a la escasa luz.

La dejó en pie contra la cama, mientras Fusco caía de rodillas ante su fulgor, tan siniestro en la semiluz de la alcoba como esplendoroso y vibrante al fuerte sol de Germania.

Tocándola, contando sus plumas con todos los dedos de ambas manos, Fusco repetía:

—¡Qué alivio, madre!

—La guardé aquí, nadie sabe que está aquí, ni que ha llegado siquiera. Subí yo misma el paquete sin permitir que me ayudasen, ¡lo que pesaba!, algo me decía que tenía que ser un tremendo secreto.

—¡Otro signo de los dioses esa iluminación tuya!, ¡ellos te inspiraron! Dominándose a duras penas, Fusco se apartó del águila, se sentó sobre la mesa, miró a su madre, cuya bata se había entreabierto con el esfuerzo. Los pechos de su madre no cedían al tiempo, pero esto Fusco lo pensó pasajeramente, fija de nuevo su atención en el águila.

—No sabes, madre —se afanaba—, una verdadera revelación: fue padre quien la mando comprar, y sin decirnos nada, y bien hizo, porque es posesión letal a poco que cunda la noticia. Bien cara le salió, no creas, si te digo la cifra te asustas, pero vale con creces cada sestercio. Una revelación, te digo: en el momento mismo de verla, los dioses me iluminaron: ¡Tú, Fusco, traerás Germania al imperio! ¡Y no por la fuerza!, ¡Sin disparar una flecha! ¡Y entonces lo comprendí todo!, ¡todo!, ¡de golpe, como un mazazo!, cuatro años llevaba yo recorriendo Germania entera y viendo toda esa fuerza fresca, ¡y tan romana!, campesinos germanos que dejaban el arado para correr a ponerse a la cabeza de sus hombres, como tantísimos de nuestros antepasados, y poniendo, como ellos, vida y honor en defensa de la patria, amena-

zada ahora por extraños bárbaros del otro extremo del mundo. ¡Sólo nuestra cabeza, ayudada por sus brazos, puede exterminar a esos bárbaros, y mi misión consiste en hacérselo ver a los germanos: Germania y Roma, llegado el momento de la verdad, son necesariamente una!, ¡tonto de mí!, ¡no haberlo visto así de claro hasta ahora! ¡Toda esa sangre fresca y virgen se puede traer a Roma y revivir con ella los días del ejército republicano, cuando todos luchaban por la patria, y no por la soldada, o, peor, por el poder personal!, ¡tenía que ser el águila, Júpiter mismo, quien me hablase así con su sola presencia!, ¡fue ella, ella, quien me lo dijo, y sin una sola palabra!, ¡he comulgado con Júpiter, así como lo oyes!, ¡es la púrpura, madre!, ¡la púrpura!, ¡pero para ganar Germania, la renovadora de Roma!

Cayó, jadeante, sobre la cama, se sofocaba mental y físicamente con la visión de lo que los dioses ponían a su alcance, y Flavia, que había escuchado sus palabras con creciente inquietud, se sentía ahora tan aterrada que ni hablar podía:

«¡Insensato!», pensaba, «¡Es la muerte, si alguien sospecha esto!, ¡la muerte tuya, y la ruina de todos!».

Temblaba entera, inclinándose sobre Fusco, empujándole suavemente cama arriba para que se acomodase mejor, apretándole contra sí, y él, medio despertando un instante, metía la cabeza bajo la bata de su madre, hincándosela entre los pechos, y así fue quedándose dormido, con el águila bien arropada en su mente y repitiéndole el mensaje de los dioses:

«¡Júpiter y Marte, y la diosa Fortuna: Fortuna Romana, los tres a una!». Mientras, su madre le acariciaba suavemente, cuerpo arriba, cuerpo abajo, conteniendo a duras penas su creciente angustia:

—Sí…, sí… —susurrante—,… Fusco mío…, la púrpura…, y Germania…, toda Germania…

Ya le veía entre dos soldados, que le asfixiaban con sus escudos. ¡O entre dos fieras! ¡O, peor, entre dos esclavos: ludibrio atroz y funesto ejemplo de soñadores!

Mirando el águila, cuyos ojos parecían fijos en ella, Flavia se estremeció: Ojos huraños, rapaces, que a ella no le decían nada.

Tentada estuvo de pisotearla, pero se contuvo, miedosa. Se contentó con hacerle un ademán obsceno:

«¡Pajarraco de mal agüero, no nos mandes la misma suerte que a Varo!».

Se le soltó al tiempo la cabellera, mal prendida con dos alfileres, desparramándosele cuello, hombros abajo, hasta cubrir el pecho de su hijo con sus ondas relucientes a la luz escasa y temblona. Confesaba teñírsela, pero sólo para matizarla de negro cerrado, «porque», se apresuraba a añadir, «los años apenas la han empalidecido».

Flavia le avisó por el tabique medianero: quería hablarle, y Fusco, despertando a Huida, que roncaba suavemente en un extremo de la ancha cama, le dijo, brusco y urgente:

—¡Hale, vete! —pensando, como un reflejo simultáneo: «Tiene que ser algo importante».

El reflejo de la germana fue servil, inculcado rápidamente en su índole nativa de mujer libre. Capturada poco antes en un bosque ribereño por una patrulla de cazadores de esclavos, la habían domado en muy poco tiempo a fuerza de latigazos administrados por un especialista en no echar a perder la preciosa piel de bellas y lozanas muchachas bárbaras nacidas para esclavas de lujo.

Sin decir una palabra, Huida saltó de la cama, cogió su tosca túnica, levantó la trampilla del suelo y desapareció por el boquete que conducía a la piscina, que cruzó a nado mientras Fusco abría el cuadrado de la pared y asomaba la cabeza en la alcoba de su madre:

—¿Qué pasa?

Flavia, envuelta en su bata blanquinegra, casi sin resuello:

—Acabamos de recibir noticia de que Aureliano está al llegar, te lo digo para que estés al tanto; y también —bajando la voz, como temerosa de ser oída incluso allí— de que los cuatro emisarios que enviaste a Roma por distintos caminos han sido detenidos, ¡los cuatro!, en cuanto llegaron a Italia los cogieron, como si supieran la ruta que iban a tomar. Yo me voy, tengo que hacer los preparativos, hay que tenerle dispuesto un apartamento abajo.

Desapareció casa adentro, mientras a Fusco se le echaba encima el mundo entero.

Estaba siendo vigilado. Se seguían sus pasos, tenía traidores en su propia casa, quizá incluso entre los fieles libertos que le habían acompañado por toda Germania; desde luego, entre sus amigos germanos.

Lo cual daba un cariz muy distinto a la visita de Aureliano, que hasta entonces no le había parecido preocupante, pues ya sabía, por habérselo comunicado sus cómplices de Roma, que quería pasar por la finca panonia de sus años niños antes de empezar la campaña persa, donde podría morir. Estaba claro que había adelantado súbitamente su llegada, y esto, en el contexto de la detención de sus emisarios, le puso de pronto la carne de gallina.

Trató de dominarse:

¡Qué demonios!, ¡él no era un fugitivo de la justicia imperial, y, aunque supieran dónde estaba, no podían tener nada en contra suya! Sus emisarios, esperaba él, habrían cascado entre los dientes la ampollita de finísimo vidrio llena de veneno fulminante que llevaban siempre en la boca.

Mejor no perder los nervios, por mucho que le costase.

Tentado estuvo de volver a llamar a Huida, camino ahora de la clausura de esclavas guapas, donde no podía revelar a nadie la situación de su apartamento secreto, conocido sólo de Flavia, Plautila y Umnio, eunuco en jefe del servicio, y de un reducido número de esclavos sobre cuya fidelidad le entraban de pronto escalofriantes dudas.

Otras esclavas, sabedoras, como Huida ahora, del secreto, andaban perdidas por lejanas fincas aurelias; ya se acercaba el momento en que a Huida le caería en suerte la misma suerte.

En fin, olvidarlo: él, desde luego, no pensaba perderse la llegada del emperador a la finca; allá Flavia y Plautila, que se las arreglasen con sus problemas domésticos.

Desechó de su mente un agorero atisbo de sospecha: Aureliano venía a por él, y a por los nombres de sus conspiradores, si no los conocía ya.

Se encogió de hombros, llamó en su ayuda a los principios estoicos en cuyas doctrinas se había reeducado en sus veladas a solas en los páramos germanos: nada vale lo que la vida humana, y la vida humana no vale nada.

Cogió el voluminoso manuscrito de su *Historia del Pueblo Romano*, esparcido sobre la mesa en largas tiras de papel, lo ordenó cachazudamente, lo ató con unas cintas color púrpura y lo guardó en un nicho disimulado en la pared, el cual, cerrado, resultaba casi invisible, porque su contorno coincidía exactamente con las líneas del fresco geométrico: una sucesión de cuadrados concéntricos multicolores.

Sacó del armario un pomito de veneno y se lo guardó en el cinturón:

«Quinto Aurelio Fusco», se dijo, «ante todo, recuerda esto: nada, absolutamente nada vale un instante de inquietud, ni de desasosiego siquiera, en la mente de un hombre libre».

No se perdió la llegada del emperador: en la terraza de la torre, mirando hacia abajo entre dos almenas, Fusco dominaba bien todo el panorama de la entrada principal de la gran casa aurelia, por donde haría su entrada imperial Aureliano, hijo de una liberta de su familia.

Allí siguió Fusco, al acecho, acurrucado de modo que nada de él pudiera verse desde abajo, y con su caja de cristales de colores al lado: la había comprado en uno de sus viajes a Asia, y le servía para cambiar los colores de las cosas, y, con los colores, esperaba él, el talante que le provocase verlas. A Aureliano, su amigo de juegos de la infancia, quería verlo color púrpura, muy propio de un emperador romano, o color sangre, perfecto para un usurpador del sacrosanto poder de la loba.

La madrugada comenzaba a hervir en estío de plena primavera cuando dos jinetes aparecieron al fondo del paisaje. Iban al trote cerrado y emprendieron la suave cuesta que conducía a la casa: fijándose bien, Fusco percibió, lejana todavía, una ancha polvareda, como las barbas que le salen al sol cuando la ira le domina hasta el punto de preparar un acto de ardiente venganza contra sus criaturas humanas:

«Que el sol, por ejemplo», se dijo Fusco, «turbe la mente de los emperadores romanos hasta el punto de inducirles a atacar a los persas en pleno verano, que es su estación favorita para la caza de soldados romanos». Aureliano, por lo menos, iba a iniciar su campaña persa en el otoño.

Cuando ciñese él la púrpura se la lavaría con sus propias manos en sangre persa, pensó; la campaña del emperador Aurelio Fusco sería en lo más frío del invierno, y llegaría, dioses mediante, hasta la mismísima frontera india, donde los reyes fronterizos le estarían esperando con atabales y cornamusas.

Tenía planes grandiosos: devastar Persia entera, convertirla en un desierto: incendios, matanzas, dejarlo todo llano y cenicien-

to, vasta tierra de nadie, a repartir entre romanos, indios y séricos, mientras el persa, gente e idioma, se borraba de la faz de la tierra.

Más aún: conservar criaderos de esclavos persas totalmente analfabetos, embrutecidos y obligados por años de terror a considerar al romano su señor natural; esos criaderos estarían muy controlados, y nunca se permitiría que nacieran demasiados niños.

Además, se mezclaría a los esclavos con negros y bárbaros esteparios para crear una raza mixta, infrahumana, sin norte mental o geográfico ni sentimiento de autoestima o dignidad elemental; gente nacida para obedecer, capaces sólo de entender las órdenes de sus señores: órdenes dadas de una en una y, a ser posible, monosilábicas.

Fusco se dejó llevar en alas de este sueño.

Sueño, se repitió, perfectamente plausible en cuanto Roma pudiera olvidarse de su persistente pesadilla renana y danubiana; y que, además, dependería exclusivamente de los dioses, cuya buena voluntad quedaba explícita en su conversación con el águila.

¿Cuánto se tardaría en borrar Persia entera del mapa? ¿Cien años? Cinco o seis legiones estratégicamente apostadas, dedicadas exclusivamente a arrasar el país, provincia a provincia, pueblo a pueblo, hombre a hombre, y con el acicate del botín:

¡todo para los legionarios!; y las mujeres persas, a parir ciudadanos romanos, que buena falta hacían. Y…, ¿por qué no?, miles de germanos emigrantes a Persia, a la parte de Persia que se acotase para ellos: una nueva Germania asiática, verde y fértil.

Fusco hubo de frenar su imaginación, que ya saltaba en busca de nuevas conquistas: ¡tantas legiones, bien mechadas de legionarios germanos, y con oficiales romanos, no podían quedar inactivas…!

Uno de los jinetes llevaba en alto un pabellón blanco con la insignia solar en el centro, y, debajo, el lema:

CON ESTE SIGNO VENCERÁS

Él y su compañero frenaron en seco ante la entrada principal, cuyos portones se abrieron como por ensalmo. Umnio, sorprendentemente delgado para ser eunuco, muy serio y con amplios ademanes muy orientales, se adelantó hacia los recién llegados, les saludó con mucha ceremonia y se hizo a un lado, mostrándoles franca la entrada. El jinete del pabellón solar se lo tendió a Umnio, que lo recibió con otra inclinación y se dirigió, levantándolo en alto y situándose entre los dos jinetes, al interior del caserón.

A lo largo de la alta valla, que se perdía en el horizonte, se iban concentrando los legionarios en doble o triple fila, manteniendo entre sí cuidadosa distancia, mientras los oficiales corrían entre los grupos, y al fondo o a los lados trotaban otros, alerta todos, más por disciplina que por inquietud, contra cualesquiera sorpresas.

Desde su torre, protegido de la vista ajena por dos altas almenas, Fusco observaba engrosarse las filas: la guerra era su amor platónico, pues él, en las legiones danubianas, no había hecho otra cosa que satisfacer su afán, innato y cada vez mayor, de mando de hombres libres. Nunca había luchado, limitándose a mandar. Que a él, hombre, al cabo, de aspecto poco impresionante, se le pusiesen firme aquellos mocetones de músculos saltones, aquellos viejos nervudos, era cosa que, excepto hacer el amor, le excitaba más que cualquier otra: siempre salía de tal experiencia convencido de ser alguien; sensación que la política no le daba, ni la vida casera, a pesar de ser dueño de tantas extensiones, de tanta gente y de tantas riquezas.

Ahora, por primera vez desde que dejó el ejército para volver a Roma como senador, Fusco tenía ante sus ojos, bellamente desplegada en filas y grupos, que le recordaban un creciente y vivo tablero de ajedrez, una legión armada entera, y en estado de alerta. Espectáculo más bello, si es que lo había, él no lo conocía. Roma, para él, era eso: fuerza viva y fértil, y en orden: un orden voraz, creador de riqueza y paz.

★ ★ ★

Fusco recordó como un relámpago el día en que, siendo niño él y Aureliano ya un muchacho, vieron los dos pasar por aquel mismo una legión entera y de pronto se le juntaron ambas visiones en la memoria: la recordada y la tangible, la infantil y la actual, formando una unanime marcha marcial hacia el norte bárbaro.

Fue como un relámpago, los dos, Aurelariano de quince años y Fusco de nueve, se sumieron de pronto en reverente silencio ante tan vivo alarde de fuerza venerantemente sentida, pero nunca vista hasta entonces.

Los legionarios iban de cuatro en fondo. Sus escudos grandes colgándoles de mochilas grandes y abultadas, y sus espadas cortas, uncidos a los anchos cinturones oscuros, les golpeaban espaldas y muslos al ritmo de sus pasos, sonoras las tachuelas contra los guijarros del camino: espadas y escudos, como sendas batutas isócronas, iban marcando no solo el ritmote la marcha física, sino también el de la ronca, estentórea marcha militar que cantaban todos a coro entre los avisos que se cambiaban los oficiales a caballo por encima de tanta cabeza encascada de metal mate.

¡Adelante! ¡Quien se quede atrás pague la multa!

¡Adelante! ¡Quien más avance más cobre!

¡Adelante! ¡Del enemigo solo conozcamos la espalda!

¡Adelante! ¡Matémosle para verle por fin…!

Y, aquí, súbita pausa como para dejar que el eco de sus voces retumbase contra las nubes, cayese inmediatamente sobre ellos

¡*Por fin…, la cara*!

Fusco y Aureliano ante tan contundente afirmación de inteligente fuerza bruta, deseaban unirse a los legionarios, y Fusco se soñaba, pequeñazo y todavía imberbe, poniendo su botaza militar sobre los hombros caídos de algún enorme jefe godo, humillado ante él, mientras Aureliano se veía entrando, a la cabeza de un tropel de soldados, en plena formación enemiga, desbaratándola, dispersando a sus soldados, germanos o persas, por toda la llanura. Ambos se miraron, y Fusco, sudoroso, rompió el reverente, soñador silencio:

—¿Qué te recuerdan?

Y Aureliano, ardiente, tembloroso:

—¡Escarabajos! ¡Envainados en estuches de hierro, como escarabajos!

—¡Pues a mí me recuerdan catafractarios, enjaezados, acorazados, enalbardados como catafractarios!

—¡Musculados de hierro, como escudos!

—¡Escamados de hierro, como cocodrilos!

—¡Compactos, barbudos, como tiburones!

—¡Cinchados y aguijonosos, como dogos!

—¡Tensos sus músculos, como catapultas!

—¡Tensos sus tendones, como tiendas de campaña!

—¡Ansiosos de gloria!

—¡No!, ¡qué va! —le contrabramó Fusco—, ¡de lo que están ansiosos es de cobrar pluses de audacia, sus pensiones de retiro!

Aureliano se le echó encima, le apretó el cuello:

—¡Retráctate!, ¡retráctate!, ¡no insultes el brazo armado de la loba!

Rodaron por el suelo, riendo, olvidados de los legionarios, cuya canción les llegaba ahora más y más lejana, y Fusco, besando a Aureliano en la boca y levantándose y echando a correr, le sacó la lengua:

—Anda, que voy a ser general y senador, y tú no, y te voy a castigar, y voy a decir: «Ahí va ése», voy a decir, «¡a por ése, que le den de palos, por desobediente, y además no es esclavo de puro milagro!».

Al fondo, abriéndose paso entre las filas de los legionarios, apareció de pronto ante Fusco el coche imperial, tupidamente rodeado de la guardia germana, cuyos oficiales, de escrupuloso blanco, contrastaban con los soldados rasos, tribalmente abigarrado su atuendo, con predominio del negro y el pardo, a modo de contradictorio uniforme; ambos unánimes, empero, en llevar gruesos collares de oro y los cabellos rojizos revueltos al ritmo de sus caballos, pues sus cabezas rehusaban casco o tocado alguno. Los escudos, enfundados de gris y fijos contra el blanco de sus monturas, apenas se movían al acompasado trote.

Los apliques de oro del coche imperial, confuso su sentido solar contra el sol asaetante, relucían entre el contingente germano, que a Fusco pareció paradójico símbolo de orden y quietud, como un luminoso islote acompasadamente móvil entre el estruendoso hormigueo de hombres uniformados; la guardia penetraba ahora por el escaso pasillo que le dejaba el grueso de la

legión, entre el paisaje en cuesta que se alzaba al fondo y la alta cerca de la finca.

En torno al coche de Aureliano iban los altos oficiales que le acompañaban y rodeaban a la persona imperial: generales danubianos en su mayor parte, matado en mate gris por el polvo del camino el relucir de sus corazas, de modo que sólo los crestones rojos de sus cascos y el revolotear de sus obscuras capas cortas daban empaque a sus movimientos. Algunos de estos hombres procuraban mantenerse juntos delante y detrás del coche imperial, pero las peripecias del camino les forzaban continuamente a mezclarse con los germanos, y hasta a salirse del círculo mágico para entrar, por brevemente que fuera, entre las filas de los legionarios. Fusco contó hasta treinta, pero era inevitable que se le escaparan algunos.

El agorero empuje de tanta gente cubierta o moteada o erizada de metal, al que el sol creciente de la mañana panonia apenas conseguía sacar brillo, indujo a Fusco a recurrir a sus cristales de colores para concentrar mejor su visión.

Así se les veía bien.

Miró primero con el cristal verde, y le parecieron todos grandes, relucientes, agitadas plantas antropomorfas, sólo algunas de ellas florecidas en los crestones, verdes ahora, de los generales, mientras los demás se obstinaban en mostrar el redondo y mondo botón cerrado del casco verde contra la flamante, flameante primavera que reinaba por doquier.

Puso el cristal negro y el panorama se le ensombreció tan hondamente que, temeroso de algún ramalazo de mala fortuna, preguntándose por un momento si quizá había un dios al frente de tan funesto color, lo cambió, sin más, por el rojo: se le tiñó entonces todo color sangre; o púrpura, se recordó, con un golpe de súbita emoción asestado simultáneamente a todos sus nervios,

turbador como la aparición inesperada de una culebreante gaditana desnuda.

En ese momento distrajo su atención un incidente: varios legionarios rodearon de pronto el coche imperial, que acababa de parar frente al portalón de la finca, cuyas grandes puertas abiertas parecían listas para tragarles a todos como una fiera ávida, y comenzaron a tirar de la capota de cuero oscuro repujado en púrpura, taladrada solamente por unas ranuras que no permitían a los de fuera ver nada de su interior.

Fusco apuntó bien el cristal rojo, extrañado:

¿Qué estarían haciendo?

El coche imperial se mecía sobre sus correas al ritmo de los esfuerzos, algo torpes en apariencia, de los legionarios, que, finalmente, comenzaron a levantar un poco la capota.

Un par de ellos, subidos a los hombros de sus compañeros, les ayudaban, tirando desde arriba.

El coche imperial se descapotaba, dejando al descubierto su interior como en los coches ligeros de verano, y Fusco se dijo que aquel invento nuevo, pues tal tenía que ser si él no lo conocía, merecía imitación inmediata en beneficio de su parque móvil privado.

Siguió fijándose: olvidó por un momento al egregio ocupante mientras los legionarios bajaban la capota, que parecía haberse plegado sola, y la encajaban en un hueco con ganchos que había en la parte trasera del vehículo, donde quedó colgada sin sobresalir apenas del chasis.

Bien sencillo, en el fondo, se dijo Fusco: ¿cómo no se le habría ocurrido antes a alguien?, ¿a él mismo, por ejemplo?

Y entonces vio a Aureliano.

Estaba sentado en el único asiento del coche. Muy derecho, la cabeza descubierta, la mano abierta protegiéndole del sol, la mirada apuntada a la almena que ocultaba a Fusco.

Aunque su rostro se veía muy indistintamente, era evidente que la mirada le apuntaba a él. ¡A él, que, en su apartamento secreto, o tras las almenas, se creía ausente e invisible!

Al lado de Aureliano se veía a un general que parecía estar diciéndole algo al oído.

Con un fuerte escalofrío, nublándosele un instante la mente, Fusco se retiró de la almena, recogió de cualquier manera sus cristales de colores, se deslizó hacia la trampilla que comunicaba la terraza con su apartamento.

Recapacitó enseguida:

«¡Al diablo!, ¡no puede verme: no pue-de verme! Y si, por milagro, me viese, pensará que soy un reflejo de mí mismo; ha de creerme todavía errando por Germania».

Fusco y Aureliano se habían visto por última vez siete años antes, cuando, como se pudo deducir más tarde, ya los generales danubianos habían decidido asesinar a Galieno y poner en su lugar al divino Claudio o a Aureliano; llegado el momento, éste accedió sin dificultad a dejar que el sucesor fuese Claudio, sabiendo que él habría de ser necesariamente el siguiente, y que, entretanto, iba a ser algo menos que emperador, pero también algo más que general.

Aureliano le dijo a Fusco que tenía que volver rápidamente a la frontera, donde godos o carpios, o lo que fuesen, habían roto la defensa romana y amenazaban Sirmio. Y Fusco, a su vez, se limitó a explicarle que había decidido dejar el ejército porque tenía que entrar en el senado y atender al tiempo a los negocios de su familia, muy descuidados por su padre:

—Las legiones no me echarán de menos —dijo, forzándose a sonreír—, yo soy un militar de salón.

—Mientras tus actos se limiten a la estrategia —dijo Aureliano, con un destello de jovial crueldad en la mirada—, y en un salón, el imperio saldrá ganando. Que siga así. Ah, y otra cosa —añadió—, dile a tu padre que conspire menos y trabaje más.

Fusco se contuvo, sonrió a su vez:

—¿En qué quieres que trabaje, a sus años?

—Pues, por ejemplo, en mejorar su imagen, porque la policía militar le tiene muy fichado, cualquier día le ocurre un accidente.

—Se lo diré.

Aureliano le dio un abrazo, le besó en los labios:

—Cuídate tú también. Y, ahora, en serio: haz como yo, no te metas en política.

Lucio Domicio Aureliano, a sus cincuenta y ocho años, seguía tan erguido e imponente como de joven. Su rostro, sus movimientos exudaban inteligencia humana y energía animal; sus ojos, extrañamente penetrantes, socavaban las defensas del oponente con una sola mirada.

—Yo mismo —solía decir— me convierto en oponente de mí mismo con sólo mirarme al espejo.

Su rostro, pequeño y redondo, daba la impresión de una comadreja chata, y cuando contraía sus facciones, lo que hacía con frecuencia, devenía tan pequeño en el espacio en que éstas se agolpaban que se diría un laberinto de apretados surcos centrados en la nariz plana y rematados por la boca pequeña y casi sin labios.

Amusio Casio, el nuevo jefe de la policía militar, susurró unas palabras al oído de Aureliano:

—Fusco te observa desde lo alto de esa torre, entre la segunda y la tercera almena, es allí donde tiene su apartamento secreto.

Aureliano alzó la cabeza y se fijó en el lugar que Casio le indicaba: tan fuerte era el sol que hubo de llevarse a la frente la mano abierta a modo de pantalla. Por mucho que se fijó, sólo vio un reflejo tan cortante que no tuvo más remedio que entrecerrar los ojos:

—No le veo —dijo—, hay algo que reluce, como metal.

—Seguramente son sus cristales de colores —respondió Casio, flamante en su uniforme de general, tan nuevo y bien ajustado que inmediatamente denunciaba al policía, militar o no, pero siempre ratón de retaguardia—, tiene un juego de ellos, lo compró en Asia. Estará observándote en verde, en rojo, en azul, en amarillo.

—Rojo y amarillo más bien —Aureliano seguía mirando, ahora con más curiosidad que antes—, la púrpura y el oro le apasionaban.

Ya no recordaba cuánto tiempo hacía que no le veía. Y ahora iban a volver a verse. Y sería por última vez, porque poco después ambos estarían muertos. Varias veces les había avisado a él y a su padre de que dejasen de jugar a la conspiración; no haberle hecho caso le había costado la vida al viejo Próculo, y ahora, lástima, verdadera lástima, iba a costársela también a Fusco, que había ido mucho más lejos que su padre en aquella fantasía anacronizante que estaba llevando al otro mundo a tantos romanos que, ocupados en otras actividades, habrían podido seguir siendo útiles. Aureliano se pasó la mano por la frente: no le gustaba el parricidio, ni, menos, el fratricidio, pero su misión imperial era lo único realmente importante, sobre todo ahora que se sabía con los meses de vida contados. Levantó los ojos al sol, esplendoroso en aquel momento: no pudo resistirlo y los tuvo que cerrar, encerrando miles de estrellitas solares entre ellos y los párpados.

«No soy yo», se dijo: ahora tenía al Sol en su interior, «padre mío, no es mía la culpa».

Aureliano volvió la vista hacia el gran portalón donde ya se habían concentrado todos los habitantes de la finca que no vivían escaleras abajo o tras la alta valla que la separaba de los vastos campos cultivados. Con Flavia, Plautila y Auréolo a la cabeza, este último mandado llamar a toda prisa y llegado a uña de caballo desde el pueblo cercano donde sus representaciones de gladiación incruenta cosechaban entusiastas silbidos y arrobados o sarcásticos aplausos.

Detrás de ellos se apretujaban esclavos, libertos y criados libres, pocos estos últimos, deslumbrantes todos con sus vestidos nuevos; más de cien parecían en total. Llevaban en alto antorchas encendidas, a pesar de lo esplendoroso del día, y miraban fijo el rostro solar del emperador, como expectantes.

Aureliano saludó, mostrándoles la palma de la mano derecha, y todos, imitando a Flavia, Plautila y Auréolo, abrieron a una los brazos, como invitando un cálido abrazo imperial:

—*Caesar, imperator et dominator!* —gritó Flavia, coreada, al repetir la salutación, por Plautila y Auréolo; y cuando los tres callaron, la turba servil añadió, a coro:

—*Caesar, domine et dee!* —agitando al tiempo las antorchas, y Aureliano, ahorrador instintivo, se decía que aquello era un derroche innecesario, sobre todo cuando la antorcha de su padre, el Sol, bastaba y sobraba para todos; enseguida olvidó tales futesas, súbitamente angustiado por la visión de Flavia y Auréolo.

Hacía cuarenta años que no veía a Flavia, y, al aparecérsele ahora exactamente igual que su memoria la evocaba de entonces, Aureliano se dijo que estaba frente a un claro aviso de los dioses: no era posible tal lozanía en una septuagenaria, como no fuese a modo de advertencia divina.

¿Pero qué advertencia? ¿Estarían diciéndole los dioses en aquel rostro que no había pasado tanto tiempo, que él seguía siendo el joven protegido de aquella garrida anciana, protección simbolizada en tan persistente lozanía, a contrapelo de las leyes naturales de decadencia y muerte? ¿Le mostraban acaso el rostro milagroso de Flavia a modo de espejo de su verdadero rostro, vivo y joven tras las arrugas y el pelo entrecano, como diciéndole: ¡éste eres tú en realidad, joven y con larga vida por delante, no hagas caso de dictámenes de médicos ignorantes!? ¿O sería, por el contrario, la muerte misma: su propia muerte, quien le miraba desde su infinitud invulnerable, recordándole su inevitable y próxima desaparición?

Todo lo cual, con ser angustiante y, para la mente humana, aparentemente contradictorio, se complicaba más aún con la aparición del joven que estaba a la derecha de Flavia, el mismo que le había saludado reverencialmente por el camino, solicitándole audiencia, presentándole a los tres jóvenes esclavos, a caballo como él, y pidiéndole les concediera el honor de ofrecerle un espectáculo algo raro: gladiación incruenta, idea que habría sido recibida en Roma con despectivas risotadas y que a él no pudo menos de despertarle curiosidad; y luego, contemplando aquel prodigioso espectáculo de agilidad y pericia: no gladiación, ciertamente, prestidigitación corporal más bien, le había encantado hasta el punto de recompensar espléndidamente a sus ejecutores, entre palabras de elogio y ánimo por su parte y humildes inclinaciones de cabeza por la de ellos, mientras en la suya surgían de pronto temores de haber asistido a la celebración de sus propios juegos funerales: lo cual, ciertamente, sólo podría ser así por solapado designio de los dioses.

Se dirigió a Casio:

—¿Quién es el muchacho ése?

—Auréolo, señor —le susurró Casio al oído: su instinto policíaco le inducía a envolver en innecesarias precauciones la revelación más inocente—, el hijo único de Fusco.

De pronto Aureliano se fijó en que Auréolo estaba mirándole fijamente. En aquellos ojos pertinaces le pareció ver por un instante los de Fusco, augurándole reveses, llamándole usurpador de la púrpura. Y los tres, Flavia, Fusco, Auréolo, se le tornaron de pronto siniestros enviados de los dioses para eliminarle antes incluso de que la muerte llegase en alas de la enfermedad, tan inesperadamente revelada, que le carcomía desde hacía quién sabía cuánto tiempo.

«Aclaradme esto», insistió, suplicante, a los dioses, mientras terminaba de bajarse del coche, «si ésta es o no vuestra decisión».

Se recogió un instante en sí mismo:

«Si me concedéis vida hasta que la campaña de Persia vaya bien encaminada y Probo esté bien sentado en la silla del imperio, os prometo una hecatombe de persas: la población entera del imperio persa, una inmensa hoguera cuyo humo llegará hasta vosotros; o, si no, una hecatombe de vírgenes persas, de ambos sexos, blanquísimos todos, impolutos».

Los germanos formaron inmediatamente en su redor, desplazando de su cercanía no sólo a los altos oficiales, sino incluso a los generales, y dejándole libre el paso hacia donde Flavia y los suyos le esperaban con los brazos unánimemente abiertos.

En cuanto Aureliano inició la marcha hacia la entrada de la gran casa, una ola de esclavos salió apresuradamente de ésta con grandes cuévanos henchidos de flores; los germanos se tensaron, dispuestos al contraataque, pero los recién aparecidos arrojaban ya a porfía nubes y nubes de flores ante Aureliano a modo de alfombra fragante y multicolor. Flavia, igual que el director cuando alza la batuta, rompió el silencio expectante en los oídos de todos, y volvió a gritar:

—*Caesar, domine et dee!*

Lo que fue repetido por todos a ensordecedora voz en resonante cuello, y Aureliano saludaba, muy serio, sin poder quitarse de la cabeza la obsesión de no saber si era la muerte o, quizá, la vida, quien le abría los brazos en la lozana persona de la madre, o bien la venganza más implacable del padre en los ojos opacamente relucientes del hijo.

★ ★ ★

Fusco despertó al ruido que hacía el tabique de su madre al abrirse sin previo aviso. Se quedó mirando, muy alarmado, y enseguida vio salir de la apertura un hombre alto y fornido, cuya cabeza estaba coronada por una diadema de rayos solares. ¡Aureliano! Sí, justo, Aureliano, el emperador, se irguió en el apartamento secreto de Fusco, que le miró en silencio.

Estaba muy serio, y Fusco se dijo que había cambiado desde la última vez que se vieran: más viejo, pero todavía bien parecido de rostro y recio de cuerpo. La atención de Fusco enseguida se distrajo, porque por la apertura del tabique seguía entrando gente: un hombre grandote con uniforme de general, que, casco en mano, se situó junto a Aureliano, y un ser extraño: calvo, bajo y esbelto, de rostro escueto y grandes ojos negros.

«Será», se dijo Fusco, mirando su ropa ajustada y corta, «el secretario de Aureliano».

Los tres seguían mirándole sin decir nada, y Fusco, bajándose de la cama, se puso derecho:

—Bienvenido, señor.

Aureliano asintió sin hablar, y fue al fondo de la estancia, seguido por los otros dos. El secretario, Eros Latiniano, se sentó a un lado, sacando de la bolsa que llevaba en bandolera un mazo de papeles que dejó sobre la mesa, mientras el general se sentaba cubriendo el otro flanco del emperador. Fusco, en pie ante ellos,

se sentía como el acusado que se enfrenta con el juez, y las primeras palabras de Aureliano le confirmaron en estos temores.

—Fusco —dijo Aureliano, yendo al grano—, he venido aquí a darte personalmente la condena a muerte de que te has hecho merecedor. A ti, mi amigo de la infancia, no puedo enviarte un verdugo, tengo que ser yo quien te condene.

Aureliano se dijo, mirando el rostro impasible de Fusco, que él mismo también estaba condenado a muerte, de modo que era, en cierto modo, como compartir su propia condena con su amigo de la infancia.

El médico que le vio en Roma días antes de salir para la guerra de Persia le había dicho que tenía una enfermedad anónima y terrible, inmisericorde: entre seis meses y un año de vida le daba, y él ahora concedería a Fusco unos minutos más de respiración tan sólo; tenía que morir antes de que él saliese de aquella estancia.

Nadie más que él, y el médico, naturalmente, sabía que el emperador estaba enfermo de muerte. El general Probo, su gran amigo, su sucesor en la púrpura, estaría ya camino de Bizancio, donde Aureliano le adoptaría, dándole así la sucesión, de modo que su muerte en Persia no causase trastorno en las cosas del imperio ni turbase la contundente victoria que esperaba. Probo conocía sus ideas y las seguiría, convirtiéndose en su prolongación póstuma para todo cuanto a él ya no le quedaría tiempo de llevar a cabo.

Aureliano quería que su muerte fuese en la primera batalla contra los persas, como un acto épico: sería la *vocatio* tradicional, el emperador se lanzaría de pronto al galope contra los enemigos, dejando atrás a sus soldados, y perecería hecho pedazos por las espadas persas, forzando así a los dioses a dar la victoria a los romanos: la primera batalla de una guerra imprime carácter de buen o mal agüero: y si es victoriosa, decide la guerra.

—Fusco —prosiguió Aureliano—, estás condenado a muerte por conspiración contra el emperador. Alta traición. Eros Latiniano va a leerte los cargos. Escucha.

Hizo un gesto a su secretario, que sacó del montón una hoja de papel y comenzó a leer.

Fusco no daba crédito a sus oídos. La lista, porque era una lista de delitos, pasaba revista a todo cuanto había hecho él en Roma primero y en Germania después, y con tal minuciosidad que Fusco se dijo, aterrado, que la policía militar romana tenía que tener espías en todas partes, porque no habían omitido nada. Era terrible pensar que quizá hasta sus esclavos más fieles, los que le habían acompañado por Germania, y su propio secretario, en quien confiaba plenamente, eran confidentes. Ni su madre sabía tanto de él como la policía militar, cuyo jefe, se dijo Fusco, era indudablemente el general que estaba sentado al lado del emperador.

Cuando Eros Latiniano hubo terminado de leer, Aureliano miró a Fusco en silencio, pero Fusco no dijo nada.

—¿No tienes nada que decir? —le preguntó Aureliano—. ¿No te defiendes?

El silencio se prolongó, terrible, unos minutos más. Luego Aureliano volvió a tomar la palabra:

—Poco tengo yo que añadir, excepto que Eros tiene aquí una confesión plenaria para que la firmes. Te advierto una cosa, si no la firmas haré incendiar esta casa y confiscaré la finca, en cambio, si la firmas, todo ello seguirá siendo propiedad vuestra, y la única limitación que impondré a tu mujer y a tu madre será que no puedan salir de la finca sin un permiso especial del gobernador de Panonia. Elige tú.

Eros cogió otra hoja de papel y se la tendió. Fusco la leyó automáticamente, todavía demasiado asombrado para pensar claro: en ella se confesaba culpable de todo cuanto había hecho, y de

muchas cosas más. Por ejemplo: había intentado organizar una confederación germánica para atacar la frontera romana por todos sus puntos clave al tiempo.

—Aquí hay cosas que no son verdad —dijo, por fin, a pesar de que había decidido no abrir la boca y morir en silencio—, yo no he organizado una confederación germana contra el imperio.

De sobra lo sabía Aureliano, pero los diez senadores que tenía presos en Roma habían firmado, a cambio de no confiscárseles sus propiedades, acusaciones igual de falsas, sólo que mucho peores. Era preciso que el senado quedase como el enemigo de Roma a ojos de todos los romanos, y los diez senadores no vacilaron en firmar para salvar postumamente su fortuna. Nasco Crupilio, su liberto favorito, que estaba a la cabeza de la acción policial en Roma, le había dicho que aquellos viejos ilustres no mostraban la menor dignidad: se tiraban al suelo pidiendo clemencia. Cuando Nasco les dijo que tendrían que aprenderse las acusaciones de memoria, con todos sus detalles, algunos pintorescos, para recitarlas en el juicio público con tal verosimilitud que convenciesen a los espectadores, ninguno de ellos vaciló: lo que fuese, con tal de salvar la fortuna familiar.

—Puedo enviarte a Roma e inducirte a confesarte culpable de todo eso y de mucho más —le dijo Aureliano a Fusco—, pero lo que tus colegas del senado van a hacer como perros, a ti quiero evitártelo. Tu confesión firmada y testificada se añadirá al proceso, pero tú no tendrás que participar en él. Bueno, eso, si firmas; si no, es posible que cambie de idea y te mande a Roma, donde Nasco Crupilio sabrá convencerte.

—Firmaré.

—Muy bien.

Aureliano hizo una seña a Eros Latiniano, que le dio pluma y tinta. Fusco firmó, sin decir nada, y Eros cogió el papel, lo secó y lo puso con los otros.

—¿Cómo quieres morir? —preguntó Aureliano—, he traído veneno.

—Tengo yo el mío.

Aureliano hizo una seña a Amusio Casio y a Eros Latiniano.

—Dejadnos solos —les dijo, y, dirigiéndose a Casio—: manda poner dos germanos en la habitación contigua, que no nos moleste nadie.

Mientras los dos se iban y llegaban los germanos, Aureliano y Fusco se miraron en silencio. Al cabo de un rato Aureliano se levantó y desapareció ágilmente por la apertura. Fusco le oyó hablar en godo, y oyó las voces de dos germanos que le contestaban. Luego reapareció, y le dijo a Fusco:

—Siéntate.

Se sentó él de nuevo y prosiguió:

—No soy yo quien te condena a muerte, es el emperador; traté de disuadirle, pero en vano, aunque conseguí la vida de tu madre, a pesar de que es cómplice tuya sin el menor género de duda. El emperador es uno, y yo, que te quiero profundamente, soy otro. Piensa esto en tu último instante, y no me guardarás rencor —hizo una pausa, y luego—: mira, esto no lo sabe nadie: a mí me quedan meses de vida, tengo una enfermedad terrible que no tiene nombre, aunque no me cabe duda de que pronto la llamarán en latín «mal de Aureliano», pero Probo me sucederá, espero, en plena campaña persa, y de ésta acabaremos para siempre con Persia, y la inundaremos de germanos, porque Germania se va a unir a nosotros, y no como esclava, sino como provincia favorita, como una nueva Italia. Tú no lo verás, ni yo tampoco, pero lo sabemos, y será Probo quien lo haga en recuerdo mío.

Fusco seguía en silencio, sin que Aureliano pareciese irritado por ello, pero su desconcierto no hacía sino crecer:

¡Aureliano, se decía, tenía los mismos planes que él, exactamente los mismos!

Le vio mirarle con rostro serio:

—Y ahora —le oyó decir, como si estuviese muy lejos de él—, toma tu veneno, si no quieres el mío. Y recuerda, mientras puedas recordar, que yo no te obligo a morir, pues te queda la opción de ir a Roma a participar en el gran proceso en el que diez senadores se disputarán el privilegio de denunciar la traición a Roma del senado romano —rió con ganas—, ¡fíjate, el senado romano! Bueno, toma tu veneno.

Fusco sacó su frasquito de un pliegue de la túnica y lo destapó: le temblaba la mano, prefería no pensar. Con la mente en blanco lo apuró y se retrepó en su asiento para morir cómodamente, lo que consiguió, sin apenas contracciones o visajes, con un solo instante de dolor y en unos pocos segundos.

Aureliano se levantó, se inclinó sobre él, le cerró piadosamente los ojos, le besó en la boca y dio unas palmadas para llamar a los germanos y a Amusio Casio, que entró seguido de Eros Latiniano.

Aureliano pasó cuatro días encerrado en su apartamento de la casa aurelia. Salió un par de veces al parque en busca de incentivo a la nostalgia, pero no reconoció allí nada que se la encendiera, de modo que renunció a la caza de recuerdos y sugerencias íntimas.

Le llegaba toda clase de correspondencia de todo el mundo romano, y algunos informes de Persia tan secretos que iban encerrados en la memoria del enviado, el cual se los comunicaba a puerta cerrada y a solas hasta que Aureliano le pasaba a Eros Latiniano para que éste anotase lo más importante.

Trabajaba en el tablinio, una amplia azotea cubierta y adornada con estatuas y pinturas que formaba el centro del apartamento destinado por Flavia para su estancia en la casa. La gran mesa central de mármol estaba cubierta de papeles cuyo orden hermé-

tico, porque aparente no lo había, sólo Eros conocía. Metido en su trabajo, sólo interrumpido por parcas colaciones de carne asada y vino tinto, Aureliano rehusó las invitaciones a cenas que le enviaba Flavia, la cual, asustada por tanta hosquedad, y angustiada, con Plautila, por la súbita desaparición de Fusco, no sabía qué pensar, llegando a temer por su vida, sobre todo cuando Aureliano rechazó una solicitud suya de hablarle a solas.

Finalmente, el día de su partida, y justo cuando se iba, Aureliano la mandó llamar, y ella acudió presurosa: el corazón le latía peligrosamente; apareció en el tablinio, bajando los ojos y murmurando:

—Señor…

Los ojos del emperador, aterradoramente penetrantes e inquietos, parecieron horadar su mente al verla entrar, impartiéndole una orden de rendición incondicional a cualquier indagación de su interior, era una mirada ajena a circunstancias temporales, desconcertante y angustiosa, pues no revelaba lo que su dueño pensaba de ella en aquel momento. Ahuecaba su interior, escrutándolo, posándose con ágil inmovilidad sobre cuantos pensamientos o sensaciones encontrase a su paso. Al cabo de unos segundos, como satisfechos de su escrutinio, los ojos de Aureliano se calmaron, y éste habló:

—Flavia, siéntate —y, tras una pausa—: Fusco está muerto, se mató él mismo a instancias del emperador romano, a quien no he podido persuadir de que tuviese clemencia. Pero el emperador te perdona a ti, que fuiste su cómplice, y no confiscará vuestras propiedades. Únicamente insiste en que no podréis salir de esta finca sin un permiso especial del gobernador de la provincia.

Hablaba en pie, quieto en medio de la estancia, en la que el sol entraba por todas partes. Su cabeza era redonda, facciones crispadas y cejas tupidas sobre ojos pequeños, separados por gruesa nariz coloradota, como de buen bebedor. La barba, tan rizosa y

gris como tupido el bigote que cubría sus labios carnosos, mientras la cabellera, cortada muy corta, dejaba pequeños puntos de calvicie.

—Yo ahora me voy y probablemente no nos veremos más. Pero vosotras no corréis peligro si os atenéis a mis órdenes. Cualquier infracción recibirá un castigo tremendo. Os aconsejo prudencia.

Flavia no dijo nada mientras Aureliano daba media vuelta y se iba. Llevaba uniforme de viaje: coraza de cuero acolchado y repujado, con bordes metálicos, centrada por una placa de bronce cuya gorgona estaba desfiguradísima a fuerza de abolladuras, ennegrecido su dorado por la intemperie; las hombreras le sujetaban la capa corta, de un rojo amoratado, macerada por la lluvia, que dejaba al descubierto las rebeliones musculares gemelas de los brazos, contenidas apenas por la piel atezada e híspida, hendida, como la coraza misma, por más de un desgarrón mal cicatrizado. Al salir Flavia vio llegar a Eros Latiniano con cuatro ayudantes, dispuestos a poner orden en aquel caos de papeles y llevárselos al archivo ambulante que tenían en el séquito del emperador.

Flavia se dijo, al cerrar a sus espaldas la cortina del tablinio, que aquello era, de todas formas, el fin de su vida. No veía otra perspectiva que el suicidio; quedaban en el mundo Plautila y Auréolo: allá ellos y sus circunstancias.

Así desaparece Aureliano de la historia, que no se interesa por quienes, su tiempo terminado, parten, como él, para ir derechos a la muerte, ese túnel sin fondo donde la tierra deja de saber de ti, y en el que Aureliano nunca pensaba, pues, con realismo de soldado, consideraba que la vida está en la punta de una espada blandida por manos que raras veces conoce el que la va a recibir.

La muerte, para un hombre como Aureliano, vendría necesariamente a caballo, y espoleada por alguien que no sería él.

Al salir de la finca aurelia, rodeado de sus germanos y seguido por sus generales, a la cabeza de la legión que le acompañaba, Aureliano tomó el camino de Persia, adonde los dioses no querían que llegase, y dejó de ser personaje de la historia, pero no de nuestro relato.

PARTE II, AURELIANO

… ed el s'ergea col petto e con la fronte
com avesse l'inferno m gran dispitto.[3]
Dante Alighieri, *Divina Comedia*, I, 10, 35/36

Cinco años antes, recién elegido emperador por sus iguales, los generales danubianos, Aureliano había tenido que entrar en Roma, decidido a poner rápido fin a la guerra más extraña e irritante de toda la historia romana: la que le movían los funcionarios de la ceca de Roma sublevados con sus hombres, y con cuantos quisieron unírseles, contra sus reformas monetarias, que les privaban a ellos de enriquecerse acuñando moneda de falsa liga; les azuzaban y reforzaban en sus quejas numerosos senadores y aristócratas conservadores, deseosos de retrasar imposiblemente el reloj de la historia romana, al que Aureliano daba ahora implacable cuerda. Aureliano estaba lleno de ciega furia contra los rebeldes que, minándole sorda y abiertamente la retaguardia, habían entorpecido su acción militar y política desde los bancos del senado y las calles de Roma, enfrentándole, finalmente, con una situación que pudo haber sido catastrófica para el estado romano, el único punto del mundo donde, gracias a emperadores como él, aún relucía la civilización. De todo este espectáculo tragicómico había quedado en su mente, sobre todo, el final de la contienda.

Despertó, como siempre, de pronto, sin ninguna transición de temor, recelo siquiera, a la realidad cotidiana. Se levantó ágilmente del catre militar, un armazón plegable, suavizado apenas por un gran saco de paja, donde siempre dormía desnudo. A cuantos intentaban persuadirle para que usara lecho más muelle, él siempre les respondía lo mismo:

—Yo soy un soldado.

No le gustaba perderse en palabras con civiles, y decía que la política, como mejor se expresaba, era monosilábicamente y en latín militar, único idioma con filo capaz de desenmascararla:

—Los senadores llevan uniforme en la calva, y espada en la lengua.

Él sólo aceptaba una excepción a esto: Eros Latiniano, su secretario, que, civil y todo, le resultaba imprescindible:

—Es un archivo vivo de mis ideas y mis planes; si no existiese, tendría que inventarle.

Y añadía, para sus adentros: «A la larga, peor para él; de César nadie ha de saber demasiado».

Orinó abundantemente contra el mármol de la terraza y se pasó un paño blanco entre las piernas, anudándoselo bien fuerte a un lado. Pensó en las tareas del día, que no eran pequeñas: el asalto final a la ceca de Roma, defendida aún por los últimos ladrones públicos del erario público; con los furtivos, ya lidiaría en su momento…

Y al jefe de los ladrones públicos, Felicísimo, de pintoresco nombre, ya había dado orden de que se le crucificase sobre el terreno, y sin trámites, y la cruz muy alta, y bien hincada, estaba esperándole.

¡Más de tres mil vidas costaba ya su contumacia!

La idea del tiempo y el dinero que iba a costar reponer tan excelente material humano ensombrecía a Aureliano. Una sola co-

sa le consolaba en parte: serían los senadores quienes pagasen esa y otras cuentas, y de su bolsillo; así aprenderían.

Se sentía eufórico. Se estiró, exponiendo al sol incipiente el pecho recio e híspido, más grisáceamente canoso que el resto de su cuerpo; su barba, en cambio, ya era casi de un blanco sucio.

«Me quedan seis o siete años», se dijo, «bueno, diez, quizá, si no me matan antes».

—¡A ver, rápido! —llamó al oficial que acudió a sus palmadas —, ¡cambiadme a éste por Heliogábalo! —dijo, señalándole el busto del primer Claudio, emperador, según él, pusilánime.

La noche anterior, al desplegar su catre en la terraza, había visto allí la estatua, presidiendo sobre el plinto de mármol: como estaba cansado, no dijo nada, pero prefería a Heliogábalo, adorador del Sol, como él.

El oficial reapareció cuando Aureliano, tras haber comulgado mentalmente con el sol incipiente, ya se abrochaba el faldellín.

—Señor, me dicen que Heliogábalo fue proscrito por el divino Marco Antonino.

El respeto que le infundía Marco Aurelio Antonino, el emperador soldado y filósofo, le contuvo un juramento. Se encogió de hombros:

—Bueno, a ver, Trajano entonces.

El oficial salió apresuradamente de la terraza. Cuando volvió, seguido por dos esclavos que llevaban a cuestas una cabeza de Trajano esculpida en mármol, Aureliano ya estaba de punta en blanco. Espada al cinto y todo.

Los esclavos desatornillaron la cabeza de Claudio, cuidando de no desportillarla, y atornillaron en su lugar la del divino Trajano. Aureliano miró el plinto recapitado: «Frente baja», se dijo,

«rematada por bárbaro flequillo, ojos algo cargantes, entre escrutadores y quisquillosos».

Sonrió:

—Así me gusta —dijo al oficial—, yo creo que fue el lechuguino ése —señalando a Claudio, que se iba a hombros de un esclavo, vigilado de cerca por el otro— quien me dio pesadillas anoche.

—¿Qué soñaste, señor?

—Lo peor, centurión, lo peor —escupiendo y volviéndole la espalda para mirar, apoyado en la baranda de mármol de la terraza, el rápido amanecer romano—, que nos daban órdenes unos monos como esos que hay sueltos por los jardines de Salustio, lo cual, bueno, puede pasar, ¡pero —con una risotada— es que iban vestidos de senadores!

Aureliano seguía las operaciones contra los rebeldes desde la terraza de un palacio cuya altura dominaba la ceca y su entorno. Situación que no podía menos de cosquillear su recio humor de general habituado a conquistar territorio sin otra traba que la agilidad de sus tropas.

—Esto comienza a parecerse a la guerra cántabra —le comentó al oficial que le había anunciado la toma por asalto de las torretas que flanqueaban el portal de la ceca—, cuando cada monte nos costaba media legión. A Felicísimo lo vamos a crucificar con manto de púrpura; se ha proclamado emperador y no quiero decepcionarle.

Se le notaba sordamente furioso. Sus oficiales temían sus irracionales cóleras repentinas, medían mucho sus palabras en situaciones como aquélla.

El cierre de los doce centros de acuñación dependientes de la ceca romana había perjudicado mucho a su personal directivo, que se beneficiaba escandalosamente a costa de la moneda, redu-

ciendo su peso, rebajando su aleación, con lo que la divisa romana había acabado por convertirse en ludibrio de propios y extraños. El rey persa había saludado la subida al poder de Aureliano enviándole un cajón de monedas persas de todos los metales y valores, y este mensaje:

«Querido hermano: mira qué primor, pásaselas a tus monederos, a ver si aprenden».

Lo que suscitó en Aureliano un devastador ataque de ira, hasta el punto de costarle la vida al enviado persa y hubo que mandar al rey barrocas excusas, en espera, como comentó Aureliano mismo, «de que llegue el momento de ir yo en persona a presentárselas más contundentes».

Atizado por el senado, siempre hostil a Aureliano, Felicísimo había tenido la insolencia de proclamarse emperador al amparo de una terrible derrota sufrida por las legiones danubianas contra los yutungos, invasores de Italia. La victoria que obtuvo Aureliano sobre ellos inmediatamente después transformó en Roma el pánico a los bárbaros en pánico al ejército imperial, y hubiera sido difícil decidir cuál de ambos pánicos agarrotaba más.

Aureliano entró en Roma y no dio cuartel.

Quince senadores, acusados de incitar al pueblo a la rebelión, fueron enjaulados en el Foro Trajano en espera de sentencia. Los legionarios, nerviosos en luchas callejeras, hacían sentir a cuantos rebeldes cogían las consecuencias de haberles forzado a correr a Roma dejando a los yutungos a medio exterminar.

Calle por calle, casa por casa, piso por piso incluso, se fue estrechando el cerco a Felicísimo; las encrucijadas y los foros de Roma se llenaban de cruces gimientes y goteantes, de tajos ensangrentados.

Aureliano había dado órdenes estrictas de que sólo se tocase a gente identificada con los rebeldes, pero no resultaba fácil conte-

ner a los legionarios frenéticos, sobre todo en casas dignas de saqueo.

—Bueno —Aureliano no quería frustrar demasiado a sus hombres—, si no se puede evitar el saqueo de casas particulares, al menos que las incendien, así parecerá que fue consecuencia de la batalla.

No hubo verdadero control: incendio tras incendio, como reguero de fuego, hasta llegar al monte Celio, desde uno de cuyos palacios Aureliano dirigía ahora el asalto final a la ceca.

—Es casi imposible instalar máquinas de sitio en torno a todo el recinto —le decían sus generales—; si no se rinden, esto va para largo.

—Pues peor para ellos, por cada día que tarden, un día más de cruz; y si me hacen esperar mucho, cruces de fuego. O las fieras.

Felicísimo y sus cómplices confiaban, desesperados, en alguna intervención divina: Hércules en persona, a mazazo limpio, o, quién sabe, una invasión relámpago de yutungos, vándalos, godos.

El edificio de la ceca, alto y macizo, estaba rodeado de casas de vecindad y palacios que casi se le echaban encima. Sólo ante la fachada principal se abría una plazuela, insuficiente para las potentísimas máquinas de sitio que la abarrotaban, impidiéndose mutuamente funcionar. Los técnicos aseguraban que los sitiados tenían que haber reforzado la fachada por dentro, de otra forma no se explicaba su resistencia.

De pronto un tremendo trueno sacó a Aureliano de su negro ensimismamiento, mientras la fachada de la ceca se hundía ante sus ojos en un caos de piedra, metal, ladrillos, cegándoles a todos con su estruendosa, densa polvareda. De la batería de máquinas de sitio se elevó un tremendo vítor, y todas lanzaron al tiempo una última andanada de grandes pedruscos. Aureliano, quitándose el casco, coreó las aclamaciones, bajó a la plaza como un

poseso, exponiéndose a romperse la crisma escaleras de mármol abajo:

—¡Al asalto!, ¡al asalto!

Le seguían sus generales y sus guardias, que parecían contagiados por su fiebre. A uno hubo que darle una cura de urgencia, pues se había roto la frente contra el borde de un escalón.

El asalto había comenzado y ya se luchaba ceca adentro; los legionarios ocupaban metódicamente todo su interior sin apenas resistencia. Aureliano, radiante de ver tan rauda, certeramente cumplidas sus órdenes, se pasó la mano por la frente encendida:

«¡Si siempre fuese así, no harían falta generales!».

Su idea de un ejército sin intermediarios entre él y los legionarios fue analgésico eficaz contra el incipiente dolor de cabeza, mientras fila tras fila de legionarios danubianos se precipitaba sobre las ruinas, que, de pronto, comenzaron a arder, parándoles en seco.

—¡Apretad bien!, ¡que no se escape nadie!

Los oficiales cuidaban de cerrar el cerco en torno al edificio, en cuyo interior nadie parecía moverse.

Aureliano hacía caso omiso del dolor de cabeza, que volvía, fuerte. Le acosó una súbita avalancha de espíritus favorables: se le ensanchaba el ánimo respirándolos, como un bálsamo; le hacían cosquillas en la pelambre pectoral, oprimida por la coraza bajo el calor tremendo:

«El Sol», se dijo, «es el Sol, sus rayos cobran vida en torno a mí».

Pasó junto a él un grupo de legionarios apresurados. Les llamó a gritos:

—¡Eh, rápido! ¡Que lo sepan todos! ¡Corona mural para el que coja vivo a Felicísimo!

Todos le envolvieron en aclamaciones: más terapéuticas que las caricias del Sol; vítores, la mejor música.

El emperador se quitó el casco, lo dejó sobre la cabeza marmórea del divino Trajano, con cuyo apelativo oficial, «el mejor príncipe», él aspiraba a rivalizar «si la inevitable puñalada trapera se demora lo suficiente». Acarició, distraído, el rostro frío del viejo pederasta, cuyos ojillos se le antojaron, de pronto, inquisitivos y cargantes, como si le siguiesen, burlones, con esa fijeza móvil de las pupilas pintadas.

Se volvió al general Ennio Galicano, uno de los pocos, cada vez menos, que aún le tenían franco, aunque cauteloso afecto. Ennio Galicano estaba en el otro extremo de la terraza, apoyado contra la baranda; las ennegrecidas ruinas de la ceca se levantaban a sus espaldas, calientes todavía, contra el cielo atardeciente.

—Bueno —Aureliano estaba fríamente furioso—, tú y yo, ya ves, hemos tenido que luchar ahora en la misma Roma, ¿eh?, ¡en la Roma que tanto hemos luchado por salvar de una invasión! Quién nos lo iba a decir, después de… ¿cuántos?, ¿treinta años? No, yo más: cuarenta casi, y tú, veinte o así, en el Danubio y en el Rin y en el Eufrates, protegiendo Roma contra una invasión que ahora, ya ves, son romanos, ¡romanos!, quienes la han hecho ¡Tener que luchar en Roma, y contra romanos!… Pero, no, esa gente no es romana, ¡si le habrían abierto las puertas de Roma a los bárbaros con tal de poder seguir sentados tranquilamente sobre todo el oro que nos habían robado acuñando moneda falsa! Bueno, casi me alegro de que los bárbaros nos zurrasen, porque así éstos se confiaron, se precipitaron y revelaron sus verdaderas intenciones.

Ennio Galicano asintió, guardando silencio. Era alto y delgado, perfil agudo y mirada serena. Miraba fijo al emperador, temiendo una de sus iras súbitas, irrefrenables. Aureliano se dio cuenta:

—Tranquilo —rió—, tú y yo, no temas, a trabajar. ¿Cifra final de bajas?

—Casi siete mil. Auxiliares la mayor parte. Legionarios, casi dos mil. Aureliano frunció el ceño:

—¡Casi media legión! ¡Y el tiempo que nos va a hacer falta para avezar elementos nuevos!

La batalla por las calles de Roma había sido muy traidora: la muerte caía de las terrazas, asomaba bruscamente por puertas y ventanas; el suelo cedía de pronto bajo pies habituados a luchar en descampado. La experiencia de pelear en los interminables y tupidos bosques germanos apenas servía: los árboles no son manzanas de casas.

Ennio Galicano adivinó sus pensamientos:

—Justo —le dijo—, los árboles sirven de escudo, no vomitan muerte.

—Al pueblo, ni tocarlo —dijo Aureliano, grave—, y a los parientes de los muertos habrá que ver la forma de compensarles. Tiene que saltar a la vista de todos que esto ha sido una traición contra el pueblo romano. A los otros, ya sabes: cruces y más cruces, y con cuerdas, no clavos, para que duren más.

—Los pocos que han sobrevivido ya están presos, señor, o fugitivos.

—Que se ponga precio a su cabeza y se les ejecute sin demora, y lo más públicamente posible.

Dio unas palmadas. Al oficial que se acercó le ordenó traerle a los senadores que estaban abajo. Subieron inmediatamente, socarronamente custodiados por dos centuriones rugosos y curtidos, delgados y agudos como sabuesos.

Los rostros de los cuatro senadores estaban enfangados en sudor y perfumes fundidos por el sol y el espanto. Cincuentones y gordos, temblaban como jalea a pesar de sus evidentes esfuerzos

por mantenerse inmóviles y mayestáticos entre los pliegues impecables de sus togas blanquísimas. Aureliano les miró, burlón:

«Tengo vuestra dignidad», se dijo, «en mi dedo meñique».

A Ennio Galicano le recordaron a su padre, *gourmet* obsesivo, en uno de sus momentos de más angustiosa incertidumbre: «¿Qué cenaré esta noche?, ¿murenas o vulvas de cerda?».

Aureliano condescendió a dirigirles la palabra desde lo alto de su ira, diluida ahora en sangrienta sorna:

—Bienvenidos —y a los centuriones—: que se les den los planos de las zonas destruidas.

—Todo el Celio —anticipó Ennio Galicano—, y buena parte del entorno, casi hasta el Foro Trajano.

—Vosostros —Aureliano, de nuevo a los senadores—: tenéis empresas de construcción. Fuertes, las más fuertes de Roma.

Los senadores guardaron silencio, y Aureliano les midió con ojos duros:

—Bueno, si no lo son, ya sabéis, da igual, y mucho ejercicio, que eso adelgaza muchísimo. Vais a reconstruir por vuestra cuenta todas las casas que hayan pertenecido a ciudadanos romanos inocentes. Bajo supervisión militar. Eso, o una muerte que procuraremos haceros larga y dolorosa. En fin, elegid.

Los senadores se miraron. Sus esfuerzos por mantenerse impasibles hacían agua por todas sus arrugas. Finalmente, se volvieron a Aureliano, cuyos ojos, como los de Ennio Galicano, relucían de feroz sorna. Sin decir nada, asintieron.

Eros Latiniano tardó en llegar porque cuando el esclavo le llamó de parte del emperador estaba dando los últimos toques al informe sobre el final de la guerra monetaria. Como era para el senado estaba en terso latín clásico, con jugosos matices virgilianos muy del gusto de los senadores, aunque algunos de éstos en-

contraban algo cargante el arcaizante culteranismo del secretario imperial. Con este informe había un resumen más pedestre para Aureliano. Ambos, en tablillas de cera: en cuanto recibiesen el visto bueno imperial, se pasarían a material más duradero. El original iría al senado, y el resumen al archivo personal de Aureliano, más una copia de ambos al archivo general de Roma.

Al verle entrar, cargado, como siempre, de rollos y tablillas, Aureliano le saludó, cautamente jovial:

—¡A ver, el informe ése!

Cogió los dos juegos de tablillas que Eros Latiniano le tendía y leyó con cuidado la versión resumida. Se fiaba plenamente de la exactitud de su secretario, de modo que apenas echó una ojeada a los largos períodos de la versión senatorial:

—Sí, muy bien… Bueno eso de «venerables padres sin cuya guía me sentiría perdido» —con una carcajada—, sí, muy bien.

Aplicó su sello a la cera de ambos textos y se los devolvió a Eros Latiniano, mirando con recelo los rollos de pergamino que éste llevaba bajo el brazo:

—¿Algo más?

—No, señor.

Aureliano le hizo seña de que se fuera, y se dirigió de nuevo al general Ennio Galicano, sentado a su lado; de pronto pareció recordar algo:

—Ah, Eros, sí, las ejecuciones… ¿han terminado ya?

—Sí y no, señor —respondió éste, volviendo sobre sus pasos —, a los senadores presos se les trató según tus instrucciones: enjaulados en el Foro Trajano, fueron objeto de burlas y pedradas del pueblo, luego les sacaron uno a uno, paseándoles desnudos por media Roma, camino del suplicio. Casi todos murieron bien, aunque alguno perdió la dignidad y se arrastró suplicando clemencia. A los monetarios supervivientes se les crucificó con cuerdas, como ordenaste. Algunos están vivos todavía. De los

jefes, sólo Lampridio, el procurador de la moneda, seguía vivo hace una hora: gemía y respiraba muy fuerte, se revolvía en la cruz, como buscando mejor postura.

—¿Y Felicísimo?

—A ése le cogieron cuando trataba de escapar disfrazado de esclavo. Iba casi desnudo, enfangado entero y con un gran fardo a la espalda. Le reconocieron y le doblaron a fustazos por la plaza, y él gritaba y suplicaba que no era más que un pobre acuñador de la efigie imperial. Se arrodilló ante sus captores, que se reían de él. Le llevaron a la cruz a rastras, y le ataron a ella bien envuelto en un gran manto de falsa púrpura.

—¿Había mucha gente?

—Sí, señor, y todos te vitoreaban y decían que debiera haber más espectáculos así. Felicísimo no hacía más que retorcerse y gritar que le bajasen, que él no había hecho nada. Era muy gracioso.

Ido Eros Latiniano, Aureliano volvió a sentarse frente a Ennio Galicano:

—Como te decía, el futuro ahora va a ir sin interrupción: primero, reunificar el imperio por Occidente: Galia; y luego por Oriente: Palmira; hecho esto, Persia, fuera de combate para siempre, y entonces, por fin, lo más importante: el norte.

—¿El norte, señor?

—Sí, Germania.

Ennio Galicano no entendía:

—¿Conquistar Germania, señor?

—El imperio es un trípode —replicó Aureliano—, y ahora le falta una pata, y esa pata es Germania. Gran tarea, no bastaré yo a rematarla, pero la comenzaré si el Sol me da vida. Bueno, el Sol, o Thor, o Júpiter, que viene a ser lo mismo.

Aureliano rellenó los vasos y ordenó al esclavo hacer lo mismo con la jarra vacía. Prosiguió:

—Bueno, lo son y no lo son. Júpiter, Thor, el Sol, o sea: Occidente, Germania, Oriente. Las tres patas del trípode. Y la falta de Germania es la causa de todas nuestras desventuras, porque mal podremos acabar con un país extraño como Persia cuando tenemos la mitad de nuestra propia casa fuera de nuestro alcance. Desde el divino Antonino hasta ahora hemos hecho a Germania una guerra de chapuzas y parches, tan imposible de ganar como de perder, porque es una guerra fratricida. A los germanos hay que atacarles con las armas que voy a usar yo.

El rostro de Ennio Galicano se ensombrecía en medio de un silencio expectante.

—Hay que olvidar la advertencia de Octaviano —prosiguió Aureliano— de no conquistar Germania. Germania es tercio tan esencial del imperio como Oriente y Occidente. Estoy pensando en la manera, pero siempre sin más guerra que la imprescindible. Habrá que luchar, sin duda, y mis sucesores rematarán mi obra, pero el Sol me dice que es factible: no, necesaria. El Sol es Júpiter, y Thor, pero más visible que ambos: hasta a los ciegos les llama a los párpados, porque, cuando no se le ve, se le siente.

Ennio Galicano no sabía qué pensar:

«¡Germania, ese fangal de serpientes…!». Aureliano se levantó, estaba cansado.

—Bueno —se dirigió a Ennio Galicano—, a Lampridio, si sigue vivo, que le bajen de la cruz y le digan que el emperador le ama y pone en él sus esperanzas. Y cuando se haya repuesto del todo y esté bien perfumado, bien comido y bien bebido —con una gran sonrisa—, ¡otra vez a la cruz!, ¡pero con clavos!, ¡y el cadáver a los perros!, ¡hale, rápido!

Lo primero que hizo Ennio Galicano al volver a su posada fue convocar a tres viejos amigos, generales veteranos, cuyo colmillo, como el suyo, se había retorcido en las guerras germánicas.

Los cuatro se encerraron en el cuarto de Ennio Galicano, lleno de grandes cajones de madera abarrotados de libros y de objetos raros, en su mayor parte antiguos, traído todo ello de su casa ancestral de Campania para ayudarle a reposar la mente y la vista de los embrutecedores espectáculos bélicos.

Sus amigos eran hombres pragmáticos y directos, atentos sólo a cuestiones tangibles e inmediatas, y muy poco dados, sobre todo, al contacto con las letras, leídas o escritas. Todos aquellos libros les parecían otros tantos estorbos para ver la realidad. En política se atenían al consejo de Augusto: no aumentar el imperio con nuevas guerras, y veían en Germania y Persia útilísimos campos de entrenamiento y fuentes de botín para las legiones; se entusiasmaban con el espejismo de las conquistas trajanas tanto como les ensombrecía la prudente retirada de Hadriano a las antiguas fronteras, y encontraban humillante la idea de Aureliano de retirarse cuanto antes del saliente transdanubiano de Dacia.

Ennio Galicano espantó con un ademán al esclavo que aguardaba junto a la puerta:

«Todos ellos son confidentes de la policía», se dijo, y él mismo escanció el vino mientras los cuatro se sentaban en cerrado, estrecho coro. Ennio Galicano hablaba bajo, como temeroso del aire, y sus amigos aguzaban las orejas, inclinándose hacia él.

El emperador, les explicó Ennio Galicano, tenía extraños planes para Germania. Una vez conquistada Persia, decía, iba a haber que «inyectar sangre germana en todo el imperio». Germania, afirmaba, era una hermana descarriada de Roma a la que había que atraer, como fuese, al redil.

Ennio Galicano hizo una pausa mientras sus amigos fruncían el ceño: nunca habían oído nada parecido. Uno quiso interrumpir, pero Ennio Galicano le hizo callar con un imperioso ademán.

—No, espera, hay más. El emperador piensa reclutar a miles de germanos jóvenes. ¡Esclavos incluso! ¡Y prisioneros de guerra, que donde tenían que ir es al mercado de esclavos! ¡Y formar con ellos unidades auxiliares para las legiones!

Deleitándose en el evidente pasmo de sus oyentes, Ennio Galicano prosiguió:

—Habla incluso —murmuró con voz y ojos de excusa, como diciendo: no tengo yo la culpa, es la pura verdad— de formar una legión germana, bien avezada en la disciplina romana, y hacer de ella la punta de lanza de una futura guerra germánica en la que piensa usar la persuasión con preferencia a la espada.

La persuasión, como no fuese a mandobles, no formaba parte de la tradición militar romana: los tres oyentes de Ennio Galicano, que creían conocer bien a Aureliano, no sabían qué pensar, y Ennio Galicano disfrutaba con su desconcierto.

—Bueno, nada de esto es lo que se dice peligroso: es insólito, heterodoxo, pero de ahí no pasa. Otros emperadores han tenido ideas más peregrinas y luego no ha pasado nada. No vamos a enfrentarnos con el emperador por una cosa que, a fin de cuentas, puede quedar en palabras.

Uno de los oyentes, muy serio, preguntó:

—¿Hablaba en serio?

—Sí, eso sí, completamente.

Los tres se despidieron sin hacer comentarios. En ciertas cosas todos ellos estaban de acuerdo: Germania y Persia eran inconquistables, y más útiles como enemigos que como provincias, porque justificaban la existencia del formidable ejército romano, que era la razón de su vida; y esta coincidencia esencial les per-

mitía seguir actuando como una piña, aun cuando disintieran entre sí en muchas otras cosas.

Como los árboles, cuyas raíces forman parte del tronco, mientras sus ramas se mecen en alas de vientos muy distintos.

Cuando Aureliano despertó, el esclavo que vigilaba su sueño avisó al oficial de guardia, que entró rápidamente en la terraza:

—Señor, el general Vinicio espera abajo, dice que convendría que inspeccionases personalmente el sótano de la ceca, por lo visto ha aparecido allí el tesoro de los monetarios.

Aureliano se inmovilizó en pleno estirón, se enderezó, saltó, desnudo, del catre militar:

—Voy, voy.

El esclavo le tendió un tazón de vino caliente muy aguado. Aureliano lo apuró, eructando con regodeo. Se metió en la gran bañera metálica que le trajeron dos esclavos hercúleos: apenas cabía. Uno de ellos fue derramándole agua caliente por todo el cuerpo, mientras el otro le frotaba el torso con tan sabia fuerza que le arrancó gruñidos de placer.

Salió del baño, se envolvió en una gran toalla, frotándose fuerte, sintiendo en el peludo cuerpo el sol incipiente como un espinoso saludo matinal: miles de propicios espíritus solares le penetraban por todos los poros, endulzándole la sangre, agria de sueño sobrante, animándole, mente adentro, a rematar de una vez aquella ridicula aventura. Un grato cosquilleo se le transmitía muslos y piernas abajo.

«¡Una batalla en Roma!», le susurraban aquellos espíritus amigos «¡justo cuando más te urge correr a Galia, a Palmira, a Ctesifonte, al Báltico!, ¡casi mejor ordenar a los historiadores que omitan esta triste hazaña!».

Hasta sus relaciones con el Sol se matizaban en él de lengua militar:

El sol naciente le atacaba, o bien le infundía valor, ánimo de avanzar; el poniente se le rendía, sabiendo que de nada le valdrían repliegues, y, menos, fugas contra el amor de Aureliano.

En la plaza le esperaba el general Ausonio Vinicio a caballo entre dos soldados también montados. Aureliano paró con un ademán el movimiento que hizo Vinicio de bajarse de un salto y tenerle las riendas. A una señal de Aureliano, los cuatro se lanzaron a vivo galope hacia las ruinas, ya frías, de la ceca, al otro lado de la plaza. Los legionarios aclamaban, joviales y estentóreos, al emperador comilitón.

El general Vinicio distribuía toda su capacidad de ternura entre dos objetivos: la historia y la vida de Roma, y la persona de su forjador vivo, Lucio Domicio Aureliano, sobre cuya sacralidad no albergaba atisbo alguno de duda. Para con el resto de la creación, Ausonio Vinicio sólo albergaba brutalidad.

En su mente de romano linajudo Roma era un talismán contra cuya integridad no había atentado leve o perdonable. Era muy romano, y no sólo mentalmente: bajo y fornido, cabeza grande y redonda, hombros anchos y cuadrados, ojos agudos de neblí rapaz, voz tan serena ante el peligro como ante el placer.

El general Vinicio, escrupuloso adorador de dioses, lares y penates, era tan minucioso en sus devociones que chocaba, y Aureliano se divertía observándole, aunque en público le elogiase sobremanera, instigando a todos a imitarle.

Vinicio desmontó con una agilidad que sus cincuenta años hacían sorprendente. Cogió las riendas del caballo de Aureliano, intentando innecesariamente, ayudar a éste a desmontar.

Cruzaron el vasto solar medio carbonizado, saltando entre muñones de manipostería en precario equilibrio y montones de piedra y ladrillos en el centro de lo que había sido gran patio central, Vinicio señaló una amplia abertura cuadrada, como una trampa en pleno pavimento:

—Ahí tienes la entrada, señor. Cubierta de losas, como todo el patio, pero éstas estaban sueltas, y saltaron con el fuego, dejando al descubierto un círculo de hierro. Lo levantamos y se nos abrió la cueva de los ladrones.

Aureliano bajó por los escalones de piedra muy espaciados, tan estrechos que había que mantenerse en equilibrio sobre ellos con los talones solamente. El último, muy alto, hubo que saltarlo. Vinicio iluminaba sus pasos con una antorcha encendida, después de avisar a los soldados que esperasen arriba con antorchas de repuesto.

Se vieron en un pequeño sótano bajo, muy fresco, abarrotado de cajones.

—Es oro y plata, señor —dijo Vinicio, y añadió, riendo—: los recortes de las monedas.

Aureliano se acercó al más próximo: estaba aislado en el suelo, como de muestra, y era de tapa también de madera. La levantó: los lingotes de oro exhalaban un brillo mate contra la luz súbita de la llama, que se encabritaba al movimiento descendente de la antorcha.

—Hay más que ver, señor.

Le guió hacia un hondo, escarpado desnivel abierto en la roca, a cuyo fondo cayó de un salto iluminándolo con la antorcha. Aureliano miró, midió y saltó, felicitándose de lo flexibles que conservaba los músculos de las piernas:

«Como resortes de catapulta», se dijo, «dos saltos seguidos, arriesgadísimo el primero, de seis palmos el segundo, y ni notarlo».

Vinicio, a su lado, le señaló el fondo de la segunda cueva, que se angostaba hasta perderse de vista:

—Conduce al Tíber —le dijo—, pero al final hay que ir a rastras.

Levantando la antorcha, le llevó hasta un pequeño ensanche, cuyo suelo había sido apresuradamente levantado y vuelto a allanar en parte, dejando un gran boquete abierto en el centro.

—Lo mandé levantar todo —prosiguió Vinicio—, por si había más cuevas del tesoro, pero no vimos nada. Este boquete conduce a una serie de extrañas cuevas, como tumbas antiguas. No sé si te interesa verlas, hay estatuas, y una armería antigua, nada de los monetarios.

Aureliano asintió:

—Sí, guía tú.

Desde el momento mismo en que se vio en el fondo de la cueva, Aureliano sintió con toda claridad la presencia en torno a él de algo siniestro. Cerró los ojos, se dijo: «Supersticiones vanas».

Lo único sobrenatural era el Sol, y cuanto éste crease: una planta mínima, el más inferior de los esclavos, él mismo, participaban de lo sobrenatural como parte del presente y el futuro del Sol, padre luminar y termal, nutricio y protector, cuyos innumerables rayos eran otros tantos hálitos inteligentes e inteligibles, espíritus favorables, amigos.

Pensó de pronto en su madre, modesta sacerdotisa del Sol: la sentía en torno a él, y en él, caldeándole los pulmones, endureciéndole los músculos, agudizándole la mente.

Abrió los ojos, miró en torno a sí: una caverna alta y rocosa, cuya oscuridad rompía tenuísimamente la antorcha de Ausonio Vinicio.

Amontonados contra las paredes de piedra cruda, haces de lanzas y flechas, montones de arcos y espadas, castilletes de escudos. La falta total de brillo revelaba la fatiga del largo sopor bélico.

—¿Armería antigua, dijiste? —Aureliano miraba aquel fantasma de otras guerras con la maravilla del niño ante un juguete inexplicable—, ¿estás seguro?

—Por completo, señor. Son muy antiguas, yo diría que de las guerras púnicas. Al principio me parecieron ofrendas funerarias, pero son demasiadas, y aquí no hay tumbas romanas. Más probable es que sean armas de Catilina, o de Espartaco. Este solar fue antes foro de esclavos, y la casa de Catilina estaba aquí cerca. Quizá comunicase con esta cueva por la ramificación de alguna cloaca.

Ausonio Vinicio era asiduo lector de historia. Muchos copistas nutrían su gran biblioteca con los libros más insólitos. Y llevaba consigo por doquier una biblioteca portátil en letra microscópica que su excelente vista leía sin dificultad.

—Son de Catilina —dijo, de pronto, Aureliano—. Seguro.

—¿Por qué, señor?

Aureliano eludió la respuesta con un ademán cautamente defensivo y se acercó a los montones de espadas: romanas, y nuevas, pero su antigüedad saltaba a la vista, por ejemplo, en el pomo, y en los remates que lo sujetaban a la hoja.

Miró también haces de flechas, y un montón de arcos: ya no se hacían así, y muchos arcos, además, tenían la cuerda rota, mordida por el tiempo.

Un oscuro miedo le subía al corazón: aquello era una clarísima señal divina; armas republicanas, de cuando Roma era todavía romana, antes de que Julio César la sometiera a un poder semejante en todo al poder real; el mismo que él ostentaba ahora.

Pero sin una autoridad hierática Roma no podría subsistir el tiempo necesario para que el senado recuperase su plenitud y dejasen de hacer falta emperadores deificados, como él mismo, lo que hacía tanto más absurdo que ahora fuese precisamente el senado, lo más romano que tenía Roma, obstáculo principal a ese renacimiento que él trataba de apresurar con lo menos romano que había en el mundo, el despotismo oriental.

«Bueno», pensó, apartando de sí tales ideas, «menos mal que nos queda la legión romana, prueba tangible de que Roma nació por inspiración divina».

Aquellas armas parecían echársele encima. Un escalofrío anónimo le recorrió entero. Se pasó la mano por la frente:

—¿Subimos?

—Hay otra caverna más abajo, señor.

A Vinicio le intrigaba mucho la turbación del emperador, tanto más evidente cuanto más trataba éste de ocultarla.

Señaló otro boquete en el suelo, y Aureliano se asomó a él, iluminado prestamente por la tea. En la oscuridad casi total del fondo apenas se discernían unos bultos.

Aureliano desenvainó la espada, tanteó con la punta boquete adentro, mientras Vinicio se apresuraba a iluminarlo mejor. Del fondo vieron surgir una superficie que parecía sólida y cercana. A una seña de Aureliano los dos se descolgaron al tiempo, asiéndose al reborde cortante, cayendo entre dos figuras humanas de tamaño natural esculpidas en piedra.

Las examinaron a la luz de la tea: un hombre y una mujer envueltos en largas túnicas de un dorado desvaído. Los brazos, abiertos en holgado abrazo que Aureliano sintió como apretón sofocante. Rostros largos y facciones rígidas de un rojizo pálido; grandes ojos dorados, arcaicamente vivos y risueños; finos labios tenuemente rojos, fruncidos en rictus de aterradora euforia. Parecían acecharles a los dos desde siempre con la implacabilidad de lo eterno.

Aureliano se sentía preso de aquellas extrañas figuras, cadavérica, matemente polícromas.

«Bárbaros», pensó, «estoy entre bárbaros».

Saltó del alto plinto al suelo, súbitamente sudoroso, seguido por Vinicio, que se puso a observar el sepulcro, pues eso es lo que realmente era, con gran interés.

—Etrusco, señor —dijo—, el primero que veo. Sé algo de ese pueblo por el libro del divino Claudio. Es interesantísimo.

El sepulcro que remataban las estatuas era macizo. Y las estatuas, vistas desde abajo, le parecieron de pronto a Aureliano completamente inocuas: se miraban con sonriente, voraz euforia, dos muertos eternamente al borde del abrazo revivificante.

El sepulcro mostraba una inscripción en caracteres griegos.

—Es un matrimonio etrusco —dijo Vinicio, leyendo—, ambos murieron el mismo día, y ahora, en el otro mundo, se encuentran y corren a abrazarse.

—Bárbaros.

Aureliano se imaginó, pésimo presagio, al emperador Valeriano prisionero, rodeado de persas hostiles.

—Mira, señor.

Ausonio Vinicio le señaló con la antorcha otro boquete abierto al pie del sepulcro.

—No lo había visto —dijo—, a punto estuvimos de caer en él.

Aureliano reprimió el pánico irracional que volvía a dominarle. Miró, agachándose: la luz, inmovilizada por el aire quieto, hizo relucir en el fondo una perezosa corriente de chispeante, gorjeante agua negra.

Se volvió, muy agitado:

—Rápido, nos vamos.

Un súbito dolor de muelas fue golpe de gracia a sus nervios: «Otro aviso de lo alto».

Punzada tras punzada, como fuego frío: el Sol, sarcástico, confirmaba así la impotencia humana ante lo imprevisible.

Aureliano se llevó la mano al carrillo, se subió de nuevo al sepulcro, sin hacer caso de las estatuas. Se cogió de un salto al reborde del piso superior, se levantó a pulso con un solo brazo.

Una vez arriba, se inclinó, tendió la mano a Ausonio Vinicio, mientras la otra seguía apretada al carrillo doliente.

Vinicio, admirado de tan certera fuerza, agilidad y aplomo de gimnasta joven, se dejó levantar como un muñeco hasta el segundo nivel, del que los dos subieron al primero. Vinicio no sabía a qué atribuir tan raudo, hondo terror en hombre habitualmente tan templado.

—¿Tienes tú —le preguntó, de pronto, Aureliano— buenas muelas?

—Excelentes, señor.

—Yo ya pocas, y muy malas.

A punto estuvo de añadir: «Por eso perdimos la batalla de Placencia: me atacó una súbita locura de muelas, y en tan furioso aplanamiento me sumió que ni siquiera pensé vigilar los movimientos de los yutungos rezagados. Inexcusable, en un soldado como yo».

Menos mal que nadie le echó a él la culpa, al menos de boca para afuera, y que él mismo, calmadas las muelas, remedió el desastre con rápida, solar contundencia.

Se dirigió hacia la salida, diciéndose que los caminos divinos son implacables. Se volvió de pronto a Vinicio:

—Quiero recompensarte. Te ordeno que cojas diez lingotes de oro de esos cajones.

Vinicio se cuadró, solemne. Una orden imperial. Él, muy rico por su casa, nunca había codiciado, ni husmeado casi, oro que no hubiese sido, cuando menos, de su bisabuelo. Contó diez lingotes del cajón abierto, dejando que la antorcha se apagase sola en el suelo. Se sujetó cinco bajo cada brazo y subió los escalones a la zaga de su señor, que parecía cada vez más ágil, y cuya angustia disipaban ya los rayos del sol. Salieron a las ruinas de la ceca.

—¿Cuántos saben lo de los sótanos? —preguntó de pronto Aureliano.

—Sólo yo, señor, dejé a los hombres arriba y bajé solo.

—No hables a nadie de lo que hemos visto. Mándalo cegar todo.

—¿El oro también, señor?

—No, el oro no, eso que lo saquen de ahí.

Ausonio Vinicio se despidió apresuradamente del emperador y se dirigió a su posada. Los lingotes le pesaban, y llamaban la atención. A sus espaldas se oían joviales vítores al paso de Aureliano:

—¡Mil, mil, mil mató!

Aureliano siguió a pie entre los legionarios. No podía desear mejor compañía en el estado de ánimo en que se encontraba. En momentos de crisis o angustia, el legionario, su primera encarnación militar, se le volvía taumaturgo, símbolo vivo de su propia ascensión del fondo a la cima, donde en aquel momento se sentía en precario equilibrio.

Los vítores y las canciones conmemorativas de viejas hazañas:

¡Mil, mil, mil mató!,

acabaron por serenarle algo. Así y todo, cuanto más escrutaba la visión que el Sol acababa de depararle en los sótanos de la ceca, tanto más se le entenebrecía la mente a fuerza de turbios pinchazos de espanto e impotencia.

Estaba convencido de que si ahora volviese a las ruinas de la ceca no vería allí más cueva que la de los lingotes, botín tangible de los monederos rebeldes: el resto era una aparición, un fantasma, pura advertencia solar.

Sólo él conocía la verdadera índole agorera de lo que Vinicio consideraba simple sucesión de cuevas con restos romanos y

etruscos de esos que tanto les gustan a los que no tienen otra cosa que hacer que urdir el presente a fuerza de hablar del pasado.

Su primera interpretación de aquella complicada versión, basada únicamente en el almacén de armas republicanas, ya no valía. Las tres cuevas superpuestas formaban una unidad cuyo mensaje era mucho más complejo y peligroso, mucho más urgente: armas romanas, republicanas, tumba etrusca, o sea: bárbara; y negra agua fluyente. No podía estar más claro:

«Si sigues volviendo tus armas contra el senado, Roma caerá en manos bárbaras y toda tu obra pasará como el agua».

Tal era el mensaje. ¿Y qué quería decir, exactamente? ¿Que él, Aureliano, tenía que obedecer los decretos del senado, renunciar prematuramente a su autoridad absoluta en materia de guerra y paz y a centralizar el poder militar en manos de un emperador transformado en dios vivo?

Si éste era el mandato del Sol, todo estaba perdido: las largas fronteras europeas y asiáticas del imperio romano requerían un mando central fuerte, solo así se podían defender con rapidez y eficacia, y eso solo él, o alguien como él, podía aportarlo.

A menos que el Sol, que todo lo sabía, aceptase su desobediencia como lo que realmente era: un sacrificio supremo, aceptado por el bien común; o le iluminase mejor, revelándosele con mayor claridad, abriéndole perspectivas nuevas.

Aureliano subió rápidamente los escalones de mármol hasta su terraza, cuyo ambiente le atraía como si nunca hubiese conocido otro: cielo romano, mármol oloroso a orín y sudor, un catre militar con sábanas cada vez más sucias, una mesita bajo un toldo sobre la que Eros Latiniano le amontonaba más y más papeles llegados de todas partes y escritos en un latín que él apenas entendía.

Con frecuencia, lo que hacía era revolver los papeles de modo que muchos cayesen al suelo, luego llamaba a Eros:

—A ver, lo de siempre: lo que queda sobre la mesa, si son peticiones, que sí, y lo que haya caído al suelo, que no. Si no lo son lo lees y me resumes lo que dicen.

Se pasó la mano por la cara, llamó al oficial de guardia:

—Rápido, una germana, ya sabes, muy germana, y con buenas carnes.

Se desnudó en un momento, se tumbó en el catre, se dijo por cuarta o quinta vez que el único testigo de aquella terrible visión era Ausonio Vinicio.

Urgía olvidarla, y el mejor olvido era la muerte.

«Mañana», se dijo, «le hago desaparecer sin dejar rastro». Decisión que le infundió tremendo alivio.

Espíritus amigos, refrescantes y protectores, empapaban de pronto el aire, le invadían los pulmones. Siguió pendiente de los cortinajes, esperando ver llegar a la germana, diciéndose que ordenaría la desaparición de Ausonio Vinicio de modo que coincidiese exactamente con un grandioso sacrificio a sus manes… Le deificaría… Un agradable soporcillo se apoderaba de él… Una caricia del Sol… O de su madre.

Volvió a llamar al oficial:

—La germana, que se vaya.

La noche siguiente el general Ausonio Vinicio fue atacado por sorpresa. Había salido al anochecer de su posada para ver Roma de noche, pues Roma era uno de sus más hondos amores.

La Roma de sus amores se le echaba encima como un paisaje apretujado y frágil que nunca se cansaba de contemplar, sobre todo al anochecer, cuando las sombras subrayaban sus fuertes perfiles: calles anchas, oscurecidas en pleno día por grandes edifi-

cios deslumbrantes de mármol sucio junto a angostas callejas serpenteantes de casas y casuchas encaramadas unas sobre otras como castillos de naipes y rematadas por tejados, toldos y pajizos, tocándose casi sus desvanes y terrazas sobre una estrecha cinta de asfixiante suciedad mordiente de olores, ensordecedora de amenazadores y dulcitonantes ruidos, por la que a veces apenas podía pasar un hombre de lado. Templos abiertos al sol y al aire que respiraban gente como transparentes pulmones: muy distintos, en la mente de Ausonio Vinicio, de las hoscas iglesias cristianas, ansiosas sólo de encerrar a sus fieles en lo único que sabían compartir con ellos: tinieblas.

Absorto en todo esto vagaba Ausonio Vinicio al azar por calles y callejas cuando seis hombres, anónimamente vestidos como él, que iba de paisano, le cayeron de pronto encima al amparo de la oscuridad, tan tupida ya que Ausonio Vinicio estaba pensando retirarse a su posada: justo al dar la vuelta a una esquina le golpearon con tal contundencia que no le dieron tiempo a exhalar un suspiro.

Le amordazaron, le maniataron, le cosieron a puñaladas, le tiraron a un gran hoyo recién abierto en un solar cercano. Echaron piedras y tierra sobre el cadáver, lo cubrieron todo cuidadosamente con cuadrados de césped fresco que esperaba a un lado de la fosa en limpios montoncitos. Y cuando se dispersaron, tras allanarlo y pisotearlo todo muy cuidadosa, aunque apresuradamente, y de echar piedras y ramas y basura sobre el césped, nadie habría notado nada raro allí. Y todo ello en unos instantes, y sin decirse una palabra entre sí o hacer apenas ruido.

★ ★ ★

Aureliano dejó en la finca aurelia un destacamento de cincuenta legionarios con un centurión a su cabeza, el cual, en cuanto hubo perdido de vista a los otros, fue a ver a Flavia, a quien comunicó las nuevas órdenes de su jefe:

—La necesidad de pedir permiso para salir de aquí sólo se refiere a ti, señora, la señora Plautila y su hijo Auréolo pueden ir y venir como quieran. Mi misión en esta casa es vigilar únicamente tus movimientos.

Flavia le invitó a comer, lo que el centurión aceptó con naturalidad y dignidad, y durante la comida hablaron de las campañas de Aureliano, en las que el centurión había participado desde el principio. El centurión encontraba que el estado de guerra permanente a lo largo de todas las fronteras era lo natural:

—No hay nada como la guerra para avezarse a la guerra —decía—, y nada como estar avezado a la guerra para salir victorioso de ella. No es natural que un imperio viva en paz, sus vecinos sólo por la fuerza pueden tolerar su existencia.

Mientras los soldados acampaban en el parque, donde habían insistido en hincar sus tiendas de campaña por encontrar hostil el interior de la casa, Flavia convocó a su nuera y a su nieto. Quería pasar a Auréolo el dominio de toda la fortuna de los Aurelios que ahora, con la muerte, ya inocultable, de su padre, le correspondía exclusivamente a él.

Auréolo escuchó muy serio la increíble historia:

—Tu padre vivía, en Germania pasó cinco o seis años huyendo de la persecución en que perdió la vida tu abuelo Próculo. Nos escribía muy poco, y siempre insistiendo en que te dijésemos que estaba muerto. Es lo que hicimos, y menos mal que conseguí convencerte de que me dejases a mí gobernar todo esto, porque, si no, no me habría quedado más remedio que contarte la verdad. Ahora todo es tuyo. Tu padre se mató hace tres días por orden del emperador, que le dio a elegir entre matarse o ser ejecutado, bueno, me imagino que sería así, porque ya comprenderás que yo no estaba allí, y el emperador no me lo contó con mucha claridad.

—Tiene que venir Ligeia —dijo inmediatamente Auréolo—, ultimar los trámites, y mi esposa en cuanto esto ocurra.

Sin más, la mandó llamar. Mientras llegaba, Plautila dijo:

—Bueno, yo me voy a Roma, ahora que estoy en libertad de hacerlo. Aquí no me siento segura. En una semana o así salgo.

—Tampoco me siento segura yo —dijo Flavia—; por mucho que me tranquilizase Aureliano, pienso que aquí todos corremos peligro, y muy grave.

Ligeia llegó muy cohibida, pero Auréolo la sentó a su lado, le cogió la mano:

—Prosigue, abuela.

—Tengo que enseñarte las cosas de la familia. Llevará tiempo. Si quieres seguimos mañana. Empezamos con el sol. Hay mucho que ver. Entretanto, entiéndete tú con el administrador.

Miró a Ligeia, que le sostuvo la mirada. Luego Flavia comentó esta insolencia con Plautila:

—¡Habráse visto!, ¡no bajó los ojos!

—¡Y eso que todavía es esclava!

Auréolo llevó aparte a su abuela y a su madre:

—Lo que vayáis a hacer, aplazadlo, tenéis que asistir a mi boda. Madre, tú aplaza tu viaje a Roma, y tú, abuela —mirándola fijo—, sigue entre nosotros hasta dejarme casado y en pie de guerra.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Flavia, mientras Plautila se les acercaba para oír mejor.

Auréolo, mirando en torno a sí, acercó la boca a las orejas de ambas mujeres; añadió, muy bajo:

—Tengo que vengar la muerte de mi padre.

Al día siguiente Flavia y Auréolo se vieron solos de madrugada. Flavia llevaba una bolsa con papeles, que le tendió:

—Los testamentos de tu abuelo y tu padre —le dijo—, y algunos documentos que ahora debes tener tú.

Le llevó al piso subterráneo donde estaban las estancias de verano y se detuvo ante una pared de mosaico con una gran máscara teatral en el centro, cuya boca abierta mostraba un círculo negro. Flavia fue a un extremo y tiró de una mano tallada en relieve en la pared, la cual cedió a su fuerza, abriéndole toda una sección del mosaico y dejando un boquete por el que se podía entrar.

Flavia entró en una estancia obscura, haciendo a Auréolo ademán de seguirla. Una vez dentro ambos, Flavia disipó la oscuridad abriendo un angosto ventanuco lateral que apenas dejaba entrar luz suficiente para iluminar a su lado una bolsa de cuero con recado de encender: debía de dar al fondo de un pozo. Una vez tuvo luz en la mano, Flavia fue encendiendo varias lámparas: las mechas, resecas, chisporroteaban, amenazando apagarse, hasta que Flavia pudo cebarlas con otras frescas que llevaba en una bolsa colgada del cinturón. Así, Auréolo, desconcertado por tanta precaución, pudo verse en una vasta y alta estancia cuyas paredes, techo y suelo estaban recubiertos de piedra. Todo a lo largo y ancho de su extensión poblaban la estancia baldas de gruesa madera, la mitad de las cuales estaban cargadas de lingotes de oro y bolsas cerradas, que, como pudo comprobar enseguida Auréolo, contenían monedas de oro antiguas, de cuando la moneda romana realmente pesaba su valor en oro.

—Aquí está —le dijo Flavia— todo el oro de los Aurelios, depositado año tras año sin excepción, durante siglo y medio; todo cuanto no nos hacía falta para nuestra vida diaria o nuestros negocios, venía aquí, y aquí sigue. No se sabe cuánto pueda haber. Nadie más que el cabeza de familia conoce esta reserva. Ni el administrador ni nadie. Ahora tú y yo solamente, y yo ya sobro. Allí —señalando al fondo— hay una puerta que conduce a

otra estancia igual, lista para seguir recibiendo oro cuando ésta esté llena.

Auréolo, deslumbrado, echó una ojeada panorámica a aquella estancia y pensó que aún faltaba tiempo para llenarla del todo.

«Aquí hay», se dijo, «dinero de sobra para vengar a mi padre», e hizo voto de dedicar a esa tarea, ahora fácil, todo el tiempo que aún le quedase de vida, incluso si esa venganza acabase con su vida a la vez que con la de Aureliano.

Salieron de allí, cerraron y subieron a la superficie de la tierra. Flavia le llevó a los almacenes, donde se guardaban las mercancías que los Aurelios exportaban a Germania, y donde la mirada de Auréolo se perdió, sin apenas interés, por salas y salas llenas de grandes y pequeños envoltorios de tela de saco cuidadosamente etiquetados, entre los cuales pululaban esclavos que los traían y llevaban, sacándolos para enviarlos a Germania o trayéndolos de los talleres contiguos para almacenarlos. El administrador, que se había unido a ello, le dijo:

—Esto marcha solo, sin ayuda de nadie. Los encargados de las factorías germanas nos hacen los pedidos, y aquí se les cumplimentan. Tu intervención sólo sería necesaria si quisieras introducir algún cambio en una rutina que ya lleva sin cambiarse varias generaciones. Es la clientela germana la que dicta nuestra política comercial; bueno, y la medida en que nos es posible satisfacer sus gustos: hasta ahora, casi siempre hemos podido.

Auréolo le dijo que siguieran así, y que él sólo quería supervisar sus actividades anualmente, mientras no fuese necesaria otra cosa. El administrador, un liberto inteligente y enérgico, asintió, despidiéndose de él y de Flavia.

Aquella parte de la finca, situada al otro lado de los campos cultivados y de los pastos, estaba tan lejana que habían tenido que ir hasta allí en carro de mulas. Volvieron a la casa, donde ya habían comenzado, por nerviosa, urgente orden de Auréolo, los

preparativos para la boda: Ligeia estaba a punto de ser libre, por orden, también nerviosa y urgente, de su inminente examo y también inminente marido. La ya inminente exesclavita se mantenía al margen de sus inminentes suegras, deseosa de evitar choques de último momento. Ligeia temía que Flavia y Plautila le hiciesen ver que, para ellas, seguía siendo tan esclava como antes, por mucho que hubiese cambiado su estado jurídico, pues, en lo más hondo de sus mentes, la índole servil era indeleble.

No pensaba eso Auréolo, que la consideraba libre por su única y omnímoda voluntad: el funcionario que había llegado urgentemente a formalizar el acto de manumisión ya iba de camino al archivo municipal, donde se registraría oficialmente el cambio radical que había sufrido la suerte de Aurelia, nuevo nombre, a partir de ahora, de la pequeña Ligeia.

—Madre, abuela —había dicho Auréolo, entre amenazador y suplicante, a Plautila y a Flavia—, si me queréis no mencionaréis nunca más a nadie que Ligeia ha sido esclava nuestra. Lo olvidaréis vosotras mismas, sobre todo teniendo en cuenta que sus padres nacieron libres y fueron víctimas de una emboscada. Haced esto por amor a mí.

Ninguna de ambas respondió. Plautila se iba a Roma para no volver: le daba miedo la finca, con la sombra de la policía militar en forma del centurión y sus legionarios; y Flavia ya había decidido poner fin a su vida.

La fiesta de las bodas de Auréolo fue un magno, fantasioso banquete dado a toda la aristocracia de la comarca, sólo la mitad de la cual hizo acto de presencia, por temor a que la ejecución de Fusco fuese el principio de una purga en la que los amigos del primer purgado serían los siguientes en caer. La presencia de un destacamento de legionarios en el parque de la finca cohibió a unos pocos más, que saludaron y se fueron como habían venido.

Así y todo, el parque estaba bastante lleno de gente, y Auréolo anunció que iba a ofrecer un espectáculo de gladiación incruenta.

Era un mediodía soleado, y el parque de los Aurelios se extendía, herboso y florido, hasta la tapia que lo separaba del resto del mundo, dejando sitio suficiente, a lo largo más que a lo ancho, para mucha más gente de la que allí había. Mientras los esclavos retiraban los restos del banquete, los cuatro gladiadores que componían la cuadrilla aparecieron de pronto en el claro que otros esclavos habían abierto entre la concurrencia.

Eran dos parejas: una formada por un reciario y un samnita, acorazado y con lanza de madera y casco éste, y reducido el otro a taparrabo acolchado y gran red de holgadas mallas. Los otros dos llevaban casco y taparrabo, y sendas espadas, también de madera; los cascos eran cerrados, de pico de ave, con agujeros para ver.

El reciario salió del grupo y el samnita se le enfrentó enseguida, andando pesadamente y blandiendo, torpón, su lanza; el reciario, que se había enrollado la red en torno al antebrazo, esperó a que su adversario estuviese casi encima de él, y entonces, con un movimiento de casi milagrosa celeridad, se la desenrolló y le envolvió en ella con un solo, rapidísimo movimiento, saltándole al tiempo encima y subiéndosele a los hombros con grandes gritos de regocijo.

El samnita, descargando lanzazos a diestro y siniestro, no podía liberarse de la red, que le enredaba más y más los brazos, impidiéndole moverse, mientras el reciario, raudo como prestidigitador, le arrancaba la lanza de la mano por una de las mallas, y, usándola a modo de pértiga, saltaba por encima de él y aterrizaba a sus espaldas, derribándole de un lanzazo en plena armadura.

Entre las aclamaciones generales, reciario y samnita, que se había levantado como si la cosa no fuese con él, se mezclaron

con la gente, que les felicitaba, entusiasmados.

—Esto está muy ensayado —decían—. Ahora veréis el segundo número.

Los otros dos gladiadores, con casco, pero sin coraza, se enfrentaron ahora, vigilados por un esclavo que hacía de lanista o árbitro con su vara rectora y correctora.

Se enzarzaron a pecho descubierto, en ferocísima ficción de combate con espadas de madera, simulándose atroces destrozos físicos histriónicamente orquestados con gritos e insultos.

Uno de ellos se apartó del otro con un súbito salto, y quedó frente a él haciendo el pino. Apretando el puño de la espada entre los dientes, volvía loco a su adversario con hábiles estocadas dirigidas por veloces cabezazos y sin otro apoyo para todo el cuerpo que la diestra fuerza de sus brazos.

Pura esgrima de salón, implacable en su surrealismo, que sólo duró unos minutos. Todos seguían con apasionamiento el juego de golpes y contragolpes, viéndolos auténticos, por imposibles que pareciesen: tupidos y cerrados en el que tenía la espada en la boca; verdaderamente agresivos en el que atacaba a éste espada en mano.

Plautila, que conocía sus juegos, se los explicaba a la gente:

—Es pura destreza —les decía—, no hay otro truco que el ensayo constante y la fuerza física.

—Sí, eso, disciplina, pura disciplina —asintió uno de los invitados, que era militar—. Observad la exactitud con que las puntas tocan la piel sin herirla, y la precisión con que la piel se aparta al sentirlas. ¡Y ni una gota de sangre!

—Sin sangre —concluyó un escéptico—, no tiene gracia.

Plautila no dijo nada a esto, pero estaba completamente de acuerdo.

El lanista paró a los contendientes. El que estaba boca abajo se levantó de un salto, y ambos, sudorosos, se inclinaron ante el público.

Auréolo, que era uno de ellos, aprobó el acto tras el anonimato de su casco:

no era buena idea exhibirse demasiado ahora que era el cabeza de la familia Aurelia.

Al día siguiente, con la ida de los últimos invitados, que se habían quedado a pasar la noche por vivir demasiado lejos de allí, comenzó la desbandada de la familia Aurelia.

Plautila ya había dicho que se iría a Roma en cuanto terminase la boda. La gran casa aurelia se le caía encima y le parecía agorera y amenazadora. Había rehusado hablar con el centurión o mirar siquiera a los legionarios dejados allí por Aureliano, que entraban y salían por la casa como si fuese suya, y ya tenía todo su considerable equipaje listo para salir en dirección a Roma. Todo el día salieron del parque carros cargados con sus cosas, mientras ella se paseaba por la casa y los jardines y las huertas, despidiéndose mentalmente de un lugar al que no pensaba volver. En Roma se sumiría en una vida de desbarajuste y desenfreno para olvidar que había tenido una familia; quizá, bromeaba consigo misma, acabase casándose con un gladiador y convirtiéndose ella misma en víctima consuetudinaria de su marido. Veía el resto de su vida como un caos ordenado por sus caprichos, e incluso a Auréolo le vería solamente cuando fuese a Roma a visitarla, y a lo mejor ni siquiera entonces, porque el palacio romano de los Aurelios era capaz para varias repúblicas independientes y hasta invisibles entre sí. Plautila se despidió de Flavia y de Auréolo entre sonoras promesas de contacto permanente que ella no tenía la menor intención de cumplir, aunque cumpliría cumplidamente si ellos optaban por hacerle la corte; algo que vio en los ojos de

Flavia, sin embargo, le dijo que su suegra no duraría ya mucho tiempo sobre la tierra. En Auréolo, por otra parte, Plautila atisbo una determinación cerrada y hermética que la asustaba, hasta que Auréolo mismo la llevó aparte y le dijo:

—Voy a vengar a mi padre, no descansaré hasta que vengue a mi padre —sin explicar a su madre que contaba para ello con las reservas de oro acumuladas por la familia Aurelia durante casi doscientos años, cuya existencia, al parecer, ella no conocía, y cierto es que Plautila se quedó pensando:

«¿Cómo y con qué piensa este insensato enfrentarse nada menos que con un emperador romano?», y se fue en su carroza de viaje convencida de que su hijo se había vuelto loco; ella, por su parte, había olvidado a Fusco, no quería pensar más en él: ahora, en Roma, se buscaría un hombre que la satisficiese y a quien ella dominase en todo momento, sin tolerar jamás que adquiriese sobre su vida la autoridad del marido romano. Flavia la vio irse, y al perder de vista la polvareda de la carroza que se alejaba se dijo que acababa de terminar un capítulo: el último de su vida.

Flavia sí sabía con qué medios contaba Auréolo para cercenar la cabeza del imperio, culpable de su orfandad: con lo que había en las cámaras del tesoro de la casa Aurelia se podía acabar con varios emperadores y huir con el resto a Persia o a la India para estar al abrigo de cualquier intento de venganza de sus sucesores. Sabiendo que ya le quedaba poca vida, Flavia animó a Auréolo a no cejar en su empeño, aunque la muerte de Aureliano supusiese la subida al poder de un Aureliano gemelo, como era, en el fondo, el general Probo.

Cada cual guardaba su secreto: Flavia, el de su suicidio inminente, y Aureliano el de su muerte cercana por una terrible, anónima enfermedad que no perdonaba a sus elegidos.

Auréolo también tenía el suyo: las cámaras del tesoro de los Aurelios, cuya existencia pronto sería el único en conocer.

Eliminada Plautila de su entorno, Auréolo, Aureliano y Flavia quedaban como seres condenados a creer que sus respectivos secretos eran únicos y decisivos, cuando lo cierto es que se anulaban mutuamente hasta el punto de frustrar sin remedio cualesquiera planes edificados en torno a ellos: ni Aureliano iba a tener tiempo de dejar la púrpura sobre los hombros de Probo, pues su sucesor real, el senador Tácito, por efímero que fuese, frustraría todos sus planes, ni Auréolo podría adelantarse a las circunstancias asesinando a Aureliano a fuerza de oro, ni Flavia, a fin de cuentas, se suicidaría para cerrar con broche de diamante la pulcra obra de arte de su vida: otro se la cortaría brutalmente, mancillándosela sin remedio con el más indigno de los finales.

La decisión de Auréolo de dedicar su vida a vengar a su padre era firme: pero lo haría él solo, sin otros cómplices que los profesionales a quienes pagaría liberalmente por sus servicios.

Tampoco había dicho nada a Ligeia sobre el oro de los Aurelios, justificándose a sí mismo esta reserva, la primera que tenía con ella, con el pretexto de que sólo a los dioses competía juzgar la tradición familiar. Le dijo que quería matar a Aureliano con sus propias manos, y ella tuvo un ataque de angustia, del que salió fríamente convencida de que su pobre marido era hombre muerto: lo veía en manos de los legionarios de Aureliano, que le quemaban vivo con leña verde. Auréolo calmó su conciencia por esta falta de confianza hacia su esposa advirtiendo a su abuela y al mayordomo que, durante su ausencia, por mucho que durase, Ligeia sería ama y señora de todo.

Otorgó la libertad a sus tres compañeros de gladiación incruenta, y ellos quedaron muy sorprendidos, dándole la impresión, bajo sus protestas de alegría y agradecimiento, de que no

sabían qué hacer con tan súbita libertad, más segura, a poco que meditasen, que la servidumbre vitalicia en una finca cuyo amo podía cambiar de forma de ser, o morir y dejarles a ellos en manos de gente menos amiga. Los tres cogieron sus armas y sus pertenencias y se fueron de la finca aurelia en busca de un cuarto gladiador con el que recomponer su cuadrilla, bien apuntalados por una fuerte suma de dinero que Auréolo les dio como regalo de despedida.

Hecho todo lo cual, se sintió de pronto solitario y defraudado: echaba de menos a sus compañeros de tantas hazañas, y temía no poder vivir contento sin Ligeia, que, ya más tranquila, le decía que su decisión de matar a Aureliano con sus propias manos era una prueba de piedad filial que le hacía a sus ojos más querido y admirable: «Pero seamos realistas», añadía, «ya me considero viuda». Auréolo la sorprendía a veces con el rostro contraído y los ojos arrasados en lágrimas.

Auréolo decidió mostrarse firme y fuerte y atenerse a sus decisiones. Si moría, aunque fuese entre las peores torturas, él, por lo menos, habría cumplido con su deber filial. Allá quien quedase detrás de él: Flavia, Ligeia, Plautila…, que arrostrasen las consecuencias, si, como era más que probable, Aureliano reaccionaba contra ellas; y ojalá que se limitase a confiscarles los bienes.

Envió por delante cuantiosos fondos a un comerciante de Sirmio que siempre había sido incondicional de su padre, y eligió para su séquito a cinco esclavos hercúleos y buenos espadachines, prometiéndoles la libertad y pensiones vitalicias si se le mostraban fieles hasta la vuelta a la finca. Su idea era ir directamente a Quenonfrurio, un poblacho donde le constaba que Aureliano tendría que hacer alto: allí, adelantándosele cuanto le fuese posible, tendría, quizá, tiempo para preparar el atentado, o, al menos, para alcanzar la comitiva imperial y unirse a ella camino de Persia, donde las oportunidades serían más numerosas y propicias.

Se despidió de la casa y de la finca, de sus esclavos más queridos y de su abuela, ante quien se arrodilló, aconsejándole no suicidarse hasta su vuelta y pidiéndole perdón por haberla despojado de su mando en la casa:

—… Pero eso es algo que debo a mi esposa, como en buena fe no puedes menos tú misma de reconocer…

Y así fue como Flavia se quedó sola en la gran casa aurelia, cuya dueña y señora era ahora Ligeia, exesclava suya, y lo bastante joven para ser su nieta.

Ligeia, por su parte, parecía eufórica, aunque, dueña de la casa y todo, siguió mostrándose muy comedida y modosa y humilde con Flavia.

La noche de bodas, o lo poco que quedó de ella después del banquete, la habían pasado ella y Auréolo en la antigua alcoba de Fusco, explicándole Auréolo a Plautila que en adelante iba a ser estancia conyugal. Plautila la desalojó sin decir nada, pero quedó muy ofendida, sobre todo porque la decisión había sido súbita, en plena noche, y estando Auréolo, al parecer, bastante bebido.

Era una vasta habitación acolchonada entera, donde podía dormir, bien mullida, una legión, y Ligeia, por su parte, se decía, retozando sobre aquel inmenso, profundo colchón, que ahora, apenas salida de la ergástula, se veía, de pronto, en el dormitorio más original del mundo, y para ella sola. Y tan suyo como el resto de la casa.

Entonces cayó sobre Flavia una tremenda depresión.

La casa, el parque, se le derrumbaban encima, y el recuerdo de Plautila y Auréolo no le servía de nada: la primera, era evidente, no quería volver ya más a la finca, ofendida y asustada como estaba, y el segundo iba derecho a la más infamante de las muertes a poco que se descuidase.

La primera noche Flavia apenas dejó al esclavo declamador abrir la boca: le mandó callar sin más y le echó de allí, enviándole a la ergástula y a cualquier servicio doméstico, porque sus peroratas le parecían ahora fútiles intentos de recuperar lo que ella había perdido para siempre.

Ahora sí lo veía claro: ni Próculo ni Fusco podían ya revivir: no, ciertamente, en carne y hueso, pero ni siquiera en su mente, donde el segundo comenzaba a cobrar perfiles indistintos, y ni siquiera le era ya posible recuperar del todo su voz. Ni de lejos le veía su mente, envuelta como estaba en la negra nube de depresión que la acosaba como una catapulta, y que en su pecho se convertía en un peso blanco y asfixiante que no la dejaba pensar más que en sombrías, agoreras perspectivas.

Cualquier noticia, por buena que fuese, se le transformaba automáticamente en catastrófica amenaza de tragedia inminente. Todo se le volvía banal, innecesario: ni leer quería ya, y sentía rayos o vibraciones de rechazo ante cualquier libro, tan leído y releído antes como ahora violentamente desdeñado.

Acabó encerrándose en su cuarto, donde, echada sobre su cama, veía pasar las horas y los días sin llamar a la servidumbre más que para pedir algo de comer y beber lo justo.

Ligeia había dado orden al mayordomo de que nadie se acercase a Flavia, y que sólo él, de vez en cuando, le preguntara si deseaba algo, aunque fuese exponiéndose a sus iras, para ver de aquilatar el verdadero estado de ánimo de su exama, que estaba, le decían, cada vez más abandonada y apática.

Flavia, el pelo revuelto, y ahora grisáceo y rápidamente encaneciente, la ropa arrugada y sucia, la cama revuelta y maloliente, mostraba arrugas en todo su hasta poco antes tersísimo rostro, y ni fantasma era ya de sí misma. Miraba con ojos turbios e incomprensivos a todo cuanto se le dijese.

Ligeia estaba preocupada: le gustaría que Flavia muriese, pero por su propia mano, y ahora se esforzaba en mostrar a todos que vivían separadas en la gran casa, sin contacto físico o mental alguno. Así, si le ocurría algo, nadie podría echarle la culpa a ella. Ligeia se había instalado ahora en el primer piso, donde tenía un vasto apartamento con todo cuanto necesitaba, y en el que sólo entraban el mayordomo y sus esclavos particulares. Flavia oponía tercas negativas a todas sus invitaciones, y, al parecer, había acabado por mudarse al apartamento secreto de Fusco, donde recibía comida por el boquete del tabique, que tenía bien cerrado el resto del tiempo.

La mera vida física se le presentaba ahora de nuevo como algo inexplicablemente necesario, algo, a pesar de su decisión de suicidarse, digno de ser defendido, aunque no fuese más que como soporte del hondo dolor que poco a poco empezaba a encontrar agradable en el fondo de su mente: le agradaba masoquistamente pensar en la vida como una trampa sin salida posible. Por eso la defendía en el cuarto cerrado de Fusco contra la única salida que temía: un atentado de algún esclavo, por orden de Ligeia.

El centurión, que tenía orden de Aureliano de vigilarla, fue a verla en varias ocasiones, y una vez la pudo ver echada en su propia cama, patéticamente confundida con sus propios excrementos. Los ojos turbios de Flavia le miraron sin reconocer en él a un ser humano, y el centurión sintió frío. La mente de Flavia no registraba ya las cosas, se dijo el centurión, que envió al emperador un recado alarmista y urgente. La respuesta le llegó sin tardanza: «Conviene matarla discretamente».

Siempre al acecho, el centurión la sorprendió una noche profundamente dormida en su propia cama, el boquete que la comunicaba con el cuarto de Fusco abierto de par en par. Apestaba, y el centurión casi vomitó de náusea, a pesar de lo que le había endurecido la vida militar. Abrió un pomito de veneno que llevaba al cinto y se lo hincó a Flavia entre los dientes, tapándole al

tiempo los ojos con la otra mano. Cuando Flavia cesó de forcejear, el centurión dejó el pomo vacío a su lado y se fue por donde había venido, advirtiendo al esclavo que dormía en el pasillo, a la entrada, que olvidara lo que hubiese visto u oído. Y el esclavo lo olvidó por la cuenta que le tenía, y nadie dudó de que el cadáver de la vieja setentona, canosa y arrugada y sucia y astrosa y maloliente, era el de una suicida: Flavia, esposa y madre de sendos reos de alta traición, Marco Aurelio Próculo y Quinto Aurelio Fusco. Ligeia suspiró de hondísimo alivio al recibir la noticia y pidió un lacrimario para conservar en él las lágrimas que derramó allí mismo ante todos, por la muerte de su exama.

★ ★ ★

Abría la marcha un escuadrón de caballería ligera, lanza en ristre. Detrás iba la secretaría del emperador: cuatro grandes carros de seis ruedas, cerrados y tirados cada uno por otros tantos caballotes; en su interior, pendolistas griegos y latinos preparaban cartas y documentos urgentes en seco y preciso latín administrativo, junto con escuetos resúmenes en tosco latín militar sin cuya tersa claridad el viejo panonio nunca estaba seguro de entender del todo lo que le ponían a la firma. Eros Latiniano corría de un carro a otro, vigilándolo todo, aclarando dudas.

Por dentro los carros eran pequeñas oficinas: su altura permitía a los amanuenses ponerse en pie sin darse con el toldo y había mesitas bajas clavadas al suelo y armarios sujetos a los postes con cuanto recado de escribir se precisaba.

De carro en carro corrían los meritorios con avisos y papeles: eran hijos de legionarios cuyas aficiones literarias les recomendaban como futuros amanuenses militares.

Cerraba la marcha otro escuadrón de caballería, vigilando de cerca los carros y la impedimenta; sus ruedas levantaban perezosas nubes de polvo bajo el sol poniente.

Como de costumbre, el emperador y su guardia sacaban ya ventaja al resto de la cabalgata y a la legión que se alargaba y ensanchaba, marcando ruidosamente el paso, a ambos lados del camino. A Aureliano le irritaba la protocolaria lentitud: hincaba de pronto los talones en los ijares de su caballo y su guardia tenía que lanzarse al galope para no perderlo de vista. Guardias y guardado seguían así a campo traviesa y ambos hacían alto en el lugar donde se preparaban para la noche mientras carros, caballería y legionarios se les acercaban a lo que el viejo panonio llamaba con desdén «paso de senadores».

Aureliano tenía ahora el rostro más rugoso y en sus ojos se atisbaban chispas de fatiga. Se le erizaba la ira a cualquier mención de vejez, quería que la inmortalidad se le reconociese en cada uno de sus gestos:

—¡Bah!, ¡sandeces!, ¡os enterraré a todos! —bramaba, diciéndose al tiempo:

«Lo principal es morir con los ojos abiertos».

Pero se le nublaba la mente de frustración y pena: ¡Morir justo cuando estaba al borde de ser el más grande de los emperadores, dejando incumplido su vasto plan de regeneración del imperio en el momento más bajo de su historia! Mejor, ciertamente, no pensar. Mejor reponerse y aceptar lo irrevocable: todo más o menos, todo como fuese, a medias.

Fuera de Roma se respiraba mejor: Roma era un asfixiante, maloliente avispero de senadores y funcionarios, patricios romanos y potentados extranjeros o jefecillos bárbaros, conspiradores unos y liantes los más, a quienes él no sabía tratar sin enemistarse para siempre con la mayor parte de ellos. Él, en Roma, reducía al mínimo sus contactos con civiles, dedicando su tiempo a legionarios y caballos y organizando minuciosamente el golpe de gracia a Persia. Hostil a los laberínticos palacios romanos, Aureliano se pasaba los días cabalgando y las noches en una casita amuebla-

da a su aire en los jardines de Salustio, donde recibía a su estado mayor y a sus jefes de planificación y apoyo logístico. Y ahora, camino del frente, recordaba Roma como un dolor de cabeza más venerable que habitable.

O de muelas: tenía la encía derecha inflamada, y el dolor, aún ligero, prometía arreciar. Temía las noches insomnes, porque le ponían nervioso ante su muerte, agoreramente próxima, y en vísperas de una campaña en la que Roma, o, mejor, su sucesor, se lo jugaba todo.

Se había quitado la coraza de cuero repujado, colgada ahora del arzón, y sentía el calor del sol como un bálsamo contra el pecho híspido y musculoso. Su caballo, al trote; y su guardia, con tres generales a la cabeza, a la distancia mínima necesaria para fijar distancias.

Iba muy encerrado en sí mismo desde su salida de Roma, hosquedad que todos atribuían a la campaña inminente, de la que había jurado ante el altar principal del recién consagrado templo del Sol no volver hasta dejar al imperio persa convertido en tierra de nadie, o en maraña de reinecillos rivales cuyos asesores romanos se ocuparían de tener permanentemente enzarzados entre sí.

Los detalles precisos del futuro ordenamiento de una Persia vencida eran cosa que él prefería dejar abiertos al buen juicio de Probo: únicamente insistía en que había que inundar Persia de germanos, porque en esto estaba el equilibrio definitivo del imperio romano que él quería ver desde lo alto de su estrella.

Los generales respetaban su silencio, y entre los legionarios se había corrido la voz de que se pasaba las horas en intenso diálogo interior con el Sol, que, además, le visitaba en sueños todas las noches.

Casi todos los generales pensaban que para tal empresa iban a hacer falta por lo menos cinco expediciones imperiales seguidas.

Demasiadas, objetaba Aureliano:

—Bastará con tres campañas, ni una más.

El tiempo se le acortaba obsesivamente: cada día que pasaba era como un año para él. Y la objeción más tímida:

«Señor, el divino Trajano…», le encrespaba, encendiéndole bruscos accesos de ira que luego parcheaba con displicentes excusas.

Se sentía respaldado por su increíble fortuna bélica, que debiera bastar para hacer creíble tan compleja y vasta operación, en la que se iban a emplear los mejores efectivos del imperio: una de las tres legiones británicas, dos de las cuatro del Rin, cinco de las nueve de Retía, las dos transdanubianas, seis de las doce danubianas.

Había concentrado ante el Eufrates y en Armenia lo mejor del rodillo militar romano: «¡Dieciséis legiones!, ¡y mandadas por mí y por Probo!».

Ese rodillo tendría que actuar como un instrumento de precisión.

Aureliano lo comparaba a un reloj de arena cuyos granitos han de pasar uno a uno por un agujero calculado exactamente para su volumen: una vez pasados todos, vuelta a empezar. O a una banda elástica: órdenes y contraórdenes, avances y repliegues, sin un solo tropezón.

El primer golpe: romperles el tímpano a los escépticos de su estado mayor y la frente a los persas; el segundo, cuando ya, probablemente, no estaría él para verlo en carne y hueso: consolidar la posición así conquistada y descentrar la restante del enemigo; y el tercero: dejar Persia abierta, como una carcasa con los bofes al aire, a la devastación sistemática que era condición imprescindible para una conquista duradera.

Lo más difícil, se decía Aureliano, sería la sucesión imperial en plena guerra, porque cualquier traspiés podría crear caos en las

legiones, quizá en medio de una batalla clave. Pero él ahí ya no podía intervenir. Todo, hasta el genio de inspiración solar, tenía su límite.

De todas formas, habría que estar muy atento, sobre todo por el desguarnecimiento que tal concentración de tropas en sitio tan lejano suponía para las fronteras occidentales del imperio. Él confiaba en que la estabilidad impuesta ahora todo a lo largo del Rin y del Danubio durase lo suficiente para permitir el adiestramiento de unidades bisoñas que estaban reclutándose ya a toda prisa; pero provincias enteras, despojadas de todas sus reservas de grano para enviar al Eufrates, eran cosa más difícil de remediar.

El centro avanzado de control logístico instalado en Siria era ya maravilla turística por su complejidad y tráfago, distribuyendo pertrechos y armas que las fábricas imperiales producían al límite de su capacidad. Varios sospechosos, detenidos cerca de ese centro, y uno dentro de él, habían confesado ser espías del rey de Persia, y acusado a dos generales del alto mando imperial de ser cómplices suyos. A éstos se les vigilaba ahora de cerca: sin acceso ya a información secreta, la recibían, en cambio, cuidadosamente falsificada, y en cuanto recelasen de su verdadera situación, morirían de accidente o enfermedad relámpago.

Poco antes de salir Aureliano de Roma, un augur le había comunicado sus temores de que el divino Trajano, celoso de una empresa que amenazaba relegarle al estercolero de la historia, al triunfar Aureliano en la Persia donde él había fracasado tan estrepitosamente, se levantase ahora al otro lado del Eufrates para impedir, por despecho, el avance romano. Aureliano y los que estaban con él cuando el augur le dijo esto quedaron inquietos. Se ordenaron cuantiosos sacrificios a la memoria de Trajano, y Aureliano mandó luego que éstos se hiciesen extensivos a la de todos los emperadores que habían iniciado campaña contra los

partos y los persas, pero siempre en menor medida que a la de Trajano, que le parecía el más peligroso de todos ellos.

Aureliano despertó de su ensimismamiento, volvió la cabeza a sus guardias germanos, que le seguían de cerca: «¡Nada!», se dijo, con una risotada de forzado optimismo, «¿los persas?, ¿contra mocetones como ésos?, ¡tres catapultazos y fuera!».

★ ★ ★

No sólo le había envejecido el rostro: también mente y resistencia comenzaban a crujirle.

Todavía aguantaba marchas y cabalgatas, y largos consejos bélicos y políticos, pero sus asesores se habían dado cuenta de que, resistiendo ellos algo de tiempo, podían dejarle sin fuerzas para seguir imponiéndose a una descarga cerrada de objeciones.

Sus altos en plena marcha se hacían más frecuentes: sólo en avances contra enemigos al borde de la fuga le volvían sus energías juveniles, y entonces su espada, como decían de él los legionarios, se cansaba antes que su brazo.

—Morir —solía decir en otros tiempos— no es, en sí, nada: después de todo, el individuo tiene que morir, cualquier loco puede darme una puñalada en cualquier momento, y yo mi vida la arriesgo por encauzar a Roma como es debido. Morir ahora me vendría muy mal, y peor a Roma, pero claro que me puede ocurrir, como a todo el mundo.

Ahora, con el paso del tiempo, ya la muerte no le inspiraba palabras tan displicentes, sobre todo últimamente, desde que la llevaba encima; dentro, mejor dicho. Hasta filósofo se volvía hablando de ella, él, siempre alérgico a razonamientos que no fuesen estrictamente pragmáticos.

—Yo sólo querría morir si dejase de sentirme vivo. Vivir sólo físicamente no es vivir. Así es como viven los esclavos. Hay que sentirse y pensarse vivo, morir con los ojos abiertos. Defender la

propia vida es la única causa por la que realmente vale la pena morir.

Diciendo esto, Aureliano se veía muriendo entre caballeros persas frenéticos, y se decía: «Así burlaré a los dioses, que quieren matarme de una enfermedad ladina y furtiva, pero no: yo moriré como un soldado».

Al principio sus oyentes se sorprendían ante tan insólitas reflexiones, luego llegaron a la conclusión de que la muerte estaba metiéndosele a Aureliano mente adentro, y lo atribuyeron a que los dioses comenzaban a llamarle a su seno. Sospecha que se confirmó cuando le vieron, por primera vez en su reinado, delegar en sus asesores tareas que antes se reservaba celosamente, pero que ahora —esto lo decía él mismo— le distraían del encauzamiento de su tarea más urgente: la destrucción de Persia como trampolín esencial para la anexión de Germania.

La tradición romana, se decía Aureliano, era profundamente hostil a cualquier tipo de unión con Germania que no fuese consecuencia de una guerra. El peso de la batalla del Teotoburgo, tan catastróficamente perdida, seguía oprimiendo la mentalidad romana, pervertida, sobre todo, por Augusto, celoso de que otros triunfasen donde él había fracasado.

La memoria de Augusto comenzó a repeler a Aureliano hasta el punto de inducirle a organizar toda una red de operaciones mágicas contra sus manes; los augures encargados de tan delicada misión tenían orden de mantenerla en el mayor secreto, y uno o dos que se fueron de la lengua murieron repentinamente. Así y todo, Aureliano vivía en constante inquietud de que se supiese que estaba buscando la destrucción de los manes del divino Augusto, a quien él acusaba de haberle vuelto tan ardua y peligrosa la tarea de convencer a sus generales de que la idea de anexionar Germania era algo posible y relativamente próximo, y no enteramente por medios bélicos. Sus primeros tanteos, como los

mantenidos con Ennio Galicano, habían sido recibidos con silencioso recelo.

Roma envejecía, y había que rejuvenecerla, pero no con burbujas de audacia, como las campañas de Trajano, que sólo habían servido para dejar Persia intacta mientras Germania seguía reducida al absurdo papel, decidido primero por Augusto, de campo de entrenamiento militar y criadero de esclavos.

Los problemas se resolvían con inteligencia, no con tabús. Cuando la inteligencia se retira ocupa su lugar la melancolía, o la rabia, estériles ambas. ¿Qué culpa tenía él de haber nacido con diez años de anticipación a su verdadero tiempo?

Odios y codicias prosperaban en su redor. Sus generales vivían en constante pendencia intestina, y Eros Latiniano llevaba años cobrando pingües comisiones por alquilar influencia en la adjudicación de contratas militares.

Aureliano acababa de enterarse de esto por su policía militar. Les había ordenado que se cerciorasen plenamente cuanto antes, pero no tenía la menor esperanza de que la acusación resultase falsa.

Ya sólo de Probo podía fiarse.

Y en tanto seguían llegando correos de todos los puntos del imperio; acto seguido volvían con cartas y documentos para sus remitentes y para los archivos centrales de Roma. Él, nada papelero, había tenido que hacer frente a la acumulación de cartas e informes que aumentaba constantemente en su entorno desde que había salido de Roma. «Si no puedes con algo», solía decir, «ábrele los brazos». Lo que realmente ansiaba era verse de una vez en los campos persas, al frente de legionarios que leían y escribían peor que él.

Acababa de firmar una orden fomentando la producción, copia y distribución gratis entre los legionarios de novelas porno-

gráficas sobre mujeres persas lujosas y casquivanas: se le había ocurrido que los legionarios cachondos lucharían mucho mejor pensando que las tierras por conquistar abundaban en mujeres exóticas, envueltas en diamantes y empapadas en libido.

También había ordenado secreto total a los poquísimos que sabían de una orden del rey persa de que se recibiese a los invasores romanos con implacable tierra quemada.

La población persa, tanto bípeda como cuadrúpeda, se retiraría con el ejército o sería diezmada sobre el terreno por sus propios compatriotas uniformados, dejando ante los legionarios una extensión lo más vasta posible sin cosechas, sin casas, sin animales, sin gente y, lo peor de todo, sin mujeres jóvenes, y sin sombra, pero con el sol intacto sobre sus treinta kilos de impedimenta y sus suelas de cuero reforzadas de plomo.

Aureliano no tenía mucha fe en que fuera posible guardar tal secreto: los primeros interesados en su difusión entre las tropas romanas eran los persas mismos, y medios no les faltaban.

Ya estaban concentrándose junto al Eufrates manadas de comerciantes de todo el imperio en espera de concesiones comerciales; su afán, sobre todo, era conseguir acuerdos con legiones enteras, a tanto el quintal de botín.

Aureliano bajó de un salto de la litera en marcha, pensando en la proclama que quería dirigir a sus legiones en el momento de cruzar el Eufrates: «Comilitones», éste era el mensaje, pero no las palabras exactas que quería comunicarles, «Persia bastará para enriqueceros a todos, y hasta para dejaros sin semen a poco que penetréis en ella…».

Bueno, ya lo iría limando.

Se sentía entumecido de tanto estar echado. Estiró brazos y piernas, y cogió por la rienda a su caballo, atado a la litera por un largo ronzal. Ya iba a saltar a la silla cuando un súbito apretón le hizo retirarse apresuradamente, seguido por dos de su guardia

germana, a un bosquecillo cercano. Se desanudó el paño entrepernil, se agachó, se puso a cagar a gusto, mientras los guardias se apostaban a sus lados y la cabalgata pasaba delante de él.

«Menos mal», se dijo, «que de ésta saldré vivo».

Pensaba en el emperador Galieno, apuñalado por sus colegas cuando cagaba a tripa suelta y sin guardias al borde del camino por donde su ejército seguía hacia el alto nocturno. Y, la verdad: ¿qué mejor momento: agachado, concentrado por entero en una evacuación estrictamente no militar?

Si lo sabría él, que era el que había aconsejado a los demás conjurados contra el emperador esperar a ese preciso, precioso momento: inevitable a la larga, porque por el camino no había letrinas y Galieno comía mucho, de modo que, tarde o temprano, al ya superfluo emperador habría de darle un apretón en plena marcha. A nadie se le había ocurrido tan brillante idea.

Ser emperador romano, después de todo, era jugarse la vida hasta cagando, pero valía la pena. Él, por su parte, no iba sin guardia ni a orinar.

Apretó, apretó:

«Así les vamos a apretar esta vez a los persas».

Y luego, con sombrío humor:

«Y así les vamos a dejar», mirando a sus pies la plasta fruto de tanto esfuerzo. Cogió un puñado de hierba, se limpió a conciencia, lo arrojó lejos de sí: «Un secretario infiel es como un limpiaculos: lo usas y lo tiras».

Se volvió a anudar el paño entrepernil y se reajustó el faldellín militar, diciéndose que sí, que de acuerdo, pero Eros Latiniano iba a vomitar antes de morirse hasta la última moneda que había robado al erario público.

«Bueno», montando a caballo de un salto, «de ésta salí vivo. Qué cojones, la vida es bella, y desde lo alto de la púrpura, más, y la muerte es parte de la vida. La guerra es lo que es, y, si caes,

pues te has jodido, y Roma conmigo, porque todo quedará sin rematar: el poder en manos de cualquier bestia, y Probo, único salvador posible de todo este tinglado, en el aire. Bueno, allá el Sol que lo recomponga».

Se arrancó con los dedos piltrafillas de carne que se le habían quedado entre los dientes: mientras pensaba o leía o dictaba, los meritorios de Eros Latiniano le traían a su litera pequeños bocadillos que él deglutía de golpe entre dos decisiones.

Se tanteó el interior de la boca: trechos desiertos de muelas: menos mal que hoy no le dolían; en realidad, lo que él tenía mal eran las encías: las muelas que le quedaban estaban sanas.

El sol le calentaba por dentro y por fuera, y en torno a él el aire se henchía de espíritus favorables. Lástima no poder ver el final de la campaña persa; aunque, quién sabía, el Sol era veleidoso…, y omnipotente.

Como un golpe súbito sintió entre las piernas un amago de cachondez: milagro divino que no había por qué reprimir. A una palmada suya acudió al galope el jefe de su guardia, y él le ordenó:

—A ver, rápido, la más gorda de mis germanas.

Se volvió a bajar del caballo, se subió a su litera en marcha a esperar a la pelirroja damisela.

Al primer amago de sueño al vaivén de la marcha, Aureliano cerró herméticamente los cortinajes de la litera. Con la somnolencia le invadían súbitos deseos de estar solo. Se acomodó cuan largo era, tan bien mullido bajo la cabeza como bajo el cuerpo. Le fue invadiendo un somnolente, apacible recordar. La litera era un macizo carromato tirado por cuatro caballos: dos delante y dos detrás, y diseñado para contrarrestar en lo posible el traqueteo de caminos anfractuosos.

El sueño, o, mejor, la duermevela en que cayó, le trajo visible, tangiblemente a la mente el retablo de su mocedad panonia y de su juventud militar danubiana; y le llevó más allá incluso: hasta que fue elegido emperador por los veteranos generales danubianos, sus iguales ante Roma, los amos del imperio, y que, si le eligieron a él, no fue porque fuese el mejor, pues cada uno de ellos se consideraba tan bueno como él, y, colectivamente, se tenían por mejores, sino porque, muerto de la peste Claudio el Gótico, no había otra posibilidad: nadie tan popular como él entre los legionarios, ni tan respetado y temido por los germanos. El imperio, por así decirlo, cayó en sus manos como una fruta madura. Le eligieron, literalmente, porque no tenían otro remedio, pues él no era popular entre sus compañeros, que temían sus iras súbitas cuando estuviera en la cima del imperio, con poder para volverlas contra ellos.

La muerte de su viejo amigo Fusco, su único amigo de la infancia, tan necesaria para el imperio como triste para él, le espoleaba ahora en su visión, que poco a poco iba despertándole y acuciándole a rememorar despierto. No era él dado a largas rememoraciones, y, cuando le llegaban, le pegaban duro a la memoria: solían surgir de algún atisbo nostálgico que pedía urgentemente más espacio mental y sentimental del que podía darle el simple sueño, necesariamente breve y escueto, como una cápsula, propio sólo para fogonazos.

Aureliano tenía el sueño ligero, como al acecho de pretextos para despertar. Esta vez, como tantas otras, Aureliano, buen ave de presa, entró a saco inmediatamente en sus recuerdos, su único puntal ahora. Le hacían falta, porque, aunque habitualmente se resistía a esas expansiones recordaticias, en aquel momento se sentía débil: era la primera vez en su vida que se veía ante la certidumbre de una noche eterna, inmediata y sin remedio.

La inmensa finca panonia del senador Gneo Aurelio Cotta, padre de Próculo y abuelo de Fusco y bisabuelo de Auréolo; inmensa ciertamente: él había tardado años felices de sorpresas e insólitos de hallazgos en explorarla entera.

Los campos del senador, cultivados por piaras de esclavos a quienes los capataces hacían trabajar como autómatas, de sol a sol, sin más reposo que las horas estrictas de sueño y cortísimas pausas para el forraje; nunca comían suficiente: un filo permanente de hambre aviva la energía, ahonda el sueño, reduce el pensamiento vano, tulle la rebeldía.

Cada mes o así, los capataces palpaban músculos, escudriñaban ojos, tentaban dientes, y el que mostrase debilidad o dolores sospechosos iba derecho al mercado, donde se le vendía a bajo precio. Ocupaba inmediatamente su lugar otro mocetón al que preparaban para el trabajo con una tunda de fustazos pericialmente calculados para ajustarle a su nueva vida.

Los esclavos iban y venían de los campos a los establos y de los establos a los campos, escuetamente vestidos según la estación: un simple taparrabos o una chupa escasa, los pies trabados con grillos que les emparejaban y las manos sujetas con correas a sus aperos, vigilados de cerca por capataces, fusta en mano, y por esbirros, aguijada en ristre.

Para el niño, eran ganado. Él jugaba con sus hijos, pero con todas las ventajas, pues ninguno de éstos podía responder a sus bromas o agresiones so pena de durísimos castigos; a los diez años se les marcaba a fuego en la ingle con el hierro del senador. El niño creció en medio de una total indiferencia a los esclavos: le duró toda la vida.

Su padre, veterano de las legiones y colono del senador, se diferenciaba de los esclavos en que tenía tiempo libre, comía cuanto necesitaba y podía dirigir la palabra a quien quisiera sin miedo a un sofión o un golpe.

Su madre estaba un escalón más arriba.

Humilde sacerdotisa del Sol, gozaba de cierta consideración y podía rehusar respuesta a cualquier pregunta. Y tenía cierto poder: consiguió del administrador general del senador la muerte de una esclava recién adquirida porque se llamaba Luna: cambiarla de nombre no valía, pues el nombre es la persona; y venderla sería peligroso en zona fronteriza como Panonia, pues llevaría su influencia antisolar a donde fuese. La enterraron viva en desagravio al Sol: era joven y alegre, y desapareció tierra adentro, mirando, muy seria y silenciosa, cómo echaban paletadas de tierra al hoyo en cuyo fondo estaba ella maniatada.

Desde el primer momento de su embarazo, la madre supo que iba a dar a luz a un gran soldado. En cuanto sintió los dolores, cogió con una mano un huevo recién puesto y lo tuvo bien alto, calentándolo al sol; todos la vieron romperlo en el momento de nacer el niño y salir de la cascara un pajarito de brillantes plumas gorjeando audaz cielo arriba; en realidad, lo que ella hizo fue aplastar entre los dedos al pollito que había en el huevo roto, sustituyéndolo por otro, bien plumado, que tenía listo en la manga. Así engañó a los que la asistían, y así se corrió la voz de que el niño iba a ser favorito del Sol. Ella pensaba que era el Sol el que le había inspirado esta treta.

Desde el principio le quiso soldado, y desanimó sistemáticamente sus deseos de ser, como ella, sacerdote solar. Caricaturizaba los sueños solares del niño y sus precoces visiones, y le echaba en la comida hierbas que se la oscureciesen y enturbiasen. Al mismo tiempo, pagaba a chicos fuertotes para que se dejasen pegar por él.

—El Sol se te aparece en sueños porque es de noche y no tiene dónde ir. De noche el Sol está aburrido, se aparece a todo el mundo.

Un viajero adivino, también pagado por ella, le dijo un día:

—Llevas el imperio en la mirada.

Su madre supo enseguida íntimamente que el niño llegaría a ser emperador y remediaría la parte, cada vez más exigua, que les tocaba a los romanos en el reparto del futuro. El futuro romano, decía ella, estaba cada vez más deshilachado, y el imperio mismo tan desunido que era preciso fomentar la guerra, que es lo más unificador que hay cuando es victoriosa, y vigorizante incluso cuando amaga derrota.

Desde el principio le enseñó que era el Sol quien ponía peces y moluscos en el agua, trigo en el campo y fruta en los árboles para alimento del hombre; tal era su poder que podía volver esto del revés, haciendo al hombre pasto de peces y moluscos, y hasta del trigo y de las frutas.

Le explicó que hay varios tiempos simultáneos, aunque los primeros y más útiles son dos: el pasado/futuro y el futuro/pasado.

Los que vivían en el pasado/futuro acababan cayendo inevitablemente en el futuro, tiempo incógnito y lleno de trampas; en cambio, los habitantes del futuro/pasado podían refugiarse en el pasado, terreno seguro y conocido, y predecirlo, llamándolo futuro a secas, con toda seguridad de no equivocarse, porque lo habían vivido.

El niño llegó a la conclusión de que su madre vivía en un tiempo distinto al de su padre, pues, al contrario que éste, estaba siempre alegre y solícita, inspirada y animosa, y parecía inmune a la humillación. Cuando murió su padre, el niño no le echó de menos, aunque cumplió minuciosamente los ritos de rigor, y siempre hablaba de él con aire y voz tristes.

Aureliano, llamado así en homenaje feudal al viejo senador, quiso irrumpir cuanto antes en el futuro/pasado, instalarse en él para siempre, pero su madre le dijo que eso sólo era posible siendo soldado romano:

—El soldado romano —le explicó— es el hombre más libre del mundo.

El niño se quedó con esta frase y trató de comprenderla, pero no lo conseguía, a pesar de que su rápida inteligencia competía ventajosamente con la fuerza y la agilidad crecientes de sus músculos, pasmo de todos desde el principio. Y él se fogueaba sin cesar, entre rocas, árboles, agua, tierra: carreras a pie y a caballo, talas y cantería, búsquedas de animales perdidos por la inmensa finca o sus agrestes alrededores, en las que su brillante capacidad de deducción y su agudísima vista, olfato y oído, triunfaban invariablemente del azar o de la astucia.

Y siempre eufórico, hiciese calor o frío, lloviese o nevase; vientos que a otros levantaban en vilo, a él le dejaban firme, como si hubiese echado raíces.

Los capataces de la finca eran unánimes en elogiarle, y algunos le recomendaron a los administradores, uno de los cuales aconsejó al administrador general que se aprovechasen mejor tan precoces dotes, las cuales chispearon como fuego de artificio el día en que desapareció de la finca el esclavo Carpió Acuario.

Carpió Acuario era un atleta cuyo cuerpo desnudo había llamado la añorante atención de más de una ilustre matrona vieja y entendida. Estaba cubierto de huellas de fustazos y punzadas, lo que quizá daba a sus líneas escuetas y musculosas cierto retorcido atractivo extra.

Era hijo y nieto, y quizá hasta bisnieto, de esclavos, pero no se resignaba. Siempre hosco y silencioso, evitando mirar a los ojos a sus guardianes, Carpió Acuario se pasaba la jornada de los esclavos agrícolas llevando por los campos de la finca una gran tinaja llena de agua con la que abrevarles a intervalos regulares: no se le toleraba reposo hasta la hora del sueño o en el corto momento del forraje, y si dejaba la tinaja en el suelo o se demoraba en relle-

narla tenía que pedir a los dioses que no estuviese viéndole algún capataz.

Carpió Acuario desapareció un día dejando a sus espaldas una tinaja rota.

En cuanto se le echó de menos, el administrador general del senador dijo que le quería vivo; y enseguida pensó en el joven Aureliano:

—Si me le traes vivo —le dijo—, te tomo a mi servicio.

El muchacho se puso a la cabeza de una jauría servil que había en la finca para estos menesteres: diez esclavos fornidos cuya vida muelle y bien nutrida dependía de su eficacia como sabuesos. Les armó con aguijadas y redes de malla grande y se adentró con ellos por los bosques y montecillos que ceñían la parte norte de la finca, lindante con el Danubio.

Localizaron a Carpió Acuario cuando se disponía a cruzar el río en un punto desguarnecido y anfractuoso a donde Aureliano sabía que acudiría tarde o temprano por su cercanía con el territorio bárbaro por el que más le convenía desaparecer.

Acorralado, Carpió Acuario se tiró al río, y la jauría servil fue tras él, mientras Aureliano les seguía en un botecillo: con tal destreza lo manejó que no tardó en adelantarse a todos, apareciendo delante del desesperado atleta y tundiéndole agua adentro a remazo limpio el tiempo necesario para dar a los nadadores el de echársele encima. Carpió Acuario, en el colmo de la angustia, trató de matarse tirándose de cabeza contra unas rocas, pero sus perseguidores le sujetaron como a un precioso vaso mirrino.

Silenciosos ellos, rugiendo él blasfemias contra todos los dioses por su larga muerte en vida, volvieron todos a la finca, donde el administrador general felicitó a Aureliano mientras los carnéfices aherrojaban a Carpió Acuario y se le llevaban, ahijándole con púas e insultándole escarnecedoramente.

Le sujetaron sobre una cruz toscamente cepillada, le clavaron a ella por las muñecas y el empeine, un pie sobre el otro, con clavos largos y finos. Hincaron la cruz en el claro central de la finca y hubo que acabar atándole fuerte al madero vertical con gruesas cuerdas, porque Carpió Acuario se retorcía y gritaba, jadeante e incoherente, animal casi, y se temía que acabase desclavándose y acortando así su agonía.

Sobre la cruz de Carpió Acuario campeaba en grandes letras:

YA VOLVÍ

Las piaras de mocetones embrutecidos desfilaron bajo la cruz de Carpió Acuario, que perdía fuerza contra clavos y cuerdas y babeaba y gemía, moribundo aviso de lo que esperaba a quienes tratasen de imitarle. Hacia el final de su agonía, el capataz permitió a una esclava, compañera frecuente de su yacija, endulzar los últimos jadeos del crucificado con caricias y agua fresca.

Aureliano no vio nada de esto, pues había corrido a casa a decir a su madre, frenético de gozo, que al día siguiente empezaba a trabajar como meritorio en la oficina del administrador general.

Fue por entonces cuando gozó su primer contacto carnal.

Arrinconó a una esclavita contra la pared del fondo de un pasillo, en una de las alas de la vasta casa. Y ella, quieta y muda justo el tiempo necesario, siguió luego su camino, alisándose al andar el faldellín de la chupa que apenas le cubría las piernas. Aquello era como debía ser. A media luz todo, y a media luz la siguió entreviendo siempre Aureliano; sensación rápida y brillante que siguió escociéndole en la mente durante muchos años, pero siempre sin rostro ni nombre.

Las esclavas, crecidas en tales asaltos, parían constantemente niños que los capataces conservaban a veces, aunque las más los tiraban recién nacidos a los fosos y los basureros de la finca.

Este pulular de esclavas de todos los aspectos, edades, pesos y formas por los pasillos y los patios de la casa fue decisivo en la vida erótica del joven Aureliano: sus rostros se le confundían en la memoria, y cuando las veía pasar a su lado casi nunca recordaba si había hecho o no el amor con ellas. La esclava llegó a parecerle vaina natural del hombre, y jamás recordaría luego rasgo específico alguno de sus numerosísimas amantes serviles.

La vida militar le puso enseguida en contacto con botín humano: las prisioneras germanas no tardaron en convertírsele en una obsesión. Eran grandes mujeres lechosas y pelirrojas, sudadas y sucias, apestosas a orines. Aroma a salvajina que iba a despertar siempre su lujuria, inseparable de su instinto guerrero.

Le gustaba la áspera hosquedad de las germanas: le parecían como hombres, sólo que en mujer, y su complejo de superioridad, con el que él mismo llegaba a veces a compenetrarse a fondo, le hacía mucha gracia; recordaba la frase de una de ellas, en pésimo latín de construcción muy germana, entre dos polvos:

—En cien años vuestro imperio nuestro será; tú joderme cuanto quieras podrás, pero que yo te sonría nunca conseguirás.

Esta punzante hosquedad, muy distinta de la suave esquivez de la romana libre, y mucho más de la sumisión total de la esclava, introdujo en la mente de Aureliano un elemento erótico nuevo: la mujer como adversario; cuando su centuria entraba al asalto en una aldea germana, Aureliano buscaba a las mujeres con preferencia a cualquier otro botín, y el primer trofeo suntuario cuya propiedad se adjudicó por derecho fueron unos brazaletes de oro macizo violentamente arrancados a los brazos de una germana de familia noble recién vencida por su arma entrepernil.

Así fue acentuándosele el recelo a las romanas libres, sobre todo si eran de ilustre prosapia, hasta el punto de que las pocas veces que su imperial polla panonia trabó conocimiento con matronas de alto copete, hubo de correr luego a redimirse en el re-

gazo de alguna germana arisca y maloliente; en ocasiones, hasta tres o cuatro juntas, como acre jabón cuyo hedor le borrase el aroma a nardo o a ropa blanca recién lavada que, en las otras, le hacía sentirse incómodo.

Azaramiento que acabó en repulsión, y no tardó en correrse la voz de que el general Lucio Domicio Aureliano era inmune a la tentación de la carne aristocrática, ya fuese femenina o masculina.

Ya emperador, en sus desplazamientos y campañas llevaba siempre un pequeño harén rodante de germanas, grandes y gordas casi todas. Acabó usándolas muy poco: en sus noches insomnes más que nada, o en momentos de honda preocupación o súbita cachondez. La certidumbre, y el alivio, de tenerlas tan a mano las volvía casi innecesarias.

Así, la mujer, resumida casi enteramente en germanas, acabó convirtiéndosele en grato estimulante desindividualizado, y este anonimato cobraba la misma vida y le daba el mismo incentivo fuerte y eufórico que la masa enemiga vencida: perdería eficacia en cuanto destacase de ella un rostro concreto, distinto de los otros, o incluso un nombre que exigiese cara y cuerpo específicos a los que aplicarse.

Fue también hacia la época de su primer contacto carnal cuando Aureliano tuvo en sus manos la primera moneda de su vida:

SEVERUS ALEXANDER
PAX

«Paz» no indicaba ya en la mente de Aureliano algo exclusivamente positivo. Al contrario, la guerra comenzó desde muy temprano, desde antes incluso de dedicarse profesionalmente a ella, a definirse en su mente juvenil como igual de necesaria, más necesaria incluso, pensaba a veces, que el amor montaraz que aún se le antojaba, por ignorancia real de otro, como el único de-

seable; hacia el final de su vida, habiéndolos probado todos, ese amor se apoderó de su mente como objeto único de añoranza y hasta de infrecuente atención.

A pesar de su éxito desde el principio como empleado de la administración de la finca, su madre seguía estimulando sus sueños bélicos por encima de todos los demás.

A los dieciocho años, harto ya de chupar tinta, pero elogiadísimo por sus jefes, Aureliano aprovechó el paso del emperador por Sirmio, donde iba con el fin de ponerse a la cabeza de las tropas sirias enviadas a la frontera del Rin, para pedir audiencia urgente al viejo senador, que estaba en la finca de paso para esa ciudad.

El senador escuchó al muchachote recio, de ojos inteligentes, que le comunicaba ansiosamente sus aspiraciones más apremiantes. Su excelente memoria de consumado político recordó enseguida a Gneo Aurelio Cotta los elogios de su administrador general:

—Un chico inteligentísimo, listísimo y muy trabajador, lleno siempre de ingenio y recursos.

Enarcó las cejas:

—Todos me hablan muy bien de ti. Pronto serás secretario principal del administrador general —le dijo, curioso—, ¿prefieres de veras dejar esto para hacerte legionario?, porque así es como se empieza.

Aureliano, entrecortado por temor a una negativa, tartamudeó su asentimiento.

—Muy bien —dijo el senador, después de un largo silencio —, prepárate, mañana salimos temprano para Sirmio.

Fue muy fácil: Gneo Aurelio Cotta habló con un general, que envió al muchacho a un centurión encargado de recibir reclutas y enseguida se olvidó del asunto: uno de tantos como despachaba todos los días. El senador se despidió de Aureliano con una

bolsa llena de dinero, algún consejo distraído y un suave golpecito en las mejillas, juvenilmente hirsutas. General, senador y centurión volverían a oír su nombre antes de mucho tiempo.

Ese mismo día Aureliano vio al emperador Severo Alejandro rodeado de su estado mayor:

Alto, erguido, rostro digno y melancólico, ademanes cansados, uniforme polvoriento, capa de púrpura con bostezante desgarrón.

Y así le recordaría siempre Aureliano, hasta el punto de que, años más tarde, y siendo ya emperador también él, le bastaba cerrar los ojos y abrir la fantasía para evocar el talante y el físico de Severo Alejandro como síntesis y epítome hierático de la Roma inmutable, lo más noble y fuerte que había parido el tiempo.

Aureliano no consiguió nunca imponer sus propios rasgos a esa imagen imperial ni cuando ya llevaba varios años de imperio: siempre era el rostro de Severo Alejandro lo que venía a su mente; y él, ante tan extraña impotencia, se justificaba así ante sí mismo:

«El emperador es un símbolo, yo mismo soy un símbolo, nuestro aspecto y nuestro nombre carecen de importancia ante lo que representamos».

Todos ellos eran lo mismo: las facciones y el porte del primer emperador que había visto, un emperador enseguida muerto y olvidado, bastaban para mostrarle que el emperador romano tenía que sacrificar su identidad en aras del imperio romano; Aureliano llegó a ver en esta autodesindividualización lo más glorioso de su carrera imperial.

El primer contacto con Sirmio, centro militar, monetario y naval de la zona danubiana, le impresionó profundamente: vio allí a Roma en acción: todo aquel tráfago incesante le dio una idea de la vida que era muy contraria a la paz rústica de la finca

senatorial, pero muy cercana a lo que él soñaba al imaginarse a sí mismo como legionario romano.

Carros bien custodiados, rebosando sacos de monedas recién acuñadas; contingentes de soldados y marinos, yendo y viniendo por calles angostas; cuadrillas de esclavos, manos y pies trabados con grillos, camino del puerto, donde se les encadenaba a los bancos de remos de las patrullas fluviales: su hosco silencio, sus miradas de contenido rencor impotente contrastaban fuertemente con el jovial, eufórico estrépito, el barullo, el alboroto general de Sirmio.

Aureliano abandonó Panonia como simple legionario, y durante su larga vida militar la recordó siempre como algo mágico, impresión que la distancia y el tiempo agudizaban hasta el punto de que su nostalgia llegó a confundírsele, y enriquecérsele, con sueños, recuerdos, deseos: en Panonia, le decía la memoria, el pelo de la gente y de los animales se congelaba en invierno, formando púas con las que era posible defenderse eficazmente de cualquier enemigo; los ojos se agitaban al viento como lamparillas, dando a sus dueños ventaja visual sobre cualquier forastero; las mujeres daban a luz en el aire, o colgadas de los árboles; y los hombres mordían como caballos; mientras las serpientes se salían de su propio pellejo para convertirse en brujas.

Un adivino que vivía cerca de la casa paterna de Aureliano sabía hacer volar los peces de los pantanos, que acudían a posársele como pájaros en la mano abierta y despegaban de ella agitando sus aletas como si fuesen alas de halcón; este mismo adivino se transformó a la vista de todos en lobo al morir, y se enterró a sí mismo abriéndose con uñas y colmillos una honda fosa que luego se cerró sola; lo último que se vio de él fue el relucir de sus colmillos, apuntando a la luna desde el fondo.

Cuando Aureliano llegó a emperador, sus oficiales y asesores aprendieron enseguida a ponerle de buen humor sacándole el te-

ma de Panonia; con frecuencia bastaba esto para desactivar ataques inminentes de furia irracional.

Su irreflexiva temeridad le hizo famoso entre romanos y germanos siendo aún joven centurión; su respuesta a cualquier objeción de cautela era siempre la misma:

«No conozco la palabra imposible». El apodo que le dieron sus comilitones, *Manus ad Ferrum*, era muy apropiado, y servía, de paso, para distinguirle de otro centurión de la misma legión, tocayo suyo y menos dado que él a los cintarazos.

En intervalos de paz, raros entonces en la frontera danubiana, muchos germanos buscaban su compañía, y tan inmensa llegó a ser su fama de gran luchador que un gigantesco e hirsuto jefe godo le retó a singular combate y aceptó con muy buena gracia su aparatosa derrota a manos de un hombre que a su lado parecía casi de alfeñique; en una escena emblemática que la mente germana elevaría a fábula del dragón y el doncel, y que los legionarios cristianos compararon enseguida a la gesta de David contra Goliat, el joven centurión humilló la pelirroja cerviz bajo su bota militar. Hubo aclamaciones godas y latinas bajo el ceñudo cielo otoñal, y Aureliano gozó lo indecible viendo confirmado su sueño infantil de humillar a un gigante bárbaro con su recia y astuta pericia romana.

El vencido se alzó, abrazó a Aureliano y le cedió su nombre: Odoacro, «devastador de tierra», adoptando en adelante el más modesto de Sigerico, «victorioso»; Sigerico murió poco después, y Aureliano interrumpió las hostilidades para erigirle un túmulo en plena tierra de nadie, colgó de él su casco, robado a algún legionario caído, y le rindió honores militares.

Estos incidentes de admiración mutua entre contendientes centenarios dejaron de ser relativamente frecuentes cuando la guerra a lo largo del Rin y del Danubio se enconó por la presión

creciente de extrañas hordas asiáticas contra la retaguardia germana.

Francos, godos y yutungos traducían a su lengua las canciones que los legionarios cantaban en loor de Aureliano:

¡Beba mil veces quien mil veces mató!,
¡nadie bebe tanto vino como él ha derramado sangre!

Su valor frío y su cálida, cortante inteligencia le empujaron rápidamente jerarquía militar arriba bajo la protección de legionarios rasos y coronados, como el emperador Valeriano, a pesar de que en el alto mando romano no caía nada bien su evidente, creciente germanofilia. Él, por su parte, se jactaba de hablar la jerga latinogermana de la frontera danubiana, y de ser medio germano, «como casi todos los panonios».

Valeriano le tenía afecto, pero se alarmó al oírle decir un día en que estaban los dos a solas:

—Señor, después de todo, ¿qué es lo que quieren los germanos?, pues tierra y seguridad, y tierra segura es justo lo que a nosotros nos sobra.

Valeriano, que moriría vejado en una prisión persa, era en aquel momento alfa y omega de estricta romanidad; al oír estas palabras frunció el ceño, y por un instante les unió a los dos un silencio espeso como tocino crudo:

—A los germanos —dijo, finalmente, Valeriano— sólo se les da tierra después de muertos. Lo único que saben de agricultura es abonar la tierra con su propia carroña. Dan los árboles más copudos y el trigo más esponjado.

Así aprendió Aureliano a callar sus audaces ideas, que, en aquel ambiente elemental y brutalizado, pasaban por subversivas, pero poco a poco fue tomando forma en él la convicción de

que la guerra secular entre germanos y romanos era un funesto malentendido reforzado por esa inercia de la acción repetida que acaba haciendo axiomas de los errores más flagrantes.

Un día se le ocurrió comentar con un general viejo que había que acabar con los esclavos en las fábricas imperiales de armamento:

—O incentivar su trabajo de alguna forma, porque lo hacen muy mal, ¡por cada buena arma que producen, cuántas hay que no pasan el control técnico!

El general le miró con hondo recelo, y al día siguiente el emperador Claudio el Gótico le llamó aparte para aconsejarle más discreción:

—Ni yo mismo —le dijo— podría proponer una reforma así.

La muerte de su madre le aisló por completo de su propia vida. Durante una semana pareció haber dejado de existir: sólo pensaba en la muerte, sobre todo en el instante terrible en que los ojos dejan de ver y el cerebro sigue pensando. Actuaba como un autómata, y sus comilitones creían que se hubiese vuelto loco.

Cumplió escrupulosamente los ritos funerarios, pero como pensando en otra cosa, y se hizo de una sociedad funeraticia donde legionarios y oficiales se codeaban bajo la advocación del Sol, compartiendo por igual el costo de ritos y banquetes.

Lo dejó porque, a pesar de ceremonias y sacrificios, no conseguía soñar con su madre, y esto le hizo pensar que la muerta ya no le necesitaba. También porque un oficial de la policía militar le previno que la sociedad estaba siendo vigilada: la habían infiltrado activistas cristianos que esparcían confusionismo comparando a su Cristo con el Sol invicto.

Aureliano se casó poco después de esto, pero sólo por tener un anclaje en su vida cambiante y andariega: casa propia con mujer fija.

El recuerdo de su mujer le acompañaba en sus campañas como algo blanco y callado, oloroso a espliego, al contrario que los cuerpos femeninos que frecuentaba: sudados, sucios, ariscos; contraste en el que hallaba complicado regusto. Sus orgasmos conyugales, reducidos a salutación y despedida en sus raras visitas a Roma, le resultaban tan insípidos que siempre tenía que salir corriendo en plena noche a rematarlos más sabrosamente en cierto burdel del centro de la urbe organizado por un grupo de oficiales partidarios de suculentas esclavas asiáticas, y al que él, como socio fundador, había insistido en añadir un contingente permanente de germanas.

Su pasto erótico favorito seguía siendo la salvajina, con goce rápido, tácito, hosco.

Cada vez aparecía menos por Roma, y se enteró del nacimiento de su hija en plena guerra gótica. Fue entonces cuando envió a la madre y a la recién nacida el único regalo verdaderamente suntuoso de toda su vida familiar: una cabeza de Medusa en plata sobredorada, sobrecogedora en su realismo, hallada en una villa germana al otro lado del Rin: parte, sin duda, del saqueo de alguna población romana fronteriza. Aureliano, puritano por instinto, pensó que protegería la castidad de su hija, y así lo expresó en el mensaje de parabienes con que acompañó el regalo:

«Ponla sobre su cuna, para que nadie se acerque demasiado a ella».

Obsequió, además, a la niña con una pingüe pensión vitalicia, honorable entierro y tumba de mármol incluidos, todo ello debidamente concertado con la caja militar de ahorros. Aureliano daba por supuesta la orfandad prematura de su hija, y quería hacer las cosas debidamente.

Cuando llegó a emperador, Aureliano era un saco de atisbos geniales, toscos prejuicios, timideces y audacias, brutalidad ahita,

y hambrienta, huérfana ternura. En sus discursos y conversaciones idealizaba la guerra como el estado natural del hombre civilizado.

La vida militar le había confirmado desde el principio en su precoz idea de la disciplina como cúspide de la libertad inteligente, pues sometía al general tanto como al legionario raso, atándoles a ambos en igual medida, y por su propia, libérrima voluntad, a la legión romana, obra maestra tan completa que nada sobraba o faltaba en ella.

La madurez en ambiente tan peligroso y complicado como era la cúspide del ejército romano, donde la alternativa de llegar a emperador era caer de cabeza en pleno salto hacia la púrpura, le enseñó lo que a él más le repelía: discreción sistemática, hasta el punto de guardar sólo para sí mismo y sus poquísimos íntimos sus nacientes ideas de reforma radical y camuflar sus pensamientos de tal manera que llegó a cobrar fama de astuto político, justo lo que menos era.

PARTE III, LA SUERTE DE MATAR

… onde gridavan tutti: dove rui
Anfiarao, perché lasci la guerra?[4].
Dante Alighieri, *Divina Comedia*, I, 33-34

Eros Latiniano sentía por la cultura grecolatina y por Aureliano auténtica devoción acrítica; en cuanto a lo primero, el nombre que él mismo había elegido al obtener la libertad no era tapadera de tosca barbarie recién corregida, sino mote que proclamaba su vasta y profunda cultura grecolatina, de la que la latina le merecía, a pesar de no ser la suya, más orgullo que la griega. Así: Eros Latiniano, amor griego por el latín.

Los griegos que le oían ponderar a Virgilio muy por encima de Homero pocas veces podían esgrimir contra él una erudición homérica tan honda y amplia y minuciosa como la suya; los latinos veían en tal opinión una torpe intención de halagarles, o bien una verdad tan evidente como infrecuentemente reconocida.

En cualquier caso, no era Virgilio tema habitual de debate entre los generales de Aureliano *Manus ad Ferrum*, casi ninguno de los cuales había leído uno solo de sus versos. Eros Latiniano vivía enteramente para Virgilio y Aureliano, hasta el punto de haber vuelto por su propia voluntad a la más estricta servidumbre a la sombra de Aureliano para poder regodearse mejor en la admira-

ción ciega que éste y Virgilio le infundían: estudiar apaciblemente al uno bajo la violenta protección del otro. Estaba al servicio de ambos como un sacerdote a la de un extraño dios bicéfalo.

Eros Latiniano era bajo, delgado y ágil, tez renegrida y ojos negrísimos; facciones agudas y miembros finos en constante agitación explicatoria. Hablaba el latín como un Plauto virgilizante, y pensaba como un panonio imperialista. Sólo con Aureliano se forzaba, por repugnancia que le diese, a hablar el latín militar de éste, pidiendo al tiempo a los dioses que infundiesen al salvador del mundo romano una lengua más digna de su incultísima grandeza; en tal esperanza vivía, eximiendo en tanto a Aureliano de toda crítica: tosco, brutal, grosero, malhablado, de acuerdo, pero semidiós solar, salvador de la ecúmene, es decir, del latín, amenazado por bárbaros interiores y de fuera.

Roma, madre nutricia, protegía la civilización contra el desorden y la barbarie, la incuria y el caos. Roma había salvado a Grecia, su patria, de desaparecer entre germanos y semitas, las dos razas más despreciables del mundo, o de convertirse en involucionada caricatura de sí misma.

Roma había extendido su cultura y su sangre al mundo entero, imponiendo la primera a bárbaros de todas las razas y reforzándose la segunda con heteróclitas sangres recias y sutiles, y sin perder por esa mezcla su propia sutileza y reciedumbre, que salían tan gananciosas de ella como los bárbaros con la cultura y el orden que la fuerza romana les había impuesto al tiempo que les quitaba la libertad.

En el ambiente cerrado y ruidoso, brutal y eufórico del cuartel general de Aureliano, Eros Latiniano vivía, en apariencia, abierto a todos, pero, en realidad, cerrado a cuanto no fuese su contacto cotidiano con su jefe. A todo lo demás oponía dos formidables baluartes: la servicialidad de sus bien ensayadas mane-

ras de liberto consciente en todo momento de su pasado, y la firme protección de su amo, que confiaba plenamente en su lealtad y su eficacia, pero no le quería y, seguramente, le tenía vigilado.

Eros apenas prestaba atención al desdén que su presencia inspiraba a los generales de Aureliano. La mayor parte de ellos eran analfabetos, o casi: pronunciaban atrozmente el latín y su sintaxis resultaba, en el mejor de los casos, elemental. De su vocabulario, mejor no hablar: de cada dos palabras, una era «joder» y la otra «cojones».

Gente para quienes los libros, no siendo listas de bajas, vituallas o pertrechos, sólo servían para encender la lumbre; la vida humana era mero puntal de victoria militar, matizado únicamente por consideraciones tan materiales como la falta de proyectiles. Sólo la vida de sus allegados o favoritos se salvaba de tan fría clasificación.

Muy pocos de ellos tenían una idea panorámica, orgánica, del sistema fronterizo romano, que cada uno reducía en su mente a la parte de frontera confiada a su cuidado: y la veían desvinculada del resto, y hasta trataban por todos los medios de desguarnecer parcelas ajenas en refuerzo de la propia.

«A mí mi provincia no me la invaden», parecían pensar. «Allá Urso Calpurnio y Duilio Rústico, que se las arreglen como puedan en las suyas».

La compleja red de equilibrios y compensaciones: refuerzo y desrefuerzo, avance y desavance en puntos geográficamente opuestos, pero táctica o estratégicamente concordantes o complementarios, era para ellos puro galimatías: ¿a quién con dos dedos de frente podía ocurrírsele pensar en Numidia cuando de lo que se trataba era de defender Britannia?

Cabalgando con el resto de la hueste imperial por el paisaje tracio, Eros Latiniano rememoraba su pasado, en parte para aho-

gar en él su presente, súbitamente alarmante: un pasado que todavía le acuciaba la memoria tanto como trataba de ocultárselo a los demás. Algunos, Aureliano y pocos más, lo conocían con detalle, pero siempre se habían mostrado muy discretos con noticias cuya difusión tanto daño podía hacerle.

Eros había sido esclavo hasta los veinticinco años. Bueno, más o menos: él no sabía su edad exacta.

Su dueño, viendo en él gran talento literario en bruto, precoz y sediento de alimento urgente, le enseñó a leer y a escribir. A los trece años o así le puso un buen profesor de latín y griego clásicos, y enseguida le hizo bibliotecario y lector suyo en la casa de campo donde pasaba la mayor parte del año, y donde Eros había cuidado hasta entonces mulas y caballos.

A partir de entonces su vida cambió radicalmente. Eros cayó desde el principio en poder de Virgilio, hasta el punto de desdeñar a Homero y sumirse por completo en aquel idioma extraño: el latino, que acabó considerando como el más bello y rico de toda la historia humana.

Un día Eros escapó de la finca con ayuda de una banda de especialistas en fugas de esclavos que operaba desde Atenas y a la que pagó con dinero laboriosamente distraído del que su amo le daba para comprar libros para su biblioteca. Así consiguió llegar sano y salvo a Italia, donde se puso el nombre de Latiniano e hizo trabajos literarios y de copista por cuenta de varios ilustres personajes: oradores y gramáticos sobre todo, entre quienes cobró enseguida fama de erudito, diligente y hondo conocedor de las lenguas griega y latina.

En medio de tal holgura intelectual, Eros Latiniano vivía en permanente angustia de ser devuelto a su amo, que le buscaba, ansioso de recuperar la fuerte inversión que suponía para él aquel esclavo.

La indiferencia total de que había sido objeto, tratado como una cosa a la que se puede cebar con gachas o con gramática latina, y no como un ser humano, y el espanto del castigo que indudablemente le esperaba eran acicate invencible para optar por el suicidio antes que volver a la esclavitud.

Entró como temporero en la secretaría latina de Claudio el Gótico, donde urgía un elegante traductor greco-latino y latino-griego, y acabó quedando fijo, con buen sueldo y cierta categoría profesional y social, en el séquito técnico del emperador. Esto le hizo sentirse más seguro: enseguida fue muy popular entre sus jefes y compañeros de trabajo.

Aureliano le nombró secretario particular suyo, impresionado por sus conocimientos, cuando, recién muerto Claudio el Gótico, Eros hubo de ir al cuartel general de Sirmio para transmitir al nuevo emperador un florido documento con los parabienes del senado.

A los pocos meses de recibir tan vistoso cargo, una agencia romana de búsqueda de esclavos fugitivos denunció a Eros Latiniano al nuevo emperador: «Señor, entre tus funcionarios de confianza hay uno que no te corresponde».

Se procedió a un examen de la persona de Eros Latiniano y se le encontró en la ingle la marca a fuego de su dueño.

Así y todo, Aureliano decidió conservarle a su servicio, compensando debidamente al dueño y condenando al fugitivo a cincuenta azotes: a su juicio, ningún acto delictivo de un esclavo, por comprensible que fuese en un hombre libre, debía quedar jamás totalmente impune. Luego le dio la libertad, so condición de fidelidad feudal a su persona, y le confirmó en su puesto.

Tan deslumbrante contrapartida: ser dueño de sí mismo hasta la muerte, compensaba con creces tal humillación. Las cicatrices de los cincuenta latigazos eran muy distintas de las otras que marcaban su cuerpo, porque significaban el comienzo de su li-

bertad: cuando le escocían, a modo de barómetro, él agradecía el escozor como se agradece una carta de manumisión.

Aureliano le puso a cargo de su archivo secreto, en parte verbal y en parte escrito, y así pudo Eros penetrar en un cúmulo de *arcana imperii* que dejó su ingenuidad sumida en el mayor de los terrores.

Ilustres personalidades muertas en accidentes cuidadosamente preparados por la policía secreta del emperador, cuyos agentes más peligrosos camuflaban su verdadera actividad bajo pomposos títulos cortesanos, administrativos o militares, y llevaban en la frente, tan patente como invisible, la garra del león: *nolli me tangere*. Uno de ellos, destacado empresario de pompas fúnebres, se encargaba de celebrar deslumbrantes funerales públicos a importantes o principales víctimas secretas.

Eros no tardó en convertirse en depósito ambulante de todos los secretos del emperador, o tal llegó él mismo a creerse. Algunos tan secretos que no se podían poner por escrito.

Al principio llegó a sentirse en peligro: tantos secretos en sus vulnerabilísimas manos eran, tarde o temprano, sentencia cierta de muerte; Aureliano, brutalmente suspicaz, caló enseguida en sus temores:

—Tú séme fiel —le dijo— y no temas nada.

Eros Latiniano iba camino de la litera imperial. A poca distancia de ella oyó a una germana afirmar a gritos que el emperador acababa de darle la libertad, y ofrecerse a los legionarios por dinero contante.

Era moza robusta, tan pechugona como traseruda, larga maraña rojiza, pómulos muy salientes, blanco lechoso el rostro, adusto y duro de angulosa, turbia belleza, ojillos cuyo azul se desteñía en violeta de puro claro.

Varios legionarios pujaban ya por ser los primeros en suceder a su emperador entre sus piernas, y la germana, captando esto, subió al doble el precio de entrada. La puja se disparó enseguida, entre carcajadas, y Eros, al pasar junto al corrillo, que engrosaba rápidamente, echó una ojeada distraída a la escena.

Aureliano le saludó, eufórico:

—Eres puntual.

—Señor tus órdenes dan alas a mi mediocridad.

Eros no sabía que la policía de Aureliano acababa de confirmar a éste los persistentes rumores de que su secretario llevaba tiempo cobrando pingües comisiones por contratas de equipamiento militar para la campaña persa; la demanda de armas y pertrechos era tal, y tan creciente, que las fábricas imperiales no daban abasto, y había habido que recurrir a empresas privadas de cuya selección se encargó a Eros Latiniano.

Aureliano había decidido no hablar de esto con nadie. Las pruebas que le mostraron sus escuchapedos, como él llamaba a sus espías y agentes secretos, eran irrefutables. Después de pensarlo mucho ordenó a la policía militar, dirigida por gente de su absoluta confianza, detener discretamente a Eros Latiniano en Bizancio en cuanto las últimas tropas romanas hubiesen cruzado el Bosforo y ejecutarle sin más trámite que la tortura imprescindible para arrancarle los nombres de sus cómplices.

Visto y no visto: se echaría de menos a Eros Latiniano, pero nadie preguntaría por él; la garra del león, o, mejor dicho, del águila, planearía tan elocuentemente sobre su ausencia que sólo un tonto arriesgaría preguntas sobre su paradero.

Aureliano le miró subirse a la litera y vio un cadáver. Le sonrió inequívocamente:

—Bueno, vamos a ver.

Eros se sobrecogió: los ojos de Aureliano acababan de decirle que la muerte era la única salida para un hombre con tal conoci-

miento de los planes más secretos del amo del mundo:

«Y luego», le decían también aquellos ojos, «habrá que imposibilitar a tu cadáver comunicarse postumamente con los vivos».

Aureliano se incorporó en su lecho, se apoyó contra la gruesa lona de la litera cubierta, trató de poner en orden sus ideas:

—Bueno —gozando del pésimamente disimulado susto de su secretario: de sobra se lo merecía—, antes de salir para Persia quiero dejar bien explicadas unas cuantas cosas de la mayor importancia. Así se van elaborando y estarán listas a mi vuelta. Tú me las pones en claro, ya sabes, y sacas dos copias de todo: una para archivar y otra para dar a quien pueda estudiar y resolver los problemas que plantea cada documento.

—Señor, tú dictas con gran claridad.

—Los cojones, me embrollo en cuanto me salgo de lo mío, que es la guerra. Eros se dispuso a tomar notas a contrapelo de su creciente angustia, porque el talante, el tono del emperador eran inequívocamente mortales, y Aureliano, mirándole de refilón, encontró cómico que tan obvia avecilla de paz, por mucho que hubiese resultado tener garras ávidas de ratón de presa, entrara ahora en la gran purga de peces gordos con la que iba a limpiar su vanguardia y su retaguardia.

Larga lista, en la que había militares y civiles.

A estos últimos se les iría eliminando so capa de accidentes, o empapelándolos con denuncias; y de los dieciséis generales díscolos o desleales cinco desaparecerían en los primeros días de la campaña en puestos de primera línea, donde las flechas persas y las dagas de la policía secreta romana se encargarían de liquidarles; los demás irían cayendo entre los flujos y contraflujos del avance.

Sólo los militares podían despertar un sentimiento de ternura en Aureliano, que aún jugaba con la posibilidad de perdonar a algunos de los generales culpables: tentándoles, por ejemplo, con

vistosas y pingües jubilaciones prematuras; con los civiles, innecesarios en el mejor de los casos, no habría piedad. Aureliano soñaba con cambiar el lema tradicional de Roma: «*Senatus Populusque Romanus*», por «*Legiones Populusque Romanus*».

Todos los condenados estaban ya sometidos a diligente y discreta vigilancia, y Eros Latiniano lo estaría también a partir de ahora.

Aureliano se pasó la mano por la frente, mientras Eros seguía sintiendo en la médula la mirada gélida de su amo, sumido ya en otros pensamientos.

«Es evidente», se repetía Eros, «mi memoria se ha vuelto demasiado peligrosa para mi amo», sin que se le pasase siquiera por la mente que se hubieran podido descubrir sus enjuagues.

—Bueno, a ver. Tú, mis ideas, en general, ya las conoces. Ahora de lo que se trata es de exponerlas bien. Lo mejor es ir por partes.

»Primero, Germania. Sí, lo más importante.

»El imperio estará cojo mientras su frontera norte no llegue al Mar Báltico.

»Nuevo sistema: palos y halagos.

»Bueno, tú eso lo pones bien.

«Conceder tierra a los germanos, pero lejos de las fronteras, y, sobre todo, en Oriente. Y que entren en el imperio en tandas desarmadas, poco numerosas, y mezclando las tribus lo más posible, así será más fácil desgermanizarles. Su unidad es la tribu, no tienen verdadero sentido nacional.

»Y, en el interior de Germania, ver qué territorios podríamos anexionarnos sin alarmarles: los Campos Decumates, por ejemplo, alegando que siempre han sido nuestros, y otros también, allende el Rin sobre todo. E ir limando asperezas en el resto de Germania hasta que la presión de los pueblos asiáticos sea tal que

la defensa de su propia tierra se les convierta a los germanos en lo que realmente es: un problema germano-romano.

»Podríamos atraer a esos asiáticos hasta el Danubio, y allí machacarles: los germanos desde el norte y nosotros desde el sur; ese tipo de acción conjunta, victoriosa o no, une mucho.

«Estudiar todo esto, tantear otras posibilidades.

»Latinización macarrónica del Oriente a fuerza de germanos a medio romanizar, romanos en bruto».

Aureliano se volvió de pronto a Eros, riendo:

—¿Y si, de paso, os ajustamos las cuentas a vosotros, los griegos, que os seguiréis comiendo vivos al mundo entero mientras nos tengáis a nosotros para servíroslo en bandeja, eh?, ¿qué me dices a eso, Eros?

A Eros le temblaba la mano; su mente era un revoltijo de perplejidades y repulsas: ¡germanizar el imperio romano so capa de romanizar a los germanos!, ¡y germanizar el Oriente hurtándoselo a los griegos, que ya hablaban el segundo idioma del mundo!

Su indignación crecía sordamente, se mezclaba con su angustia, atenuándola, mientras Aureliano proseguía por otros derroteros:

—Racionalización de las tierras de labranza, o sea: pan abundante para todo el mundo.

»Si la propiedad es buena, habrá de serlo para todos.

»Confiscación o expropiación, y parcelación de latifundios desaprovechados. Hay senadores, y otros que no lo son, con casi provincias enteras, y sólo cultivan una pequeña parte.

»Levantar un catastro de todo el imperio, ver panorámicamente cómo está la cosa.

»Los germanos harían verdaderos milagros con tanta tierra, juntarían parcelas, formando pequeñas granjas mancomunadas.

»Todo esto, bien estudiado, para cuando yo vuelva de Persia». Corrigiéndose, al tiempo, *in mente*: «Para quien vuelva de Persia». Guardó silencio un momento, luego pareció ocurrírsele algo:

—Volviendo a los germanos: de esa forma —añadió— reduciremos la población de Germania a la mitad o así, porque los demás estarán dentro de nuestras fronteras, romanizándose a sí mismos y dando ejemplo a otros, y viviendo prósperamente, porque tendrán tierras que labrar, y eso se sabrá en Germania. Y esos bárbaros que comienzan a atacar las fronteras del norte de Germania tendrán más éxito, al enfrentarse con menos enemigos, por la misma despoblación de Germania, de modo que los germanos acabarán pidiéndonos ayuda, eso está claro, para que vayamos a defender sus fronteras, justo lo que nosotros queremos.

«Estudiar todo esto: posibilidades, obstáculos.

»Claro que lo más probable es que todo esto lleve mucho tiempo, no sé si siquiera mi sucesor tendrá posibilidades de encauzarlo».

Aureliano hablaba con los ojos fijos en el vacío, como soñando. Acabó dominándose, concentrándose como quien se fija, de pronto, en un obstáculo con el que no había contado:

—¿Y si los germanos se alían con los persas, como ya intentaron hacer los dacios? Esto consta en los archivos, y hay también un par de documentos que parecen indicar algún intento germano, aunque no se detalla por parte de cuántas tribus, de negociar con los dacios. Un ataque conjunto germano-persa me parece, por supuesto, una fantasía, pero si se nos atacase por todas nuestras fronteras al tiempo no nos podríamos defender.

Lo desechó todo de un manotazo:

—Hale, realidades inmediatas, a ver, reforma monetaria:

»Que el dinero romano vuelva a ser como antes de Nerón, o sea, que valga realmente lo que representa.

»Y un centro fiscal que invierta lo recaudado en adquisición de latifundios inútiles y en construcción y mejora de fábricas imperiales: fábricas de armas, pero también de otras cosas necesarias que se vendan baratas al pueblo trabajador. Así los impuestos producirán riqueza en lugar de irse como vinieron. Pero todo esto va a ser muy complicado, me dejo llevar de la fantasía».

«Y del masoquismo», pensó, «¿dónde se ha visto esto?, ¡un moribundo haciendo planes para el futuro lejano!».

Y, alzando la voz:

—También racionalización del cobro de impuestos, que actualmente es caótico y corrupto. Estudiar bien todo esto.

Hizo una pausa. Prosiguió, encadenando las ideas:

—La capital del imperio:

«Haremos de Roma un donativo al Sol, y trasladaremos la capital a Sirmio o a algún lugar cercano a la curva del Danubio, así se podrá vigilar de cerca la romanización de Germania, que ha de comenzar, claro, desde Dacia, como una cuña latinizada. Y una o dos subcapitales, que ya veremos cuáles serán: Alejandría, quizá, para impulsar el comercio con la India. Bueno, ya veremos…».

Y, dirigiéndose a Eros:

—Yo, si vivo, me retiraré a Panonia después de domada Persia. Terminaré mis días montando a caballo, cultivando rosas o coles, oyendo mi música favorita: el galope de los caballos contra una banda de tubas…

Sonrió, melancólico:

—¿Sabes lo que te digo, Eros?, pues que el que siente que le fallan las fuerzas, lo mejor que puede hacer es quitarse de en me-

dio.

»Y tú te vienes conmigo, ¿eh?, a tomar mis memorias al dictado, pero en mi latín, no en el tuyo, y luego, en tus ratos libres, escribes las tuyas a tu aire: en hexámetros virgilianos, ¿qué te parece mi plan?».

Eros Latiniano tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para sonreír. Los ojos y la sonrisa del emperador eran funestos, como diciéndole: despídete de la vida; un escalofrío le recorrió entero, le atenazó la mente.

Volvió a mirar a Aureliano, cuyos ojos se le transformaron de pronto en colmillos al rojo blanco: los tocó con sus ojos y los encontró gélidos, como su propia sangre, congelados en ardiente sensación de muerte inminente.

Se sobrepuso como pudo a esta súbita pesadilla. Le parecía no verse por dentro: como si la letal mirada del emperador hubiese enceguecido sus ojos mentales, entrándole en ellos por los del rostro, como en una bruma sonora. Eros Latiniano se dio cuenta de pronto de que Aureliano seguía hablándole:

—Todo esto que acabo de decirte, por supuesto, no son más que tonterías. Olvídalo. Vamos a cosas más importantes, como el idioma del imperio: a ver, escribe.

Eros se dispuso a escribir, pero su mente no estaba en lo que hacía. El emperador, se repetía, le había condenado a muerte: él sabía demasiado, y ya no hacía falta; en el cuartel general de Persia, sin duda, esperaban a Aureliano doce secretarios igual de eficaces.

Aureliano carraspeó, concentró sus ideas:

—Hay que crear un latín común a todo el imperio, y que esté basado en la realidad, o, mejor, en las muchas realidades, tantas como provincias latinas hay, de modo que todos se entiendan entre sí en cualquier sitio sin necesidad de recurrir a una lengua muerta, y a Virgilio y los de su cuerda los relegamos al foro,

donde, además, jamás se habló su latín. Todo esto del latín clásico es artificial. El que quiera quemarse las pestañas estudiándolo, muy bien, que lo estudie, pero yo por quien tengo que velar es por la gente de a pie, los que trabajan y pagan impuestos y ganan batallas.

»Un idioma universal para el imperio universal que quiero impulsar. El mismo idioma para el emperador y el panadero. Y, además, así se evitan malentendidos peligrosos, como la carta que mandé a Tétrico y que por poco nos hizo perder la reunificación con Galia. No la escribiste tú, fue un suplente tuyo que era un piernas; bueno, bien caro le costó. Quiso imitar tus elegancias virgilianas y estuvo a punto de echarlo todo a perder, porque el pobre Tétrico creyó ver una amenaza donde no había más que una cordial invitación a volver al seno maternal de la Roma eterna. Menos mal que intervine a tiempo y con mi buen latín panonio lo arreglé, pero en un tris estuvo…

»El latín militar podría servir de modelo, porque es autosuficien-te, tanto que lo que no se pueda decir de él no vale la pena decirlo, y tiene eufemismos y cacofemismos para todo lo que se quiera».

El mejor latín, pensaba Aureliano, era el de Panonia, y, si de él dependiera, se impondría hasta en Grecia.

—Bueno —volviendo a incorporarse en la litera—, vas bien servido. Quiero un resumen claro y completo, por partes, y dos copias. Y si se te ocurre algo, lo añades. Bueno, te puedes ir.

Eros no se movió: lo que miraba a Aureliano era una fragilísima careta de seriedad, un tenue camuflaje de ira y espanto, un dique inseguro de llanto, gritos o risa histérica.

Aureliano le miró:

—¿Qué hay?

—No, nada, señor. Quería pedirte permiso para salir ahora mismo para Quenonfrurio y terminar allí todo el aluvión de co-

rrespondencia y documentos que se nos ha vuelto a acumular, y, encima, lo que nos espera allí. Si no, no vamos a acabar nunca.

Aureliano encontraba la situación regocijante. Sonrió a Eros con mal disimulado sarcasmo, le dio un golpecito en el hombro. Tal era su corpachón que, sentado y todo, cubría entero a Eros Latiniano.

—Mira —le dijo, paternal—, tú trabajas mucho, te mereces un buen descanso. Tráeme todo esto en limpio y las copias que te he dicho y tómate unas vacaciones. Sal para Quenonfrurio y pásalo bien hasta que nos volvamos a poner en camino. Yo allí me quedaré unos días. Y no te preocupes por la correspondencia atrasada, casi todo pueden hacerlo tus ayudantes, y luego, tú, cuando te reincorpores a la secretaría, haces lo demás. Pero no te lleves contigo nada de lo que has tomado aquí al dictado.

—No temas, señor, en unas horas estoy de vuelta con todo.

La cosa no podía estar más clara. Eros, demudado, se bajó de la litera: acababa de oír su sentencia de muerte, pero esto, aun acongojándole, dejaba espacio en su mente para acongojarse también por la suerte del latín, eco de siglos, condenado a muerte para dejar sitio a una jerga militar, y germanizada, y por la suerte de Roma misma, que iba a dejar de ser la capital del mundo. Eros Latiniano estaba decidido a defenderse y a defender a Roma y al latín. En su mente cobraba cortantes perfiles un plan desesperado, concebido apenas segundos antes como movimiento reflejo que salta contra un golpe certero:

«La suerte está echada».

Era un plan apresurado y borroso, pero podía funcionar.

Eros Latiniano se culpaba agriamente de no haber conseguido a tiempo un frasquito de veneno de los que se repartían en los cuarteles a los oficiales que iban a Persia; él no era oficial, y esos

frasquitos estaban muy contabilizados, pero no le habría sido demasiado difícil conseguir uno.

Buscaría un poco de veneno. Aceptaría su destino. Si salía vivo de este trance, Aureliano moriría, y él vería la forma de propiciar luego sus manes.

Aureliano tenía que morir para que él, y Roma, y el latín, viviesen. Pero el latín sobre todo. Había llegado el momento de arriesgar la vida en defensa de la lengua latina y su más alto artífice: Virgilio… ¿Cómo había dicho el emperador…?

¡Ah, sí!:

«Virgilio y los de su cuerda», refiriéndose, sin duda, a Horacio, Ovidio, Lucano…, los maestros de la lengua más viva que habían visto los siglos.

Ahí estaba la verdadera culpa de Aureliano, se decía Eros, tratando de justificar sus oscuros designios contra el emperador, más que en cualquier sentencia de muerte de que él pudiera ser objeto; y en cuanto a Roma: ¿qué era Roma sin su lengua?; Roma y su lengua, una y la misma cosa, ¿y cabía imaginar un imperio romano sin Roma en su centro?

Ya tenía él más que suficiente dinero escondido, fruto de sus comisiones y trapícheos, sólo le faltaba la oportunidad de utilizarlo. Muerto Aureliano, podría actuar bajo la oportunidad del tiempo y la distancia, grandes camufladores de entuertos. Bueno, y de la fortuna, gran protectora de cuantos la poseen.

Su idea consistía en fundar con ese dinero, en Lusitania o Mauritania, una colonia donde se hablase el latín más puro, donde los niños nacieran hablando como Virgilio.

Algo le decía, inquietándole, que Aureliano tenía que tener noticia de sus maniobras; después de todo, los escuchapedos del emperador eran famosos por su perspicacia, y estaban en todas partes.

Eros Latiniano trataba de desechar tales recelos: no había ninguna pista de sus desfalcos, lo que se dice ninguna. Trató de reír, al ocurrírsele esta sospecha en aquel momento. Lo único que el emperador podía tener contra él era el recelo de que conocía demasiados secretos imperiales.

Hincó talones en los ijares de su mulo: el caballo le parecía un animal demasiado militar para sus instintos de plumífero, y eso que él era buen jinete: en su niñez servil, en Grecia, tenía que vigilar los animales de su amo, guiándolos al paso a lomos de alguno de ellos.

Se imaginó su futura colonia latina en lo más lejano del imperio, a orillas del Atlántico, y ya le parecía oír los infantiles gorjeos en purísimo latín. Acalló los ataques de su conciencia:

«Lo que tú quieres es salvar tu vida, lo demás te importa poco, conocías demasiado bien a Aureliano para hacerte de nuevas cuando te dijo sus planes sobre Roma y el latín, lo que de veras te alarmó fue la evidencia, que creíste captar en sus ojos, de que estabas condenado a muerte…».

Le zumbaba la cabeza, le flaqueaba el ánimo. Todo se desmoronaba en torno a él.

Paró ante una posada caminera que tenía buen aspecto: una casa blanca de dos pisos en medio de un jardín silvestre; paredes cubiertas de hiedra y un gran emparrado umbroso ante la entrada.

Consignó la mula al mozo y pidió una habitación lo más recóndita posible y una esclavita mona y rechoncha. Blandió su rango de secretario imperial para conseguir paredes limpias y cama sin colchón henchido de bichos, y el huésped acabó cediéndole su propia habitación, levantada sobre el tejado plano de la casa, y yéndose a dormir, como él mismo dijo, riendo, entre chinches y cucarachas.

Era un cuarto aislado, fresco y silencioso. Eros tomó un trago de vino puro y tanteó golosamente a la esclavita, que estaba dura y bien torneada. Luego encendió la lámpara, puso sus papeles sobre la mesa. Por un instante se sintió muy satisfecho. Entre sus papeles, previsor que era él, había una lista de generales, escrita tiempo atrás por Aureliano mismo. Entre los quince nombres que allí constaban estaban los de seis de los generales tan recelados de deslealtad cuanto recelosos de haber caído en total desgracia. Estos sólo necesitaban confirmación de sus recelos para tomar la decisión de defender su vida quitándosela al que quería quitársela a ellos. Eros añadió, copiando cuidadosamente la tosca letra imperial, su propio nombre y los de otros tres generales de quienes sabía con certidumbre que también estaban en desgracia. Se dijo, contemplando su obra, que el famoso tozudo, brutal rencor de Aureliano era sobrado acicate para hacer creíble cualquier amago de purga en su alto estado mayor.

Se sirvió otro vaso de vino puro y se dijo que ahora ya sólo era cuestión de hacer circular la lista poniéndola en manos de alguno de los en ella mencionados, y eso, en Quenonfrurio, donde ya había tantos altos oficiales esperando la llegada del emperador, sería fácil. Echó una ojeada a la cama, donde la esclavita se adormecía: pequeña, redonda, como a él le gustaban.

Se repitió su juramento de dedicar el resto de su existencia, y todo su dinero, a crear un paraíso en algún lugar remoto del imperio, Lusitania, por ejemplo, donde se hablase el más puro latín, y a propiciar los manes del emperador asesinado. Implacable sería su lealtad postuma cuanto iba a ser ahora su justicia: porque justicia era, no venganza o autodefensa.

Acabó la jarra de vino, pero sus nervios derramaron la mitad por el suelo.

«Cuidado, Eros», con un escalofrío, «no sea ésta tu propia libación funeral». Montó a la esclavita, ya dormida, desanudándose

al tiempo el paño entrepernil, contra el que pujaba, ansioso, su falo hecho piedra.

★ ★ ★

La cercanía creciente de Quenonfrurio, la primera escala hacia Persia, le volvió tenso y arisco.

Era la gran jugada de su vida: todo lo anterior, con ser ciclópeo, no pasaba de mero preparativo.

Veía a sus grandes vencidos: Tétrico, el emperador ilegítimo de Galia, Hispania y Britania, que se le había rendido secretamente antes de la batalla final, batalla fingida, entre Roma y él; Zenobia, reina de Palmira, usurpadora de todo el Oriente romano, fugitiva y presa por sus hombres, rendida a sus pies; Felicísimo, el jefe de los monetarios rebeldes, cuya sumisión le había costado siete mil bajas, y en batalla sacrilega: entre romanos, y en las calles de la misma Roma. Pensando en toda esta gente y en muchos más, Aureliano se maravillaba de lo imaginativamente que les evocaba ahora que ya no podían tocarle un pelo de la barba. Y sentía esto sobre todo pensando en Zenobia, Septimia Zenobia: la memoria y la imaginación se conchabaron de pronto para atascarse en su recuerdo de ella, sobre todo hoy, que le había llegado por el correo de Roma una curiosa carta de la exreina:

«A Lucio Domicio Aureliano, señor del Orbe y de la Urbe, Septimia Zenobia, su humilde esclava: si estás bien, todo está bien; yo estoy bien.

»Señor: mi marido, el senador Manlio Agrícola, es inocente de todo cuanto se le acusa. No así el presidente del senado, que sigue en libertad a pesar de haber sido quien más hizo por levantar a los funcionarios de la ceca, y quien más ha participado en la conspiración que tus sabuesos creen haber desmontado por completo, aunque todavía parecen quedar de ella cabos sueltos que escapan a mis conocimientos, aunque no a mis serias sospechas.

La astucia de este hombre ha sabido ocultar sus delitos a tu perspicacia, pero te juro por mi vida que sé de lo que estoy hablando, como te podrá confirmar uno de tus prisioneros: el senador Pompilio Musco Zenón, si das órdenes de que se le apriete lo suficiente, o si tientas su justificada angustia con promesa de indulto. Esto que te digo no lo supe yo misma hasta el momento de escribirte estas líneas. Felicidad y triunfos».

Con tan importante carta en manos de la policía militar, Aureliano se dijo que fuese de Zenobia y su marido lo que el Sol quisiera. Él se sentía ya lo bastante acosado para no cuidarse de la vida de nadie. Lo probable era que ahora también Zenobia fuese detenida y torturada; y hasta Tétrico, pues incluso en torno a él se erizaban las sospechas. Él ya les había levantado a los tres la protección imperial.

A Zenobia, como a Tétrico, Aureliano les había perdonado la vida a contrapelo de la tradición, e incluso abierto camino, a aquél, a los derechos civiles, y a ésta a una cierta prosperidad privada y hasta felicidad doméstica, pues le había dado un palacio, rentas y un marido senador que ahora se volvía contra él. Pero Tétrico y Zenobia hubieron de pasar antes por la vergüenza de un triunfo romano; con Felicísimo, no había habido piedad; ni triunfo ni nada: la cruz, y fuera.

Tétrico desfiló en el triunfo de Aureliano vestido de senador y con pantalones galos, y fue escarnecido y ridiculizado por la masa de los espectadores; Zenobia, trabada por pesadas cadenas de oro macizo, se vio convertida en blanco inerme del más soez ludibrio: de los insultos que recibió, «puta del emperador» había sido, probablemente, el más suave.

Así como la transición, para Tétrico, de la vergüenza al favor había sido rápida, Zenobia tuvo que pasar por larga y angustiosa

incertidumbre entre el triunfo afrentoso y el áureo perdón.

La blanca reina esperaba la libertad o el carro del verdugo, incluso la cruz, se rumoreaba. Estaba en una celda amplia y cómoda, pero hermética de barrotes e híspida de centinelas y guardianes: en sus momentos de más honda depresión la agitaban pesadillas de humillantes suplicios.

Curioso del sabor de las hembras asiáticas, Aureliano se había apresurado a probar a la recién cogida prisionera, pero fue una posesión brutal y rápida, entre dos decisiones militares: ni a él le supo a nada, ni ella pudo hacer otra cosa que abrirse de piernas y cerrarse de ojos.

Hasta después del triunfo no encontró Aureliano tiempo para ampliar y consolidar su cabeza de puente en la entrepierna de la reina cautiva. Invadió militarmente su celda, pero esta vez ella le esperaba con todas sus armas en ristre: le cogió desprevenido y supo volver las tornas y otorgar a su captor un momento placentero de su angustia vital, como tantas veces, según se decía, había conminado a hercúleos soldados a su lecho para arrojarles a los perros después del quinto orgasmo. Lo cual desconcertó por completo el juego de Aureliano, cuya intención era gozar doblemente de ella: hendiendo su cuerpo y no respondiendo a sus aterradas preguntas ni plegándose a sus súplicas de perdón: pensando jugar con ella como el ratón con el gato, fue él, por el contrario, quien se vio sumido en hondo pasmo doble en el que su experiencia no supo deslindar lo mental de lo puramente físico.

La blanquinegra reina le atarazó los nervios, le hurgó en los sesos, le incandesció el glande: nunca habían gozado tanto los cincuenta sentidos de Aureliano. El silencioso asalto de la asaltada desvencijó en mate y soso amasijo sin sentido todo el acervo de recuerdos eróticos de Aureliano, reduciendo a insípido espliego conyugal el acre sabor a trigo y cerveza rancia, orines y sudor, de sus recias y esquivas germanas.

En los brazos de la serpentina reina asiática, Aureliano perdió el dominio de sí mismo, como quien cae en poder de un blanco ciempiés. Y Zenobia olvidó golosamente la espantosa incertidumbre de su presente domando los músculos del panonio y poniendo la lujuria por encima de la muerte; llegó a desleírse entera en su captor y posible verdugo hasta devenir falo omnívoro en torno al cual el fálico emperador se desintegraba en pura, agresiva nada.

Durante mucho tiempo turbaron los sueños de Aureliano las uñas pintadas de verde de Zenobia, más expertas que las suyas en la exploración de sus más sensibles recovecos; sus ojos, negrísimos, circuidos de rojo; su entrepierna, cuidadosamente afeitada y perfumada; su triángulo esmaltado de púrpura y acotado en negro hasta el ombligo: inteligentes colores mágicos que el talento erótico de la cautiva hizo innecesarios, y menos mal, porque enseguida se disolvieron en sudor y semen, sin tiempo a que la inexperiencia de Aureliano comenzase siquiera a descifrarlos.

Y así fue como el cabeza de un imperio que era cabeza del mundo perdió la cabeza sobre la tersa, polícroma, aromática hendedura subventral de la reina destronada de Palmira, perdiéndose en gimnasias incompatibles con la dignidad imperial que su pragmática, tosca inteligencia llevaba años cultivando; y cuando se anunció oficialmente la pingüe jubilación de Zenobia, el sutil poeta Attilio Págulo pudo lanzarse a ironizar sobre el breve idilio imperial, que, debidamente exagerado en un punzante epigrama que enseguida saltó de boca en boca, era comidilla de media Roma, y había desternillado a la otra media:

El gatillazo que más caro ha costado al imperio romano tuvo lugar entre un panonio y una siria: aquél creyó a ésta parte del botín, mas fue la siria quien dejó resecos los ríñones y las arcas del panonio.

No era la carta de Zenobia la única que recibía hoy Aureliano. Acababa de llegarle también un mensajero especial con una irritante misiva del rey de Persia:

«Retírate de Asia hasta los estrechos, de Siria hasta el mar, de Egipto hasta Nubia. Esas tierras eran de mis antepasados, y por lo tanto son mías. Entonces sellaremos nuestra amistad para muchos siglos».

Ya era la cuarta o quinta que recibía de ese rey, y siempre en el mismo tono. Las coleccionaba para hacerle tragárselas todas crudas en cuanto llegase el momento.

Su guardia le seguía a pocos saltos de caballo con orden de no permitir que nadie le molestase; si llegaba algún mensajero, por urgente que fuese su recado, tendría que seguir derecho hasta Quenonfrurio y esperarle allí.

En Quenonfrurio estaba la legión cuarta Flavia entera, y con ella podría hacer frente a cualquier conato de insubordinación por parte de los generales de su estado mayor, de varios de los cuales no se fiaba.

Se esperaban también tropas del Rin y del Danubio, algunas incluso de Hispania y Britania. El traslado de toda esa gente al Eufrates y a Armenia habría de funcionar con absoluta precisión.

En el instante mismo en que él hincase el talón en los ijares de su caballo en la orilla romana del Eufrates, toda esa masa humana, ¡dieciséis legiones!, se pondría en movimiento, iniciando una invasión como la historia nunca ha visto otra.

Dos grandes cuñas: una desde Armenia y otra desde el Eufrates, entrarían simultáneamente Persia adentro, uniéndose en la frontera india y convirtiendo Persia en una vasta bolsa. Y todo ello, contando, por primera vez, con el clima y las habituales tretas de fuga sistemática y tierra quemada de los persas; por ejemplo, tras una larga tradición de invasiones estivales, ésta iba a ser a comienzos del otoño.

Y luego: fomentar constantemente la discordia entre las comarcas persas: incesantes redadas de gente a la que embrutecer a fuerza de grandes obras públicas, innecesarias incluso, para las que el genio y la iniciativa del hombre libre son un estorbo; caza del hombre a tanto la cabeza; exterminio sistemático de cuantos supervivientes se obstinen en tener más cabeza que músculo.

¡Poner fin a dos siglos de irracional fuerza defensiva! Cada persa arrogante, cada germano reacio a Roma era un insulto al Sol.

Más allá de Germania y de Persia, sólo había masas crespas de humanidad extraterrestre, y los tentadores imperios de indios y séricos. Las informaciones de que disponía Aureliano coincidían en que ninguno de estos dos pueblos se había salido jamás de sus fronteras, de modo que podrían ser enemigos, pero no rivales de Roma.

En vastas extensiones, los reajustes fronterizos no podrían ser obstáculo a una paz duradera. Aureliano, suelta su imaginación, pensaba incluso en ensayos de condominio, de coexplotación, basados en el temor mutuo.

Le interesaban especialmente los séricos: había oído que eran maestros en el arte de levantar murallas, hasta el punto de que su país entero estaba amurallado; y que tenían unos polvillos negros mortíferamente explosivos; y que producían la mejor seda del mundo, no se sabía bien si extraída de árboles o de animalitos.

Contiguos a los séricos había unos isleños que hacían una especie de hierro flexible más duro y cortante que ningún otro.

Su impaciencia cobró de pronto insólitas alas:

«Algún día inventaremos ingenios que remeden el vuelo de las aves, y volcanes portátiles que nos liberen de guerras largas e inseguras: ¡un volcán de polvillo sérico lanzado desde el aire sobre el grueso del enemigo!».

El relevo postal de Petradava le sacó de sus ensoñaciones.

Un caserón de ladrillo con grandes cuadras laterales, y en el centro un portalón flanqueado por altas atalayas de madera. A la entrada le esperaba el jefe del correo imperial de Bizancio, llegado la víspera a Petradava para recibirle con todos los honores. Detrás de él formaba la guardia del edificio; asomados a las ventanas, los esclavos y el personal libre.

Aureliano desmontó de un salto. Su caballo agitó las crines, relinchó suavemente bajo sus caricias.

Era aquél un paisaje desolado y llano, sin apenas árboles. Aureliano parecía una torre junto al jefe del correo imperial de Bizancio, un retaco rechoncho que apenas le llegaba a las orejas. En aquel calor intenso, estaba ridiculamente togado, jadeante y sudoroso. El hombrecillo, vigilado de cerca por dos de la policía militar, se acercó a Aureliano y le hizo una profunda reverencia, luego se lanzó a una florida salutación en clasicísimo latín que él mismo no parecía entender bien, porque se trabucaba mucho, sobre todo en los verbos. Siguió impertérrito, hipérbaton adelante, sin percibir la creciente irritación de Aureliano, mientras los especialistas de la policía militar se distribuían rápidamente por las estancias del caserón, registrando la ergástula, los cubículos del personal libre, la vasta y fresca estancia preparada para el emperador; salieron enseguida del caserón, sin dejar en sus rincones la más leve huella de tan magistral violencia, pero apostando guardias en los pasillos, ante la puerta de la estancia imperial, en el portón principal, en las demás salidas y entradas, bajo todas las ventanas.

El jefe del correo imperial de Bizancio, terminada su perorata, saludó profusamente a Aureliano, llamándole reunificador del imperio e inminente debelador de los persas.

Los dos de la policía militar que acechaban al jefe del correo imperial de Bizancio aprovecharon el final de su breve diálogo con el emperador para cogerle en volandas y llevárselo a un rincón apartado, donde le registraron rápidamente, como otros hacían al mismo tiempo con esclavos y funcionarios libres.

El jefe del correo imperial de Bizancio respiró con alivio al recibir aviso de que todo, incluso él mismo, estaba en orden, porque nunca se sabía lo que podía surgir de nichos o acechar en rincones: objetos dotados de carga mágica contra el cuerpo o la mente del emperador, por ejemplo… Se sentía incómodo y pegajoso con su toga de gala, cuyos primorosos pliegues, o lo que quedaba de ellos después del súbito registro, se diluían irremediablemente en sudor. Ansiaba bañarse, ponerse algo más ligero y refrescante.

Aureliano, en tanto, entró en el caserón. Uno de la policía militar le guió a su estancia, donde se encerró inmediatamente, dando orden de que no se le molestase.

Se desnudó, quedando en paño entrepernil, encendió lámparas contra la oscuridad creciente, se sentó a la mesa, junto a la ventana, al frescor de una corriente de aire, se puso a releer un informe de sus especialistas sobre Persia: todo indicaba que los persas estaban poniendo en juego la totalidad de sus recursos, tanto naturales como sobrenaturales.

Se anunciaba una gran concentración de magos y sacerdotes en Ctesifonte, y, al parecer, con poderes mágicos de eficacia sin precedentes.

Había que contrarrestar eso. Aureliano mandó llamar a uno de sus amanuenses latinos, que llegó desalado.

—A ver, escribe.

»Orden urgente, a todos los generales:

»Sólo el emblema del Sol en los pendones imperiales, pero cada legión o regimiento de auxiliares podrá tener también emble-

mas de otros dioses, según sus preferencias o tradiciones.

«Plegarias y sacrificios constantes a cuantos dioses sea necesario, pero al Sol sobre todo, en los contingentes concentrados a lo largo del Eufrates y en Armenia, y que no cesen durante toda la campaña.

»Fijar en lorigas y corazas el emblema del dios que prefiera cada soldado, pero los que opten por el del Sol serán proclamados amigos del emperador…».

El emblema solar se lo había inspirado a Aureliano en sueños el Sol mismo: Una esvástica sesgada cuyos brazos torcidos significaban la fuerza del Sol rebotando sobre la tierra en forma de vegetación.

Pronto estarían listos miles de esos emblemas, de todos los tamaños y para todos los usos. En banderas y pendones la esvástica sería negra sobre fondo blanco, y los especialistas garantizaban su eficacia si no se llevaba por obligación. Aureliano estaba decidido a que a ningún soldado romano se le obligase a llevarla.

En su pendón personal, Aureliano había hecho poner, debajo de la esvástica sesgada, y también en letras negras, el siguiente aviso:

CON ESTE SIGNO VENCERÁS

Siguió dictando cautelas, hasta que se le secó la imaginación. Lo esencial era tener contentos a todos los dioses. Cuando terminó y repasó lo dictado, se dijo que bien bruto tenía que ser el dios que no quedase contento.

«Rayos del Sol», le decía una vocecita desde el fondo mismo de su mente, «jalonan tu camino hacia la victoria final, que será instantánea y deslumbrante, y obra de un dios nuevo: Júpiter Solar».

Le invadió una inmensa sensación de euforia: el aire se empapaba de espíritus favorables, ansiosos de servirle; todo su ser levitaba en brazos del Sol.

Quiso disfrutar cuanto antes de tan súbito presagio de omnímodo triunfo.

Se llenó un tazón de vino puro, lo apuró de un solo trago. Dio orden de que le trajesen a la última germana de su harén ambulante; a las otras les había ido dando la libertad, pero en Germania quedaban muchísimas: era cuestión de ir a por ellas.

Ni vino ni germana confirmaron largo tiempo su euforia: el primer orgasmo, arduo y agotador, le infundió un nuevo espanto de impotencia y muerte inminente, y su buen sentido, al demoler la primera parte de tal amenaza demostrándosela falsa, no hizo sino desasosegarle más.

Buscó remedio montando por tercera vez a su palpitante montón de carne olorosa a mugre, pero los acres efluvios de sus pobladísimas axilas le repelieron, contra todo precedente, hasta el punto de cortarle lo que parecía prometedor conato de orgasmo, dejándole de espaldas sobre el colchón entre agoreros atisbos de muerte al acecho.

Se sentía la mente vacía, inerme ante crecientes temores.

«Tonterías», se repitió, diciéndose que las sensaciones juegan a su antojo con la inteligencia, «tonterías».

El olor fuerte y turbio de la germana le irritaba las ventanillas de la nariz, le empapaba la mente de irracional agresividad, le encendía por encima de sus posibilidades físicas, incitándole a ataques que estaban condenados a frustrante derrota, llenándole al tiempo de inasibles recuerdos de su juventud militar.

Se apartó del muelle, anfractuoso colchón germano, saltó del catre militar que le acompañaba por doquier en sus viajes, se puso a dar galopantes paseos por el cuarto en busca de asideros contra la angustia que le asfixiaba; la germana le seguía con los ojos muy abiertos, divertida y asustada.

Aureliano buscaba augurios favorables en aquella oscuridad, y no de poder o victoria, sino de simple supervivencia contra los

recuerdos.

Sus ojos, en frenética búsqueda, tropezaron con los de la germana, en cuya vigilancia lemurina Aureliano vio un instante, fundidas en una sola, las miradas de todos sus enemigos, reales e imaginados. Poseído de incontenible pavor, llamó a gritos al oficial de la guardia. En cuanto le vio entrar le ordenó con voz estentórea, estridente, que estrangulase allí mismo al endriago que acechaba su muerte.

El oficial tardó en comprender: el tartamudeo afanoso, entrecortado, del emperador, cuya voz era de ordinario tan firme, le desconcertaba. Finalmente llamó a dos legionarios y entre los tres se llevaron en volandas a la germana, desnuda y pasmada.

El oficial llevaba tiempo codiciando de lejos el harén ambulante del emperador. Aprovechó la oportunidad para poseer a la germana contra la pared mientras los dos legionarios la sujetaban. Precaución innecesaria, porque ella, confusa y aterrada, se dejaba hacer, encerrada en sudoroso silencio.

El oficial se fue, ajustándose el faldellín militar, y los dos legionarios se jugaron a cara o cruz la precedencia entre las piernas de la germana. Luego la atontaron con un certero golpe en la nuca para estrangularla sin turbar el sueño del emperador.

El último sueño de la vida de Lucio Domicio Aureliano *Manus ad Ferrum*, gótico, sarmático, arménico, pártico, adiabénico, cárpico, ya pérsico casi, comenzó como pura luz deslumbrante, en la que su espíritu angustiado se sintió tan a gusto como una oruga en su capullo.

No sentir, no pensar…

Poco a poco esa luz devino cegadora, dudosa niebla en la que él trataba en vano de descifrar los innumerables, herméticos rostros que la poblaron enseguida, surgiendo de su fondo en apretada rebatiña por su atención, la cual fue identificándoles uno a

uno, pero sin tiempo para distinguirles por sus nombres, pues, en cuanto les reconocía, se fundían en nueva, densa oscuridad, como si la perspicacia identificadora de Aureliano fuese golpe mortal a su identidad, de modo que quedó preso de la tantálica certidumbre de saber y no saber quiénes eran. Candente oscuridad en la que sólo acabó discerniendo con total evidencia un rostro rezagado que llevaba muchísimo tiempo sin ver: el de su madre, pero que resultó ser un rostro sin rostro ni cabeza ni cuello, un rostro que le infundía contradictorios gozo y tristeza, pues, en el momento de aparecérsele, se diluyó en la misma oscuridad donde ya se habían disgregado los otros; rostro permanente en su misma ausencia, y Aureliano, haciendo un esfuerzo de interpretación, juzgó tan clara, frágil, flotante aparición como augurio de derrota y angustia totales: el rostro sin rostro de su madre no le miraba a los ojos, sino a lo más abstracto de su mente, y con una sonrisa muda y cerrada, diciéndole sin palabras que ella ya no iba a poder aparecérsele más, pues, al transformarse en calor y en luz, había perdido todo contacto real con el mundo de los vivos.

Aureliano despertó asido al tantálico borde de tan turbadora visión. Se dijo que la vida es siempre fracaso, aunque la corone el triunfo, porque el fracaso consiste precisamente en estar vivo.

Se frotó la cara, se deslegañó, orinó contra una esquina, se dijo que iba al encuentro de su suerte, la que fuese: «La frontera del Indo, o el Leteo».

A fin de cuentas, ambos.

Firme el torso y recio, poderosa la cabeza vulpina, enmarcada la cara de barba gris acero entreverada de blanco, labios carnosos, ojos duros, socarrones al tiempo, de audaz lobo estepario avezado a romper trampas, una mano asida a la rienda, caída la otra sobre el cuello leí caballo, ambas con el aplomo de quien domina

su dominio: el mundo entero, y en este punto le recordaría siempre el general Bivio Rotundo, que cabalgaba a su lado. Aureliano, muy a la cabeza, como siempre, de su guardia, varios de cuyos jinetes habían salido en pos de él al verle alejarse tanto, dio un súbito talonazo a su caballo y salió más hacia delante, pensando obsesivamente en hallar augurios favorables que confirmasen y reforzasen los ya vistos: miraba al cielo, en busca de aves. Siguió llanura adelante, diciéndose: «Tonterías, tonterías. Despierto o dormido, da igual: es la razón, que duerme aunque el cuerpo vele. Yo sólo tengo que temerme a mí mismo, soy mi peor enemigo».

Cundió de pronto la alarma: una tupida polvareda anunciaba, gente a caballo. Los demás jinetes de la guardia apretaron el galope, uniéndose enseguida a los que se les habían adelantado; en descampados peligrosos como aquél tendían a desoír la orden del emperador de dejarle solo.

Aureliano, curioso, apretó también el galope, pero no tardó en verse flanqueado por jinetes aclamantes. No tuvo tiempo de decirles nada: enseguida se aclaró ante ellos un destacamento de infantes y caballeros de la legión Cuarta Flavia que habían salido al encuentro del emperador para vitorearle, estentóreos, en cuanto lo divisaron. Aureliano se llenó de súbito gozo: se lanzó hacia ellos, desmontó. Su alegría creció hasta desbordarle corazón y mente al ver que el centurión que les mandaba llevaba al cuello la medalla solar, ¿qué mejor augurio?

El sol arreciaba, hincándole su favor por todos los poros.

Aureliano se quitó casco y capa, ordenó al centurión que le ayudase a desabrocharse las hebillas de la pesada coraza de cuero repujado: quería sentir el sol a través de la leve túnica, de tejido muy suelto, que llevaba debajo: igual que ir desnudo.

—Me das buena suerte —cálido, al centurión—, no te apartes de mi lado.

★ ★ ★

Al pie de la cuesta que conducía a Quenonfrurio, Aureliano se bajó del caballo. Lo hizo de un salto, rehusando ayuda, y casi cayó al suelo cuan largo era al tropezar su pie con un guijarro en punta. Se enderezó rápidamente, mirando al racimo de generales uniformados de gala que le esperaban en la cima de la cuesta: «Ojalá», se dijo, «no se hayan fijado».

Aquello era pésimo agüero, probablemente aviso del Sol, diciéndole: «No sigas adelante».

Pero él tenía que seguir.

Hizo una seña a los germanos de su guardia, y al jefe mismo de ésta, de que se le mantuvieran algo a la zaga, pues quería hacer frente él solo a lo que el Sol le deparase. No podía ser nada serio: él era el amo del orbe, y tenía a sus pies a todo el alto estado mayor danubiano, los que mantenían firme la frontera más sensitiva del imperio, extremadamente sensitivos ellos mismos en su férrea dureza. Con la frente erguida, Aureliano emprendió la subida a paso firme, repasando ansiosamente en su mente la larga retahila de nombres del Sol que le había dado uno de los sacerdotes del gran templo recién elevado por él en Roma a ese dios: «Centro del universo», «Creador de cuanto existe», «Padre nutricio de cuanto respira…» Lejos estaba él de saber que Eros Latiniano hubiese puesto en guardia a sus generales contra una sentencia de muerte colectiva, y sin recurso posible, de modo que tanto los incluidos en ella como los que no lo estaban, pero temían sus prontos, tendrían ahora el puñal listo, pero no en la mano, pues sólo uno iba a blandirlo, sino en la mente, en forma de pasividad física total ante el magnicidio, matizada, todo lo más, de escrúpulos inoperantes, de ofrendas tibiamente prometidas a los manes del emperador al que iban a asesinar para no ser asesinados por él, el emperador cuyo genio militar seguía pareciéndoles necesario para la salud del imperio.

Aureliano desgranaba su rosario: «Luminaria única de cuanto se mueve…» Cuatro guardias germanos, la mano en el pomo de la espada, y su jefe, espada en mano, le seguían a unos pasos; el jefe, hombre sensato, frenaba a Aureliano con su mente, pero a la de Aureliano no llegaban estos efluvios. Los generales, un racimo de doce, comenzaron a acercarse, muy juntos, cuesta abajo, al emperador, y los planes de exterminio mutuo entre éste y sus generales seguían intactos, y al borde de su recíproco cumplimiento: esta escisión final entre ambos era reflejo de la que surgía en aquel momento en muchas de aquellas cabezas, para quienes la muerte del emperador era un mal necesario, las cuales deseaban matarle y al tiempo conservarle vivo; pero no en la del emperador mismo, que estaba plenamente decidido a llevar a cabo su purga cuanto antes, porque ninguna de sus víctimas era necesaria para la victoria romana sobre los bárbaros.

Aureliano, antes tan precipitado en sus juicios y diáfano en sus decisiones, se había ido volviendo, a golpe de implacable realidad, persona cauta y discretísima, hermética incluso. Le gustaba repetir el viejo proverbio panonio: «La sonrisa tiene forma de yugo, y como yugo unce al que se fía de ella».

En aquel crítico instante, último casi de su vida, Aureliano parecía distendido, sonriendo a sus víctimas, que le sonreían a su vez, y era a sus seis víctimas más urgentes a quienes con más franqueza sonreía, las cuales, por su parte, le sonreían a él con aire de más franca bienvenida que los demás.

Libre y fresco en su ligera túnica, Aureliano se detuvo mascullando mentalmente el último nombre solar de su retahila: «Brillante mazmorra que a todos nos encierra», y se sacudió el polvoriento faldellín y se secó el sudor que le apelmazaba el pelo. Saludó a los generales, que a su vez le saludaron, y dio el último paso que le separaba de un grupo de hombres que habían subido con él desde la masa de legionarios rasos y a algunos de los cuales

ya consideraba tan muertos como ellos mismos, todos ellos, le consideraban a él.

Siguió ahora en medio de ellos, se volvió a sus guardias para decirles que le esperasen fuera, y entró en un gran caserón donde los generales iban a formularle sus proposiciones y comentarle el estado de los preparativos para la campaña persa. Al cerrarse la puerta, y cuando más levitante y fuerte se sentía, le enloqueció de pronto el rostro una salvaje punzada en la mandíbula, y dos muelas se le encendieron de súbito dolor: esto le pareció signo cierto de que el Sol le había abandonado, pero supo dominarse, se asió el carrillo ardiente con una mano, sin pensar por el momento en otra cosa, alejando con la otra a los generales y el rostro sin rostro de su madre, que acudía a él en aquel momento supremo. Se sobrepuso enseguida y fue tendiendo la mano a los generales, y precisamente al más digno de ejecución sumarísima fue a quien primero se la tendió, mientras en las mentes de todos ellos saltaban ahora chispazos de autojustificación ante lo que ya era inminente:

«¡Ahora pagarás tus cóleras!».

«¡Ahora nos resarciremos de tanta humillación!».

«¡O él o yo!».

Se persuadían a sí mismos de lo urgente que era matar a un emperador que quería limpiar la curva del Danubio de generales romanos, necesarios no sólo para su propia supervivencia, sino también para la de Roma. Y así, cuando Aureliano tendió la mano al general Mucáphor, el espantoso dolor de su encía, embotando su suspicacia, no le permitió fijarse en la insólita premura de éste por asir la suya, o en que los otros retiraban rápidamente sus manos para facilitar el apretón.

Aureliano estaba completamente cercado, y separado de su guardia por la puerta cerrada del caserón. Los súbitos avisos con que ahora despertaba su dormida suspicacia, alarmada por la

fuerza con que Mucáphor le sujetaba la mano, llegaban demasiado tarde. Los generales, apretados en torno a él, afilaban sus pensamientos contra aquel pecho desguarnecido, diciéndose que era su propia vida lo que defendían: con un emperador, se repetían, como Aureliano nadie estaba seguro de seguir vivo mañana.

Repentinamente ajeno a Roma y a su futuro, Aureliano trató en vano de desvincularse de Mucáphor para asirse con ambas manos el carrillo enloquecido, e hizo nuevamente seña a los demás generales de que se apartasen de él, peligrosamente irritado ya por su persistencia en acosarle; pidió al Sol que le llevase de una vez al tiempo pasado/futuro donde las muelas no duelen, y justo en ese momento Mucáphor le hizo perder el equilibrio con un brusco tirón, atrayéndole hacia sí e hincándole con tremenda fuerza en el pecho un puñal muy largo y fino que llevaba escondido entre el cinturón y el peto de cuero repujado.

Golpe cuyo dolor se diluyó al principio contra el de la encía al rojo vivo, pero ambos dolores se borraron instantáneamente contra la deslumbrante reaparición de la madre de Aureliano, la sacerdotisa del Sol, que le sonreía ahora en su interior con todo el rostro como un foco de luz inteligente, y en este chispazo inmóvil se leía sin palabras el ilustre ancestro etrusco de Attio Título Mucáphor, que Aureliano conocía por lo ufanamente que Mucáphor mismo lo proclamaba por doquier, pero él nunca lo había relacionado con la estatua etrusca hallada cinco años antes en el subterráneo de la ceca romana: y así fue como el Sol abrió a Aureliano, certera y ya casi postuma, la clave del aviso que tanto le había inquietado en su momento:

UN ETRUSCO IMPULSADO POR ORO MAL ADQUIRIDO
PARALIZARÁ LAS ARMAS ROMANAS Y TODAS TUS
PROEZAS PASARÁN COMO AGUA

Los tres sótanos: oro, el de Eros Latiniano; armas, el puñal largo de Mucáphor; tumba etrusca, el ancestro de éste; y, al fondo, el cauce subterráneo de agua corriente, fluyeron un instante por la mente de Aureliano como una iluminación providencial, umbral de su muerte que alivió la última miera de su vida terrena, desplazando de su mente todas sus últimas sensaciones, deseos o palabras. Y era pura evidencia, se dijo en aquel instante de suprema visión de su descuido: cualquier augur un poco listo lo habría deducido en un momento, y una purga urgente de etruscos en la cúspide del ejército imperial habría conducido a la pista de los generales descontentos, apresurándola con el apoyo seguro de la masa legionaria contra los enemigos del emperador; y así, de paso se habría colmado la esperanza secreta de éste:

«¡Yo y el ejército, a solas, contra los bárbaros!».

Aureliano siguió en pie los segundos que requirió su corazón para detenerse. Con las dos manos cogidas por otros tantos generales, y apretado en corro por los otros, no necesitaba apoyo sobrenatural para no caer al suelo. Entre el tremendo ruido de voces que había despertado la puñalada de Mucáphor, como si hubiera sido súbita e inesperada en lugar de meditada y calculada, se diría que Aureliano, muerto y todo, era uno más de los que gritaban cosas dispares sobre lo sucedido, hasta que Mucáphor mismo se apartó del corro, y los otros, como movidos por un resorte, le imitaron, demasiado nerviosos para hacer otra cosa que no fuese imitación, con lo que Aureliano, ahora sin apoyo, cayó aparatosamente al suelo, como un guiñapo, lo que ya era, vacía su cascara de cuanto había hecho hasta entonces un gran hombre de él.

Quedó de bruces, y con brazos y piernas abiertos de par en par, y uno de los generales se inclinó y lo volvió boca arriba, cuidadosa, respetuosamente, pero sus piernas y sus brazos volvieron a abrirse de par en par. Todos se le quedaron mirando, ahora en silencio, como si le vieren por primera vez, o como si por prime-

ra vez se vieran solos, cada uno en su propio mundo, ante una víctima que no conocían, reconociéndola de pronto y reconociéndose a sí mismos en ella. Y entonces se dieron cuenta de su apremiante realidad: estaban encerrados con el emperador muerto en el caserón de Quenonfrurio, y eso quería decir que tenían muy poco tiempo para discurrir la forma de salir de allí.

Los generales se agitaron de pronto como movidos al mismo tiempo por un mismo resorte, o como hormigas cuyo hormiguero acaba de ser pisoteado, aunque se volvieron a aquietar un instante al ver de pronto una avecilla revoloteante de la que uno de ellos juró que era el espíritu del héroe caído:

—¡La vi salir de su boca!

En sus mentes aleteaba la necesidad angustiosa de salir cuanto antes de la funesta situación en que se hallaban, pues el destino, al no necesitarles ya, prescindía de ellos con brutal indiferencia.

¡Mucáphor, se decían, Mucáphor era el único culpable!, ¡Mucáphor, que había apuñalado al emperador aprovechando la piña de generales que rivalizaba por saludarle amorosamente, y sin darles tiempo a defenderle!

Se apretujaron de pronto en torno a Mucáphor, que no pudo parar tal diluvio de puños y puñales, mientras al otro lado del portón cerrado, el centurión enviado por Aureliano en busca de Eros Latiniano encargaba al jefe de la guardia comunicar cuanto antes al emperador la total desaparición del secretario griego.

Muchas fueron las puntas que coincidieron simultáneamente en el corazón de Mucáphor, mientras la avecilla, enloquecida, no acertaba a dar con una tronera por la que escapar de allí. Los asesinos, agrios y estridentes, tiñeron de sangre el pecho de su víctima al tiempo que la avecilla salía, por fin, al aire libre, espantada por la afanada cacofonía que se tupía en torno al silencio del asesino asesinado.

Eran hombrones recios y musculosos: abultados bíceps bajo hombreras de cuero, vientres planos y sin grasa tras holgado y ancho cincho, rodillas fuertes y accidentadas de tendones pantorrillas abajo y entre el faldellín y las grebas, rostros tostados y duros, contraídos ahora por el pánico, ojos agudos y barbilla prominente, barbada de un día, entre los guardamejillas metálicos del casco encrestonado de rojo que a ninguno se le había ocurrido quitarse.

Hombres duros, bruscos sus movimientos, cortantes sus palabras incluso en la ternura momentánea del peligro compartido, y otra no conocían, pues hasta su vida familiar cobraba un filo militar que sólo en muy contadas ocasiones se enromaba. Ni amplios ni hondos sus pensamientos, reducidas sus acciones y sus pasiones al único mundo posible: Roma y los bárbaros, visión cósmica ésta que era dictador y puntal único de su imaginación. La angustia de la guerra interminable era en ellos serena, permanente agresividad, y tan natural que la habían recibido con los jugos ventrales y la leche de sus madres.

El eterno desasosiego de un imperio atacado por sus mismos defensores, atascado en fronteras de nefasta estaticidad, no tenía sentido para aquellas cascaras rellenas de brutalidad y lujo estridente, cuyo vivo olor dulzón sería para nosotros acre marchamo olfativo del hombre romano: olor que sobrenadaba capas de suciedad, vencía abluciones y unciones oleaginosas y aromáticas, como dicen que ocurría con el hedor natural de los esclavos traídos otrora de África por los negreros europeos.

Se defendían de pensar agobiando a insultos y acusaciones, empellones y patadas, el cadáver caído de Mucáphor, hasta mancharse de su sangre, que aún manaba de heridas casi frescas; esperaban, sin pensar siquiera en ello, que esa sangre les ganase méritos ante los legionarios, cuya reacción temían.

Piña de febril ansiedad y alarmado desconcierto que se apartó de pronto de ambos cadáveres: el de Aureliano, frío y coagulado; el de Mucáphor, tibio todavía. Entre todos separaron el uno del otro, como reconociendo su incompatibilidad, invulnerable a la muerte.

El círculo se ampliaba al tiempo que su perplejidad. Todos pensaban con creciente urgencia en los legionarios que esperaban, esparcidos por el vasto campamento, el final de la conferencia de guerra entre un emperador en quien las tropas veían la encarnación del legionario triunfante y unos generales que les parecían fácilmente sustituibles.

Sólo el general Publio Attiliano se paró un momento a pensar con pena en la campaña persa, que los otros ya habían descartado como innecesaria para apuntalar el actual ten con ten romano-persa: tantísimo esfuerzo, se decía Publio Attiliano, tan impecable obra maestra de organización, digna de otros tiempos, iba a disolverse ahora en miedos, añoranzas y vanos deseos, pues la fuerza motriz de tan clara inteligencia bélica había desaparecido; las legiones reharían fútilmente el largo camino a sus campamentos permanentes con la rapidez, la necesariedad, la elasticidad de la catapulta que vuelve a su posición de reposo sin haber lanzado el pedrusco, porque el gancho que sujetaba toda su cordamenta se ha roto, cortado en su base misma por las apetencias de ratones medrosos.

Publio Attiliano no veía en esta tragedia más que triste falta de voluntad e inquietante, desmoralizadora deslealtad a un gran hombre. Él no creía, ni, en el fondo, deseaba que Aureliano, ni nadie, pudiese acabar para siempre con Persia. Derrotarla, sí, pero destruirla… La frontera, persa o germana, era en su mente algo consubstancial a la existencia misma de Roma. Roma, para Publio Attiliano, eran sus fronteras, en las que él había pasado toda su vida activa.

Nunca se le había ocurrido pensar, por ejemplo, que la frontera estática del Rin y del Danubio fuese la negación viva de Roma, cuya misión consistía, en lo esencial, en absorber Germania entera y crear una Europa madura y señora de pueblos con sangre germano-romana.

Otro general rompió de pronto la confusión en que sumía a todos su nefasta situación, cortando así de cuajo cualquier posibilidad de que en la mente de Publio Attiliano surgiera, siquiera fuese por azar, la idea clave: «Las fronteras imperiales están únicamente para ser cruzadas, escudarse tras ellas es traicionar la idea misma de Roma».

Euricio Bannio abrió los brazos en ademán ecuménico. Cuando los otros se volvieron para mirarle, se llevó a los labios los dedos índice y corazón de la mano derecha, indicando así su voluntad de hablar:

—Escuchad —dijo—, tenemos que salir de aquí, y tendrá que ser entre los legionarios, de modo que cuanto antes nos enfrentemos con ellos, mejor para todos.

El silencio general fue estruendoso asentimiento a estas palabras. Todos sabían que Euricio Bannio tenía razón.

—Además —añadió otro, aunque pudiéramos eludir a los legionarios, ¿a dónde escaparíamos?

—¿Adónde puede escapar un general romano? —resumió un tercero.

Ninguno de ellos era gran experto en historia de Roma: sabían las tradiciones y las leyendas, fabuladas por poetas, tabuladas por historiadores, tergiversadas por madres y esposas sobre sus cunas mecientes y en sobremesas vesperales. Todas las cuales, tradiciones y leyendas, coincidían en una cosa: fuera de Roma, recinto sacro cuyos límites variaban con la experiencia vital de cada uno, no había salvación.

—¿Adónde —repitió, reflexivo, otro de los presentes— puede escapar un general romano?

—Vamos todos juntos —remató alguien.

Dos de ellos recogieron el cuerpo, ya frío, de Mucáphor, poniéndoselo delante a modo de escudo; los otros se apiñaron detrás. Y todos se enfrentaron, sombríos y nefastos, con la salida.

Euricio Bannio se subió al montón de piedras que había ante el quicio del portón, abierto ahora de par en par a fuerza de empujones por los generales, súbitamente ansiosos de salir. Desde aquella cima, a la altura, más o menos, de un cuerpo humano descabezado, Euricio Bannio dominaba apenas el vasto claro abierto ante el caserón, en el que se iban congregando los legionarios. Sus compañeros se apretujaban a ambos lados de él, y sus cabezas apenas le llegaban a media pantorrilla.

Euricio Bannio estaba como en un pulpito, pero el corazón le latía como si estuviese en la cima de un haz de leña seca a punto de arder con él encima. El sol le envolvía, punzante, poniéndole nervioso. En cuanto se vio rodeado por bastantes legionarios, se lanzó a contar a su manera el asesinato de Aureliano:

—¡Mucáphor —gritó, en medio de un silencio tangible como voces— se había acercado al emperador con unos papeles en la mano, y, aprovechando su distracción, le hincó un puñal en el pecho! ¡Todos corrimos a impedírselo, pero era demasiado tarde!

Más de un general pedía fervorosamente piedad al espíritu del muerto, prometiéndole más y más vistosas ofrendas y pródigas reparaciones. Alguno se dijo, con un escalofrío, que las piedras sobre las que estaba encaramado Euricio Bannio tenían todo el aire de un túmulo.

Las palabras de Euricio Bannio llegaron a todos sus oyentes como un haz de flechas que se dispersa al tiempo en todas las di-

recciones. Los hombres de la legión Cuarta Flavia, tanto bisoños como veteranos, se agolpaban ante Euricio Bannio y sus colegas en creciente muchedumbre, cuyo espantoso hedor escocería nuestras narices: dulzón y acre al tiempo, como erizado de púas fuertemente putrescentes. Tan tupida llegó a ser la masa de hombres sudorientos que se diría un océano de cuero híspido y granujiento, apretujado entre el caserón y las escarpadas, neblinosas laderas del fondo.

Euricio Bannio y sus colegas tenían bien apretado entre las muelas y el carrillo el pomo de veneno reglamentario para los oficiales que iban a la guerra persa. Generales y legionarios se contemplaban ahora en peligrosísimo silencio. El temor recíproco entre soldados y oficiales era el gran cemento del ejército romano: ambos se temían por igual, como púgiles que se agarran por miedo a los golpes que habrían de asestarse si se soltasen.

Comenzó de pronto a oírse, partiendo del fondo de la vasta muchedumbre, un rumor de avalancha inminente: el siniestro *barritus*, el mugido de la embestida de la legión romana. Los legionarios ya no escuchaban la voz de Euricio Bannio, trémula de incertidumbre ahora, cada vez más impotente contra el creciente trueno y algarabía; un centurión se encaramó de pronto al montón de piedras, acercó la boca a su oído:

—Mi general, el emperador me ordenó buscar a Eros Latiniano: estaba hoy en Quenonfrurio, pero ha desaparecido, y hemos cogido preso a un cierto Auréolo Aurelio, que llevaba encima gran cantidad de monedas de oro y no sabe explicar para qué las quería.

Euricio Bannio sudaba frío. Estas palabras le parecieron providenciales. Alzó la voz cuanto pudo:

—¡Legionarios, no fue Mucáphor el único culpable! —medio ronco ya de tanto esfuerzo—, ¡uno de los inductores de tan vil acción se ha fugado!, ¡es el secretario de nuestro amado empera-

dor, Eros Latiniano, repulsivo liberto griego, sembrador de cizaña!, ¡pero hemos cogido a otro, un cierto Auréolo Aurelio, iba cargado de oro con destino a…!

Una lanza se le hincó en el pecho con tal fuerza que le dejó clavado contra los ladrillos del caserón. Euricio Bannio quedó con la cabeza ladeada, los ojos de par en par, la boca a medio abrir, como pidiendo explicaciones al cielo. En pocos instantes de agitada inmovilidad perdió por la herida la poca vida que le había dejado el lanzazo.

Del grueso de la muchedumbre surgió una voz desgarradora:

—*Manus ad Ferrum!*

Y todos los demás, a una:

—*Manus ad Ferrum!*

Coincidencia cara al alma militar que el vítor al jefe sea también llamada a las armas. Los legionarios echaron mano a la espada, se precipitaron contra el montón de pedruscos, devenido en aquel momento verdadero túmulo, y no sólo de Euricio Bannio, pues la tromba militar laminó a los demás generales sin concederles casi el tiempo de morder sus pomos de veneno, y tampoco tuvieron los legionarios verdadera necesidad de darles estocadas o golpes de gracia, pues todos ellos quedaron hechos pulpa, pisoteados por la turba enloquecida, menos Euricio Bannio, que seguía en lo alto, clavado a la pared de un lanzazo, como insecto hincado de un alfilerazo en la tabla del entomólogo. Y esto fue obra de la turba imparable de la legión Cuarta Flavia, concentrada en Quenonfrurio de Tracia, como ellos creían, para seguir al saqueo y la devastación de Persia, pero ignorantes de una realidad que sólo Aureliano y los suyos, muy pocos, sabían: la fuerza centenaria de Persia era obstáculo final para la refundación de Roma que el Sol había encargado a Aureliano, y cualquier saqueo o devastación era una mera anécdota dentro de tan vasta

misión, totalmente ajena a sus futuros artífices, los legionarios romanos del Rin y del Danubio.

El vasto claro que se extendía ante el caserón de Quenonfrurio retumbaba entero, como en un bárbaro *Te Deum*, en medio del hedor, de la brutal tosquedad de la soldadesca romana, más atroz en su luto que en su júbilo, y bajo el calor asfixiante de un sol envolvente como un sudario.

Un joven italiano recién enrolado en la legión Cuarta Flavia, clamaba en desgarradora retahila:

—*Manus ad Ferrum!*

Estaba enloquecido de ira y de ansia de sangre, violencia con la que quería vengar la por él sufrida en la persona de Aureliano *Manus ad Ferrum*, ídolo en cuya imitación se había sumido desde el momento mismo de ponerse por primera vez el uniforme, pensando que así, con sus miras fijas en lo más perfecto, podría curar enseguida su imperfección de legionario bisofio, asustado cerrilmente por la guerra.

Aureliano le había dado un instante casual de su campechanía entre afables pescozones:

—¡Cada legionario lleva la púrpura en la mochila, pero sólo si se tiñe el manto con la sangre de mil persas!

El joven italiano había tomado esto por una predicción, y desde entonces suspiraba sin tregua: «Matando persas llegaré a emperador».

Ahora, con la muerte de su ídolo, la campaña persa se aplazaría: ¿hasta cuando?, y su tensa impaciencia por horadar persas quedaba frustrada. Buscaba con frenesí en quién desahogar furia tan súbitamente concentrada en ardor bélico y sed de venganza. Fue de los primeros en precipitarse hacia el caserón, pisoteando generales, y tras él corría la masa compacta y erizada de la legión Cuarta Flavia. Al llegar al umbral del portalón, el joven italiano cayó de bruces sobre el cuerpo, ya muy magullado, de Mucá-

phor, arrojado allí por los que habían pensado usarlo a modo de escudo. Se levantó y lo cogió en vilo, se lo tiró a los que le seguían, quienes, a su vez, se lo tiraron a otros, y así hizo Mucáphor su viaje póstumo por todo el claro de Quenonfrurio, yendo y viniendo entre gritos y mofas: desangrándose, desaguándose, deshuesándose, despellejándose, deshaciéndose, desmigajándose, viscosa masa informe, entre los puños y los pies de los legionarios en aquel atardecer tracio que puso fin a la fortuna romana en Oriente.

«¡Quién tuviera un ejército sin oficiales!», había pensado, sin pensarlo apenas, el joven italiano, «¡emperador y legionarios sin nadie que tergiverse y frustre su voluntad unida…!».

★ ★ ★

En el interior la escena era patética. Los legionarios se agolpaban a la entrada y el joven italiano lamía como un perro la cara del emperador muerto, repitiendo, entre gemidos caninos: «Padre…, padre…, padre…», muy seguido, cantinela sin otro sentido que el puro sonido, leve anestesia de angustia.

Un veterano galo, todo él músculos rebeldes y pelo hirsuto, se abrió paso entre los legionarios. Al ver el cadáver, exhaló un rugido le bestia herida: gutural, estrangulado; se arrodilló junto al italiano, desciñó suavemente la espada del muerto, cuyos ojos abiertos siguió mirando con fijeza, mientras se la ceñía en lugar de la suya, que había tirado al suelo de tierra apisonada.

El clamor que llegaba de fuera era ensordecedor, y rebotaba contra las paredes de la vasta estancia como un eco brutal. Los legionarios apiñados en torno al cadáver guardaban tenaz silencio contra los gemidos del galo y del italiano. El aire estaba lleno de espíritus airados. De pronto irrumpió en la sala un tropel de legionarios. Iban como una tromba, llevándose por delante a los que seguían a ambos lados del portalón, retraídos de entrar. Forcejeaban entre sí, como poseídos de súbita urgencia por recoger

el cadáver para sacarlo al aire libre, echando a un lado al italiano y al galo, que se unieron a ellos. Forcejeo en el que no había saña u hostilidad, sólo discordes esfuerzos unidos por mantener vivo el espíritu del muerto a fuerza de acompañarle, como si quisieran fundirse con él: compañía y fusión que, siendo militares, habían de ser violentas.

El muerto salió de allí, llevado en alto con tosca ceremonia. Le dejaron a la entrada, sobre un catre improvisado. Le desnudaron entre todos, y quedó al descubierto el bello cuerpo atlético e hirsuto: ni na gota de grasa atarazaba los músculos de Lucio Domicio Aureliano *Manus ad Ferrum*, cuyo grueso pene era lo único que aún parecía vivo en aquella carne al borde de la putrescencia. Todos fueron besándole la boca con brutal devoción, estorbante unos a otros en la prisa por ser los primeros, y esto alargó considerablemente una ceremonia de la que, para muchos de ellos, dependía la supervivencia del muerto en el aire que allí se respiraba. Le cortaban mechoncitos del pelo grisáceo y ensortijado de la híspida barba blanquecina, o del pecho, o de los sobacos, y algunos, pensando en su descendencia, también de la áspera mata púbica, cuya fuerza genesíaca creían potente.

Todos cuidaban al principio no deformar el rostro sereno, cárdeno ya, el cuerpo gélido, perfecto como un edificio largamente estudiado. Se repartían mechones, dividiéndoselos hasta lo indivisible, y se los enganchaban a las hombreras de cuero de la coraza para sacarles buena suerte bélica. Algunos comenzaban a vender pelos de la entrepierna, tanto más caros cuanto más cercanos al pene, que no tardó en desaparecer, furtivamente cortado, quedando en su lugar un somero boquete que permitía hurgar en las entrañas genitales, aunque nadie se había atrevido aún a hincar un cuchillo en ellas.

El cadáver seguía tercamente frío a pesar de tanto calor táctil y añorante, tanto hálito emponzoñado de vino y ecos gástricos, y de la hirviente, concentrada ira de los espíritus que todos sen-

tían aleteantes en torno, en un aire cada vez más espeso de alientos y hedor.

Se sorteó entre los centuriones el honor de transportar al muerto en procesión por Quenonfrurio. Los tres ganadores lo extendieron sobre otros tantos escudos juntados con correas, levantaron cuidadosamente tan extrañas andas cuan alto pudieron, salieron en lenta procesión, salmodiando:

—*Manus ad Ferrum, Manus ad Ferrum…*

Salmodia urgentemente puntuada por golpes de pomos de espada contra escudos; torpe, desgarradoramente entrecortada por los gemidos del veterano galo, que iba a la zaga de la procesión blandiendo con furia la espada de Aureliano, entre las miradas, peligrosamente codiciosas, de los demás.

Los legionarios levantaron un imponente túmulo de pedruscos: escueto y grandioso en su brutal sencillez. Se pasaban los pedruscos de uno a otro y el último de la cadena los arrojaba sobre el montón, sin que ni uno solo resbalase de él o cayese fuera. Cuando el hombre más alto de la legión, un gigantesco primipi o tracio, ni alargando los brazos de puntillas pudo alcanzar la cima, la legión entera aclamó el túmulo como digno del gran cadáver que iba a coronarlo.

Cuatro legionarios sostuvieron sus escudos juntos sobre sus cabezas, sólida plataforma a la que se subieron otros dos, cuyas manos depositaron sobre la áspera superficie el cadáver de Aureliano, desnudo y calvo, rapado hasta los sobacos y la ingle y el pecho, decapitado el bajo vientre de pene y testículos. Allí quedó, tumbado en oferente cruz de San Andrés, a los rayos del sol poniente.

Los legionarios aplilaron en torno al cadáver grandes brazadas de leña seca, le derramaron encima una gran bota de vino puro entre aclamaciones interminables y danzas improvisadas.

Legión sin general, donde las órdenes rebotaban de grupo en grupo hasta encontrar quién quisiera ejecutarlas. Los oficiales superiores se mezclaban sin insignias entre la masa de legionarios, evitando cualquier arriesgado asomo de autoridad.

Todos los bastimentos de la legión Cuarta Flavia se repartieron entre sus hombres, apretadamente acampados ahora en torno al túmulo: comían y bebían a la eterna gloria del emperador muerto, entre canciones alusivas, algunas improvisadas, otras antiguas, de sus infalibles victorias contra Oriente y Occidente.

Legionarios orientales y occidentales mezclaban por igual sus añoranzas en un mismo luto, pues, como decía el viejo y elocuente proverbio godo: «La patria del guerrero es un buen jefe», y ninguno de ellos, sirios o hispanos, armenios o galos, egipcios o británicos, recordaba, ni de oídas, ni por tradición ancestral siquiera, mejor general que Aureliano, cuya leyenda, nacida en vida suya, obraba ahora nuevos vuelos. Las botas pasaban de mano en mano, ningún gaznate atacaba su contenido sin apuntar antes un chorro al túmulo.

A medida que el cielo se cerraba en noche, el aire se tupía de espíritus llegados de todas las comarcas del imperio, y aun de regiones bárbaras colindantes. Un legionario dotado de sensibilidad sobrenatural declaró, entre ovaciones y protestas, que veía el túmulo cubierto de espíritus de grandes germanos muertos, y que el del gran Arminio lo estaba sobrevolando en aquel momento, impacientes todos por festejar con Aureliano la futura hermandad germano-romana; hasta el sol, añadió el vidente, mandaba ahora sus rayos al amparo de la luz lunar.

Con la borrachera creciente que a todos atacaba, comenzaron a proliferar las arengas, algunas recordadas palabra por palabra de vísperas de batallas, en las que Aureliano, subiéndose en equilibrio a la silla de su caballo, repetía a los legionarios su perentorio

deber de derrotar al enemigo: «¡No puedo prometeros otro premio que sangre, sudor y muerte!», les gritaba, «¡y advertiros que Roma espera de vosotros que cumpláis con vuestro deber!, ¡y ya sabéis cuál es el deber del soldado: vencer!».

Esta franqueza militar arrancaba alcohólicas lágrimas a los veteranos más tundidos por armas e intemperies, y por ella se lo perdonaban todo: ocasión hubo en que hubieron de renunciar al saqueo de una riquísima ciudad, solemnemente prometido días antes por Aureliano, aceptando en su lugar la jocosa oferta de repartirse los perros que bullían por sus calles.

Corría de boca en boca la trémula frase de un centurión cuya brutalidad era legendaria: «Oye, tú, tenemos que vencer, que si no el emperador se va a poner como una fiera».

Muchos lloraban como niños, otros comenzaban a cabecear. Unos cuantos treparon túmulo arriba, antorchas encendidas en alto, y prendieron fuego al crecido cerco de leña seca que aislaba al muerto del frío vespertino. Al primer chisporroteo se pusieron todos en pie, blandiendo espadas y lanzas, haciendo resonar los escudos, encendiendo teas improvisadas, gritando:

—*Manus ad ferrum!, Manus ad Ferrum!*

El viejo galo ceñía la espada de Aureliano, y ya había tenido que defenderla contra la rapiña encendida de algunos comilitones. Corrió al montón de piedras en cuya cima Euricio Bannio seguía clavado contra la pared del caserón por una lanza tan impetuosa que sólo dos tercios de su astil le asomaban del pecho. Parecía un gigantesco, abigarrado insecto hincado allí por un coleccionista lunar. El galo le desclavó, sin parar mientes en la súplica: «¡Paz!, ¡paz!», que exhalaban los ojos del muerto, abiertos como platos; lo levantó en vilo, se lo echó al hombro como un fardo a medio llenar, corrió al túmulo, pidió ayuda para subirse a su cima. Varios legionarios le alzaron sobre sus hombros, y él, dominando justo la hoguera con tan fúnebre fardo, tiró lo que

quedaba de Euricio Bannio de forma que cayera a los pies del muerto, medio comido ya por el fuego. El galo, sostenido todavía por sus camaradas, habló a la masa apretujada de legionarios ebrios:

—¡Así!, ¡el gran cazador!, ¡con perro a los pies! Súbitamente, el fuego dejó de arder; se oyeron gritos:

—¡No le quiere!, ¡no le quiere!

El galo, asustadísimo, alargó los brazos, tiró de los restos de Euricio Bannio, quemándose casi las manos, los arrojó por tierra; los legionarios se apresuraron a echarles tizones ardiendo, mientras las llamas del túmulo volvían a cobrar crepitante fuerza.

Tan clara evidencia de una voluntad viva e inteligible impuso silencio a todos. El campamento se fue aquietando en torno a las últimas llamas del túmulo; cuando éste quedó tan oscuro como el cielo mismo, apenas se oía ya en toda la extensión otro ruido que los ronquidos de la crespa masa humana, en cuyos brutales sueños la grandeza de Roma era puro botín, y Roma una patricia que sólo a ellos se rendía.

Los tizones que medio cubrían los maltrechos restos de Euricio Bannio habían horadado el cuero de su peto, facilitando a los colmillos de los perros vagabundos la tarea de llegar hasta la carne.

★ ★ ★

Hacia la misma hora en que el cadáver de Aureliano era pasto del devoto ardor de sus fieles, el tribuno militar Aucio Valeriano llegaba con tres legionarios al pie de un fortín emperchado en un verde altozano cuya base rocosa penetraba un poco en el Danubio, el mismo fortín romano al que había llegado antes noticia fidedigna de que los godos tenían en su poder a Eros Latiniano.

El fortín databa de tiempos de Tiberio, y hasta poco antes había servido de posta y almacén de grano. Con la evacuación de

Dacia, se amplió y reformó, y se le añadieron dos pisos, convirtiéndose así en atalaya y faro de señales.

Los hombres de la legión Cuarta Flavia habían enviado a Aucio Valeriano a esta misión porque su arrogante porte y displicentes maneras les parecían lo más apropiado para impresionar a los bárbaros con el talante militar romano. Aucio Valeriano era alto y fornido, altivo y firme, rostro agradable y al tiempo duro que ocultaba un inamovible complejo de superioridad sumamente romano. Su sonrisa, decían de él sus comilitones, tenía dientes de hierro a poco que se la mirase de cerca.

Aucio Valeriano procedía de vieja estirpe militar muy venida a menos, cuyo primer antepasado documentado se había enriquecido como gobernador de Arabia en tiempos de Septimio Severo; los antepasados inventados por aquél se remontaban a la república y algunos hasta salían en las páginas de Tito Livio. Aucio Valeriano estaba decidido a todo con tal de rehacer la fortuna ancestral, incluso, si necesario fuere, a optar por la púrpura o a tomarla por asalto: arriesgado sacrificio, ciertamente, sólo comprensible por falta de mejor remedio, pues pocas profesiones, como no fuese la de gladiador, eran tan autoinmolatorias en el mundo romano como la de emperador.

Aucio Valeriano, optimista por naturaleza, se decía que la púrpura, con un poco de suerte y mano izquierda, dos cosas que a él le sobraban, compensaba su efimeridad con positivas ventajas postumas: dejaba pingüe viudedad, y daba impulso soberano a los parientes.

«Además», pensaba, «cinco años como Aureliano valen más que cien como simple tribuno».

Aucio Valeriano y sus tres legionarios dejaron sus siete monturas en manos de los que salieron del fortín a recibirlos: las suyas, más dos espléndidos caballos blancos que llevaban para el je-

fe godo, y un recio trotón para el cadáver viviente de Eros Latiniano.

Los godos pedían por Eros Latiniano un centenar de monedas de oro, pero Aucio Valeriano había persuadido a los hombres de la legión Cuarta Flavia a que añadiesen los dos caballos blancos y un uniforme completo de gala de general romano con todas sus armas.

—Así —les dijo— mantendremos fluidas nuestras relaciones con los godos mientras llega el momento de echarles de Dacia.

Los legionarios sin jefe, deseosos de mantenerse fieles a la política goda de Aureliano, que era exactamente ésa, accedieron. Aucio Valeriano, que no carecía de sentido del humor, rió mucho de cosa tan pintoresca como que un tribuno militar tuviera que descender a persuadir de algo a simples legionarios.

«Lo malo de este sueño de echar de Dacia a los godos», se dijo, mirando desde aquel alto la impresionante anchura del Danubio, tardíamente impetuoso, «es que no se va a poder realizar; bueno, a menos que los dioses nos deparen un nuevo Aureliano».

Los recién llegados cenaron, bebieron y durmieron en el fortín, y el oficial que lo mandaba advirtió a Aucio Valeriano que la entrega de Eros Latiniano iba a tener lugar tierra adentro, pues el jefe godo, Ardaburio, había expresado deseos de enviar al nuevo emperador de los romanos un importante recado por intermedio de él; Aucio Valeriano se encogió de hombros: todavía no había emperador nuevo.

—Bueno, sí —comentó—, el nuevo emperador son los legionarios.

El oficial le comunicó cautamente sus temores por la caótica situación reinante: ¡una legión entera sin mandos! Aucio Valeriano, más cauto que él, asintió, pero sólo con un destello casi incaptable de ambos ojos y un asomo de sonrisa en media comisura de sus labios.

A la mañana siguiente, los cuatro romanos y sus caballos cruzaron el Danubio en otras tantas barcazas militares. En la otra orilla les esperaba una patrulla goda, cuyas monturas pastaban cerca mientras los jinetes se liberaban de sudor y mugre en las aguas del río. El calor, intenso y húmedo, rascaba los huesos.

Las salutaciones fueron implícitamente afables: los godos, hirsutos y serios, se pusieron a toda prisa sus bragas de tejido basto, sujetas en las pantorrillas con lazos y correas, y los jubones contrastantes, tan ceñidos que parecían segunda piel de sus torsos. Rodearon ansiosamente a los romanos, tratando de explicarles, entre mal latín y elocuentes ademanes, que Ardaburio, su jefe supremo, tenía un importante mensaje para el nuevo emperador de Roma.

Mientras sus hombres se entendían con ellos, Aucio Valeriano oteó el horizonte agreste, que hasta poco antes había sido romano: le deprimió ver construcciones militares, algunas del tiempo del divino Trajano, abandonadas ahora a la ruina a lo largo de la orilla. La poca gente que se veía por allí era toda guerrera, o apéndices de guerreros. La zona seguía siendo agorera, ominosamente militar, como en tiempo romano, pero la ruina y la desidia suplantaban ya su sereno orden anterior.

Aucio Valeriano no quería imaginar la desaparición de Roma y su imperio. Su razón le decía que todo lo humano cambia o desaparece a la larga: Escisión mismo, y tantísimos más, habían llorado la futura desaparición de Roma. Él alegaba que Roma no era realmente humana. Así y todo, en momentos de depresión como éste, lamentaba también por anticipado la inevitable ruina final, acusando agriamente al destino de injusto, hasta de necio, por permitir tan catastrófico disparate.

El grupo de jinetes tardó bastante tiempo en llegar a un lugar más densamente poblado: mujeres, y hasta algún niño, miraban con franca curiosidad a los romanos, fijándose, sobre todo, en el

espléndido uniforme de su apuesto jefe: tan apuesto en cetrino como el ideal germano en rubio, y sin cederle un ápice en fuerza; la madre de Aucio Valeriano tenía fama de haber pasado todo su embarazo pensando intensamente en el dios Marte. Rebaños de ovejas pastaban tranquilas, y potros sueltos sacudían al aire sus largas crines. A la vuelta de un montículo apareció ante los ojos de Aucio Valeriano una perfecta imitación de una villa romana de un solo piso, reluciente de puro nueva.

—Aquí vive Ardaburio —dijo uno de los godos, en pésimo latín. Desmontaron ante la cancela del jardín. Tres guerreros hirsutos indicaron por señas a los romanos que tenían que entregar sus armas antes de seguir adelante. Al ver vacilar a sus compañeros, Aucio Valeriano les ordenó obedecer. También sus acompañantes godos se desarmaron.

Aucio Valeriano sentía hasta la médula la ardiente humedad del sol, y esto, en cierto modo, le daba aplomo. Tibio adorador del Sol antes por disciplinada admiración al emperador vivo, lo era ahora fervoroso en solidaridad con el emperador muerto.

Estaba llegando a la idea de que el Sol lo era todo: bondad y maldad supremas, justicia e injusticia totales; esto, en la medida, muy pequeña, en que su escepticismo innato permitía totalidades en cualquier orden de cosas. Por eso le inspiraban tal desdén los cristianos, siempre hablando en términos absolutos y evitando las trampas de lo concreto por el pueril sistema de refugiarse en lo abstracto.

Él había tenido que vigilar de cerca a los cristianos, pocos, que había en la legión Cuarta Flavia: no se les perseguía, pero se les excluía de ascensos y de misiones importantes o confidenciales. A los instructores que resultaban ser cristianos se les ordenaba abstenerse de instruir mientras no reconocieran que los clásicos latinos eran superiores a cualesquiera otros textos, religiosos o no.

Algunos se convirtieron enseguida a la religión oficial ante tan total relegamiento, y nadie inquirió muy a fondo en la sinceridad de tales conversiones. A los que persistían en sus creencias se les dejó en paz con sus fetiches, pues se pensaba que la mejor forma de desanimarles era no nutrir su ego con acosos. El núcleo irreductible llegó a ser muy pequeño en la legión Cuarta Flavia, y ahora era fácil de vigilar, y hasta de olvidar.

Había en la legión un puñado de judíos que no se metían con nadie. Tenían una ingeniosa sinagoga desmontable que armaban cada vez que la legión acampaba en algún sitio. Como los cristianos les provocaban innecesariamente, dando lugar a frecuentes altercados, se dio orden de que vigilasen siempre la sinagoga legionarios imparciales: adoradores del Sol o de los dioses tradicionales, de Wotan o de Mitra, y hasta ateos confesos, lo cual calmó las cosas.

Aucio Valeriano había oído que Mucáphor, el asesino de Aureliano, era un cristiano, mártir y santo ahora entre los suyos, que se había autoinmolado para provocar ardientes persecuciones en el ejército; legionarios y oficiales cristianos estaban, al parecer, muy descontentos, porque la persecución contra sus correligionarios civiles iba mucho más en serio.

Aucio Valeriano había interrogado, curioso, a uno de los legionarios cristianos de la legión Cuarta Flavia:

—Si vuestro Dios es la suma justicia, ¿por qué hubo que ajusticiarle?, y, sobre todo, ¿por qué rezáis?: si lo que pedís es justo, ya estará hecho, y, si injusto, nunca accederá vuestro dios a hacerlo. Incluso darle las gracias huelga, porque es poner en duda lo inevitable de su justicia.

El cristiano, reglamentariamente firme, guardaba silencio, y Aucio Valeriano, creyendo notarle en los ojos afán de martirio o, cuando menos, de polémica, decidió frustrarle no urgiéndole a responder.

El jardín de Ardaburio, todo él fuentes rumorosas y macizos de flores delicadamente policromas, denunciaba manos romanas, pero un poco, se dijo Aucio Valeriano, en estricta versión quiero y no puedo; también difería de los jardines romanos en que junto a la entrada de la villa había cuatro cruces en fila, y las cuatro con crucificado: Rostros contraídos por la angustia, cuerpos desnudos surcados de sangre, amoratados de magulladuras, relucientes de sudor reseco, sujetos con clavos y cuerdas a maderos sin cepillar. Por un brazalete nmetálico que vio en la muñeca de uno de los crucificados, Aucio Valeriano dedujo que tenían que ser soldados romanos.

—Rebeldes —le contestó el que parecía capitán de los godos, encogiéndose de hombros.

—En nuestra tierra —bromeó Aucio Valeriano ante la inexpresividad de su interlocutor— a los esclavos díscolos los crucificamos en la huerta de atrás.

Salieron a recibirles dos hombres semidesnudos que les hablaron en perfecto, elegante latín, sin responder en modo alguno a las miradas con que los recién llegados trataron de conectar con ellos. Aucio Valeriano insistió, dirigiéndose al godo:

—¿Romanos?

Y el godo, indiferente:

—Esclavos.

El vestíbulo de la villa era amplio y luminoso: blanquísimas paredes tachonadas por toscos bustos de hombres hirsutos y ceñudos, que Aucio Valeriano supuso antepasados, reales o inventados, de Ardaburio.

Éste les esperaba en el patio. Se entraba a él entre dos espléndidas estatuas de caudillos romanos cuyos hombros le llegaban a Aucio Valeriano a la nuca, y sobre cuyos torsos perfectos campeaban ahora cabezas muy toscamente talladas de bárbaros barbudos: más simiescos, se dijo Aucio Valeriano, que muchos mo-

nos vistos por él en jardines zoológicos particulares. En el centro, una fuentecilla gorjeaba juguetona por la boca de un sátiro de delicadas proporciones y desmesurado falo enhiesto. Aucio Valeriano le miró como a un compatriota exiliado: «Con lo que llueve aquí, muchacho», le transmitió mentalmente, «ya puedes ir aprendiendo a nadar».

Ardaburio le abrazó con brutal afabilidad, cubriéndole con su corpachón. Salió con él a extasiarse ante los caballos, pero lo que más le gustó fue el uniforme: lo midió con las palmas de ambas manos contra la ropilla ceñida que llevaba y dijo que le estaría muy bien. Se volvió, jubiloso, a Aucio Valeriano:

—Para matar enemigos de Roma.

A Aucio Valeriano seguían obsesionándole los esclavos recién vistos, en quienes su impotente indignación permitía adivinar a oficiales romanos inducidos a latigazos a servil silencio.

—Tendrás que darte prisa —improvisó, bromista, dirigiéndose a Ardaburio—, Roma se va a quedar muy pronto sin enemigos.

Ardaburio, rehusando la solícita interpretación de uno de los esclavos, quiso saber por qué.

—Pues porque si los godos son nuestros amigos —replicó Aucio Valeriano—, ¿quién se atreverá a declararse enemigo nuestro?

Ardaburio se le echó encima como un oso y le abrazó entre risotadas.

Era un hombrón alto, fornido, compacto, pesadote de movimientos; muy ágiles, en cambio, los ojos en su carota accidentada y enmarcada en una maraña de barba y cabellos tan rojos como su gruesa nariz ancha y roma.

Romano y godo se midieron un instante, asidas sus mentes a extremos opuestos de la misma idea: «Hasta que os metamos a todos», pensó el romano, «en la ergástula».

Y el godo: «Hasta que abrevemos nuestros caballos en el Tíber».

A una palmada de Ardaburio los dos esclavos salieron inmediatamente del patio. Momentos más tarde entraron dos guerreros godos arrastrando innecesariamente a Eros Latiniano, maniatado y cubierto sólo por un exiguo taparrabo.

Eros Latiniano, en cuanto pudo ponerse derecho, se mantuvo firme, mirando a los romanos con patética dignidad. No tenía magulladuras, parecía bien alimentado, pero estaba muy sucio.

«Si los godos llegan al Tíber», se dijo Aucio Valeriano, rematando instintivamente el pensamiento de Ardaburio, «será por culpa de perros como éste».

Ardaburio se dirigió a Aucio Valeriano en trabajoso latín germanizante, cuyas frases le salían perfecta, confusamente encajadas en el orden germánico; aquí lo volveremos al orden nuestro:

—Este hombre quiso convencerse de que le hiciese maestro de latín de mis hijos, pero yo le reconocí, porque es el que tomó las notas de una conversación que tuvo lugar entre Aureliano y yo. Ahí le tienes. Y ahora quiero darte un mensaje para el nuevo emperador, y quiero que se lo repitas palabra por palabra. Nosotros tenemos a Aureliano en respeto, y si os pedimos oro a cambio de este hombre es porque nada se da a cambio de nada, pero yo quiero vengar a Aureliano. Nosotros, godos, preferimos quitar el oro a nuestros enemigos vencidos. Aureliano era un hombre de verdad, y con él hemos perdido tal enemigo que nos lo envidiaban nuestros otros enemigos. Vosotros, romanos, debierais llorarle sin tregua, y entonces quizá Wotan se vería movido a devolvérosle, y nosotros así recuperaríamos a un enemigo que nuestro valor merece. Le llamamos Totila, o sea, el que no muere.

Ardaburio gritó una orden y uno de los esclavos volvió a entrar en el patio con una jarra y dos vasos de reluciente plata. Ar-

daburio mismo escanció el vino, derramando la mitad del suyo en honor de Aureliano, un gesto que Aucio Valeriano emuló; luego apuró el resto, mirando a los ojos de Aucio Valeriano, que también le imitó.

Las palabras de Ardaburio y la libación infundieron súbita ternura a Aucio Valeriano. Estrechó impulsivamente los hombros del jefe godo, que le correspondió con calor; su rostro, serio y franco en su dureza, hizo pensar a Aucio Valeriano que quizá Aureliano tuviese razón al decir que los germanos eran romanos descarriados, dignos de la ecúmene.

Sus hombres, en tanto, ataban a Eros Latiniano por el cuello y las muñecas y tiraban de él hacia la puerta con deliberada brutalidad; Eros Latiniano se dejó arrastrar sin resistencia ni quejidos, tratando de cerrar su mente al espantoso fin que le esperaba. ¡La cruz, cuando menos, y ni una gota de veneno a mano!

Recordó, como un agorero puñetazo en plena cara, la espantosa indiferencia que rodeaba a los esclavos, y que a él tanto le había angustiado cuando lo era: caricias o amenazas con idéntica voz e idénticos ademanes que a una herramienta parlante, capaz sólo de estricta utilidad.

Los romanos recuperaron sus armas al salir al camino, y Aucio Valeriano ordenó a sus hombres arrancar a Eros Latiniano el taparrabo, entre las carcajadas de los godos. Luego le sujetaron de través con correas sobre el espinazo del trotón.

Los romanos salieron al trote hacia el Danubio, despedidos con gritos de bárbara afabilidad que encendieron un nuevo chispazo progermano en la mente de Aucio Valeriano: «Sí, dignos de la ecúmene», se precisó a sí mismo, «pero en la ergástula».

Cada salto del trotón se transmitía agoniosamente a todos los nervios y huesos de Eros Latiniano, anestesiándole de paso con su tenaz regularidad.

Aucio Valeriano oteaba al trote la llanura dacia que se extendía ante sus ojos. Algún día los godos la usarían de trampolín para lanzarse a ocupar auténticas villas romanas.

La imagen del emperador muerto se alzó de pronto en su mente como quebrada garantía postuma contra tal profanación.

«Carne de lanza, los germanos», se dijo, «carne de lanza».

Aucio Valeriano decidió multiplicar los sacrificios a la memoria de Aureliano, divino ya en su corazón, aún no en el del senado.

★ ★ ★

Participaron en el sorteo todas las centurias de la legión Cuarta Flavia, y le tocó la suerte a una con mayoría de legionarios italianos, lo cual se interpretó como providencia divina, porque los italianos eran los que más ganas le tenían al asesino del salvador de un imperio que ellos seguían considerando suyo, al restaurador de la unidad y consolidador de las fronteras del imperio: hasta el haber levantado murallas en torno a Roma la Invencible les parecía buena cosa, sobre todo si sus familias vivían allí, pues las murallas defendían mejor contra un ataque bárbaro, cada vez, por desdicha, más posible, que cualquier prestigio reforzado por victorias de siglos.

Esa centuria recibió el encargo de elegir el tormento de los dos culpables que aún vivían. Mientras las botas seguían corriendo de boca en boca, se barajaron los tormentos más extravagantes, hasta que uno saltó con una idea genial:

—¡Al que atentó contra lo más alto, matémosle por lo más bajo! —y, ante la incomprensión general, el ocurrente aclaró—: ¡Sí, hombre, eso, por el culo, a pollazo limpio!

Al principio la idea pareció cuajar, y los tragos arreciaron entre chisporroteos de saliva y vino e incontables risotadas al correrse la voz por todo el campamento. La hilaridad devino ensordecedora en aquel ambiente de brutal jovialidad, disputas y

hasta riñas, donde los insultos más atroces y las agresiones físicas más arrolladuras se disolvían en risotadas o bailes muy agarrados, porque su único motor era el vino, sin otro impulso que ahogar en ruido y violencia un luto común a todos.

Prostitutas y efebos, congregados al aroma de anarquía que exhalaba la legión Cuarta Flavia, se ofrecían por doquier para calmar calenturas, relajar nervios, acallar ímpetus; una germana defendía su prestigio de exputa imperial esperando a sus clientes en su propia tienda, a cuya entrada imponía estricta cola con ayuda de un mocetón tracio alquilado para hacer menester de ujier. A las otras, y a los otros, los legionarios los tumbaban sobre el terreno. Enseguida se formaban corros en torno a los mejores, mientras, en el centro de la liza, la centuria encargada de elegir el tormento viraba ya hacia otra idea, no tan original, pero más tranquilizadora de ímpetus de venganza: entregar a los dos culpables a una jauría de perros hambrientos.

Dos legionarios trajeron a Eros Latiniano y Auréolo. Se notaba en éste la huella de los golpes que le habían dado para sacarle una confesión que él rehusó hacer, mientras a Eros Latiniano nadie le exigió ninguna, por innecesaria. El contraste entre ambos condenados no podía ser más evidente: Auréolo, medio matado a golpes, ya no pensaba en la vida, único objeto de los pensamientos de Eros Latiniano, cuyo sentido de patética dignidad le impedía pedir piedad a gritos, ofrecer su tesoro escondido a cambio de la simple existencia.

Cuando oyeron la sentencia, Auréolo no se inmutó: tan atontado estaba que no la había entendido, ni sabía a punto fijo qué hacía él allí. A Eros Latiniano, en cambio, le fallaron las piernas, y hubo que sostenerle: por un instante buscó irreal consuelo en su oro, que relucía en su mente como un rayo reventado a los pies de Virgilio.

«Menos mal», se decía, «que no han descubierto la existencia de mi tesoro escondido, y que el oro no se corroe: tarde o temprano alguien lo encontrará, y yo reviviré en la dilapidación de mi inútil fortuna, que ya no servirá para el altísimo fin a que estaba destinada».

Lo de siempre: del estiércol nacen flores, pero hay veces en que hasta el estiércol es estéril, y ésa iba a ser una de ellas. Eros Latiniano, contemplando con envidia a su compañero, totalmente ido en medio de su atroz suerte, trató de cerrar también su mente a cuanto estaba a punto de ocurrirle a él, atontarse contra lo que ya casi sentía en su cuerpo.

Fue entonces cuando trajeron los perros, bien atraillados: estaban famélicos, y los dos condenados, desnudados y untados de sangre, iban a quedar a merced de las bestias hambrientas en medio del crespo, tupido público de legionarios y de la gente que se pega a ellos, cuando dos exoficiales entraron por el corro de espectadores y cogieron a Eros Latiniano en vilo y se lo llevaron de allí entre la estupefacción general, dejando solo a Auréolo ante los perros, que tiraban, ansiosos, de las traillas.

A Eros se lo llevaron a Sirmio, donde, en una casa bien custodiada por legionarios armados, un grupo de legionarios y exoficiales le ofrecieron una muerte más dulce a cambio de revelar el paradero de su tesoro. Un general recién llegado al frente de un destacamento de caballería había revelado lo que nadie sabía en aquella multitud rasa y plebeya: que el verdadero delito de Eros Latiniano, por el que estaba ya condenado por Aureliano mismo, era haber cobrado pingües comisiones por encargos militares ofreciendo su influencia cerca del emperador para dárselos al que más oro le ofreciese. Eros oyó esta revelación y se dijo que mejor era morir dulcemente que desgarrado por los perros, que entretanto acababan en un momento con la poca vida que aún quedaba en el cuerpo magullado de Auréolo.

Los pocos huesos que quedaron de Auréolo fueron arrojados a un albañal, y allí los encontraron aquella noche perros menos afortunados, que no se demoraron en hincarles a su vez esperanzados colmillos. Legionarios borrachos les azuzaban para que no dejasen una sola túrdiga en los baqueteados huesos del que pasaba por haber engrasado con oro la conspiración contra la vida del emperador legionario: se corrió la voz de que los dioses mismos sancionaban el castigo haciendo crecer en aquellos huesos mondos incontables piltrafas de carne fresca para prolongar póstumamente el suplicio del culpable, mientras Eros Latiniano aguardaba, en medio de la más atroz incertidumbre, la vuelta de los legionarios y oficiales destacados para comprobar la existencia oculta de su tesoro, a cambio del cual se le había prometido «una muerte más dulce», pero no, se daba cuenta él ahora, una muerte dulce y apacible.

BIBLIOGRAFÍA

—«Escritores de la Historia Augusta», prefacio, traducción y notas de Balbino García, en: *Biógrafos y panegiristas latinos*, Madrid, 1969.

—*Histoire Auguste. Les empereurs romains des IIe et IIIs siecles*, edición bilingüe latín-francés, trad. de André Chastagnol, París, 1994.

—Homo, León, *Essai sur le Regne de l'Empereur Aurélian*, Roma, 1967.

—Stoneman, Richard, *Palmyra and its Empire, Zenobias Revolt against Rome*, Michigan, EEUU, 1992.

JESÚS PARDO DE SATAYANA DÍEZ (Torrelavega, Cantabria, 5 de mayo de 1927 - Madrid, 22 de mayo de 2020). Fue un periodista, escritor y traductor políglota español.

Diplomado en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid en 1952, fue corresponsal en Londres de los diarios *Pueblo* y *Madrid*, corresponsal volante de la revista *Cambio 16*, redactor de la Agencia EFE y delegado de la misma en Ginebra y Copenhague, así como fundador y director de *Historia 16*. Desde 1987 se dedica exclusivamente a escribir sus libros, colaborar en prensa y participar en simposios y ciclos de conferencias. Traductor de más de doscientos libros de quince idiomas, en 1994 recibió el Premio Nacional de Traducción de Finlandia.

Es autor, entre otras muchas obras, de las novelas *Ahora es preciso morir* (1980), *Cantidades discretas* (1984), *Yo, Marco Elio Trajano*

(1991), *Eclipses* (1993) y *Aureliano* (2001); los ensayos históricos *Conversaciones con Transilvania* (1988), *Zapatos para el pie izquierdo* (1998), *Las preguntas que movieron el mundo* (1999) y *Las damas del franquismo* (2000); los libros de poemas *Faz en las fauces del tiempo* (1982), *Antología final* (1997) y *Gradus ad mortem* (2003); el libro de cuentos *Cincuenta historias de repente* (2003), de viajes *Bucarest* (1991) y los volúmenes de memorias *Autorretrato sin retoques* (1999) y *Memorias de memoria* (2001).

Falleció en la residencia donde vivía en Madrid a los noventa y tres años el 22 de mayo de 2020.

Notas

[1] La Historia es lo que fue, la Historia no se crea, se rehace. <<

[2] Vuestra honorable familia no se deshonra / por el brillo de la bolsa o de la espada. <<

[3] Y él se erguía, con el pecho y con la frente / como si tuviese el infierno en gran menosprecio. <<

[4] A lo que gritaban todos: ¿dónde caes / Anfiarao?, ¿por qué abandonas la guerra? <<

ÍNDICE

Aureliano 2
A modo de introducción 6
Parte I, la familia 9
Parte II, Aureliano 106
Parte III, La suerte de matar 175
Bibliografía 238
Sobre el autor 239
Notas 241